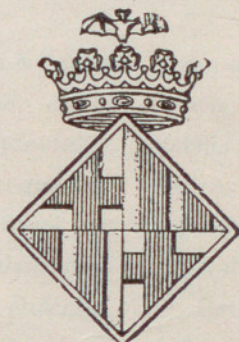


GACETA
MUNICIPAL
DE BARCELONA



CONTENIENDO LA
CRÓNICA DEL XXXV CONGRESO
EUCARÍSTICO INTERNACIONAL

CELEBRADO EN BARCELONA

DURANTE LOS DÍAS DEL 27 DE MAYO AL 1.º DE JUNIO DE 1952

NÚMERO EXTRAORDINARIO



GACETA MUNICIPAL DE BARCELONA

Número extraordinario. - 27 de mayo al 1.º de junio de 1952

EL XXXV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL UN MOMENTO TRASCENDENTAL DE BARCELONA

CRÓNICA DE LOS ACTOS CELEBRADOS

Barcelona ha vivido, con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en su amplio recinto, unas jornadas trascendentales, unas horas de intensa emoción, de las que habremos de guardar todos los barceloneses un recuerdo imperecedero. Cuando el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de la Diócesis, doctor don Gregorio Modrego Casaus, proclamó la grata nueva de que la Ciudad de los Condes había sido escogida por Su Santidad el Papa Pío XII como lugar de acción de tan excelso acontecimiento, Barcelona entera tuvo una noción exacta de lo que esto significaba, y su Excelentísimo Ayuntamiento se hizo intérprete del sentir ciudadano, y con plena consciencia de la hora histórica que se acercaba, emprendió con el mayor entusiasmo la tarea de poner a la ciudad en condiciones de albergar a los millares de congresistas que habían de venir de todas partes del mundo, y de lograr que nuestra urbe hiciera honor a su universal prestigio.

Su Excelencia el Jefe del Estado, el Generalísimo Franco, apenas conoció la designación de Barcelona como sede del citado Congreso, puso de manifiesto el profundo interés que le inspiraba este acontecimiento, y así lo exteriorizó en la audiencia que concedió, en el Palacio del Pardo, a los miembros del Comité Ejecutivo del Con-

greso que, acompañados de una nutrida representación de la Corporación municipal barcelonesa y demás autoridades, fueron a exponerle los preparativos que iban a hacerse urgentemente en la capital catalana para la mayor brillantez de los actos del Congreso.

Este interés de la más alta jerarquía del Estado tuvo una inmediata concreción en la gran actividad que empezó a desarrollarse, bajo el elevado patronato de Su Excelencia, en todos los Departamentos ministeriales y en todos los organismos estatales.

En Barcelona, los excelentísimos señores Capitán general de la 4.ª Región, don Juan Bautista Sánchez González; Gobernador civil, don Felipe Acedo Colunga; Presidente de la Diputación Provincial, don Joaquín Buxó de Abaigar, Marqués de Castell-Florite, y señor Alcalde, don Antonio María Simarro Puig, secundando el fervor que desplegaba el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo, se entregaron a un trabajo constante, que culminó en el éxito clamoroso que obtuvo el Congreso y en la perfecta organización con que la ciudad acogió a la ingente masa que desde todos los puntos de la tierra se volcó sobre nuestras calles y plazas.

Una vez establecido el contacto entre la Corporación municipal y el Comité Ejecutivo del

Congreso, la Alcaldía designó, con fecha 24 de octubre de 1951, al ilustrísimo señor don Juan Torra-Balari Llavallol, Teniente de Alcalde Delegado de Asuntos Generales, como Delegado del Ayuntamiento en el citado Comité.

Por otra parte, la Diputación Provincial hizo lo propio, nombrando al excelentísimo señor don Manuel de Jaumar y de Bofarull, Diputado provincial y Teniente de Alcalde Delegado de Sanidad, para que representara a aquella Corporación en el Comité Ejecutivo del Congreso Eucarístico Internacional.

Por elección directa del excelentísimo y reverendísimo señor Obispo, quedó adscrito a la Comisión Organizadora del Congreso el funcionario municipal don Jesús Felú Romaguera, que, por disposición adoptada por la Alcaldía, con fecha 29 de octubre de 1951, fué nombrado Secretario de enlace entre el Congreso y la Delegación municipal, con el fin de conseguir la máxima coordinación en los trabajos de preparación que se estaban llevando a cabo.

La naturaleza de las obras que se habían de realizar con objeto de lograr el máximo embellecimiento de la ciudad para el acontecimiento que se avecinaba, y el poco tiempo de que se disponía para una empresa de tanta envergadura, imponía la adopción de medidas de emergencia, como la adjudicación, de una manera coordinada y eficaz, de las obras de urbanización, adecuamiento y habilitación que las circunstancias exigían. A este efecto fué creada una Comisión especial, formada por los ilustres señores Tenientes de Alcalde don Antonino Segón Gay, don Juan Torra-Balari Llavallol, don Juan María Roger Gallés, don Marcelino Coll Ortega, don Carlos Pena Cardenal y don Luis Rosal Catarineu, y los ilustres señores Concejales don Melchor Baixas de Palau, don Juan Gil-Senís, don José Tous Caballé, don Andrés Valldeperas Juvé, don José Pascual Graneri y don Manuel Torras Ventosa. Presidía esta Comisión el ilustrísimo señor don Juan Torra-Balari Llavallol, y actuaba de Secretario el Jefe de Sección del Ayuntamiento don Javier de Mendoza y Arias-Carvajal. Cooperó eficazmente a la labor des-

arrollada la Oficina Municipal de Prensa, bajo la dirección de don Fernando Barangó-Solís, con el personal a sus órdenes.

De esta manera se fué creando el dispositivo que había de hacer posible la magnificencia y la grandiosidad con que se desarrolló el Congreso, y es preciso recordar algunos pormenores que constituyen una evidente demostración de la parte decisiva que la Corporación municipal tuvo en la preparación del Congreso.

La labor de la Comisión Consistorial antes citada, y la entusiasta y tenaz actividad puesta en juego por sus responsables directos, su Presidente y Delegado de la Corporación municipal en el Comité Ejecutivo del Congreso, el ilustrísimo señor don Juan Torra-Balari Llavallol, Teniente de Alcalde de Asuntos Generales, y la del ilustre Teniente de Alcalde Delegado de Obras Públicas, don Antonino Segón Gay, fué tan intensa, y estuvo tan bien orientada, que, a pesar del breve espacio de tiempo de que se disponía, las obras proyectadas quedaron terminadas antes de la fecha señalada para la inauguración del Congreso, y Barcelona estuvo en disposición de ofrecer a sus visitantes sus mejores galas, realizadas por una inteligente coordinación urbanística, y embellecidas por la luminosidad de nuestro privilegiado cielo azul.

Como hemos dicho antes, el apoyo que todos los Departamentos ministeriales y los Organismos del Estado prestaron a las autoridades barcelonesas fué uno de los factores más importantes con que pudo contar el Ayuntamiento para desempeñar, en la preparación del magno acontecimiento, el importantísimo papel que le correspondía.

El excelentísimo señor Ministro de Obras Públicas, Conde de Vallengano, realizó un viaje ex profeso a Barcelona para ver el estado de las obras que se estaban realizando. Recorrió los lugares en que debían tener lugar los actos del Congreso, como la Plaza de Pío XII y la Sagrada Familia, y pudo percatarse del ritmo que llevaban los trabajos que el Ayuntamiento tenía en vías de ejecución.

Las autoridades barcelonesas que estuvieron en Madrid para tratar asuntos relacionados con

el Congreso encontraron las máximas facilidades y alientos para proseguir su tarea, especialmente por parte de los excelentísimos señores Ministros de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo; de Justicia, don Antonio Iturmendi Bañales; de Hacienda, don Francisco Gómez del Llano; de Educación Nacional, don Joaquín Ruiz Giménez Cortés; de Industria, don Joaquín Planell Riera, y de Comercio, don Manuel Arburua de la Millar. También debe destacarse la cooperación del Subsecretario de la Presidencia, excelentísimo señor don Luis Carrero Blanco, y del Presidente del Consejo del Reino y de las Cortes españolas, excelentísimo señor don Esteban Bilbao Eguía, y las disposiciones del excelentísimo señor Ministro de Información y Turismo, don Gabriel Arias-Salgado y de Cubas, entre las cuales merece citarse el desplazamiento a Barcelona de un equipo de funcionarios de aquel Ministerio para prestar la colaboración que fuera precisa.

La designación de Legado Pontificio, recaída en el Eminentísimo Cardenal Monseñor Tedeschini, muy conocido y apreciado en España por haber desempeñado la Nunciatura en Madrid, sirvió de acicate a los preparativos del Congreso. La llegada a Barcelona del insigne purpurado representante de Su Santidad el Papa, que fué recibido por el excelentísimo señor Ministro de la Gobernación, don Blas Pérez González, fué verdaderamente apoteósica, prueba evidente del fervoroso entusiasmo con que la capital catalana

se preparaba a cooperar al éxito del Congreso.

Barcelona siguió vibrando aquellos días con mayor intensidad cada vez. Unas horas después del Cardenal Monseñor Tedeschini llegó Su Excelencia el Jefe del Estado, para ratificar con su presencia en el Congreso la catolicidad de España, y todos los ciudadanos, conscientes de la profunda trascendencia de las jornadas que iba a vivir Barcelona, y de la grandeza del destino de España, tributaron al Caudillo, que rige providencialmente nuestra Patria, las pruebas más fehacientes de cariño y de adhesión que un hombre haya recibido jamás de su pueblo.

No es, pues, de extrañar que la absoluta compenetración que reinó desde el primer momento entre todos los que habían de llevar a feliz término la celebración del Congreso, desde los más altos poderes del Estado hasta los funcionarios más modestos, removiera la honda espiritualidad barcelonesa, y que el entusiasmo de Barcelona se extendiera a toda España y traspasara, después, las fronteras. Como preámbulo de la presente Crónica hemos considerado necesario dar a conocer estos antecedentes. La simple relación de hechos expuesta en las páginas que siguen dará una somera idea de la magnitud del acontecimiento que ha puesto en evidencia en nuestro país el espíritu del mundo católico, y permitirá comprender lo que fué el XXXV Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona los últimos días del mes de mayo de 1952.



PRELUDIOS

Barcelona escogida. — Su Santidad el Papa Pío XII, que tanto sufrió durante la última guerra ante el terrible espectáculo de la destrucción de poblaciones, y que no ha cesado de rogar por la paz y predicarla a los hombres de buena voluntad de todo el mundo, decidió convocar el XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

En uno de los actos de mayor resonancia de la Santa Misión de Barcelona celebrada el año 1951, el reverendísimo señor Obispo de la Diócesis, doctor don Gregorio Modrego Casaus, tuvo la inmensa satisfacción de anunciar a la muchedumbre de hombres a quienes dirigía la palabra que Su Santidad se había dignado elegir nuestra ciudad para sede de dicho Congreso, primero de los Eucarísticos Internacionales después de la segunda guerra mundial.

Para el amantísimo Prelado, que acababa de lograr uno de los mayores éxitos de su vida sacerdotal y episcopal con la feliz idea, propia de su fervoroso celo, de instituir en dicha Santa Misión de Barcelona el Día de la Caridad, para alivio del pobre desvalido, del enfermo y del condenado a vivir en unas habitaciones miserables e indecorosas, la convocatoria del Congreso fué como una bendición de Dios, pues iba a depararle una ocasión magnífica para procurar que sus vehementes anhelos cristalizaran en algo tangible.

El problema de la vivienda es uno de los de más trascendencia social que tiene planteados la ciudad. La inmigración de familias es constante, y va aumentando las dificultades para solventarlo.

Y teniendo en cuenta lo poco que se ha edificado desde 1940, la falta de viviendas económicas es una triste e incuestionable realidad y no un tópico. También aparece claro que este problema no es sólo de carácter social, sino que entra de lleno en lo espiritual, en el tema del Congreso Eucarístico Internacional: la Eucaristía y la Paz.

Empiezan los trabajos. — En mayo de 1951, al anunciarse su celebración, el brillante aspecto

de los cultivos y de los olivares y viñedos no pasaba de ser una promesa. Por fin, tras ocho años de sequía, llovió en abundancia en invierno y en la primavera, y vino la óptima cosecha ansiada, y no hubo restricciones en el consumo de electricidad.

Cuesta poco imaginar el contratiempo que hubiera significado para el esplendor del Congreso la escasez de disponibilidad de alimentos. Habría sido forzoso someter a los barceloneses y a los forasteros al racionamiento de productos comestibles, en este caso mucho más difícil de resolver por tratarse de una avalancha circunstancial de consumidores. Afortunadamente, a las buenas cosechas agregóse la firme voluntad del Gobierno, y la mejoró a ojos vistas. Pudo, pues, la ciudad afrontar tranquilamente el problema de alimentar a la multitud de personas que acudiesen al Congreso.

La cuestión de los alojamientos fué, sin duda, una de las que más preocupó, y de ahí que ya con bastantes meses de anticipación procurasen saber los peregrinos que vendrían de todas las partes del mundo. Desde luego, Barcelona no disponía de hoteles y pensiones suficientes para acoger un gran número de forasteros. Sin embargo, también en esto las circunstancias resultaron muy propicias al Congreso, pues el aumento de la corriente turística extranjera en los últimos dos años motivó que la iniciativa privada se lanzase a aprovechar la favorable coyuntura que ofrecía el ramo de la hostelería, y vióse como numerosas pensiones se convertían en hoteles de diversa categoría y se instalaban muchas pensiones y varios hoteles nuevos.

El anuncio del Congreso no hizo sino acelerar esta tendencia al ensanchamiento de la industria hotelera barcelonesa, y tres importantes empresas constituídas a tal fin aceleraron los trabajos para que, llegada la fecha de la magna concentración, estuviesen listos los grandes hoteles que tenían en construcción. Y, en efecto, con algunas fechas anticipadas, el señor Obispo bendijo los

magníficos hoteles «Avenida», «Arycasa» y «Condado», en cuya instalación se invirtieron más de cien millones de pesetas. Por otra parte, los promotores de la peregrinación norteamericana anunciaron que vendrían a bordo de dos trasatlánticos convertidos en hoteles flotantes, y lo mismo hicieron las compañías navieras españolas Transatlántica, Transmediterránea e Ibarra para peregrinos de la América Central y del Sur, de Canarias y de Andalucía. Asimismo, gran número de barceloneses aceptaron el ruego de albergar en sus casas a congresistas, y se habilitaron para dormitorios los edificios de la plaza de España que fueron hoteles cuando la Exposición de 1929, diversos Grupos Escolares del Ayuntamiento y conventos de las Órdenes religiosas.

La electricidad había de representar un papel de primer orden en el Congreso, y llenos, gracias a Dios, los embalses para poderla consumir sin tasa, fué preciso, no obstante, cambiar una serie de cables subterráneos y poner otros nuevos, a fin de que hubiese capacidad suficiente de energía en todas partes. Estas obras, que requirieron la apertura de zanjas en numerosas calles, se hicieron bien visibles a los barceloneses durante muchas semanas. La industria eléctrica cuenta en Cataluña con importantes empresas que producen casi la totalidad del material que requiere la luminotécnica, y centenares de miles de bombillas y millares de focos, de tubos fluorescentes, de escudos y de cruces de diversos tamaños se fabricaron para que la ciudad se convirtiese por la noche en un ascua maravillosa.

Al conjuro del aviso del Excmo. Ayuntamiento de dejar libre de licencia y arbitrio el pintado de tiendas y casas, todos los pintores de la ciudad y gran número de improvisados se pusieron a adecentarlas. Otro consumo importante fué el de telas para adornar los balcones, los edificios y las calles. Las había de gran variedad, desde el rico damasco de terciopelo a la ropa de lana o de algodón. Sobre todo de esta última clase, en bandera española y pontificia se usaron muchos millares de metros. En el ramo de las Artes gráficas, alcanzó el predominio absoluto el escudo del Congreso tirado a varios colores, cuya adquisición hay que cifrarla en varios centenares de miles. Merece consignarse, asimismo, la profusión de planos y guías de la ciudad, de libros sobre el tema eucarístico, de fotografías de los principales monumentos y lugares barceloneses, y de estampas de santos y vírgenes, especialmente de Nuestra Señora de Montserrat, Patrona del Congreso.

Hay que destacar la instalación de una red de

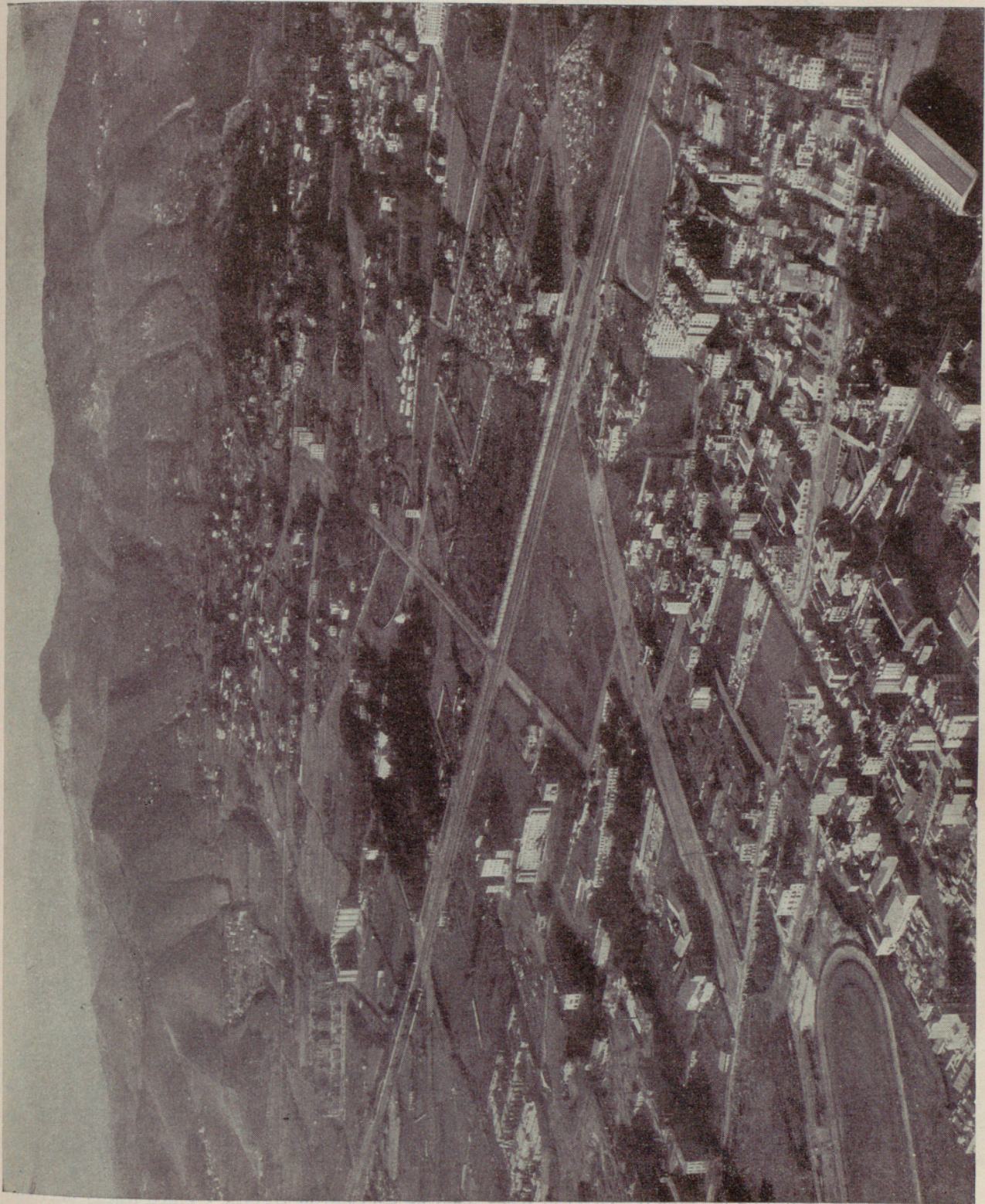
altavoces a lo largo de la Rambla, en los alrededores de la Catedral, en toda la extensión de la avenida del Generalísimo y en otros puntos, con un total de varios kilómetros de línea y centenares de altavoces. De este modo se quiso proporcionar al público alejado del lugar de los actos la perfecta audición de los mismos por medio de su transmisión por la radio.

Obras de embellecimiento. — Tenía el Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona ante sí la responsabilidad de que los peregrinos de todo el mundo recibiesen una grata impresión de la ciudad. En las carreteras de acceso por la frontera de Francia era preciso un esfuerzo para realizar al menos las principales reparaciones. En cuanto al interior de la urbe, había que ir rápidamente a los arreglos indispensables. Pero se necesitaba el concurso del Estado, y el Gobierno anticipó importantes créditos para obras que ya figuraban en presupuesto.

En un plazo tan perentorio, que hacía temer no se llegara a tiempo, se acometió la construcción del nuevo firme de la carretera de Barcelona a Francia hasta la vecina ciudad de Badalona, y dada la suma estrechez en algunos puntos, se hizo otro ramal a base de derribar varias casas y ocupar terrenos, y se dió la dirección única para entrar o salir, eliminándose así en gran parte el peligro de accidentes que ofrecía el paso de vehículos en doble dirección. En la carretera de Ribas terminó un trozo del gran acceso desde Moncada a la ciudad.

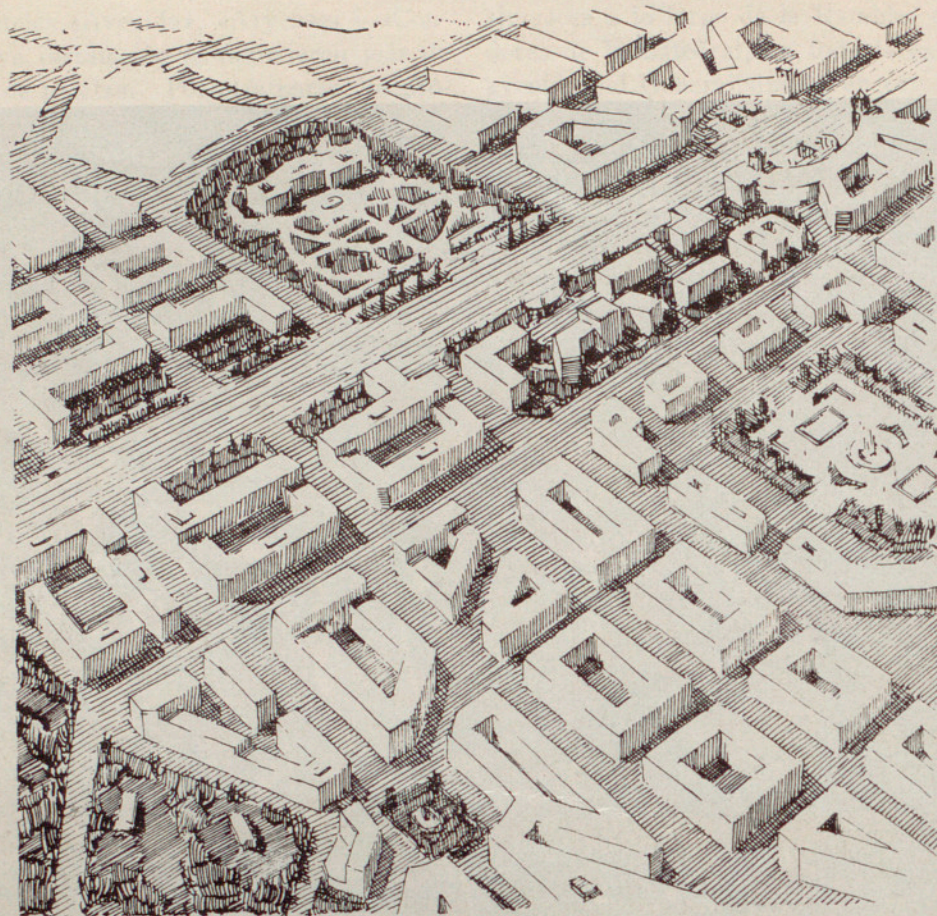
Con referencia al interior de la ciudad, siendo el barrio gótico el lugar predilecto de los forasteros, lógicamente debía llevarse la palma entre las preocupaciones del Ayuntamiento para hermosearlo. Y tanto por las reformas en el pavimento como por la espléndida y muy acertada iluminación de la Catedral, aquel trozo de la ciudad antigua ofreció aún mejores encantos.

Las ceremonias principales del Congreso al aire libre exigían un espacio de enormes proporciones para poderlas presenciar muchos millares de congresistas. Y había que contar también con los que no lo fuesen, que no dejarían de acudir en mayor número que aquéllos. Feliz conjunción de aciertos por parte de la Comisión ejecutiva del Congreso y del Ayuntamiento resultó la elección del lugar más capaz de la amplísima avenida del Generalísimo, al nivel del mismo Monasterio de Pedralbes, con la ventaja de existir a los lados extensos terrenos sin edificar, que se aprovecharon para montar banquetas y colocar sillas. El



La plaza de Pío XII antes de ser urbanizada

... para Radio Nacional. Algunos días
... a las 10 de la mañana se emite desde el
... de la zona metropolitana de la Ciudad de
... y Montevideo, transmitiendo los programas
... los teléfonos e internet desde el mismo punto
... para facilitar la información de los usuarios



Imagen, a vista de pájaro, de lo que resultará la plaza de Pío XII, con el Palacio del Jefe de Estado y construcciones universitarias

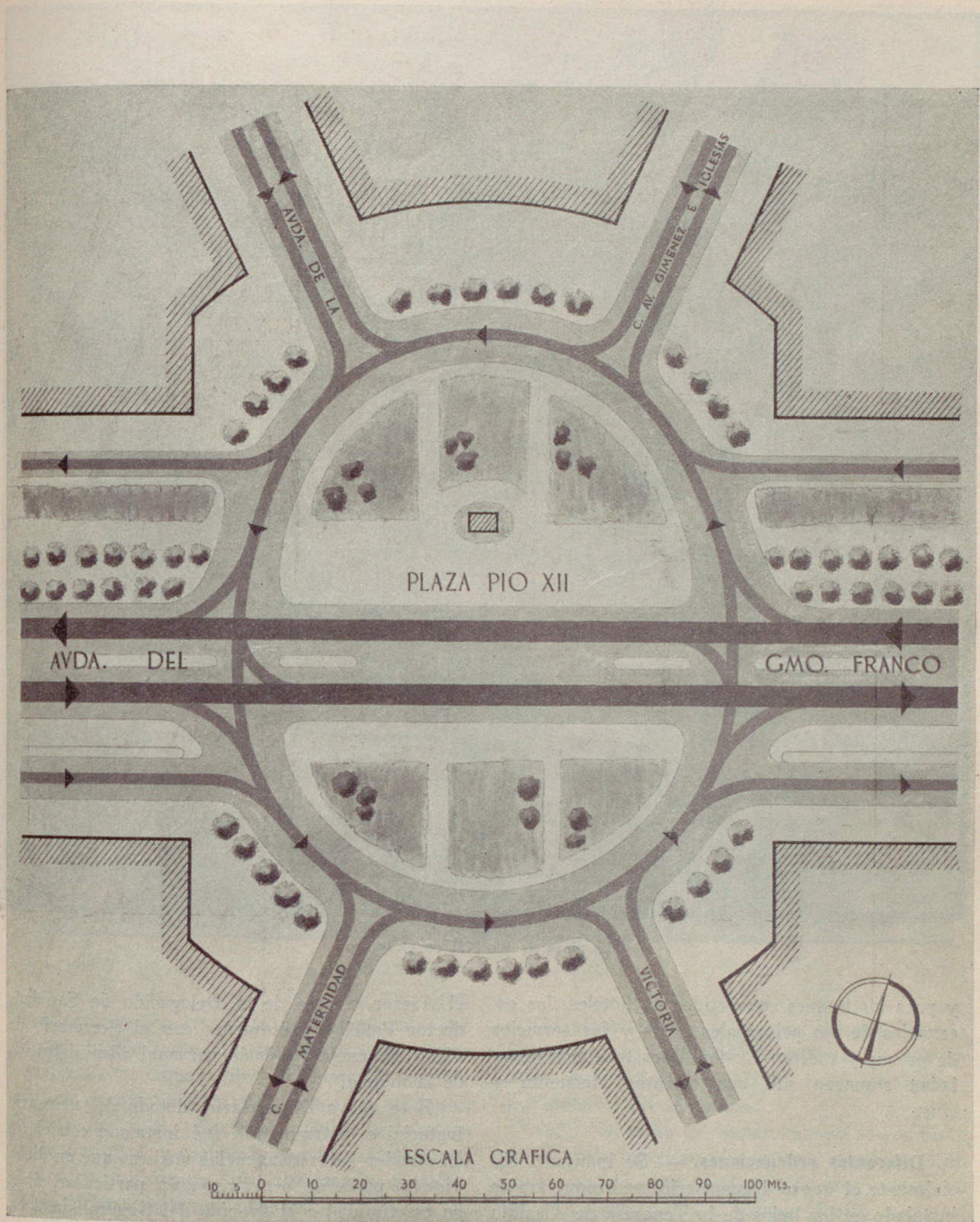
monumental altar levantado en aquel sitio, y que ya lleva el nombre de plaza de Pío XII, el glorioso Pontífice reinante, es sin duda alguna la obra de más audacia técnica de las realizadas con motivo del Congreso. Dentro de la simplicidad ofrecía una grandiosidad imponente, así por lo inspirado de su concepción como por la pericia con que se llevó a cabo. Dos soportes de hierro bastaron para sostener un círculo de muchos metros de diámetro, símbolo de la Hostia Santa, y en el medio una cruz altísima. Iluminado todo el altar, su efecto era maravilloso.

Entre lo más destacable de las obras llevadas a cabo figura la gran torre montada en la cumbre del templo Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, en el Tibidabo. En la mitad de la misma se construyó una cruz iluminada, bien visible desde cualquier punto de la ciudad. El gran mirador de Barcelona no podía dejar de ser escenario de la magna manifestación de la Cristiandad. En cuanto a Montjuich funcionaron las grandes fuentes luminosas, nota sensacional de la Exposición de 1929, y por lo que toca a la puerta de la

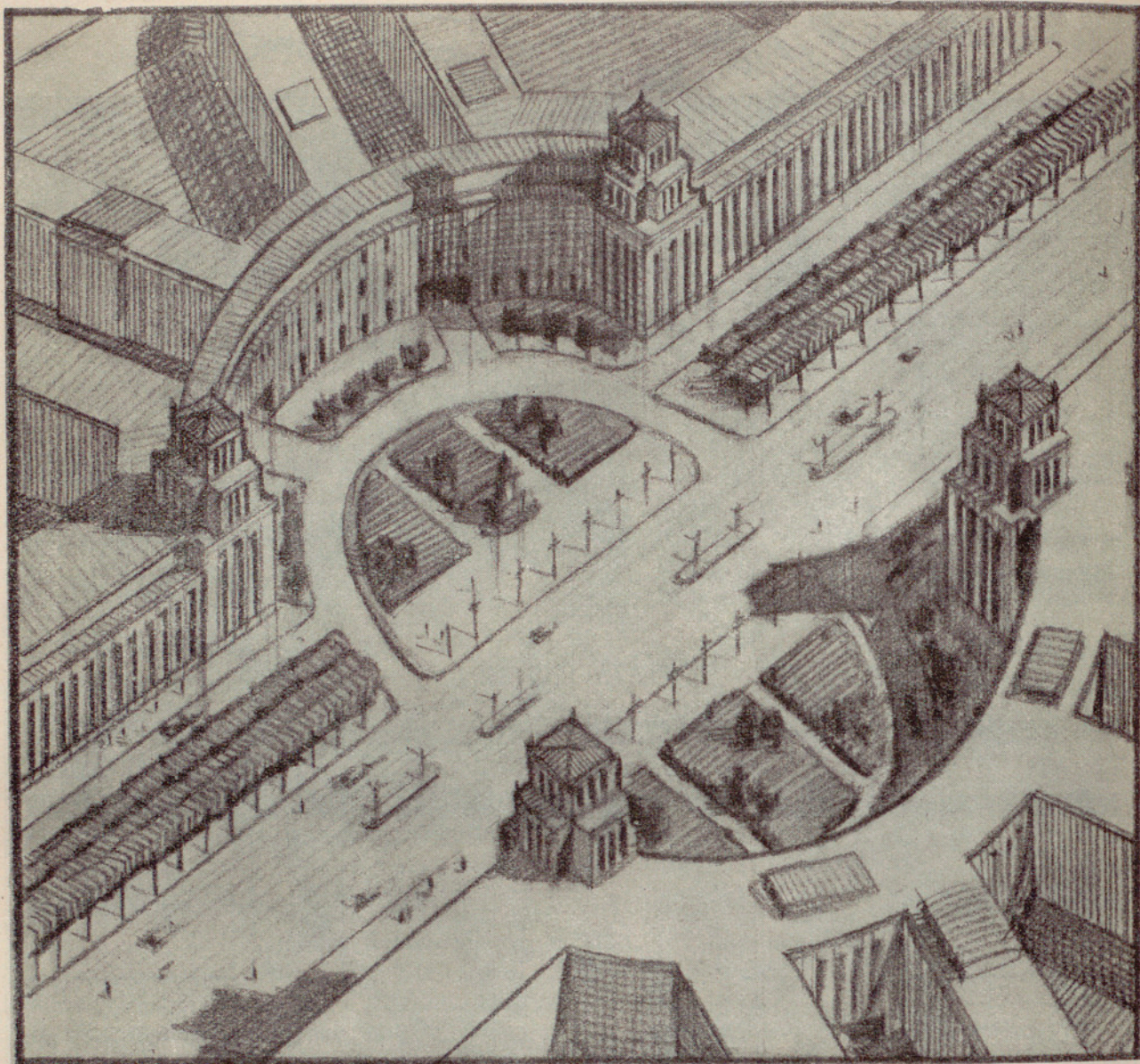
Paz, se iluminó el monumento a Colón y arreglóse la fachada de las Atarazanas.

Comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas. — Los servicios de Correos y Telégrafos, además de hacer turnos extraordinarios el personal de la plaza, contaron con el venido desde Madrid por orden de la Dirección General de Telecomunicación, a fin de que pudieran ser atendidas todas las necesidades, tanto en la central como en las sucursales, desde las nueve de la mañana a las diez de la noche, sin interrupción.

Debe mencionarse igualmente la colaboración prestada al Congreso por la Compañía Telefónica, que instaló en el altar de la plaza de Pío XII un cable subterráneo de cien pares de capacidad y una longitud aproximada de 3 kilómetros, en el cual se conectaron treinta y cinco líneas microfónicas para Radio Nacional. Asimismo dotó de centralitas a los hoteles nuevos y existentes, con un total de treinta y dos centrales y mil doscientos teléfonos, e instaló ciento treinta líneas microfónicas para facilitar la retransmisión de los actos



Plano de la plaza de Pío XII



La plaza de Pío XII en el futuro

y para los buques convertidos en hoteles, los escenarios de los principales actos y los servicios de prensa y radio. En total, los teléfonos instalados sumaron mil cuatrocientos cincuenta y cinco.

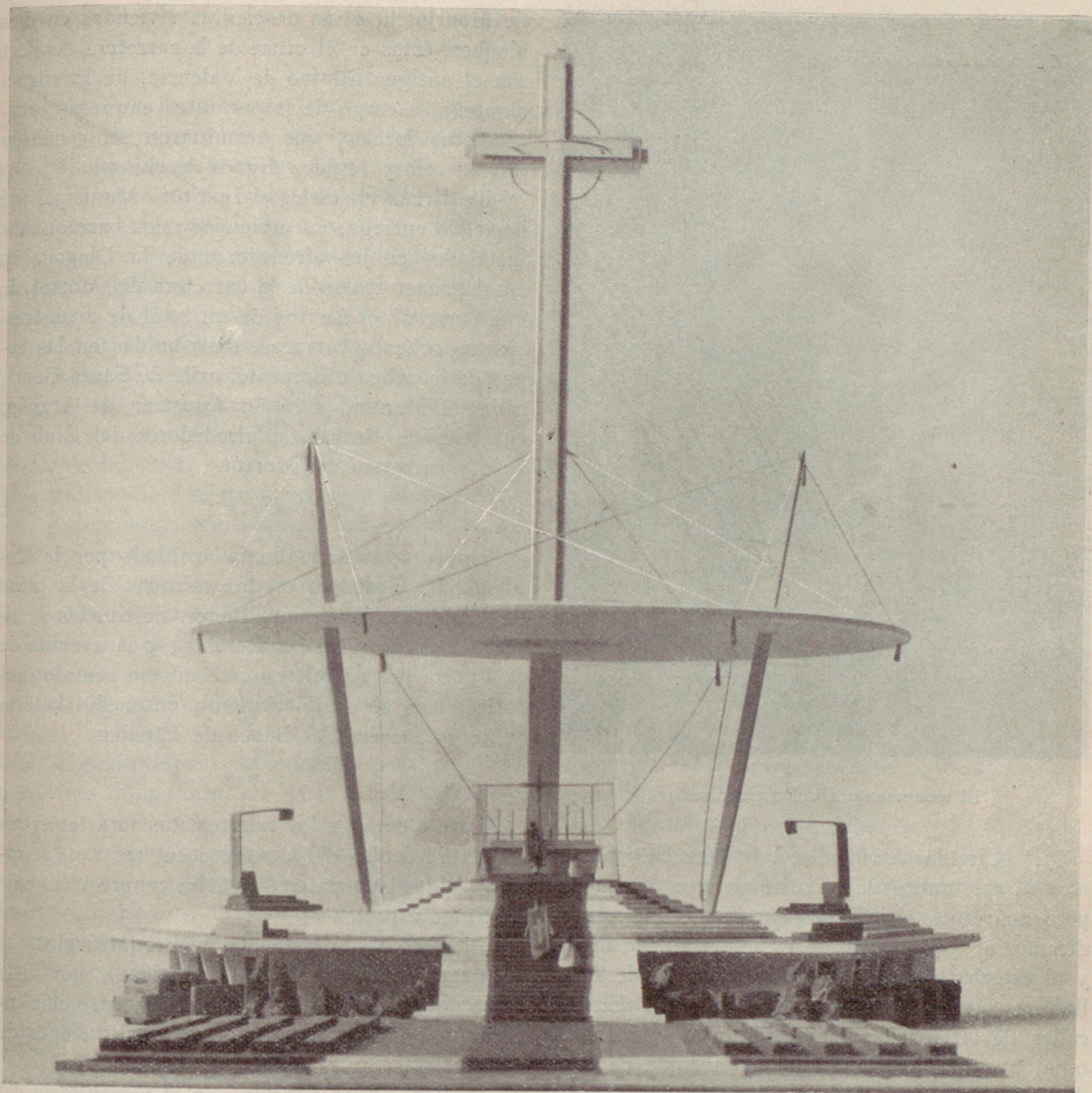
Diferentes ordenaciones. — Se inauguró oficialmente el nuevo Dispensario médicoquirúrgico instalado en los bajos de la Tenencia de Alcaldía del Distrito XI, asistiendo a dicho acto el excelentísimo Teniente de Alcalde de Sanidad, señor Jaumar de Bofarull; el ilustre Teniente de Alcalde del distrito, señor Torra-Balari; el Concejel Delegado del mismo, ilustre señor Pérez Rosales; el Decano y Subdecano de la Asistencia Médica Municipal, doctores Lucena y Taxonera;

el Asesor técnico de la Delegación de Sanidad, doctor Pañella, juntamente con el Secretario de dicha Tenencia y demás personal administrativo de la misma.

Este nuevo Dispensario, dotado del necesario material e instrumental, fué instalado con el fin de atender las contingencias médicas que en dicho distrito pudieran ocurrir, y, en particular, dada su proximidad a la avenida del Generalísimo, en la cual se celebraron diversos actos con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, en los cuales acudieron grandes aglomeraciones de público.

* * *

Recordó al público, la Alcaldía, que para entrar o salir de un taxi los pasajeros debían ha-



El altar de la plaza de Pío XII

cerlo siempre por la puerta de la derecha, a fin de cumplir las reglas de circulación y, al mismo tiempo, evitar lamentables accidentes.

Los conductores de toda clase de vehículos únicamente podían parar éstos junto a la acera de la derecha, no debiendo hacerlo nunca en el centro de la calzada, interrumpiendo o molestando el paso de otros vehículos.

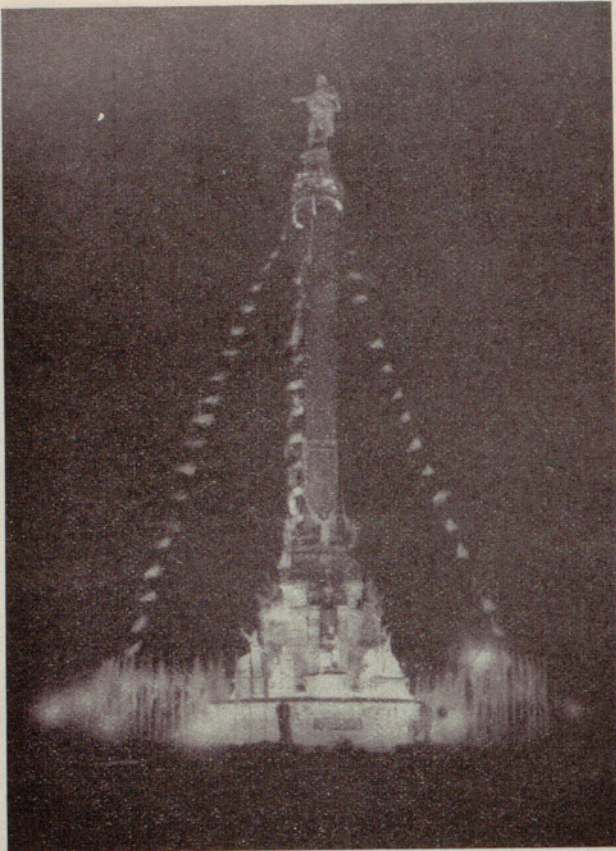
El día 15 de mayo terminó el plazo para que los carros de tracción de sangre, carros de mano, bicicletas y triciclos equipasen sus vehículos con las luces y dispositivos de balizamiento reglamentarios.

* * *

De acuerdo con las normas dictadas por la Tenencia de Alcaldía de Transportes, la Cooperativa de la Industria del Taxi mandó la siguiente circular a sus asociados:

«1.º No se ha de fumar cuando se conduzca con el coche ocupado por señores usuarios, sean de la categoría que sean. Es de muy mal gusto ver a un chófer con el pasaje dentro y con el pitillo o el puro en la boca.

2.º Observar que vuestros coches vayan provistos del correspondiente y reglamentario silencioso, procurando eliminar ruidos y, sobre todo, los tubos directos con la boca final aplastada, que se distingue fácilmente que no existe el silencioso automático.



El monumento a Colón, iluminado

3.º Circular arrimados a la derecha. Tenemos la costumbre de circular de una forma un poco anárquica sin darnos cuenta de que perjudicamos al compañero que viene detrás con viaje, y al estorbarle en su camino, no puede desarrollar su cometido con la rapidez precisa. En las calles de circulación rápida, Balmes, vía Layetana, avenida del Generalísimo, avenida de José Antonio Primo de Rivera, Marqués del Duero, paseo de San Juan y en casi todas las del Ensanche, circulando los que por ir libres van despacio, y los que con viaje no tienen prisa, por la derecha, facilitaremos la rapidez del desenvolvimiento que requiere nuestra ciudad.

La clase taxista hemos de dar sensación de conducir mejor que los demás, pues para eso somos profesionales.»

* * *

En cumplimiento del plan trazado por el Ayuntamiento, de derribar las barracas existentes en la ciudad, el Instituto Municipal de la Vivienda procedió a edificar últimamente, además de las doscientas sesenta y cuatro en veintidós bloques que el adjudicatario de las obras construía en el sector del «Polvorín», de la montaña

de Montjuich, otras doscientas viviendas en diez bloques, éstas en el cruce de la carretera de Port con el antiguo camino de Valencia, de la misma montaña, a cargo de importantes empresas constructoras locales, que terminaron su cometido con un celo y rapidez dignos de encomio.

De dichas viviendas el Instituto Municipal fué haciendo entrega, en arriendo, a los barraquistas instalados en los alrededores de la Diagonal y en el primer tramo de la carretera del Morrot, lo que permitió el derribo de un total de unas trescientas ochenta barracas, distribuidas en las zonas de la calle de Sarasate, calle de Santa Gema, calle de Manila, calle de Agustina de Aragón, cuarteles de Pedralbes, alrededores del Club de Polo y carretera del Morrot.

* * *

En cumplimiento de lo acordado por la Comisión de Transportes, las calzadas de la plaza de Cataluña, lado mar, fueron destinadas a dirección única entre las Ramblas y la avenida de la Puerta del Ángel, en este mismo sentido, autorizándose el establecimiento en media batería junto a la acera del Banco de España.

* * *

Para atender a los congresistas forasteros que durante los días del Congreso enfermaran, se organizó la asistencia médica a los congresistas bajo distintos aspectos :

Primero. — Asistencia médicoquirúrgica.

Segundo. — Asistencia motivada por toda clase de accidentes de circulación y asistencia inmediata durante las grandes concentraciones de congresistas.

A dichos fines funcionó en el Consultorio del Seminario Conciliar, dos días antes de la apertura hasta dos días después de la clausura del Congreso, un servicio permanente de médicos y personal auxiliar. Hubo a disposición de todo congresista un cuadro de facultativos de todas las especialidades, medicina interna, cirugía, odontología, etc., con el detalle de los idiomas que dominen. Además, el censo de quirófano y habitaciones en las diversas clínicas de la ciudad, con su correspondiente categoría y precio y un stock de productos farmacéuticos para casos de urgencia y asistencia.

* * *

La presencia en Barcelona, durante la celebración del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, de numerosos asistentes al mismo, tanto

españoles como extranjeros, planteó los problemas relacionados con los servicios sanitarios, que el Ayuntamiento trató de resolver mediante la construcción de instalaciones provisionales en los lugares donde se preveían mayores aglomeraciones y el funcionamiento sin interrupción de los establecimientos subterráneos de carácter permanente. Sin embargo, como se contaron por millares las personas que abandonaban los locales en que se hospedaban temporalmente a primeras horas de la mañana, sin posibilidad de regresar a ellos hasta últimas horas de la tarde o primeras de la noche, se requirió la cooperación del vecindario, el cual, por una parte, facilitó el acceso a los servicios sanitarios existentes en toda clase de establecimientos, y por otra, adoptó las medidas indispensables para asegurar la desinfección y limpieza continua de los mencionados servicios, operaciones que forzosamente estuvieron a cargo de personas especialmente destinadas a vigilar estos extremos.

También hizo pública la Tenencia de Alcaldía Delegada de Sanidad la siguiente nota:

«Ante la proximidad de la época estival, se recuerda la obligación de extremar las prevenciones higio-sanitarias, efectuando para ello las operaciones obligatorias de desinfección y desinsectación, debiéndose significar que, en bien de Barcelona y para su mayor prestigio, se exigirá el más exacto cumplimiento de cuantas prescripciones sanitarias de carácter profiláctico o preventivo se hallan contenidas en las disposiciones legales vigentes, esperando esta Tenencia de Alcaldía que no se verá obligada a imponer sanciones por contravenir lo ordenado.»

* * *

Procedióse a la apertura provisional de la nueva Estafeta de Correos de Las Corts, emplazada en los bajos de la Tenencia de Alcaldía del Distrito XI, sita en la plaza de Comas.

Asistieron al acto el ilustre señor Concejal Delegado del Distrito, don Miguel Pérez Rosales, y el Administrador principal de Correos de Barcelona, don Ovidio Granda; siendo así coronados sus desvelos al instaurarse este servicio tan necesario para la barriada.

Se prestó en la citada Estafeta toda clase de servicios postales, desde las nueve de la mañana a la una del mediodía, y de las tres a las cinco de la tarde. La última recogida, en atención a la salida de los expresos, era a las cinco de la tarde.

* * *

Fué prohibida la circulación de carros de tracción animal y carretones de mano por la vía Layetana en toda su longitud, de once de la mañana a dos de la tarde, y de cuatro a siete de la tarde.

Tratándose de una calle de circulación rápida, se recordó nuevamente a los ciclistas y conductores de triciclos y camiones la obligación que tienen de circular siempre por su derecha, para dejar paso libre a los vehículos que circulen a mayor velocidad.

Otra innovación puesta en conocimiento del público fué la de que quedaba establecida la dirección única en las calles siguientes, pertenecientes a la zona de influencia de la calle de Muntaner:

En sentido de Gracia: Calle del Porvenir, desde Calvet a Alfonso XII; calle de Laforja, desde Calvet a la vía Augusta; calle de Calaf, desde Calvet a Tabern, y calle de San Elías, desde Raset a Balmes.

En sentido de Pedralbes: Calle de Mariano Cubí, desde la vía Augusta a Calvet; calle de Madrazo, desde la vía Augusta a Calvet; calle del Párroco Ubach, desde la de San Eusebio a la de Amigó, y calle de Copérnico, desde la de Balmes a la de Vallmajor.

Al mismo tiempo se estableció la dirección única para la circulación de vehículos en las calles de Provenza y Córcega; la primera, entre Bruch y Urgel, y la segunda, entre la avenida del Generalísimo Franco y Aribau.

En la calle de Provenza se circularía en dirección a Sans, y en la de Córcega, en dirección a San Andrés.

* * *

Por disposición del excelentísimo señor Alcalde fueron considerados días festivos, para las Oficinas municipales, los días 28, 29 y 30 de mayo.

Se exceptuó el Registro General de Secretaría y las Dependencias que normalmente tienen establecidas guardias o turnos para servicios públicos urgentes.

Importancia de la aportación municipal. — Fué tan intensa la cooperación a la obra del Congreso por parte del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, en cuanto se refiere a que la Metrópoli catalana quedara a la altura del acontecimiento que se preparaba, que se hace difícil detallarla, y más bien habrá de ser comprendida, para quienes no tuvieron la dicha de tomar parte en los actos de

mayo de 1952, a través de la presente Crónica.

Por ejemplo, se construyeron nueve kilómetros y medio lineales de aceras, con sus baldosas.

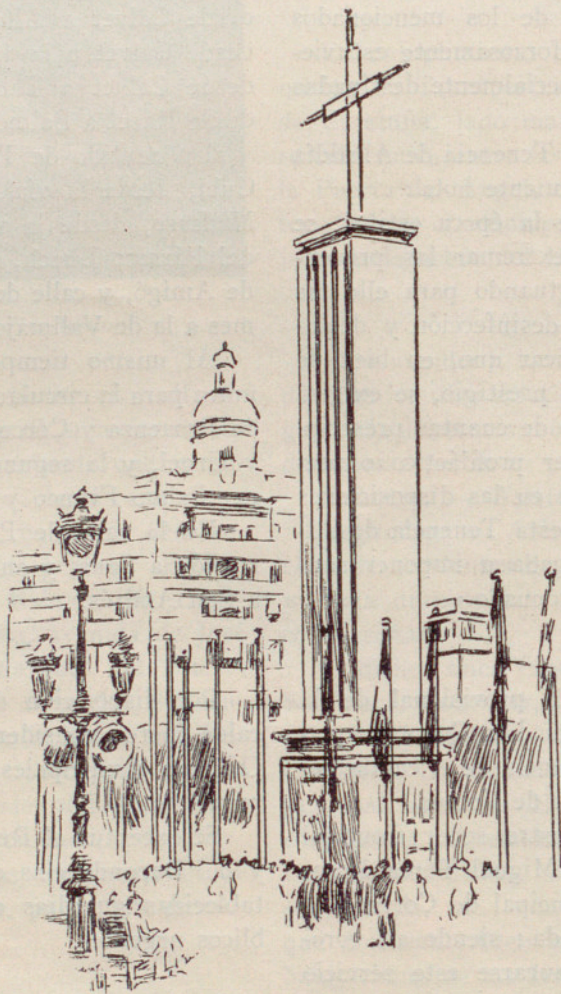
Los Grupos Escolares y otras dependencias municipales fueron habilitadas para alojar a los peregrinos.

Resultó la iluminación un alarde, que incluso constituyó una originalidad y punto de partida para lo que después se ha llevado a cabo en el extranjero. En el caso de la fachada de la Santa Catedral Basílica así ocurrió, porque hasta ahora era sólo conocida la proyección de focos desde las casas frontales, pero no el sistema de dar luz a las aberturas por medios interiores. Bien es

verdad que en este ramo de la técnica lumínica Barcelona cuenta con hombres que pueden calificarse de prodigiosos.

No fueron sólo los edificios municipales los que lucieron sus galas, sino también todos los oficiales, y hasta los de tipo monumental particular, los que contaron con el concurso de la Corporación municipal. Por esto la ciudad por las noches parecía una ascua dorada.

En el concierto de las grandes urbes del mundo, Barcelona quedó como una de las principales, gracias al esfuerzo realizado en el orden urbano por los servicios comunales, que se prodigaron hasta agotarse.



La Cruz monumental de la plaza de Cataluña,
de cara al edificio de la Telefónica

PRIMEROS ACTOS

La Exposición de Arte Eucarístico Antiguo.

— Una de las primeras solemnidades de los preludios del Congreso Eucarístico Internacional fué la apertura de la Exposición de Arte Eucarístico Antiguo.

Asistieron a la ceremonia, que revistió una brillantez extraordinaria, las primeras autoridades, representaciones consulares y numerosas personalidades. La exposición, que constituyó un grandioso homenaje de la Iglesia española a la Eucaristía, estuvo alojada en los señoriales salones del Museo Histórico de la Ciudad (Casa Padellás), en la Capilla de Santa Águeda y en el soberbio Salón del Palacio Mayor.

La plaza del Rey ofrecía un animado aspecto. La sección de instrumentos de viento de la Orquesta Municipal, bajo la dirección del maestro Bonell, interpretó un selecto concierto, al mismo tiempo que llegaban al Museo Histórico las autoridades y personalidades invitadas al acto, figurando entre los asistentes gran número de señoras y señoritas.

Antes de dar comienzo a la visita que precedió a la inauguración, se formó una comitiva de autoridades, compuesta por el Capitán general, Teniente general don Juan Bautista Sánchez González, que representaba a S. E. el Jefe del Estado; Gobernador civil, don Felipe Acedo Colunga; Gobernador militar, General Coco; Prelado de la Diócesis, doctor don Gregorio Modrego; el Ayuntamiento con el Alcalde, excelentísimo señor don Antonio M.^a Simarro; los Tenientes de Alcalde ilustres señores Torra-Balari, Coll, Jaumar de Bofarull y Pena; los Concejales ilustres señores Tous Caballé, Gil-Senís, Ibáñez, Pascual Graneri, Pérez Rosales, y el Secretario accidental de la Corporación, señor Serrallonga; el Presidente de la Diputación, Marqués de Castell-Florite, y el Diputado provincial señor Sedó Peris-Mencheta; Subjefe provincial del Movimiento, señor Solano; Jefe superior de Policía, señor Albert Rodríguez; Jefe del sector aéreo, Coronel Echeagaray; Comandante interventor de

la Armada, señor Echave, en representación del Almirante jefe del sector naval de Cataluña; Delegado de Hacienda, señor Laborda; el Vicerrector de la Universidad y Delegado provincial del Ministerio de Información y Turismo, señor Iglesias; Secretario de Ordenación Económica de la C.N.S., señor Viladás, en representación del Delegado provincial; Fiscal de Tasas, señor Aizpún, y otras autoridades.

Entre las personalidades asistentes había el Director del Instituto de Cultura Hispánica, don Alfredo Sánchez Bella; Delegado del Estado en el Consorcio del Puerto Franco y Procurador en Cortes, don Luis de Galinsoga; varios Cónsules generales con el Decano del Cuerpo consular, Mr. Brown, Cónsul de los Estados Unidos; el Vicario general de la diócesis y Canónigo deán, doctor don Juan Serra Puig, en representación del Cabildo catedralicio; el Canónigo doctor don Cipriano Montserrat; los señores Udina, Pich Salarich y Amat, en representación del Comité ejecutivo del Congreso Eucarístico; el Cronista de la ciudad, don Joaquín M.^a de Nadal; el Presidente del Colegio de Párrocos, monseñor Pujol; el Presidente de la Cámara de la Industria, señor Llopis; el Secretario de la Asamblea de la Cruz Roja, señor Uriach, y el Coronel de la misma, doctor Doménech; el Delegado de la Alcaldía, señor Ribé, con el Jefe de Ceremonial del Ayuntamiento, señor Gómez del Castillo; el Jefe de Protocolo del Gobierno Civil, señor Colom; el Jefe de Ceremonial de la Diputación, señor Pascual del Pobil, y otras muchas personalidades.

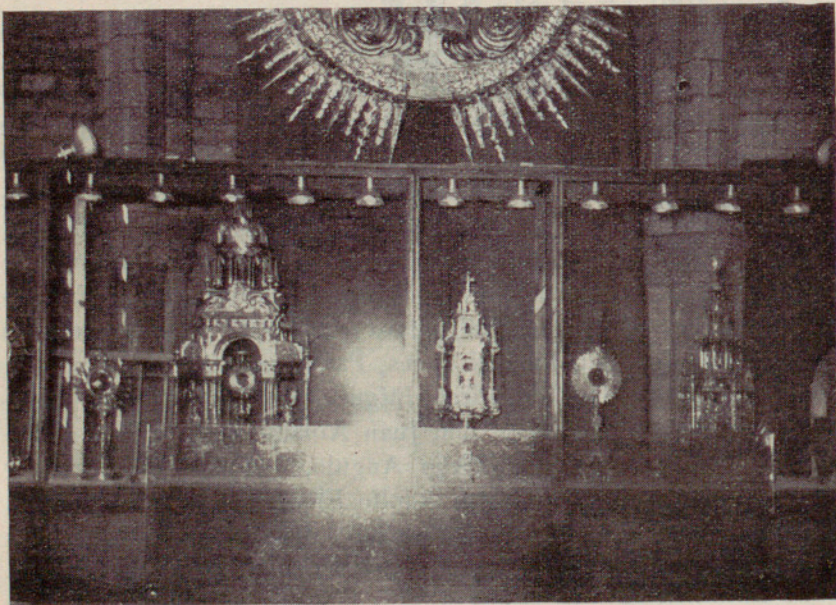
Los invitados fueron recibidos por algunos de los miembros del Comité ejecutivo de la Exposición, el cual estaba compuesto por el reverendo don Manuel Trens, Presidente; don Camilo Bas, don Francisco Iñiguez, don Juan Sedó Peris-Mencheta, don Juan Ainaud, don Martín Almagro, don Diego Angulo, don Agustín Durán y Sanpere, don Adolfo Florensa, don José Gudiol, don Enrique Lafuente, don Federico Marés, don Ernesto Martínez Ferrando y don Luis Monreal.



Aspecto de la Real Capilla de Santa Águeda al abrirse la Exposición de Arte Eucarístico



El excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, hablando en el acto inaugural de la Exposición de Arte Eucarístico



Detalles de la magna exhibición en la Sala del Tinell

La visita a la Exposición dió comienzo en las salas del Museo Histórico, y siguió luego hacia la Capilla de Santa Agueda.

Al llegar a esta sala, se procedió a la solemne inauguración, pronunciando un discurso el reverendo doctor Trens, el cual dijo que aquel soberbio conjunto de obras eucarísticas era el más grande homenaje de un pueblo hacia la Eucaristía. Esta Exposición — agregó — sólo podemos celebrarla los españoles, ya que no existe en ningún otro pueblo una colección de objetos artísticos eucarísticos, ni tan numerosa ni tan rica, como en España. Ella — terminó diciendo — nos habla de una manera viva de la gran piedad de nuestro pueblo hacia el Santísimo, expresada en obras de maravillosa inspiración y alto sentido religioso.

Las últimas palabras del doctor Trens fueron acogidas con aplausos.

A continuación, el Prelado, doctor Modrego, pronunció un discurso en el que ensalzó, en primer lugar, la magnífica labor desarrollada por la Comisión organizadora de la Exposición. Refiriéndose al contenido de aquella, el señor Obispo dijo que, en su conjunto, era la más grande y emotiva manifestación de fe de un pueblo amante de la Eucaristía, defendida a veces — agregó — sobre torrentes de sangre. Recordó, también, cómo muchos de los valiosos objetos allí expuestos eran donativos de reyes y de otras personas notables, los cuales, íntimamente unidos con el pueblo por la fe, crearon una nación unida y valerosa. El Prelado terminó anunciando que la Exposición sería visitadísima por los numerosos peregrinos de los cuarenta y ocho Estados que habían prometido su asistencia al Congreso.

Acto seguido, el Alcalde pronunció un breve discurso. Saludó en primer lugar al Capitán general, representante de S. E. el Jefe del Estado, y a las demás autoridades y personalidades, añadiendo que, con honor y satisfacción, Barcelona unía entusiasmada su voz a las otras tan prestigiosas — agregó — de este acto, para celebrar y solemnizar la inauguración de esta Exposición, magna manifestación de ferviente sentido apologetico, obra del amor, que todo lo puede. Lo que aquí se expone — prosiguió diciendo — abarca mil años de ejemplar historia, y la mayoría de objetos se hicieron bajo la iniciativa de todos los estamentos de la sociedad, y en ellos los orfebres pusieron el corazón. A todos las gracias — terminó diciendo — en nombre de la ciudad; y que ello sirva para mayor gloria de Dios, ya que quien honra a Dios se enaltece a sí mismo, y



Una de las joyas de la Exposición del Palacio Mayor

sirve también para honor de nuestro Caudillo y para gloria de España.

Al finalizar su discurso, el señor Simarro fué saludado con reiterados aplausos.

Por último, el Teniente general don Juan Bautista Sánchez González pronunció unas palabras inaugurando la Exposición en nombre de Su Excelencia el Jefe del Estado.

Terminados los discursos, la visita prosiguió hacia el Salón del Palacio Mayor, y, una vez recorrido éste, las autoridades fueron despedidas por los miembros del Comité ejecutivo.

Visita del excelentísimo señor Gobernador civil a las obras motivadas por el Congreso. —

Acompañado del excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, el excelentísimo señor Gobernador civil, don Felipe Acedo Colunga, y con asistencia de los ilustres señores Tenientes de Alcalde Delegados de los distintos servicios públicos del Ayuntamiento, visitó las numerosas e importantes obras que se realizaban en la ciudad para mayor esplendor del Congreso Eucarístico.

Se detuvo en las que se estaban llevando a cabo en la gran explanada de la Sagrada Familia, donde se celebraron importantes actos eucarísticos; siendo asesorado por los arquitectos municipales sobre la importancia y marcha de los trabajos.

Seguidamente, se trasladó a la estación terminal de los Ferrocarriles de Cataluña, en la plaza de Cataluña, donde recorrió los nuevos servicios de ella. Desde allí, y en uno de los nuevos trenes eléctricos de la Compañía, se trasladó a

visitar la gran obra del túnel subterráneo que se realiza entre las estaciones de Sarriá y Bonanova, recorriendo, interesado, diversos tramos de dichas obras.

A punto seguido vió los trabajos que, para los actos religiosos que tuvieron lugar en la plaza de Cataluña, así como la monumental fuente de la avenida de José Antonio-paseo de Gracia, en el último período de construcción y dispuesta para su pronta apertura. Después se trasladó a visitar las avanzadas obras de la Aeroestación de la plaza de España. De allí, el señor Acedo fué a Miramar, visitando las nuevas instalaciones de hospedaje que en tan bello lugar se llevaron a cabo, así como las viviendas que el Ayuntamiento de la ciudad construyó para substituir las ya derruidas barracas del camino de Casa Antúnez, y el tramo de carretera que une Miramar con el final del paseo de Colón.

Finalmente, visitó las monumentales obras de la plaza de Pío XII, siendo asesorado por los arquitectos y Jefes, mostrando su satisfacción por la grandiosidad de los trabajos y el acelerado ritmo con que se realizaban.

Acompañado por las autoridades citadas, visitó, también, las obras en las carreteras de acceso a Barcelona.

El Obispo de Mercedes fué portador de una imagen de la Virgen de Luján. — Arribó el día 9 de mayo al puerto de Barcelona el transatlántico argentino «Salta», en el que llegó el primer grupo de 390 argentinos que asistían al Congreso Eucarístico. Presidió la expedición el señor Obispo de Mercedes (Argentina), monseñor Anunciado Serafini, que fué portador de una imagen de la Virgen de Luján, patrona de la Argentina, exquisitamente tallada en aquel país por un artífice de origen español y que fué bendecida solemnemente por el Primado argentino, Cardenal Copello.

A su llegada, el Prelado de Mercedes fué recibido por el Cónsul general de la Argentina en Barcelona, don Alberto Varni; Vicecónsul, don Adolfo Ibáñez, y Canciller del Consulado, don Luis Loredo. Asimismo le cumplieron el Canciller Secretario del Obispado, doctor Pech, y el Jefe de los Servicios de Aduanas de la Estación Marítima, don Vicente Girbau, y un numeroso público, al que monseñor Serafini dió la bendición con la imagen.

Poco después, el Prelado argentino cumplimentó al doctor Modrego, en el Palacio Episcopal, y luego se retiró al lugar donde residió durante

su estancia en la ciudad, que duró hasta primeros del próximo junio.

La imagen, exquisitamente tallada, está revestida de riquísimos ornamentos de plata y oro, en los que figuran los escudos de la Argentina, Uruguay y Paraguay, Estados puestos bajo el excelso patrocinio de Nuestra Señora de Luján.

En plenas jornadas del Congreso, tuvo efecto, el día 28 de mayo, en la parroquial Basílica de Santa María del Mar, la solemnísimas ceremonia de la entrega oficial de la venerada imagen al Obispo de Barcelona. A la ceremonia asistió, asimismo, el Cardenal Caggiano Arzobispo de Rosario de Santa Fe.

Exposición de Rosarios. — En el Palacio de la Virreina, el día 10 de mayo, fué inaugurada la Exposición de Rosarios e Iconografía de la Virgen de Montserrat, organizada por Amigos de los Museos, como aportación al ciclo de exposiciones de arte que se celebran en Barcelona con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Asistieron al acto el ilustre Teniente de Alcalde Delegado de Cultura, señor Maluquer; el Diputado provincial señor Sedó Peris-Mencheta; el Presidente de Amigos de los Museos, señor Casas Abarca; el Director del Museo Diocesano, reverendo doctor Trens; el señor Alavedra, propietario de la colección de rosarios que figuraban en la exposición; el Jefe de Cultura del Ayuntamiento, señor Millet, y otras personalidades.

Abrió el acto el doctor Trens, quien pronunció unas breves palabras exaltando el sentido de fervorosa aportación al mayor esplendor del Congreso Eucarístico, que distingue a la exposición inaugurada, filial homenaje a Nuestra Señora de Montserrat, excelsa Patrona del Congreso. También expuso brevemente las características más relevantes de la exposición, en la que figuraban rosarios auténticamente maravillosos.

Finalmente el señor Maluquer declaró inaugurada la exposición, que fué visitadísima.

La Jornada de la Juventud Católica Femenina. — Se celebró el domingo, 11 de mayo, con gran solemnidad y brillantez, en el parque del Colegio del Sagrado Corazón de Sarriá, la magna jornada de la Juventud Católica Femenina de Barcelona, a la cual acudieron millares de muchachas de los diversos centros parroquiales y entidades de la ciudad. Todas ellas iban tocadas con mantilla blanca, uniformidad que prestaba al acto la máxima espectacularidad y prestancia, realizadas por la belleza del marco en que se celebraba. La

ceremonia comenzó con un Oficio celebrado por el Canónigo doctor Vilaseca, terminado el cual tuvo lugar una procesión en torno del parque, encabezada por el desfile de los banderines y estandartes de las diversas organizaciones, y durante la cual las jóvenes entonaron a coro las preces y cánticos prescritos por el Congreso. Con el canto del himno de éste, fué recibido el Prelado, doctor Modrego Casaus.

El Prelado dirigió su palabra desde el altar erigido en un extremo del terreno, felicitándose de aquel acto de devoción preparatorio del Congreso Eucarístico Internacional. «Esto — manifestó — nos dice lo que va a ser nuestro Congreso. El domingo pasado eran los jóvenes que se reunían en el "Pueblo Español", enfervorizados hasta el delirio para cumplir con sus deberes de cristianos y de católicos y contribuir de la manera más eficaz y fecunda al éxito del Congreso. Y hoy sois vosotras las que proporcionáis este no menos consolador espectáculo.

Unos y otros — prosiguió diciendo — estáis pregonando en voz alta y elocuente de qué vais a ser capaces en las jornadas culminantes del Congreso, que puede decirse ya está en marcha, no sólo en Barcelona, sino en todo el resto de España, donde se celebran actos como la conmovedora concentración de Linares, que agrupó a más de 30,000 personas».

El doctor Modrego terminó exhortando a las jóvenes de Acción Católica a seguir por este camino de abnegación, de fe católica en la Santísima Eucaristía, por alcanzar la verdadera paz y la justicia del cielo.

El Obispo fué despedido con fervoroso entusiasmo y aclamaciones, entonando nuevamente todas las muchachas las estrofas del Himno del Congreso Eucarístico con singular devoción.

Llegada de peregrinaciones americanas. — Fondeó, también, el día 11, en la Estación Marítima, el gran transatlántico «Conte Biancamano», procedente de Buenos Aires y escalas, a cuyo bordo llegaron varias peregrinaciones americanas que se dirigieron a Barcelona para asistir al Congreso Eucarístico. Entre ellas figuraban grupos de representaciones de las Ordenes Mercedaria, Carmelitana y de la Divina Providencia, de la Argentina, Chile y otros países del Nuevo Mundo.

Habían, asimismo, varios sacerdotes y religiosos americanos que venían particularmente con el mismo objeto. Una gran peregrinación franciscana argentina desembarcó en Lisboa y se dirigió a Cataluña después de visitar los principa-

les santuarios de Portugal y España. También desembarcó en la capital lusitana una peregrinación brasileña. Los peregrinos llegados en el «Conte Biancamano» fueron recibidos a bordo por el Obispo de Mercedes, monseñor Serafini.

Los peregrinos exteriorizaron su alegría por encontrarse en Barcelona, y al bajar a tierra vitorearon a España, a sus países, al Papa y al Congreso Eucarístico. Manifestaron que en todos los transatlánticos que se dirigían a Barcelona más del 50 por 100 del pasaje lo formaron congresistas, y que en algunos buques alcanza a la totalidad.

La Custodia de Toledo. — A primeras horas de la noche del día 13 de mayo llegó a Barcelona la famosa custodia de la Catedral de Toledo, que se exhibió en la Exposición Nacional de Arte Eucarístico Antiguo y que el 1.º de junio presidió, portando el Santísimo, la solemne procesión de clausura del XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Esta pieza magnífica y única de orfebrería mundial vino debidamente acondicionada en un camión escoltado por fuerzas de la Guardia Civil, precediendo un automóvil ocupado por los delegados del Cardenal Pla y Deniel y del Cabildo toledano, reverendos doctores don Gerardo Sánchez Pascual, don Agustín García Guisasola y don Juan Esteban Sevilla, quienes ostentaban las dignidades de Deán, Mayor de Reyes y Comisario del Tesoro, respectivamente.

La expedición partió de Toledo el día 12, a las ocho de la mañana, habiendo recorrido unos 800 kilómetros en dos etapas. Fueron llevados también, en el mismo camión, otros objetos valiosísimos, entre ellos la casulla de Sancho II, del siglo XIII; la capa bordada del Cardenal Mendoza, del siglo XV; la famosa capa de terciopelo cortado con punto de tijeras, del siglo XVI; el copón del altar mayor de la Catedral de Toledo, que sirve para las reservas en la semana del Corpus Christi, con esmaltes, del siglo XVIII; el cáliz denominado de «la reina mora», con el que se consagraba para dar la Comunión en las dos especies, etc., y algunas piezas valiosas enviadas por la Catedral de Astorga. Las capas fueron expuestas en la Exposición «La seda en la liturgia», que, organizada por el Colegio del Arte Mayor de la Seda de Barcelona, se inauguró en la Capilla del antiguo Hospital de la Santa Cruz.

Aguardaban en la plaza del Rey, donde rindió viaje la expedición, el Diputado provincial señor Sedó Peris-Mencheta y varios miembros del Co-

mité Permanente de la Exposición Nacional de Arte Eucarístico Antiguo; el Presidente del Colegio del Arte Mayor de la Seda, don Federico Bernades, y otras personalidades, así como numeroso público, pese a lo avanzado de la hora.

La custodia, cuidadosamente embalada y contenida en una firme jaula de madera, cubierta con un denso tejido impermeable, llegó sin novedad, así como todos los restantes objetos. Inmediatamente las brigadas de obreros iniciaron la descarga y conducción al salón gótico del «Tinell», bajo la personal dirección del carpintero mayor de la Catedral de Toledo, don Miguel Pantoja, y de dos auxiliares suyos, llegados todos ex profeso a esta ciudad. Dado el peso de la valiosa joya —unos 700 kilogramos— los trabajos de emplazamiento se llevaron a cabo con gran lentitud y sumo cuidado, quedando terminados después de la media noche.

Fué la primera vez que la custodia salió de la Imperial Ciudad por espontánea decisión de la Mitra primada, pues ni siquiera durante el Congreso Eucarístico de Madrid, celebrado en 1911, autorizóse su traslado, lo cual constituye sin duda alguna una especial distinción al Congreso de Barcelona. Durante la ocupación marxista, desvalijaron los rojos casi todas las piedras preciosas contenidas en el viril de oro, las cuales, pese a las gestiones desplegadas por el Gobierno del Caudillo de España y en el extranjero, no han podido recuperarse. Al ser liberada Toledo, hallóse la custodia en un departamento de la Catedral profanada, a punto de ser llevada al extranjero, lo cual milagrosamente pudo evitar el rápido avance de las fuerzas nacionales que rescataron la ciudad.

Los reverendos doctores Sánchez Pascual, García Guisasaola y Esteban Sevilla cursaron inmediatamente telegramas a Toledo comunicando que la custodia había llegado sin novedad a Barcelona.

El artífice flamenco Antonio de Arfe, autor de las también famosas custodias de Córdoba y Ávila, labró la de Toledo, comenzando el trabajo en 1517, al que dió cima en 1524. La tradición refiere que se construyó con el oro y la plata traídos de América; su coste total excedió de un millón de maravedises. Es de estilo gótico, de forma exagonal, estando formada por varios haces de columnitas góticas y adornada con doscientas sesenta estatuillas. Su viril de oro pesa 16 kilogramos. Más tarde eliminóse todo el armazón de hierro que la sostenía, y en 1594 fué dorada por Diego de Valdivieso, bajo la dirección de Fran-

cisco Merino, el cual siguió para ello las instrucciones consignadas en la memoria de Arte.

Para su conducción a Barcelona fué embalada en presencia del Comisario general del Patrimonio Artístico Nacional, señor Iníguez, habiendo sido desmontados solamente el viril y la cruz de perlas que remata la cúpula.

La Jornada Sacerdotal Eucarística. — El día 14 de mayo empezaron, en el Seminario Conciliar, los actos de la Jornada Sacerdotal Eucarística, preparatoria del Congreso, de la Diócesis de Barcelona, presididos por el Prelado, doctor Modrego.

Más de cuatrocientos sacerdotes asistieron, en la Capilla del Seminario, a la Hora Santa, en la que fué expuesto el Santísimo. El doctor Serrat, Arcipreste de Granollers, pronunció un sermón sobre el tema «El sacerdocio y la Eucaristía». La Capilla presentaba severo e impresionante aspecto.

Por la tarde, en el salón de actos, lleno a rebosar de sacerdotes, abrió la sesión el doctor don Alejandro Pech, Canciller secretario del Obispado, quien explicó distintos detalles de la participación de los sacerdotes en los actos del Congreso, singularmente en lo que hace referencia al Día de la Caridad y la Comunión de los enfermos. El doctor don José Gros detalló los actos infantiles del Congreso, subrayando el papel que en cada uno de ellos tendría la parroquia y los sacerdotes.

A continuación, el Prelado pronunció una vibrante alocución, que comenzó diciendo:

«Hasta ahora se os ha hablado de vuestra participación externa, pero yo quiero resumir en pocas palabras cuál es el sentido de vuestra profunda e interna misión sacerdotal en el acontecimiento que preparamos: Aprovechad el Congreso para meter en las almas la caridad de Cristo. En ese apretarse de toda la Cristiandad en torno a la Eucaristía para glorificar de una manera solemne y grandiosa como jamás se hizo hasta ahora, vosotros, sacerdotes de Barcelona, debéis ser el cogollo: os corresponde la mayor proximidad y la mayor intimidad; debéis ser los avanguardistas de esta empresa de fe, unidad y amor. El mundo de pecado se inquieta y ha empezado a movilizarse; si el espíritu del mal no se inquietara y sembrara cizaña, señal que el Congreso reportaría pocos frutos de gloria a Dios, y bien a las almas; intenta el demonio plantear mezquindades y dividir el pueblo de Dios; estad firmes en vuestro objetivo único y exclusivo; no

perseguimos otro fin que la gloria de Dios, la pacificación de las almas y la pacificación del mundo.»

Se extendió luego el señor Obispo sobre los bienes de todas clases que reporta el Congreso y el sentido humano del mismo, explicando con qué optimismo verá surgir una barriada con dos, tres o cuatro mil viviendas que recordarán los beneficios sociales del Congreso de Barcelona.

«Vuestra acción ministerial debe entregarse totalmente: prestaos, mientras lo consienta vuestra salud. Y sobre todo preocupaos de vuestra santificación personal con ocasión de este chorro de gracia que Dios derramará sobre Barcelona con motivo del Congreso. Pedid al Señor conciencia viva y actual de vuestro ser sacerdotal que el Señor os mantenga y aumente el espíritu de fe, y que el contacto con las miserias del mundo no empañen la íntegra transparencia de vuestra vida; sed como el sol que se posa sobre el lodo sin mancharse.» Todavía departió largamente sobre los varios aspectos concretos de la misión del sacerdote en el Congreso, y comunicó a los asistentes las varias gracias y concesiones de la Santa Sede en orden a los ministerios sacerdotales durante los días del Congreso.

Con un acto eucarístico en la Capilla y el canto del himno del Congreso terminó esta jornada, una de las más fructíferas en la preparación del mismo.

Concentración de escolares.—El sábado, día 17 de mayo, efectuóse en la plaza de Cataluña, al pie de la soberbia cruz que en el centro de la misma se levantó, lo que fué el primer acto emotivo del Congreso.

Más de diez mil niñas y niños de los diversos colegios de enseñanza primaria, media y bachillerato, se congregaron allí para rendir tributo de adhesión y simpatía a los fines de nuestro Congreso Eucarístico Internacional. Según estaba previsto, una vistosa comitiva, encabezada por las banderas nacionales y vaticanas, saliendo de la parroquial Iglesia de Santa Ana, fué portadora de las imágenes de Jesús Niño y de la Virgen de Montserrat, patrona del Congreso, hasta el pie de la cruz monumental, para ser colocadas en la tribuna al efecto levantada.

Eran portadores de la imagen de Jesús Niño los alumnos del Colegio de Santa Isabel, de Sarriá; la Virgen de Montserrat era portada por las alumnas del Grupo Escolar Pedro Vila, vestidas de blanco. Figuraban, también, en la procesión, las escolanías de Nuestra Señora de Pom-

peya, padres jesuítas y padres carmelitas. La llegada de la comitiva religiosa fué saludada con el canto de la Salve y el himno del Congreso. Rezóse después el mes de María con cánticos, y, a continuación, el niño Luis Rietg de Llovet, del Colegio de Santa Isabel, elegido por sorteo entre todos los colegios y colegiales de los mismos, dió lectura de manera admirable, clara, modelo de entonación y de expresión, al pregón infantil del Congreso, siendo al final calurosamente ovacionado.

Habló después el Canónigo doctor Tusquets, para alentar a la juventud a que aporte al Congreso su máximo entusiasmo.

Finalmente, dirigió la palabra a los reunidos el doctor Modrego, quien, con su fácil y elocuente palabra, entusiasmó a los pequeños oyentes, de los que arrancó entusiastas «sí» de adhesión a las consignas que él les proponía. Hizo un cáldido elogio del espectáculo que presenciaba, con emoción indecible — dijo —, y que le hacía prever cuál habría de ser el entusiasmo que ya en pleno Congreso sentirá nuestra infancia y juventud. Exhortó a los pequeños a que laboren — y en ello con el mayor entusiasmo — por el éxito del Congreso, haciendo que, aquellos que puedan estar aún remisos, por el poder persuasivo de un hijo, entre besos, caricias y abrazos, puedan sumarse también al mismo y contribuir a ese éxito que se prevé ya y que todos esperamos.

Fué el doctor Modrego entusiásticamente ovacionado, se dieron vivas al Congreso, al Papa, a Franco y a Barcelona, y en medio del más grande entusiasmo, con el himno del Congreso, ejecutado por una banda militar y coreado por las escolanías y todo el público que llenaba la anchurosa plaza hasta más no poder, se dió por finido el tan simpático acto.

Al mismo asistieron, a más del doctor Modrego Casaus, don Santiago Udina, Presidente del Comité Ejecutivo del Congreso; doctor don José Gros, Canónigo, Director de la Comisión de Actos Escolares; doctor Tusquets, Vicedirector de la misma; señor Aragay, por la Comisión Ejecutiva; ilustre señor Sancho Vecino, Delegado provincial del SEM; don Francisco de A. Ros, Secretario de la Comisión organizadora del acto, y otras muchas personalidades y comisiones.

Durante el acto se dieron suelta a varios globos, que eran portadores de las enseñas nacional y del Vaticano, y se dispararon gran número de carcasas. El popular «Quimet», voz animadora de las emisiones radiofónicas del Congreso, no podía faltar; saludó a los niños y niñas congre-

gados, antes del acto, acompañado de su mentor y guía el señor Guimerá, y fué su intervención muy celebrada. A las doce y cuarenta minutos, dió fin el solemne acto, en medio de un entusiasmo indescriptible por parte de las colegialas y colegiales asistentes al mismo.

La Cruz Monumental de la plaza de Cataluña.

— El mismo día, por la tarde, se celebró, en el centro de la plaza de Cataluña, otro magno acto preparatorio del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Desde mucho antes, las aceras de la plaza estaban abarrotadas de público, así como los balcones y terrazas de los edificios vecinos, muchos de los cuales encendieron iluminaciones que prestaron gran brillantez al encuadre de la ceremonia. Se dispusieron servicios de altavoces, para que los millares de espectadores pudiesen seguir los parlamentos y los detalles del acto.

Reuniéronse en el centro de la plaza, entre otras autoridades y presonalidades, el Secretario general del Gobierno Civil, señor Segura Lago, en representación del señor Acedo Colunga; el Gobernador militar de la plaza y provincia, Gé-



La Cruz monumental de la plaza de Cataluña
vista de frente

neral Coco Rodríguez; el General jefe de la zona de la Guardia Civil, señor Pastor; los Generales Poig Mora y Caballero; el Presidente de la Audiencia, señor Castello Madrid, con el Fiscal, señor Gonzalvo; el Vicepresidente de la Diputación, en funciones de Presidente, señor Fernández Ramírez; el Comandante Echave, en nombre del Jefe del Sector Naval; el Vicario general de la Diócesis, doctor Serra Puig; el Delegado de Hacienda, señor Laborda; el de Industria, señor de las Peñas, con el Secretario de la Delegación, señor García Martí; el Delegado del Ministerio de Información y Turismo y Vicerrector de la Universidad, doctor Iglesias Santos, con el Secretario de la Delegación, señor Vila Fradera; el Jefe superior de Policía, señor Albert Rodríguez; el Administrador de Correos, señor Granda; el Jefe de Telégrafos, señor Bueno, y el Subjefe provincial del Movimiento, señor Solano.

La Corporación municipal, organizadora del acto, estaba representada por el excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, con el ilustre Secretario, señor Serrallonga, y los ilustres Concejales señores Rosal, Coll, Casanova, Gil-Senís, Pena Cardenal, Jaumar de Bofarull, Carballo, Pérez Rosales, Ibáñez Farrán, Torra-Balari, Roger Gallés, Segón, Torras Ventosa, Compte Pi y Tous Caballé; el Jefe de Ceremonial, señor Gómez del Castillo; el de la Guardia Urbana, señor Vendrell, y el Secretario-Enlace del Ayuntamiento, señor Felú.

Asistieron, también, representaciones consulares, entre las cuales figuraban el Cónsul de los Estados Unidos, señor Brown; el de la Argentina, señor Varni, con el Canciller, señor Loredo; el de Rumania, señor Bonet; el de la República Dominicana, señor Figuerero; el del Uruguay, señor Previtali; el de Francia, señor Perier, y otros.

Las citadas personalidades recibieron y cumplieron al Capitán general, Teniente general don Juan Bautista Sánchez González, que llegó a las ocho de la tarde, y pocos minutos después, al Obispo de la diócesis, doctor Modrego Casaus, acompañado del Canónigo doctor Vilaseca; del Párroco de Santa Ana, doctor Pujol, y del Presidente de la Comisión de Hospedajes del C.E.I. y ex Teniente de Alcalde, don Federico Amat.

A continuación, las autoridades y personalidades se situaron en el estrado dispuesto al efecto. Antes de que diera comienzo al acto, y exactamente a las ocho y diez, se encendió la vistosa iluminación de la cruz monumental, erigida en el centro de la plaza, que era de luz indirecta en el

pedestal y fluorescente en la cruz que lo remata. El momento fué de espectacular belleza, siendo saludado con una cerrada ovación.

Extinguida ésta, habló el señor Udina, Presidente del Comité ejecutivo del Congreso y Presidente del Consejo Diocesano de Acción Católica.

Hizo luego uso de la palabra el Alcalde de la ciudad, don Antonio M.^a Simarro, quien pronunció las siguientes palabras:

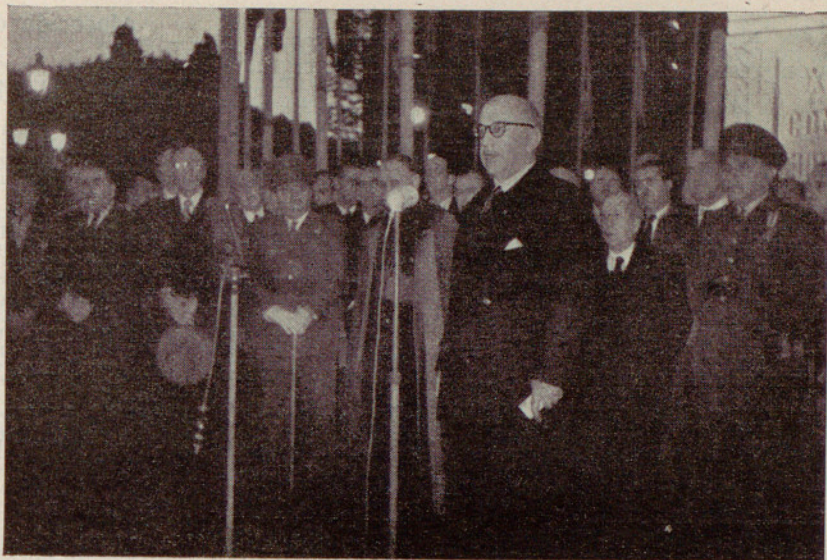
«Dentro de pocos días va a comenzar el Congreso Eucarístico Internacional que todos esperamos. Es la segunda vez que a España se le confiere el honor de ser sede de un Congreso Eucarístico Internacional y la primera que tal honor corresponde a nuestra ciudad. Barcelona, ciudad católica, cosmopolita y española, siente profundamente tal honor. En nombre de Barcelona levanto mi voz para expresar estos sentimientos. Barcelona se ofrece al C.E.I., porque es ciudad católica en su tradición milenaria y en su actualidad espléndida; porque en este equilibrio y ponderación mediterráneos, que constituyen el complejo de nuestra ciudad, predomina el sentimiento religioso.»

Aludió a continuación a la vibración que se experimenta en la ciudad ante el magno acontecimiento, y que, a fuer de cosmopolita, Barcelona interpreta la Catolicidad como convivencia de todas las gentes de todas las razas y acoge de

modo permanente a cuantos vengan a ella con espíritu de buena voluntad, máxime en ocasión como ésta, en que acuden para honrar a Dios, en quien se realiza la más sublime unión entre los hombres. Se refirió luego a la síntesis de la Catolicidad y la universalidad que distingue a España, sobre todo en los momentos culminantes de su historia, y terminó diciendo que «Barcelona se ofrece al Congreso, ofrece sus calles, sus plazas, sus edificios y su corazón, correspondiendo así a su responsabilidad ante Dios, ante España, el Caudillo y el mundo. Para satisfacer esta responsabilidad se necesita voluntad firme de proseguir el camino de nuestro engrandecimiento, para cumplir la misión de la ciudad de proporcionar bienestar a sus habitantes, gloria a España y enaltecimiento a la Religión».

El señor Simarro fué muy aplaudido al final de su alocución.

Al disponerse a dirigir la palabra al innumerable auditorio, el doctor Modrego fué calurosamente aplaudido por el público, y correspondió con su bendición a las ovaciones. Terminadas éstas, comenzó expresando su gratitud por la colaboración de las autoridades y del pueblo de Barcelona en el C.E.I. «Barcelona — manifestó — ha llenado al mundo de su nombre y de su empresa.



El excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, hablando en el acto preliminar del Congreso Eucarístico Internacional



El ilustrísimo y reverendísimo señor Obispo, doctor don Gregorio Modrego, en la ceremonia inaugural de la Cruz de la plaza de Cataluña

Los millares de cartas que se reciben en el Congreso demuestran el entusiasmo congresista y la admiración por Barcelona.» Dijo luego que nuestro Congreso será, entre todos los habidos, el que mayor número de extranjeros acoja. Este triunfo demuestra la pujanza de la ciudad y la fina sensibilidad con que sabe amar, creer y sentir. Se refirió luego al brillante acto escolar celebrado por la mañana en la misma plaza de Cataluña, y al ejemplo que va a dar al mundo nuestra ciudad, profundamente acogedora y profundamente católica. Los días que vivimos — prosiguió — son de opresión del espíritu por la materia. Esta cruz que se alza en el centro de los afanes materiales de la ciudad simboliza que ésta ha exteriorizado que sobre los mismos prevalecen sus impulsos espirituales, como prevalece el amor sobre el odio y la paz sobre la guerra.

Señaló más tarde que el objeto del Congreso es demostrar que mientras Cristo no entre en las almas y el mundo se acoja a la protección del azul manto de la Virgen, no habrá unidad, ni amor, ni paz. La ira de Dios, ofendido por tantos pecados, exige que la humanidad ponga en la balanza de su justicia un peso enorme de méritos. Hace ya muchos meses que este Congreso ha suscitado oraciones y sacrificios que están abriendo sobre la ciudad la bendición de los cielos e inclinando al Señor a la misericordia. Ello nos ha de hacer bendecir a las almas que ofrecen sus dolores por la redención de la humanidad a través del Congreso. «Ante esta grandeza espiritual, dejemos a nuestros enemigos que digan lo que quieran y que proclamen que a nosotros nos inspiran otros fines — concluyó —. El único que nos mueve es proclamar que Dios está sobre todo, y que el amor prevalece sobre los odios y la paz sobre la lucha.»

Una enorme ovación cerró las palabras del Prelado.

Cerró el acto la interpretación del Himno del Congreso por la Schola Cantorum del Seminario y el Orfeón Laudate, dirigido por el maestro Colomer de Romero, acompañados por la sección de instrumentos de viento de la Orquesta Municipal, dirigida por el maestro Bonell Chanut, que fué coreado por la inmensa multitud. A continuación se ejecutó el himno nacional, que fué escuchado en religioso silencio y aplaudido a su terminación.

El prelado y las autoridades fueron entusiastamente ovacionados cuando se retiraron por entre la multitud.

Alocución del reverendísimo señor Obispo. —

Texto de la alocución del señor Obispo en la inminencia del Congreso :

La llegada de los primeros congresistas de allende los mares, nos anuncia la inminencia del Congreso.

Los solemnísimos actos preliminares que tuvieron lugar el sábado último en la plaza de Cataluña, y los cultos eucarísticos que con fervor y en mayor número se celebran estos días, templan los espíritus y los preparan para la digna celebración de las grandes jornadas del Congreso.

El ambiente va cargándose (¡ dulce carga !) de piedad eucarística, no sólo en nuestra ciudad, sino también en nuestra diócesis, en España y en el mundo católico.

Las Comisiones del Congreso aceleran e intensifican sus tareas para que todo esté a punto el día 27, en que dará comienzo la gran solemnidad eucarística.

Los que con sus cánticos gregorianos o polifónicos han de animar las fiestas y han de contribuir a hacerlas más agradables, y que suman varias docenas de miles de cantores, trabajan sin descanso para que su intervención sea modelo por el arte y la piedad.

Sentimos, en estas horas vesperales, la necesidad de escribiros, amados diocesanos, para daros nuestras últimas consignas generales. Las propias para cada uno de los días del Congreso os las daremos oportunamente, si logramos disponer entonces del tiempo necesario.

A) Para significar externamente vuestra adhesión al Congreso lucirá sobre vuestro pecho la insignia o medalla de congresista ; engalanad vuestras ventanas y balcones ; toda la ciudad tenga aire de fiesta.

B) Si siempre, mucho más los días del Congreso, hemos de vivir en gracia de Dios, y hemos de santificarnos más y más con la recepción de los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunión, y con esa limpieza de alma, con fervor religioso y con sentimientos de profunda piedad, tomad parte en los actos del Congreso.

C) Sed a todos vivo ejemplo de virtudes cristianas. Congresistas de todo el mundo nos mirarán y hemos de hacernos un sagrado deber que se vayan edificados de nuestra conducta religiosa-moral y social. Que todos puedan alabar nuestro catolicismo limpio y lleno del espíritu del Evangelio, y que las virtudes de hospitalidad, hidalguía y nobleza que siempre fueron gala de nuestro vivir ciudadano, una vez más sean admiradas por cuantos nos visiten.

D) En nuestra primera alocución de hace más de un año anunciadora del Congreso, dijimos que queríamos que los días del Congreso fuesen días santos. Hoy, ante la proximidad de esos días, os exhortamos a todos a procurar que sean como los soñamos. Llámelo todo el amor y el culto a Jesucristo Sacramentado. Nuestros templos, nuestros hogares, nuestras calles, plazas y avenidas, hasta nuestros centros de recreo, respiren piedad eucarística, estén impregnados de espíritu religioso.

E) Sean los días del Congreso días de verdadera fraternidad. Serán días de unidad, de amor y de paz. Vivamos, pues, con arreglo a ese sublime ideal. Ha de evitarse todo aquello que, aun dentro de lo lícito nos divida o pueda dividir y distanciarnos. Al Congreso hemos de aportar solamente esto, que es lo que constituye nuestro verdadero patrimonio espiritual común a todo el mundo católico: Nuestra fe y nuestro amor a Dios, concretados en la fe y amor a Jesucristo Sacramentado y nuestra caridad para el prójimo, de la que es fuente abundosa e in exhausta la Santísima Eucaristía.

F) Todo cuanto hagamos en servicio y ejercicio de ese amor a la Eucaristía de tan honda raigambre en el corazón de nuestro pueblo, será poco. A este propósito os advierto que no os dejéis impresionar por quienes murmuren como murmuraron contra Magdalena cuando ésta quebró el frasco de esencias que vertió en los pies de Jesús. Aquel de quien todo lo recibimos, merecedor es de que se lo demos todo. Por lo demás, la historia del Cristianismo demuestra que a mayor generosidad en el culto de Dios, responde mayor beneficio para los pobres de Cristo. Quebrar frascos de esencia en culto a Jesús es abrir corazones a la magnanimidad y la caridad desbordada. Nuestro Congreso lo está demostrando. Al calor del mismo se está haciendo mucho bien a nuestros pobres y menesterosos, y se hará mucho más. Los barceloneses, al par que dan para los cultos extraordinarios, se muestran generosos en aportar millones y millones para procurar a los más menesterosos viviendas dignas para que en ellas tengan donde reposar su cabeza Jesús viva y realmente representada en los pobres. El indulto generosamente otorgado, las obras públicas nacionales y municipales animadas con ocasión del Congreso, bien comprendido por nuestra respetable autoridad; la gran caridad que se hará el día del dolor con generosísimas limosnas; todo eso es mucho y no es todo, porque queremos que el Congreso Eucarístico sea

el Congreso de la generosidad cristiana llevada a los límites máximos.

Todos hemos de hacer algo en beneficio de nuestros prójimos, desde el perdón, magníficamente otorgado, y la consiguiente reconciliación de los que están enemistados (¡cómo se acercarían al altar sin esta reconciliación!) hasta la dádiva material en la medida posible. El vecino que posee dé a su vecino que carece de lo necesario; los patronos hagan sentir a sus obreros ese efecto benéfico del Congreso, mostrándose generosos con ellos, seguros de que así agradan más a Jesús. Varios patronos nos han manifestado su decidido propósito de mostrar esa generosidad.

Un Congreso Eucarístico es sublimación del amor a Jesucristo y a nuestros hermanos en Jesucristo. No habrán comprendido bien el Congreso ni lo vivirán como es debido quienes no entreguen su corazón a Dios y abran sus manos a la asistencia amorosa y generosa a sus hermanos. Bien sabemos Nos que hemos de ir delante con nuestro ejemplo.

Nada más por hoy, mis amadísimos diocesanos. Haced que el Congreso sólo bienes de todo orden reporte. Para eso, orad, excitad entusiasmos y optimismos, sed abnegados, sacrificados, generosos.

Y Dios nuestro Señor os bendiga a todos como Nos os bendecimos del fondo de nuestra alma.

Barcelona, 19 de mayo de 1952. — GREGORIO, Obispo de Barcelona.

El Pregón del Congreso.—Pronunció el día 25, en el cine Coliseum, el Pregón del Congreso Eucarístico, el eminente orador y académico Federico García Sanchiz ante un público numerosísimo, que esperaba la vibrante alocución de apertura del Congreso.

Presidieron el acto los Obispos de Barcelona, doctor Modrego; de Madrid-Alcalá, doctor Eijogaray; Gobernador civil, don Felipe Acedo; Alcalde, don Antonio M.^a Simarro; Vicepresidente de la Diputación, señor Fernández Ramírez; Teniente de Alcalde, señor Torra-Balari, así como otras jerarquías de nuestra ciudad.

Inició el orador su Pregón evocando la figura de San Pascual Bailón, y recordó que los congresistas que se reunieron en Madrid en 1911 fueron en peregrinación hasta la iglesia de Villarreal para venerar las reliquias del Santo de la Eucaristía, que fueron destruidas durante nuestra guerra de liberación.

A continuación recordó la figura del Sumo Pontífice, que ha concedido la celebración de este

Congreso, y que por eso mismo puede ser considerado como uno de los grandes Papas eucarísticos. El orador glosó la personalidad de Su Santidad con palabras llenas de emoción, poniendo de relieve los innumerables cuidados que pone en las tribulaciones del mundo presente. «En tanto los políticos aderezan manjares con excitantes especias, Pío XII no ofrece más que pan. Este Pan ha sido ahora concedido a España», dice, y subraya la profundidad del catolicismo español, tan arraigado en nuestro solar.

Evocó después los privilegios eucarísticos de España. El Santo Grial, de Valencia, y la maravillosa exposición de custodias que ha enriquecido nuestra ciudad en estos días, cuya culminación es el cuerpo de Jesús de las Reales de Madrid, que tiene el Sagrario en el costado, a pesar de estar muerto.

Dedicó a continuación unas palabras a describir con maestría nuestra ciudad de Barcelona, presentando sus méritos y su vida diaria, y trazó un magnífico retrato de nuestro Obispo, doctor Modrego, señalando sus desvelos en pro del Congreso que va a celebrarse.

El momento de mayor emoción de su charla fué cuando anunció que el Cardenal legado de Su Santidad dará, en el acto final del Congreso, la bendición con la Custodia de Toledo a una ingente multitud.

Al final de su disertación invocó al Sacramento de la Eucaristía, la Paz que el mundo necesita en estos momentos.

Las últimas palabras del orador fueron acogidas con una salva de aplausos de la multitud contagiada de entusiasmo.

La Feria del Libro Católico. — Fué inaugurada el día 26 la Feria Nacional del Libro Católico, organizada por el Ministerio de Información y Turismo, con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Estaba instalada en la rambla de Cataluña, en el trozo comprendido entre la avenida de José Antonio y la calle de Valencia, y la formaban un conjunto de cincuenta y dos casetas, además de la del Instituto Nacional del Libro Español y la del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

En ella tomaron parte las principales editoriales y librerías de carácter católico de nuestro país, y en sus puestos se exhibían libros totalmente católicos. Del montaje de la feria cuidó el Instituto del Libro Español, el cual editó un magnífico catálogo de trescientas cincuenta pá-

ginas, conteniendo más de seis mil títulos de libros católicos editados desde 1939 en nuestra patria, que resulta interesantísimo, y que es una verdadera aportación a la bibliografía de carácter religioso.

A la inauguración asistieron los Directores generales de Propaganda, que ostentaban la representación del Ministro de Información y Turismo, señor Pérez Embid; de Prensa, don Juan Aparicio; el Secretario general del Instituto Nacional del Libro Español, don Antonio Macipe; el Delegado y Secretario de la Delegación Provincial del Ministerio de Información y Turismo, señores Iglesias y Vila Fradera; Teniente de Alcalde Ponente de Cultura, señor Maluquer; Concejales señores Fuentes Martín y Baixas de Palau; Decano de los librerías barceloneses, don Antonio Palau; Director del Instituto Británico, señor Walter Starquie, acompañado del señor Prady; Director de la Biblioteca Central, señor Mateu Llopis; reverendo Manyá, por el Jefe del Sector Naval, Director del Instituto de Estudios Europeos, señor Prat Ballester, y otras personalidades.

En primer lugar las autoridades y personalidades recorrieron las distintas casetas, examinando los principales libros que en las mismas se exponían, y, por último, en la caseta del Instituto Nacional del Libro Español fueron obsequiados con un aperitivo.

Exposición sobre la Liturgia y la Seda. — Se abrió la exposición que, bajo el título de «La liturgia y la seda», montó el Colegio del Arte Mayor de la Seda, en la Capilla del antiguo Hospital de la Santa Cruz.

Con esta extraordinaria exhibición de tejidos y prendas litúrgicas de extraordinario valor y antigüedad, quiso honrar el Colegio, digno sucesor del «Gremi de Velers», cuya antigüedad se remonta al siglo XIII, las solemnidades barcelonesas del Congreso.

Las prendas y tejidos expuestos, procedentes de diversas colecciones, pueden considerarse objetos únicos, pues la tradición artística de nuestra patria hace que estas colecciones sean las mejores del mundo en su género. Se exponían en la misma piezas procedentes de Toledo, entre las que destacan la capa del Infante Don Sancho, unos tejidos coptos del siglo VII; el terno de San Valerio, y la capa de San Fructuoso; el frontal de Tarragona y otros tejidos y prendas de enorme valor.

Asistieron al acto representantes de las primeras autoridades, gran número de Prelados ex-

tranjeros y numeroso público. Pronunció unas breves palabras, explicando el sentido de la exposición, el Presidente del Colegio del Arte Mayor de la Seda, don Manuel Balcells, a las que contestó, en nombre del excelentísimo señor Alcalde de la ciudad, el ilustre señor Concejal don Juan Gil Senís.

Entrega del altar de la plaza de Pío XII. —

Se celebró en la plaza de Pío XII el acto de la entrega, a la Comisión Ejecutiva del Congreso Eucarístico Internacional, del altar construido por el Ayuntamiento con motivo de dicho Congreso.

En presencia del ilustre Teniente de Alcalde Delegado de Obras Públicas, señor Segón Gay; del ilustre Concejal señor Torras Ventosa y de diversas personalidades y representaciones, el ilustre Teniente de Alcalde Delegado del Ayuntamiento en el Congreso Eucarístico, señor Torrabalari, hizo entrega del altar al representante de la Comisión Ejecutiva del Congreso, señor Pich Salarich, pronunciando unas palabras elocuentes, en las que hizo resaltar la trascendencia del magno acontecimiento que haría vibrar a Barcelona entera.

El acto, dentro de su sencillez, revistió una gran importancia.

Alocución del excelentísimo señor Alcalde. —

Con motivo de las solemnidades del Congreso Eucarístico Internacional, el excelentísimo señor Alcalde, don Antonio María Simarro y Puig, dirigió a la población barcelonesa la nota que sigue:

«El próximo martes, día 27, tendrá lugar en nuestra ciudad la solemne sesión inaugural del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Los días siguientes, hasta el 1.º de junio, Barcelona vivirá la intensa emoción de unas jornadas magníficas, en las que le será dado manifestar ante el mundo toda su grandeza y su ferviente catolicidad. Es la primera vez que se celebra en nuestra urbe, religiosa y cosmopolita, un acontecimiento de tanta magnitud, y por ello nos aprestamos todos los ciudadanos, sin distinción de clases ni de ideas, a recibir a las multitudes de católicos que vendrán de todas partes, no como a huéspedes, sino como a hermanos, cuya presencia nos es grata.

Su Excelencia el Jefe del Estado, y con él su Gobierno, han dedicado su máximo interés al magno Congreso; el Ayuntamiento ha puesto a contribución toda su capacidad para que Barcelona ofrezca el marco adecuado a tan grandioso acontecimiento; todas nuestras autoridades se desviven contribuyendo a asegurar el esplendor de los actos

que han de celebrarse, y todos los ciudadanos exteriorizan estos días su satisfacción por haber sido elegida Barcelona para sede de este Congreso Eucarístico Internacional. No sin razón tiene Barcelona adquirido ante el mundo un alto prestigio universal.

La ciudad entera siente la ilusión del momento y de la brillantez de las jornadas que se avecinan. Por esta razón considera esta Alcaldía debe ello hacerse ostensible en un especial esmero en la limpieza y el ornato de fachadas, balcones y ventanas de las casas barcelonesas, suntuosas o humildes, en las que recomienda se luzcan colgaduras con los colores de nuestro pabellón nacional y los emblemas del Congreso Eucarístico. Considera, asimismo, que debe extremarse en todas las casas la hospitalidad para con los congresistas, y que la cortesía proverbial de los barceloneses ha de estar en todo momento y en toda ocasión al servicio de los que han de convivir con nosotros estos días.

Barcelona debe ser digna de la confianza en ella depositada por Su Santidad el Papa, por Su Excelencia el Jefe del Estado y por el mundo católico.»

El General Anders. — En el avión de la Air France llegó a nuestra ciudad, procedente de París y Londres, el Jefe del ejército polaco en el exilio, heroico General Ladislao Anders, a quien acompañaba su Ayudante de campo, Conde de Lubineski.

Motivaba la visita del General a nuestro país su participación en las solemnidades del Congreso Eucarístico Internacional. En el aeropuerto del Prat fué esperado por el Ministro de Polonia en España, Conde Potocki; el Teniente coronel don Ricardo Alea, que ostentaba la representación del Capitán general de la Región y del Gobernador militar; Cónsul general de Polonia en Barcelona, señor Rodón Blasa, con su distinguida esposa; Delegado de la Cruz Roja polaca en España, señor Babeski; Director de la Radio polaca en Madrid, señor Wagner; Secretario del Comité Polaco en el Congreso Eucarístico, Rdo. P. Valorek, y el Marqués de Mura, los cuales, al descender el General del aparato, le saludaron efusivamente.

Acto seguido, el General y acompañantes se dirigieron al salón de descanso de la aerostación, donde se les sirvió una copa de vino español.

Estuvo en el Ayuntamiento, para cumplimentar al excelentísimo señor Alcalde, don Antonio María Simarro, el citado General, acompañado del Ministro plenipotenciario de Polonia en Madrid, Conde José Potocki, y del Cónsul de aquel país en Barcelona, don Eduardo Rosón.



Visita del reverendísimo señor Alejandro Vachon, Arzobispo de Ottawa, al excelentísimo señor Alcalde de Barcelona

Personalidades eclesiásticas. — Las figuras de los Cardenales Pla y Deniel, Spellman y Guffin indican cuál era el tono de la magna concentración. Por tanto, puede señalarse la presencia de las dignidades que siguen :

Los Cardenales asistentes fueron los de Toledo, Rennes, Lyon, Río de Janeiro, Lima, Colonia, Westminster, Nueva York, Lourenzo Marques, Toronto, Sidney y Rosario de Santa Fe.

De Arzobispos y Obispos los había de España, Italia, Francia, Siria, Egipto, Norteamérica, China, Irlanda, Grecia, El Líbano, Brasil, Portugal, India, Venezuela, Colombia, Filipinas, India Francesa, Gran Bretaña, Méjico, Turquía, Finlandia, Alemania, Madera, Bélgica, África Francesa, Gibraltar, Sahara, Nicaragua, Ecuador, Unión Sudafricana, Pakistán Occidental, Polonia, Lituania, Letonia, Bolivia, Chile, Costa Rica, Suiza, Indonesia, Malta, Marruecos, Argentina, Asia Menor, Mónaco, Canadá, Nigeria, Panamá, Puerto Rico, Perú, Uruguay, El Salvador, Santo Domingo, Guinea Española, Austria, Guatemala, Yugoeslavia, Armenia, Cartago, Helesponto, Holanda y Antillas.

Mención aparte merece el Arzobispo de Ottawa, monseñor Alejandro Vachon, Presidente del Comité Permanente de los Congresos Eucarísticos Internacionales, quien visitó al Alcalde, excelentísimo señor don Antonio María Simarro, con el que celebró una cordial entrevista.

Después, monseñor Vachon recorrió, acompañado del señor Simarro, los salones de la Casa,

deteniéndose especialmente en el Salón de Ciento y en la Sala de las Crónicas, de cuyas bellezas hizo grandes elogios.

En la organización del Congreso tuvo monseñor Vachon una actuación decisiva.

Otros actos. — A más de los actos de que se hace mención hubo otros que se hace difícil recoger, porque cuando una urbe de las proporciones de Barcelona, con su fuerza de gravitación vibra, las demostraciones se multiplican, y cada templo y cada núcleo es un hogar donde se rinde homenaje al magno acontecimiento que se celebra. Las banderas y colgaduras de los balcones y las luces convirtieron la ciudad en una exhibición feérica de primer orden.

Hubo la ofrenda de una patena a la Virgen de Montserrat por la Diputación y la lectura del pregón por el Presidente. El día 23 inauguróse la Exposición de Metodología Religiosa, instalada en el local de los Amigos del Catecismo, bajo el patrocinio de la Comisión Ejecutiva del Congreso, y el 24 la Exposición de Arte Religioso Actual en el Museo de Arte Moderno, organizada por varias instituciones ; en la Biblioteca Central, la de Bibliografía Eucarística y la de Arte Sacro y de documentales del Santo Sudario ; la de libros, grabados y estampas en la Biblioteca de la Universidad, y la producción de talleres artesanos de Arte Sacro en los locales de la Central Nacional Sindicalista.

Merece también destacarse la Exposición de Rosas abierta en uno de los Palacios del Parque de la Ciudadela.

Las comunicaciones. — Para desplazarse a Barcelona se utilizaron profusamente el avión, el tren, el buque, el auto, el autobús y la motocicleta. Ya se ha hecho referencia a los buques-hoteles, que fueron los norteamericanos «Constitution» e «Independence», de la «American Export Lines» ; el «Ciudad de Cádiz» y el «Conde de Argelejo», de la Compañía Transatlántica, y el «Ciudad de Sevilla» y el «Rey Jaime I», de la Compañía Trasmediterránea. Trajeron peregrinos de América central y del Sur el «Cabo de Hornos», de la Compañía Ibarra ; los italianos

Las autoridades municipales recorriendo las instalaciones de la Exposición de Rosas en el Parque de la Ciudadela



Un detalle de la Exposición de Rosas examinado por el excelentísimo señor Alcalde, don Antonio María Simarro, acompañado del ilustrísimo señor Teniente de Alcalde don Carlos Pena Cardenal

El público entrando en la Exposición de Rosas



«Surrento», «Aurice», «Saturnia» y «Augustus» y el argentino «Corrientes».

Como ya se temía, el servicio urbano de transportes quedó desbordado en seguida. Taxis, metros, autobuses, trolebuses y tranvías resultaron insuficientes.

El público veíase precisado a ir y volver a pie a la plaza de Pío XII, de Montjuich y hasta al Tibidabo. El tranvía y el funicular que llevan a esta montaña se tuvo que anunciar que la capacidad del material sólo le permitía asegurar el servicio ascendente hasta las diez de la noche.

La gran afluencia de viajeros requirió un intenso esfuerzo por parte de la RENFE, la cual aumentó los servicios de modo considerable, y los prestó con regularidad y sin incidentes ni accidentes. Especialmente de noche, en que las estaciones recibían avalanchas de público, sólo la expedición de trenes especiales pudo solventarlas. La instalación megafónica ayudó mucho a orientar al público respecto a la situación de los trenes. En los días del Congreso circularon 406 trenes especiales, con un recorrido de 56,500 kilómetros-tren, lo que representa un aumento del 33 y del 50 por 100 de lo normal. En total, la entrada y salida en las diversas estaciones de Barcelona fué de unos 700 trenes, de ellos unos 500 por la estación término. El número de viajeros llegó a 1.613,000, con un promedio diario de 202,000, aunque en algunos se alcanzaran 320,000. Hay que agregar a estos datos el intenso tráfico de los metropolitanos y los ferrocarriles de Sarriá, de Cataluña y Catalanes.

El tiempo. — Asocióse el tiempo del modo más espléndido a la grandiosidad del Congreso, pues los días de su celebración no se acreditan precisamente de quietos, sino bastante movidos, unos años por borrascas algo frías y otros por bonanzas que acarrearán el chaparrón diario, a lo menos una vez. En cambio, ni antes de comenzar ni después de terminado el Congreso, no se registró lluvia en la ciudad, y la temperatura fué más bien calurosa, que es la apropiada para que las grandes solemnidades al aire libre alcancen la mayor magnitud.

La aeroestación de la plaza de España. — Tuvo efecto el acto de la bendición e inauguración de la estación terminal de la compañía Iberia, Líneas Aéreas Españolas, establecida en la plaza de España. Efectuó la solemne bendición de los nuevos locales el señor Obispo, doctor Modrego, asistido en la ceremonia por el Cura párroco de

Santa Dorotea, dentro de cuya demarcación se encuentra la terminal, reverendo Serra.

Asistieron al acto el Gobernador militar, General Galbis Morphy, quien representaba al Capitán general; Alcalde de Barcelona, excelentísimo señor don Antonio M.^a Simarro; Tenientes de Alcalde ilustres señores Segón, Pena, Rosal, Roger Gallés, Coll y Sancho Vecino, y Concejales ilustres señores Tous, Ibáñez Farrán, Torras y Valldeperas; Diputado señor Jaumar de Bofarull, por el Presidente de la Diputación; Jefe Superior de Policía, señor Albert Rodríguez; Subjefe provincial del Movimiento, don José Solano; Delegado de Industria, don Mariano de las Peñas; Delegado provincial de la C.N.S., señor Sanz Catalán; segundo Jefe regional de Telecomunicación, señor González Vidal; señor Andrade, por el Administrador de Correos; señor Riudavets, Administrador de Aduanas del Aeropuerto del Prat; Secretario accidental del Ayuntamiento, señor Serrallonga, y Delegado de la Alcaldía, señor Ribé, entre otras personalidades y representaciones. Por la Compañía Iberia se hallaban presentes el Director general de la misma, don César Gómez Lucía; el Delegado de Barcelona, señor Matamoros, y el Subdelegado, señor Cervera.

Tras la bendición de los nuevos locales, el señor Gómez Lucía expresó su gratitud a Barcelona, que ha hecho mayor de edad a la Compañía Iberia. Declaró que el pasado año los servicios de dicha empresa condujeron setenta y cinco mil pasajeros, y que es aspiración de la Iberia, para un día no lejano, conseguir que cada media hora salgan de nuestra ciudad aviones para todos los lugares del mundo.

En un breve parlamento, el excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, dió las gracias a la Compañía Iberia por su obra realizada, que tantos beneficios reporta a Barcelona, y deseó muchas prosperidades, que han de repercutir asimismo beneficiosamente para Barcelona y para España.

Cerró el acto el señor Obispo, doctor Modrego, quien, asimismo, expresó su gratitud a la Compañía Iberia, de la que puede, dijo, enorgullecerse como español. Ensalzó seguidamente el espíritu católico de dicha empresa, a la que tanto debe Barcelona, que hoy renace espléndidamente en aras del Congreso Eucarístico. A este respecto, afirmó el doctor Modrego que Barcelona aparecerá ante el mundo como lo que es en cuanto a su fervor, laboriosidad y potencial económico.

Terminó invocando la bendición del cielo so-

bre la Compañía Iberia y sobre nuestra ciudad y sus autoridades, y exhortó a todos a permanecer fieles a nuestra fe, con lo cual no habrá empresa imposible de conseguir.

La estación inaugurada servirá de punto de partida y terminal de todos los viajeros que a través de las Líneas Iberia u otras compañías por ésta representadas, entren y salgan de Barcelona por el Aeropuerto del Prat.

Los nuevos locales cuentan con una gran sala, con grandes ventanales para el despacho de pasajeros y equipajes, y con una estación en la que pueden maniobrar simultáneamente cuatro autocares de la Compañía.

Inauguración de Oficinas Municipales de Turismo.

— Fué inaugurada la Oficina Municipal de Turismo, instalada en el subsuelo de la plaza de Cataluña, junto a los locales de la Jefatura de la Guardia Urbana. Asistieron al acto los ilustres Tenientes de Alcalde señores Torra-Balari, Segón, Baixas de Palau, Rosal y Pena; Diputado provincial señor Sedó Peris-Mencheta; ilustres Concejales señores Pérez Rosales, Tous y Valldeperas; Delegado del Ministerio de Información y Turismo, doctor Iglesias, con el Secretario del mismo departamento, señor Vila Fradera; Director del Instituto Municipal de Estadística, señor Cramouse; Jefe accidental de la Sección de Gobernación, señor Verdós; Director del Archivo Histórico Municipal e Instituto de Historia de la Ciudad, señor Durán y Sanpere; Delegado de la Alcaldía, señor Ribé, y otros altos funcionarios municipales y representaciones.

Bendijo la nueva Oficina el Párroco de Santa Ana, reverendo monseñor doctor Miguel Pujol, y seguidamente, el ilustre Teniente de Alcalde Delegado de Asuntos Generales, señor Torra-Balari, pronunció unas breves palabras en nombre del Alcalde, señalando la creciente importancia que el turismo está alcanzando en nuestra patria, y concretamente en Barcelona, con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico y la Feria de Muestras. Habló de la valiosa misión que incumbe a la Oficina Municipal de Turismo, en colaboración con los demás organismos similares de la ciudad, para fomentar el turismo, y terminó agradeciendo la colaboración de sus compañeros de Consistorio y de los funcionarios municipales que han intervenido en la creación y puesta en marcha de las nuevas dependencias municipales, dedicadas al mejor servicio de Barcelona y de España.

Después del discurso del señor Torra-Balari,

las autoridades e invitados admiraron la acertadísima disposición y ornamentación de la Oficina, cuyas paredes están decoradas con pinturas murales alegóricas de los monumentos y lugares de más atractivo turístico de Barcelona, Madrid, Sevilla y otras ciudades españolas, originales del artista señor Martínez Surroca. A disposición de los visitantes se hallan planos, folletos y publicaciones de información turística editados por el Ayuntamiento.

* * *

En la estación de Francia se celebró el acto inaugural de la Oficina de Turismo que el Ayuntamiento instaló para el servicio de los viajeros que llegan a Barcelona por dicha estación.

Asistieron al acto el Teniente de Alcalde Delegado de Asuntos Generales y Turismo, ilustre señor don Juan Torra-Balari Llavallol, con los Tenientes de Alcalde ilustres señores Roger Gallés, Compte Pi, Pena, Rosal Catarineu y Sancho Vecino; los Concejales ilustres señores Gil-Senís, Tous Caballé, Valldeperas y Pérez Rosales; el Secretario accidental, ilustre señor Serrallonga, y otras personalidades. Estaban también presentes el Director de la RENFE en Barcelona, señor Puig Batet; el Inspector del Estado, señor Montagut, y otros altos funcionarios.

Bendijo el nuevo local el Párroco de la Basílica de Santa María del Mar, doctor don Juan Llombart.

El ilustre señor Torra-Balari pronunció, después, unas palabras expresando la satisfacción que sienten el Ayuntamiento y todos los ciudadanos barceloneses por este nuevo servicio, que tiende a hacer agradable la estancia en nuestra ciudad de todos los que nos hacen el honor de visitarnos, sobre todo con motivo del próximo Congreso Eucarístico. En nombre del Alcalde y del Ayuntamiento dió las gracias a la RENFE, por las facilidades que ha dado para la instalación de esta nueva Oficina de Turismo.

El señor Puig Batet correspondió a las palabras del señor Torra-Balari diciendo que la RENFE se honra cooperando a la labor que realiza el Ayuntamiento en pro del turismo, y ofreció coadyuvar a esta obra en bien de Barcelona y de España.

Seguidamente, los asistentes recorrieron las dependencias de la nueva Oficina, que tiene salida al vestíbulo de la estación y al andén, y que fué instalada lujosa y artísticamente, bajo la dirección del arquitecto Jefe del Servicio de Edificios



Bendición de la nueva Oficina Municipal de Turismo en la plaza de Cataluña



Un momento del acto inaugural de la Oficina Municipal de Turismo



Bendición de la Oficina Municipal de Turismo de la Estación terminal de la Renfe

Administrativos del Ayuntamiento, don Antonio Dardé.

Antes de darse por terminado el acto, los presentes fueron obsequiados con un vino de honor.

* * *

Tuvo lugar, en el Aeropuerto del Prat, la inauguración de una Oficina Municipal de Turismo, similar a las abiertas en la plaza de Cataluña y en la Estación de Francia, que se halla situada en el vestíbulo de la Estación.

Bendijo las nuevas instalaciones el reverendo Cura párroco del Prat, don José Farrés, asistiendo el ilustre señor Teniente de Alcalde de Asuntos Generales y Turismo, don Juan Torra-Balari; el Comandante de Aviación, señor Alcalá; el Teniente señor Terrades, de las Obras del Aeropuerto; el Jefe de la Aduana de la expresada estación, señor Riudavets; el Jefe de Policía, señor Durán; el Oficial de tráfico, señor Velasco; el Director del Instituto Municipal de Estadística, señor Cramouse; el Jefe del Negociado de Asuntos Generales, señor Payá; el arquitecto municipal señor Dardé, que es autor del proyecto de la instalación, y otras significadas personas. Estuvo, también, el Comisario general de Fronteras, señor Martín, que esperaba la llegada del Ministro del Aire, y el Delegado de Información



Momento en que fué abierta la Oficina Municipal de Turismo de la Estación de Francia

y Turismo y Vicerrector de la Universidad, doctor Iglesias.

El señor Torra-Balari pronunció unas palabras glosando la importancia que tenía el funcionamiento de la expresada Oficina en un lugar de tanto tráfico para la ciudad, y expresó el agradecimiento que sentía, en nombre propio y de la Corporación municipal, por las facilidades halladas por parte de la Administración del Aeropuerto.

La entrada de la ciudad por el Besós. — El excelentísimo señor Ministro de Obras Públicas presidió el comienzo de las importantes obras del acceso a Barcelona de la carretera de Madrid a Francia, mediante la prolongación de la calle de Aragón hasta el puente sobre el río Besós. La ceremonia tuvo lugar junto al cruce de dicha calle con la de Espronceda.

Asistieron al acto el excelentísimo señor Alcalde de la ciudad; los Directores generales de Carreteras y Obras Hidráulicas; el Secretario técnico del señor Ministro; el Gobernador militar; el Secretario general del Gobierno Civil, en representación del excelentísimo señor Gobernador; el Diputado Presidente de la Comisión de Obras Públicas de la Diputación Pro-



Las autoridades y representaciones en el acto inaugural de la Oficina Municipal de Turismo en la Estación de Francia



El nuevo modelo de puestos de flores en la Rambla y asistentes al acto inaugural

vincial, el cual ostentaba la representación del Presidente de la Corporación; los ilustres Tenientes de Alcalde de Transportes y de Urbanización del Ayuntamiento; el ingeniero Jefe de Obras Públicas, con los ingenieros 2.º Jefe y Jefe de Transportes; el ingeniero Jefe de la Agrupación de Vialidad del Ayuntamiento, y los ingenieros encargados de las referidas obras, señores Andreu y Sonde.

También se encontraban presentes el ingeniero Director de la Confederación del Pirineo Oriental, el del Canal de Urgel, otros ingenieros y numerosas personalidades.

A continuación, la comitiva se trasladó a Badalona, en donde se visitaron las obras recién inauguradas del ensanche y pavimentación de la carretera de Madrid a Francia, y las de bifurcación de la misma carretera, en la travesía de la citada ciudad, siendo atendidos por el Alcalde, Tenientes de Alcalde y Secretario de la Corporación municipal.

Finalmente, el Ministro y sus acompañantes visitaron las obras que, en su representación, había inaugurado recientemente el Director general de Carreteras, y que comprenden la calzada central del acceso a Barcelona de la carretera de Barcelona a Ribas, en cuya realización colabora el Ayuntamiento de la ciudad.

El Ministro expresó la satisfacción con que había visto la terminación de estas obras de gran interés para la ciudad, y que han sido llevadas a cabo con gran celeridad por los organismos del Ministerio de Obras Públicas, en colaboración con la Diputación y Ayuntamientos de Barcelona y Badalona. Prometió, además, el señor Ministro el mayor apoyo desde el Ministerio que regenta, para imprimir la máxima rapidez a la

ejecución de todas las obras iniciadas de accesos por carreteras a Barcelona.

Nuevo modelo de puesto de flores. — Se celebró en la rambla de San José la inauguración del puesto de venta de flores construido con arreglo al proyecto premiado en el concurso abierto al efecto por el Ayuntamiento. El puesto es el n.º 11, que pertenece a la florista doña María Rifé, viuda de Aldrufeu, y se concedió a esta florista por ser la que ha obtenido mayor número de premios en los concursos anuales de flores.

Asistieron al acto el ilustre señor Teniente de Alcalde don Emilio Compte Pi; el ilustre Teniente de Alcalde Delegado de Transportes, doctor Rosal Catarineu; los ilustres Concejales señores Valdeperas y Tous Caballé; el ilustre Secretario accidental del Ayuntamiento, señor Serrallonga; el ingeniero Jefe del Servicio de Conservación de la Vía Pública, señor Martínez Zorrilla; el arquitecto Jefe del Servicio de Edificios de Abastos, señor Bassegoda; los señores Farré, Sanahuja y Estela, de la Sección de Abastos, y otras personalidades.

El señor Compte Pi hizo entrega de las llaves del nuevo puesto, que es una caja-mostrador metálica, de líneas elegantes, a la concesionaria, y pronunció unas palabras expresando el propósito de la Corporación municipal de embellecer aquella típica vía barcelonesa. En nombre de los vendedores contestó al señor Compte Pi, el vendedor don Emilio Carreño, dándole las gracias por todo cuanto hace el Ayuntamiento en pro del mejor ornato de la Rambla.

Durante el acto, y al retirarse de la rambla de San José, el señor Compte Pi fué objeto de calurosas muestras de simpatía.

Reapertura del Museo Etnológico. — Quedó nuevamente abierto al público el Museo Etnológico y Colonial, instalado en el edificio de «La Rosaleda», Parque de Montjuich, y notablemente enriquecido con la importante colección, recientemente adquirida por el Ayuntamiento a don Leopoldo Gómez Alonso, y consistente en ochocientas setenta y tres piezas arqueológicas y actuales procedentes de diversas localidades del Perú, Ecuador y Méjico.

En dicha colección se hallan notablemente representadas las culturas de Esmeralda y Manabí, del Ecuador, así como las precolombianas peruanas, destacando también una interesante colección de joyas de plata de la época colonial, procedentes, asimismo, de los citados países hispanoamericanos.

El resto del Museo lo integran la Colección Brugueras, de El Salvador; esculturas de África Ecuatorial, tallas y pinturas de Tonkín, y, entre otras colecciones, una muestra de la filipina y otra de arte popular japonés.

Exposición de Arte Religioso. — Tuvo efecto, en el Museo de Arte Moderno, del Parque de la Ciudadela, la inauguración de las Exposiciones de Arte Religioso actual, Orfebrería Religiosa Moderna y Concurso de la Santa Cena.

Asistieron al solemne acto el Obispo, doctor Modrego; Gobernador civil, don Felipe Acedo; Gobernador militar, General Galbis Morphy; Vicepresidente segundo de la Diputación, General Madariaga; Delegado de Hacienda, señor Laborda; Cónsules generales de Grecia y Venezuela; Secretario accidental del Ayuntamiento, ilustre señor don Luis G. Serrallonga, que representaba al excelentísimo señor Alcalde, don Antonio María Simarro, y otras personalidades y representaciones.

Asimismo se hallaban presentes el señor Pich Salarich, de la Comisión Ejecutiva del Congreso; don Ignacio Vidal Gironella, por la Comisión de Hacienda del mismo; la Comisión de Arte del Congreso Eucarístico, presidida por el reverendo doctor Trens; señor Ollé Pinell, Presidente del Fomento de las Artes Decorativas; don Joaquín Renart, Presidente del Círculo Artístico de «Sant Lluç», y el Vicepresidente del mismo, don



Inauguración de la Exposición de Arte Sacro Moderno

Ramón Sunyer; don Federico Marés, por la Academia de Bellas Artes, y otros.

Inició los parlamentos de apertura el doctor Trens, quien manifestó que las Exposiciones que se inauguraban venían a llenar el vacío dejado por la de Arte Eucarístico actual, organizada gracias a un acto precursor del magno Congreso. «Las nuevas Exposiciones — dijo — muestran valiosas realizaciones de artistas modernos de toda España.»

Explicó el contenido y significado de los tres certámenes contenidos en el Museo de Arte Moderno: la Exposición de Arte Religioso actual, organizada gracias a un gran esfuerzo de la Comisión de Arte del Congreso; la de Orfebrería Religiosa Moderna, que se debe principalmente a los desvelos del Fomento de las Artes Decorativas, y el Concurso de la Santa Cena, organizado por el Círculo Artístico de «Sant Lluç». «Ellas — expresó — compendian lo más importante del arte religioso moderno con que se honra a Nuestro Señor.»

Terminó expresando su deseo de que cuantas personas vengan a Barcelona para concurrir al Congreso comprendan la verdadera importancia y significación de las Exposiciones inauguradas.

Accediendo a la petición del Obispo, el Gobernador civil, don Felipe Acedo, pronunció unas breves palabras, en las que puso de manifiesto el honor que representaba para él asistir a tan significativo acto, precursor del magno Congreso. Añadió que en las Exposiciones que se inauguraban, así como en las ya abiertas al público, se reflejaba unánimemente que el espíritu del Estado español es profundamente católico.

Finalmente, se dirigió a los presentes el señor Obispo, quien manifestó la importancia y significación de la Exposición de Arte Moderno, que tanto ha llamado la atención de los barceloneses, y que venía ahora a llenar el vacío que hasta ahora existía sobre el Arte Religioso actual. «Aquí se ha aportado, en este aspecto del Arte, mucho y bueno — dijo —, y se ha dado libertad a los expositores para que ofrecieran al público todas sus realizaciones.»

Trató después de la audacia de algunas obras presentadas, y puso de manifiesto que no hay que limitar las iniciativas del arte, sino más bien encauzarlas. «Nuestra religión es esencialmente vida — afirmó —, y porque lo es produce siempre mucho.» Dijo que el arte emanado de las Iglesias disidentes da muestras de su quietud, en contraste con la extraordinaria fertilidad de los artistas católicos.

Terminó dando las gracias a las autoridades por su asistencia, y singularmente al Gobernador civil por sus palabras sobre el Catolicismo en España, «que — expresó — ya es un modo de ser».

Luego, las autoridades recorrieron detenidamente las salas de la Exposición, entre las que destacaba una escultura representando a la Virgen de Montserrat, aportación del Monasterio Benedictino, en una talla de Pedro Jou. Asimismo destacaban, entre la orfebrería religiosa, el frontal del altar realizado por don Joaquín Carreras; una magnífica custodia en oro y plata, de Ramón Sunyer; un cáliz del señor Capdevila; los incensarios de Serrahima, y singularmente una gran custodia, de 12 kilogramos de peso, que consta de trescientas cuarenta y seis piezas principales y varios millares de secundarias, realizada en oro y plata y cuajada de pedrería. Se debe a don Ángel Iglesias, orfebre de Santiago de Compostela, quien, igualmente, presenta una placa de plata y oro ofrecida por las distintas Armas a don Miguel Primo de Rivera, y dos copas de plata destinadas a Cuba. Se muestran igualmente notables realizaciones en metalistería, y especialmente en esmaltes, entre los que sobresalen los realizados por Morató y otros; en esta parte de la Exposición figuran bellos trabajos de los alumnos de la Escuela Massana. Entre las encuadernaciones llama la atención la de un incunable, ricamente elaborada en piel, plata y piedras preciosas.

Otras muchas obras, todas ellas de gran interés artístico, figuraban en las tres Exposiciones inauguradas.

Las nuevas salas del Museo Marés. — Se procedió a la inauguración oficial de las nuevas salas del Museo Federico Marés, en las que, con la sala anteriormente inaugurada, pueden admirarse unas trescientas obras religiosas, maravillas de la escultura española de los siglos XII al XVII, sobresaliendo el Cristo que preside la sala medieval, escultura de grandes dimensiones, pieza básica del arte románico; la sala del período de los Reyes Católicos, y el políptico de Santa Clara, del siglo XV, junto con numerosas esculturas sacras de las escuelas castellana, andaluza, navarra y catalana, formando todo ello un conjunto único por su variedad.

El acto inaugural se vió resaltado por la presencia del Gobernador civil, don Felipe Acedo; el Alcalde, excelentísimo señor don Antonio M.^a Simarro; el Obispo, doctor Modrego; el Teniente de Alcalde Delegado de Cultura, ilustre señor Maluquer; el Rector de la Universidad, doctor Buscarons; el Diputado Ponente de Cultura, señor Sedó Peris-Mencheta; el Coronel señor Jiménez Castellanos, por la Autoridad militar; el Teniente de navío, señor Espiau, por la Autoridad naval militar; el Embajador de España, don Miguel Mateu; el Delegado del Estado en la Zona Franca, don Luis de Galinsoga; el Teniente de Alcalde Delegado de Transportes, ilustre señor Rosal Catarineu; el Director del Museo Arqueológico, doctor Martín Almagro; el Comisario general del Patrimonio Artístico, señor Iñiguez; el Cronista oficial de la Ciudad, don Joaquín M.^a de Nadal, y otras autoridades y representaciones, contándose también numerosos artistas, entre ellos Vicente Navarro, Casas Abarca, Bonet del Río, Juan Rebull, Francisco Costa, Mercedes Capsir, Santasusagna, Puigdenogolas, Capmany, Ollé Pinell, Martinell y Renart.

Habló el creador del Museo, don Federico Marés, que ofreció por segunda vez a la ciudad el tesoro reunido por él a costa de muchos desvelos y sacrificios, contestándole el Alcalde, que dió las gracias en nombre de Barcelona al ilustre donante, y cerró el acto el Gobernador civil, ensalzando el generoso rasgo del señor Marés.

El acto inaugural produjo el mayor interés, no sólo por las maravillas que encierra el Museo, sino también por la cesión efectuada por don Federico Marés, que pone bien de manifiesto su alma de artista y barcelonés de pro.

La fuente del paseo de Gracia. — Se puso en servicio la fuente del paseo de Gracia, cruce con la avenida de José Antonio.

Consta la fuente de una taza circular de piedra labrada, de 13'50 metros de diámetro, asentada sobre fábrica de hormigón armado y rodeada por un hermoso parterre de jardinería.

Los juegos de agua previstos consisten en un chorro central, que podrá elevarse a una altura de 15 a 17 metros, o a menor altura, pero con mayor grosor, emulsionando el agua; con corona circular con dieciocho chorros convergentes, cuya graduación de presión permite distintas combinaciones del mismo juego, y vertedero circular al canal rebosadero situado detrás del parterre en talud interior.

El funcionamiento de la fuente en ciclo cerrado está asegurado por dos bombas de 400

l. p. s., y otras dos de 100 l. p. s., accionadas por motores eléctricos de una potencia global de 160 MP., alojados en los sótanos de la fuente.

La iluminación del parterre y de la fuente absorben unos 155 Kw.-hora, habiéndose instalado, también, en los sótanos, pero independientemente de la cámara de máquinas, una estación transformadora de 250 Kw., para todos los servicios de la fuente.

El acceso a estas cámaras se efectúa por agujeros de hombre, cerrados por la correspondiente trapa; habiéndose previsto, en la zona del jardín, unas losas de dimensiones adecuadas, para poder recambiar el material pesado, en caso de avería, sin necesidad de abrir el pavimento para nada.



La nueva fontana del paseo de Gracia

EL CARDENAL LEGADO

Las multitudes. — De dos a tres millones de personas se calcula que se reunieron en Barcelona el sábado y domingo, últimos días del Congreso. No obstante, la serenidad y disciplina de los conductores de millares y millares de vehículos permitió que el índice de accidentes fuese menor que el promedio de una semana normal. En ninguno de los lugares de los actos principales del Congreso se produjo un accidente mortal, ni siquiera grave. La Guardia Urbana, en la avenida del Generalísimo, la mayor circulación de la ciudad, registró el paso de quince mil vehículos en las doce horas del día en tiempo ordinario. Pues bien el jueves y viernes de la semana del Congreso llegó a treinta y seis mil. Los guardias urbanos duplicaron y hasta triplicaron los servicios.

Dos datos a registrar como indicio de la enorme afluencia de gente :

La Exposición de Arte Eucarístico fué visitada por 300,000 personas, en su mayor parte durante los últimos días del Congreso, en que había larguísimas colas hasta medianoche. A las cinco representaciones de un auto sacramental en la Sagrada Familia asistieron 150,000 espectadores, lo que da un promedio de 30,000, que es una cifra extraordinaria.

También arrojan luz acerca de la excepcional importancia alcanzada por el Congreso las cifras aproximadas de los congresistas. En total rebasaron los 100,000, de ellos la mitad de la categoría popular de 15 ptas. Sumaban varios millares las categorías infantil, de 5 ptas. ; las de numerario, de 50, y las de cooperador, de 100.

La llegada de S. E. el Cardenal Tedeschini. — Pocas veces en su historia la Ciudad Condal vivió una jornada tan plétórica de entusiasmo y de fe. Barcelona entera, así como todos los pueblos del alrededor, se volcaron materialmente en las calles por donde debía pasar el Cardenal Legado. Desde primeras horas de la tarde la animación fué creciendo de una manera impresionante.

Por el casco antiguo, a las tres y media, era imposible dar un solo paso. Una ingente multitud iba tomando posesiones para conseguir un buen lugar, y millares de peregrinos extranjeros, luciendo cintas con los colores de sus respectivos países, se veían situados en gran número a lo largo del trayecto, especialmente en la rambla de Cataluña y las Ramblas.

La aglomeración fué una cosa imposible de describir; desde las cuatro de la tarde, hora en que se suprimió el tráfico rodado por las Ramblas, plaza de Cataluña y vía Layetana. Eran auténticos ríos humanos que pugnaban por obtener, como fuera, un lugar desde donde presenciar el paso del Cardenal Tedeschini.

El espectáculo de las Ramblas constituía un verdadero cuadro de luz y de color. Las flores, las banderas, las colgaduras y los corpulentos árboles formaban un conjunto que jamás podrá olvidarse.

Si la animación en las calles era fantástica, no menos lo era en balcones y ventanas. Verdaderos racimos humanos se agolpaban en ellos, que aparecían engalanados con banderas y escudos del Congreso. El aspecto que ofrecía, por ejemplo, el Llano de la Boquería, no existen palabras para describirlo. En todos aquellos millares de personas traslucía un deseo unánime : el de tributar un grandioso recibimiento al representante personal del Papa.

A las cinco y media de la tarde, a todo lo largo del trayecto que debía recorrer la comitiva se agolpaban más de medio millón de personas.

En todo el trayecto se unieron al recibimiento nutridas representaciones de la ciudad que eran portadoras de banderas.

A las cinco y cuarto de la tarde comenzaron a cubrir la carrera las fuerzas militares encargadas de rendir los honores correspondientes al Legado pontificio. Estas estaban formadas por las siguientes unidades :

Dos compañías del regimiento de Jaén número 25 ; dos compañías del de Montaña núme-

ro 1; una del de Ultonia número 59; una compañía del batallón C. C. C. número 1; dos escuadrones del regimiento de Caballería de Numancia número 9, pie a tierra; dos baterías del regimiento de Artillería número 44; otras dos del de Artillería número 62; dos baterías del de Artillería número 72; dos baterías del de Artillería de costa; dos compañías del regimiento de Zapadores número 4; una compañía del batallón de Transmisiones número 4; una compañía del Grupo de Automovilismo número 4, y una compañía de Intendencia número 4.

En cuanto a la Sanidad Militar, estableció los siguientes puestos de socorro a lo largo del trayecto: Calle Ancha, esquina Puerta de la Paz, y plaza de Antonio Maura, junto al Banco de España.

Mandó la línea el General-jefe de Ingenieros de la IV Región, don Pablo Pérez-Seone, al que acompañaba como Jefe de su Estado Mayor don José Mañera, el cual, poco antes de las seis de la tarde, recorrió todo el trayecto, pasando revista a las fuerzas encargadas de rendir los honores.

La multitud estacionada a lo largo de las Ramblas y vía Layetana hizo objeto de cariñosas muestras de simpatía y afecto a las citadas fuerzas.

Alrededor de las cinco de la tarde llegó a una tribuna levantada en la rambla de Santa Mónica, frente a la Parroquia del mismo nombre, la totalidad de la peregrinación oficial norteamericana, que iba presidida por los Obispos que iban al frente de la misma. Los peregrinos eran portadores de una gran bandera estrellada.

A los pocos instantes llegó a aquel lugar el Cardenal Spellman, cuya presencia fué acogida con una ovación cerrada, unánime. El ilustre purpurado no cesaba de impartir su bendición, pero la multitud, enfervorizada por la presencia del Arzobispo de Nueva York, no cesó ni un solo instante de aclamarle, teniendo que intervenir las fuerzas de orden público para proteger al insigne Príncipe de la Iglesia, que se unió a los demás Prelados, tomando asiento en la mencionada tribuna.

Los peregrinos entonaron después cánticos, y más tarde rezaron devotamente el Santo Rosario.

A primeras horas de la tarde, los encargados de las obras dejaron terminados los trabajos de la imponente tribuna y del arco de triunfo levantados en la Puerta de la Paz, materialmente cuajada de banderas y gallardetes.

El arco, de severo estilo neoclásico, llevaba

una inscripción que decía: «Benedictus qui venit in nómini Dómini». En cuanto a la tribuna central, con ricas colgaduras, también era del mismo estilo y la formaban tres grandes arcos, y una gruesa alfombra cubría las escalinatas que conducían a ella.

A ambos lados de dicha tribuna central se habían levantado otras dos tribunas, una dedicada a invitados en general, y otras para los Prelados que asistían al Congreso. Todavía había otra tribuna, destinada al Cuerpo diplomático, invitados de alta categoría y Ayuntamiento y Diputación.

Como decimos, rodeaban el recinto altos mástiles con banderas españolas, pontificias y de Barcelona.

Tanto los edificios del Gobierno Militar como el de la Junta de Obras del Puerto se hallaban profusamente engalanados, y desde primeras horas se encontraban ocupados por centenares de invitados, que invadían balcones y ventanas. En cuanto al monumento a Colón, también adornado con gran número de banderas y gallardetes, era un verdadero hormiguero humano, hallándose encaramada la gente en los lugares más inverosímiles.

Junto al desembarcadero de la Puerta de la Paz se había dispuesto un pequeño templete que debía servir de apeadero, que cubría también otra alfombra, que llegaba hasta la tribuna principal.

La carabela «Santa María», así como el buque escuela «Baleares» se hallaban profusamente engalanados, y en la primera se hallaba formada a popa la tripulación, vistiendo trajes de la época.

Junto a la gran tribuna principal se situó la Guardia Urbana de gran gala y con alabardas, que ofrecía un policromado aspecto.

Nutridas representaciones militares aguardaban en la Puerta de la Paz la llegada del Cardenal Legado de Su Santidad. Figuraban en las mismas los Jefes y Oficiales de todos los Cuerpos de la guarnición y numerosos Generales, entre los que se encontraban el Director general de Seguridad, General Hierro; Gobernador militar de Barcelona, General Galvis; General don José Lacalle, Jefe de la Región Aérea Pirenaica; Contraalmirante Cervera, Jefe del Sector Naval; General de Estado Mayor de la IV Región, don Emilio Poig; Inspector general de Sanidad de la Armada, señor Pérez y Pérez; General inspector de la Policía Armada y de Tráfico, señor Torres Fontela; General del Ejército del Aire, señor Gonzalo Victoria; los Generales de Caballería Balmori y Sandoval, y el Coronel jefe de I.P.S.

del Distrito, señor de Torrents, todos ellos acompañados de sus respectivos ayudantes.

Se encontraban, también, aguardando junto a la tribuna principal, el Subjefe provincial del Movimiento, señor Solano; Jefe de Protocolo, señor Alcántara; Subsecretario de Justicia, señor Oreja Elósegui; Director general de Asuntos Eclesiásticos, señor Puigdollers, con el Jefe de Prensa del Ministerio de Justicia y Secretario particular del Ministro; Delegado de Prensa, don Juan Aparicio; Presidente de la Junta de Obras del Puerto, señor Llopis; Consejeros nacionales señores Mateu y Calviño; Procurador en Cortes señor García Ribes; Delegado de Industria, señor de las Peñas; Delegado provincial de Sindicatos, señor Sanz Catalán; Delegado provincial de Información y Turismo, señor Iglesias, y otras personalidades.

En una tribuna destinada al efecto se encontraban las representaciones oficiales diplomáticas, entre las que había el Jefe del Ejército polaco en el exilio, General Anders, con su ayudante el Conde Lubienski, y el Ministro de Polonia en Madrid, Conde Potoki; Embajador de Colombia, don Efraim Casas, con el Cónsul general, señor Pardo Gálvez; Embajador de Filipinas, don Manuel V. Morán, con su distinguida esposa; Embajador de Portugal, señor Pacheco Carneiro; Embajadores de Chile y de Italia. Se encontraban también la totalidad de los miembros del Cuerpo Consular, presididos por el Cónsul de los Estados Unidos, Mr. Brown.

En la misma tribuna se encontraban las Corporaciones provincial y municipal, en pleno; jerarquías del Movimiento; de la Delegación Provincial de Sindicatos; Rector magnífico de la Universidad, doctor Buscarons, con el Vicerrector, señor Iglesias, y los Decanos de Facultad, señores Castro Calvo, San Martín, Pi Suñer y Alaver; Asamblea Suprema de la Cruz Roja, con la Duquesa de la Victoria, el General Uzquiano y el doctor Valero; Presidente de la Audiencia Territorial, señor Castelló, con el Fiscal jefe, señor Clemente Gonzalbo; Tribunal Tutelar de Menores, con su Presidente, señor Albó; Colegio de Abogados en corporación, presidido por el Decano, don Francisco de A. Condomines; Colegio de Procuradores de los Tribunales, presidido por el Vicedecano, señor Bou, y otras varias representaciones de distintos organismos provinciales.

También en esta tribuna se encontraban, entre otras personalidades invitadas, el padre del Ministro de Asuntos Exteriores, don Carlos Martín Alvarez, con su hijo don Javier Martín Artajo;

Fiscal de Tasas, señor Aizpun; Delegado de Hacienda, señor Laborde; Jefe de Ganadería; de Minas, señor Cavestany; Presidente de la Cámara de Compensación Bancaria, señor Torra Closa; ex Concejal señor Amat; don Fernando Martín Sánchez Juliá, Presidente de la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos; don Eusebio Güell, de la Comisión de Protocolo del Congreso Eucarístico Internacional.

También se encontraba como invitado en la misma tribuna, S. A. R. e I. don Carlos de Habsburgo y de Borbón, Archiduque de Austria y Duque de Madrid.

A las cinco y media en punto formó en la Puerta de la Paz, de cara al mar, una compañía del Regimiento de Infantería de Jaén número 25, con bandera, banda y música, al objeto de rendir los correspondientes honores al Legado pontificio.

Junto con los periodistas locales se encontraban gran número de corresponsales de Prensa extranjera, así como infinidad de fotógrafos. Entre los primeros figuraban numerosas señoritas.

A las seis menos cuarto, un toque de atención anunció la llegada del Ministro de la Gobernación, don Blas Pérez González, que ostentaba la alta representación de S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco. También llegaron a aquel lugar los Ministros de Asuntos Exteriores, Justicia, Aire, Educación Nacional e Información, señores Martín Artajo, Iturmendi, González-Gallarza, Ruiz Jiménez y Arias-Salgado.

También se encontraban junto con los Ministros el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Barcelona, doctor don Gregorio Modrego Casaus; Nuncio de Su Santidad, monseñor Cicognani; Capitán general de la IV Región, don Juan Bautista Sánchez; Gobernador civil, señor Acedo Colunga; Presidente de la Diputación, señor Buxó, y el Alcalde, señor Simarro.

En la tribuna central se encontraban las esposas de los ministros asistentes al acto.

En aquel momento apareció, por encima de la Puerta de la Paz, una avioneta que arrastraba un gran letrero donde podía leerse: «Bienvenido a Barcelona». Una y otra vez la avioneta sobrevolaba, a veces a escasa altura, por encima del trayecto.

Al dar las seis de la tarde, la multitud estacionada en la Puerta de la Paz, así como en el principio de las Ramblas, comenzó a dar muestras de impaciencia. Mientras tanto, los altavoces iban dando noticias de la llegada del tren que conducía al Cardenal Legado.

A las seis y treinta y cinco minutos, el tren

especial que conducía a monseñor Tedeschini cruzaba la plaza de Palacio. La ingente multitud estacionada junto a la vía férrea prorrumpió en vítores y aplausos al representante del Papa, que ya no cesaron ni un solo instante. El entusiasmo y la emoción iban creciendo por momentos, mientras el tren avanzaba lentamente por el Muelle de la Muralla, adonde entró a las 6.43 de la tarde.

La máquina venía adornada con un gran escudo de España y multitud de guirnaldas.

A las 6.46 el convoy entraba en la Puerta de la Paz. En aquel momento todas las sirenas de los buques comenzaron a funcionar, así como fueron lanzadas al vuelo todas las campanas de los templos barceloneses. El momento fué de gran emoción. Las tropas presentaron armas y la banda de música interpretaba el himno pontificio, al mismo tiempo que desde el castillo de Montjuich y de todos los buques de guerra surtos en nuestro puerto se disparaban las salvas de ordenanza.

Las damas y señoritas agitaban sus pañuelos, mientras todas las gargantas enronquecían gritando «¡ Viva el Papa !», que se confundían con el eco de las notas del himno pontificio. También en aquel preciso instante fueron soltadas seis mil palomas mensajeras que remontaron la Puerta de la Paz en un vuelo majestuoso.

A las 6.50 en punto apareció en la portezuela del coche especial la señorial figura de Su Eminencia el Cardenal Tedeschini, al que acompañaban la misión y el Embajador Castiella, quien, al contemplar el espectáculo que se ofrecía ante sus ojos, se emocionó extraordinariamente, no cesando de saludar con la mano. La banda no cesaba de interpretar el himno pontificio, ni la multitud de aplaudir entusiásticamente, mientras los blancos pañuelos continuamente eran agitados al vuelo en este atardecer inolvidable. El ruido era, realmente, ensordecedor. Instantes después descendía del tren.

Entonces, el Ministro de la Gobernación, don Blas Pérez, que ostentaba la representación del Caudillo, avanzó hacia el Cardenal y, arrodillándose, le besó su anillo pastoral. El Legado pontificio, profundamente emocionado, abrazó al señor Pérez González, y luego saludó a todos los Ministros, así como al Obispo de Barcelona, doctor Modrego, y al Nuncio de S. S., monseñor Cicognani.

Seguidamente, el Cardenal, en medio de las aclamaciones del gentío, intentó avanzar, acompañado siempre del representante del Caudillo y

del Capitán general, hacia donde se hallaba la compañía encargada de rendir honores. Todo fué imposible. Una masa ingente de personalidades, integrada por Prelados y gentes de todas las condiciones sociales, pugnaban por llegar hasta el Cardenal, para besarle el anillo, al mismo tiempo que no cesaban los gritos de «¡ Viva el Papa !».

En aquel momento la banda de música rompió con las vibrantes notas del himno nacional. Entonces fué realmente cuando la emoción llegó a su momento álgido. Las lágrimas se les saltaban de los ojos a los allí presentes mientras el Cardenal Tedeschini penosamente avanzaba, mientras las tropas le presentaban armas. Al llegar a la altura de la bandera, el Cardenal se inclinó profundamente ante ella, mientras los aplausos y vítores se reproducían con más intensidad si cabe. Por fin, terminó la revista, y el Cardenal, a duras penas, pudo subir a la tribuna principal, donde fué saludado por todas las personalidades allí situadas.

A continuación, el Alcalde de Barcelona, señor Simarro, profundamente emocionado, pronunció unas palabras de salutación.

Dijó así, el excelentísimo señor Alcalde, rodeado del Excelentísimo Ayuntamiento en Pleno :

«Eminentísimo señor :

La ciudad de Barcelona os da la bienvenida. Os la da con respeto y afecto, como se debe a la soberanía que Vos representáis. Soberanía tan poderosa que vence al tiempo y no ha de perecer jamás. Soberanía cuyo poder es tan eficaz como que se ejerce sobre el espíritu, rector del mundo. Soberanía basada en el amor, mediante él ejercida y con él necesariamente retribuída.

Hay en el mundo, en este mundo tan conturbado de nuestros días, un despliegue de fuerzas inigualado hasta hoy. Pero estas fuerzas no son como el Poder de vuestra soberanía, señor. Son fuerzas materiales, violentas, aterradoras, que infunden pavor y no amor ; que tal vez amalgaman, pero no fusionan ; que ahuyentan, pero no guían. Y lo que las gentes necesitan, lo que a las conciencias libraré de la turbación en que tantas se hallan sumidas, es la guía segura de lo que Vos representáis. De la Iglesia de Cristo, que ya otras veces, en otras épocas difíciles, ha sostenido la luz que parecía perderse y ha orientado a los pueblos, que parecían definitivamente desencaminados. Hoy puede hacerlo una vez más, que nunca se cansa el que va impulsado por amor.

Eminentísimo señor, sois mensajero de paz, y esta ciudad quiere la paz. Nuestra Patria la quiere. Por ansia de paz sufre magnánimo nuestro Santo Padre. Para dárnosla, Jesucristo no cesó — el amor nunca se cansa — de desear, con todo su Ser Divino, que la paz fuera con nosotros.

Al formular mis más sinceros votos por vuestra feliz estancia, ruego a Dios, y es ruego de mi ciudad, que este Congreso, que con tanto honor para nosotros presidirá vuestra Eminencia, alcance máxima eficacia. Sobre los hombres, contribuyendo a mostrarles el camino. Sobre los pueblos, impulsándoles a someter la fuerza, que es materia, al Poder que es espíritu y emana de Dios. Para que, superada la crisis del mundo, puedan las gentes decir, como en el *Eclesiastés* :

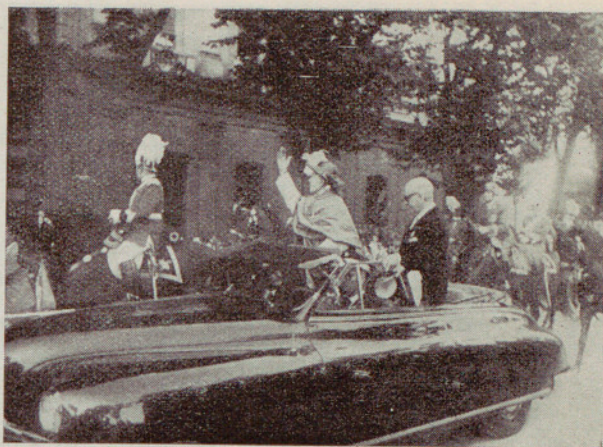
“Y ahora, de todo corazón, cantad con vuestra boca y bendecid el nombre del Señor”.

A las palabras del Alcalde correspondió con otras, muy expresivas, el Cardenal Tedeschini: «Hablo emocionado — dijo — por este impresionante recibimiento que la católica España me tributa aquí como representante de S. S. el Papa. Pío XII ama a España. También la amo yo, que he tenido durante bastantes años el gozo de ser Nuncio en Madrid, y que ahora me enorgullezco por el nombramiento de que he sido objeto que me depara, una vez más, la satisfacción de vivir unos días en esta tierra tan querida.» A continuación prometió Su Eminencia trasladar al Papa, a su regreso a la Ciudad Eterna, las fervorosas manifestaciones de devota adhesión y afecto a S. S., y proclamó que el Santo Padre anhela la gloria de Barcelona y de España. Tras formular sus votos porque el XXXV Congreso Eucarístico Internacional coseche los frutos apetecidos, expresó su convicción que, con la consecución de los fines para los que ha sido convocado, el actual Congreso constituirá un galardón más para Barcelona y España.

Su Eminencia fué cumplimentado por los Municipales, Diputados y autoridades que le rodeaban en la tribuna, y luego descendió por la parte anterior, cruzando el grandioso arco de triunfo.

Seguidamente las tropas encargadas de rendir los correspondientes honores desfilaron en columna de honor ante el Cardenal Legado y los Ministros. El Cardenal Tedeschini no cesaba de corresponder a las aclamaciones del gentío.

Terminado el desfile de fuerzas, el Legado pontificio descendió de la tribuna, y, en medio de una ovación cerrada, avanzó hacia el monumento a Colón, pasando por debajo del arco de triunfo.



Paso del Cardenal Legado por la rambla de Santa Mónica

Este momento fué verdaderamente inenarrable. La multitud desbordó el cordón de orden público y se adelantó hacia el Cardenal para besarle el anillo. Todas las previsiones fallaron. Fué un instante de gran emoción. El Cardenal reflejaba esta misma emoción en su rostro y no se cansaba de mirar por doquier. A su alrededor, una ingente masa le aplaudía y vitoreaba sin cesar, al mismo tiempo que las bandas de música interpretaban el himno nacional.

A las 7.05, el Cardenal Tedeschini, acompañado del Alcalde, señor Simarro, subía al coche descubierto que lucía el banderín pontificio. En aquel momento las ovaciones se reprodujeron de nuevo, y la multitud, a pesar de los esfuerzos que hizo, la fuerza encargada del orden público, rodeaba totalmente el coche, que no podía avanzar, ni siquiera unos metros. El coche pugnaba por seguir adelante, pero no había manera humana de hacerlo. Incluso el propio Cardenal suplicó a su acompañante, el Alcalde de la ciudad, que diera la oportunidad para que marchara despacio, al objeto de poder complacer a la multitud.

Por fin, a las 7.10, el coche, rodeado de motoristas y de una sección de la Guardia Urbana a caballo, de gran gala, pudo arrancar. La Rambla ofrecía un impresionante aspecto. Millares de personas agitaban sus pañuelos y enronquecían gritando «¡ Viva el Papa !».

Apenas pasados veinte minutos de su llegada, la comitiva que acompañaba a Su Eminencia entró en la Rambla. El público congregado, al simple estrépito de los primeros motoristas que abrían marcha, comenzó a desbordar su entusiasmo, y hubo un momento en que la policía no pudo detener la avalancha en todos los sectores de la rambla de Santa Mónica. Hubieron de formarse cordones humanos compuestos de una triple fila de



Paso triunfal del Legado por el típico Llano de la Boquería

alineadores, soldados y policías para que la masa de público no irrumpiera desordenadamente en el paso de la comitiva.

Cuando el coche del Cardenal dió la vuelta al monumento a Colón y apareció en toda su majestad y brillantez en el centro de la calzada, comenzaron a oírse los primeros aplausos y los vítores, que fueron coreados fuertemente por el gentío. El coche estaba lejos aún, y sólo los más cercanos a él pudieron verle. En el momento que entró en la Rambla se produjo algo así como el terrible aullido de un mar bajo la tormenta; incesantes gritos y vítores daban la bienvenida al Cardenal que, sobre el coche descapotado, aparecía de pie, solemne en su porte, majestuoso, prodigando a la multitud enfervorizada un saludo, el más paternal y a la vez el más amigable. A las siete y cuarto enfoca la rambla de las Flores, y la frondosidad de los árboles, conjuntamente con los puestos de flores, presta a la escena una luz incomparable que dibuja arabescos entre la multitud que ocupa completamente la plaza. Los gritos y vítores persisten tanto entre los que esperan a ambos lados de la calzada como entre los que siguen a los coches atropellándose, atentos sólo al divino fervor que les inspira.

En la plaza de Cataluña ya no es una muchedumbre la que aclama estrepitosamente a Su Eminencia, es más bien una sola voz la que le llama por su nombre, deseosa de atraerse la venturosa paz y armonía que su figura representa. Y el Cardenal, entre los gritos y aplausos estruendosos de un pueblo sincero, sonrío como si quisiera

traer en su sonrisa y en su saludo, la verdad, la caridad que el mundo necesita para su salvación. Es un momento impresionante aquel en que la comitiva, detenida un momento, recibe una larga ovación, explosión vibrante y continuada que no se detiene y parece que va a prolongarse indefinidamente.

Al entrar en la calle de Fontanella, se angosta el paso, y Su Eminencia aparece más cerca del pueblo que le aclama sin descanso. Desde los balcones engalanados son ofrecidos centenares de flores, y mientras los que están a su lado le vitorean frenéticamente, los que están lejos no dejan de cantar los himnos, quizá pensando que también can-

tando puede recibirse al representante de Su Santidad y, por lo mismo, al representante del mismo Cristo sobre la tierra.

La plaza de Urquinaona aparece atestada hasta cubrir parte de las calles que afluyen a ella. La multitud pugna por ocupar los primeros lugares de la esquina de la vía Layetana.

En el angosto paso que el fervor de la multitud deja a la comitiva dobla el coche del Cardenal la esquina de Fontanella y vía Layetana, y atraviesa la impresionante manifestación de una muchedumbre que está agolpada en las calles adyacentes, Junqueras, Condal, Alta de San Pedro, Ortigosa y Amadeo Vives, pletóricas de vítores y cánticos entusiasmados. Son ahora las ocho menos cuarto. El paso por el itinerario ha sido lento y ha estado jalonado de una espléndida manifestación de júbilo y de triunfo sin precedentes.

Todos los balcones llenos hasta la saturación. Dos horas antes el aspecto era fantástico: inimaginable. Ni un solo signo de impaciencia.

Al entrar el coche en que iba el Cardenal Te-deschini, los aplausos, los vivas y el vuelo de los pañuelos ha contribuido a crear una atmósfera que no hay forma humana de describir. El Cardenal estaba visiblemente emocionado, y saludando con los brazos abiertos, en este gesto cristiano que recordaba todavía más la figura y el espíritu del Padre Santo.

Todo el mundo lloraba. No es una figura retórica, sino una realidad que nadie puede desmentir.

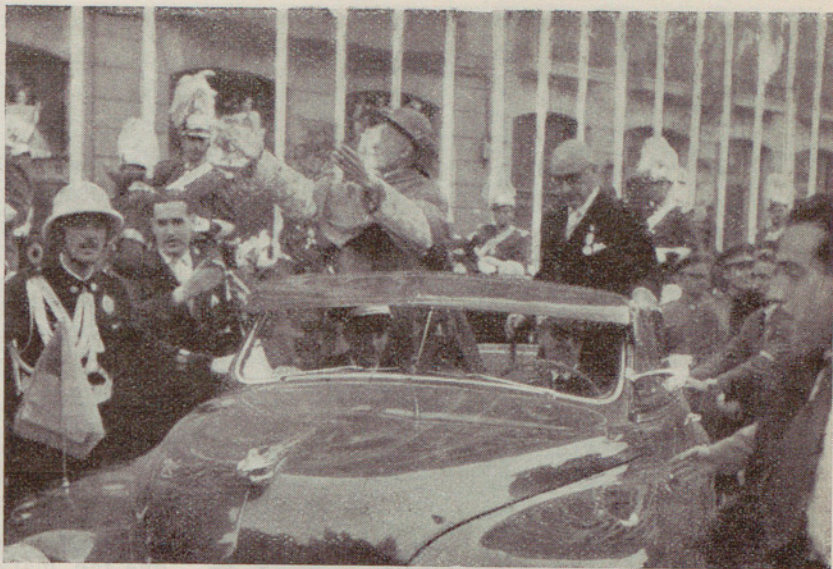
Un gentío inmenso se congregó en los alrededores de la Santa Iglesia Catedral Basílica desde mucho antes de las seis de la tarde, en espera del Legado de Su Santidad. Las casas circundantes al primer templo barcelonés estaban totalmente engalanadas con damascos y banderas de los colores pontificios y de España. Frente a la Catedral ondeaban las banderas de los cincuenta y seis Estados que acudían oficialmente al Congreso. Los balcones de dichas casas aparecían abarrotados de gente de todas las edades y clases sociales. Tanto la avenida de la Catedral como la plaza de Antonio Maura, fácilmente visible desde la puer-

ta del templo, presentaba un aspecto jamás igualado, tanto por el adorno de los edificios como por la expectación reinante y el entusiasmo que dominaba el ambiente, que rayaba en lo desbordante.

En el edificio del Hotel Colón ondeaban las banderas pontificia, española y de la ciudad. En el Fomento del Trabajo Nacional colgaba un gran damasco con un gigantesco escudo del Estado español, y en el otro edificio que existe en la misma plaza de Maura, «Pax», sobre un fondo de los colores pontificios. De la escalinata de la Catedral descendía una rica alfombra colorada, con bordes dorados, que iba hasta la calzada de la plaza, partiendo otra que se extendía hasta el Palacio Episcopal.

Entre tanto, en el Palacio Episcopal iban llegando los Cardenales, Arzobispos y Obispos, que llegaron de todas las partes del mundo para asistir al Congreso. Igualmente se concentraron en dicho estamento eclesiástico los Caballeros de Calatrava, Malta, Santo Sepulcro y Camareros Secretos de Su Santidad, entre otras Órdenes Pontificias.

A las siete y cuarto entró a la Catedral el Pleno de la Diputación, precedida por maceros a gran gala; el Presidente, señor Buxó, iba acompañado de los Mozos de Escuadra. Más tarde hizo su entrada en el templo el Pleno municipal, con ujieres a gran gala al frente. Igualmente fueron llegando a la Catedral el Cuerpo diplomático, representaciones de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, de las entidades profesionales y económicas y otras.



El Legado pontificio a su paso por la avenida de la Catedral, acompañado del Alcalde de Barcelona

A las ocho menos cuarto apareció en la explanada de la Catedral la formación de motoristas que abría la marcha de la comitiva del Cardenal Legado, y ya el entusiasmo no pudo ser contenido. Miles de pañuelos flameaban en el espacio como canto de fe y de sumisión a la Iglesia, y los ¡Vivas al Papa! se sucedían ininterrumpidamente. Precedido de los Ministros y de las autoridades y de la vistosa caballería de la Guardia Urbana montada de gran gala, llegó el coche descapotado en el que iba Su Excelencia acompañado del Alcalde de la ciudad. El recibimiento que le hizo el público fué inenarrable, y el entusiasmo se desbordó por los cuatro costados; el Cardenal Tedeschini correspondió a estas pruebas de afecto y de amor a su persona, como representación del Vicario de Cristo, con cordiales saludos. A las ocho menos diez el Legado Pontificio llegaba al Obispado.

Para la entrada de monseñor Tedeschini a la Catedral se organizó una comitiva que iba precedida por el clero; iba a continuación el Ministro de la Gobernación, don Blas Pérez González, que ostentaba la representación de Su Excelencia el Jefe del Estado, acompañado de los Ministros de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo; de Justicia, señor Iturmendi; de Información y Turismo, señor Arias Salgado; de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez, y del Aire, señor González Gallarza. Junto a ellos iba, también, el Embajador de España en el Vaticano, señor Castiella, el Capitán general, y todas las autoridades. Seguían en la comitiva el Obispo doctor Modrego, acompañado del Nuncio de S. S., mon-



Impresionante aspecto de la vía Layetana

señor Cicognani; Escolanía de la Catedral, Cruz alzada, Cabildo catedralicio, Ceremonial del Obispado, Cardenales, Arzobispos, Obispos y Abades mitrados. Finalmente, y bajo palio, marchaba el Cardenal Legado, siendo portantes miembros de las Órdenes de Malta y del Santo Sepulcro.

Las tropas allí estacionadas, al igual que efectuaron a la llegada del Cardenal, rindieron los honores correspondientes al Legado pontificio.

A la entrada de la Catedral, monseñor Tedeschini besó la Vera Cruz, que le fué ofrecida por el Obispo de Barcelona; recogió agua bendita, y después de santiguarse, con el hisopo impartió la bendición a los presentes. Eran las ocho y veinte de la noche y las aclamaciones no cesaban ni un momento.

El altar mayor estaba brillantemente iluminado, mientras en la nave del templo catedralicio una luz difusa y suave doraba las nobles piedras.

Tras la lectura, en latín y español, del Breve Pontificio por dos capitulares, el Obispo, doctor Modrego, el Arzobispo de Ottava y Presidente de los Congresos Eucarísticos Internacionales, monseñor Vachon, y el Cardenal Legado, pronunciaron discursos inaugurales del Congreso. Acabada la solemne ceremonia, monseñor Tedeschini retiróse al Palacio Nacional de Montjuich, habilitado para su alojamiento.

Inmediatamente fué recibida por el Cardenal Tedeschini la Corporación municipal en pleno, presidida por el Alcalde de la ciudad, excelentísimo señor don Antonio M.^a Simarro, quien saludó a Su Eminencia en nombre de Barcelona, correspondiendo a sus palabras el Cardenal Tedeschini con sentidas frases de elogio para nuestra urbe, que tan maravilloso ejemplo daba al mundo con la perfecta organización y fervorosa adhesión del pueblo al XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Los ilustres señores Tenientes de Alcalde y Concejales fueron presentados al Cardenal Legado, ofreciéndole personalmente sus respetos.

La residencia del representante de S. S. — Había sido habilitado el Palacio Nacional y el Palacete Albéniz, del Parque Municipal de Montjuich, ofrecidos por el Ayuntamiento, para residencia de Su Eminencia el Cardenal Legado y de su séquito.

La dirección de estos trabajos, y la organización de los servicios en ambas residencias, ha correspondido al ilustrísimo señor don Juan Torra-Balari Llavallol, Teniente de Alcalde Delegado del Ayuntamiento en el expresado Con-



El excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, ofrece la adhesión de Barcelona al eminentísimo Cardenal Tedeschini

greso, y al ilustrísimo señor don Carlos Pena Cardenal, Teniente de Alcalde Delegado de Gobernación.

Los servicios generales y el protocolo fueron dirigidos por don Joaquín M.^a de Nadal, Presidente de la Comisión de Ceremonial del Congreso, y los funcionarios municipales don Manuel Ribé Labarta, Delegado de la Alcaldía; don Felipe Gómez del Castillo, Jefe de Ceremonial; don Jesús Felú Romaguera, miembro de la Comisión de Ceremonial del Obispado y Secretario enlace de la Comisión Municipal en el Congreso; don José M.^a de Canals

y de Siscar; el reverendo don José Vila, que cuidó de los servicios religiosos; don José M.^a Massip Barceló y don José M.^a Roma Aguilar. Todo el personal subalterno designado para prestar servicio en las dos residencias pertenecía también al Ayuntamiento.

La Vela Eucarística del Tibidabo. — A medianoche tuvo lugar, en el Templo Expiatorio del Tibidabo, la Vela Eucarística, para asistir a la cual acudieron a aquella montaña barcelonesa multitud de fieles de todos los países, valiéndose de todos los medios de locomoción, siendo numerosos los que lo hicieron a pie, ya que el funicular no podía dar cabida a la compacta masa humana allí congregada. El latir de los corazones se hacía intenso al contemplar el templo iluminado, la imponente imagen del Sagrado Corazón de Jesús y la altísima torre levantada, en medio de la cual brillaba la cruz de grandes proporciones.

Recepción, en el Ayuntamiento, del Cardenal Legado. — La Corporación municipal ofreció una brillantísima recepción en honor de Su Eminencia el Cardenal Legado del Papa. A partir de las siete de la tarde, el público fué ocupando, de una manera densa y apretada, todas las aceras y espacios libres que daban en la plaza de San Jaime, así como los balcones y ventanas de los edificios recayentes a dicha plaza. Tanto el Palacio Consistorial como el de la Diputación se hallaban sus respectivas fachadas espléndidamente iluminadas, colgando de los balcones valiosos tapices y reposteros.



La Corporación municipal cumplimentando al Legado pontificio

Cuidaba del servicio de orden y circulación en la plaza la Guardia Urbana, formando a ambos lados de la entrada principal del Ayuntamiento la Guardia Municipal montada, de gran gala, con casaca roja.

La escalera de honor del Ayuntamiento se ofrecía ricamente alfombrada e iluminada, hallándose ocupada en toda su extensión por elementos de la Guardia Urbana, también con casaca roja, que rendían honores con alabardas, y por criados vestidos a la federica.

La Banda Municipal, dirigida por el maestro Bonell, se encontraba situada en el rellano de la escalera secundaria. El Salón de Ciento lucía toda su espléndida iluminación, y de sus muros pendían los grandes tapices de la colección municipal.

Se fueron concentrando en los salones de la Alcaldía, recayentes a la plaza de San Jaime, los numerosos invitados y autoridades que debían asistir al acto, y cuya relación, por lo que a las más descollantes se refiere, puesto que asistieron más de trescientas personas, es la siguiente:

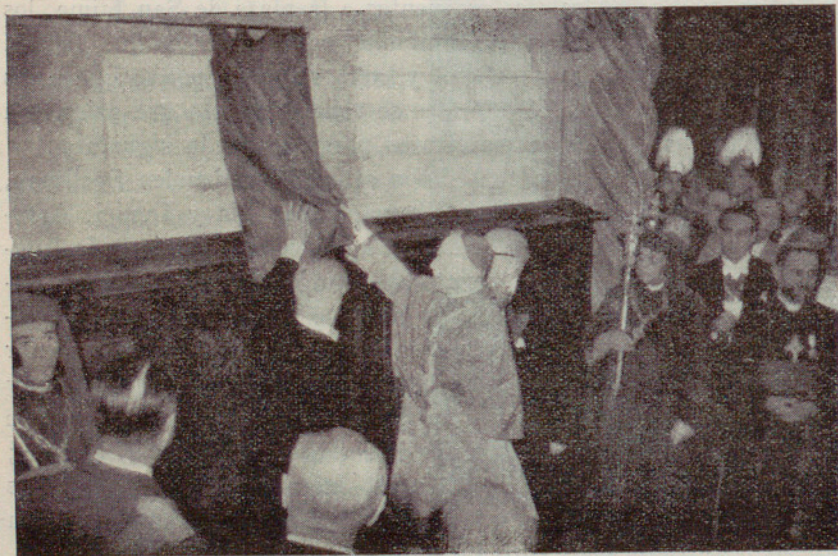
Eminentísimos señores Cardenales Spellman, Arzobispo de Nueva York; Pla y Deniel, Arzobispo de Toledo; de Gouveia, Arzobispo de Lourenço Marques; Nuncio de Su Santidad en España, monseñor Gaetano Cicognani; reverendísimos señores Arzobispos de Tarragona, doctor Arriba y Castro; Obispo de Madrid-Alcalá y Patriarca de las Indias Occidentales, doctor Eijo Garay; Obispo de Segovia, doctor Llorente; Obispo de Colofón, fray Matías Solá y otros treinta Prelados, algunos de los cuales pertenecen a los ritos bizantino y maronita.



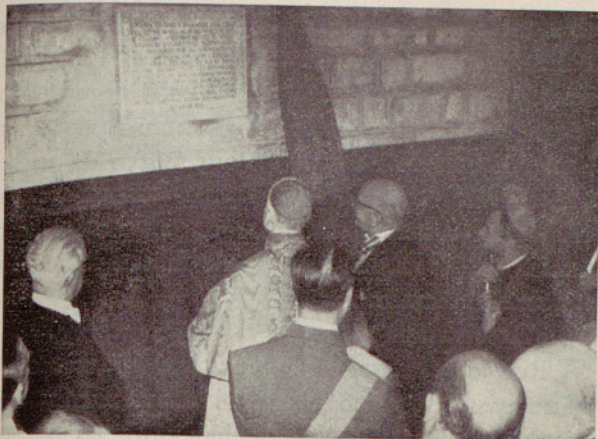
El Cardenal Tedeschini subiendo por la escalera de honor del Ayuntamiento



Otro momento de la entrada del Legado en la Casa de la Ciudad



El Legado pontificio descubre la lápida que en el Salón de Ciento perpetuará el recuerdo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional



El Cardenal Tedeschini lee la lápida del Salón de Ciento

Presidente de las Cortes y Consejo del Reino, don Esteban Bilbao; Ministros de Gobernación, Asuntos Exteriores, Marina, Aire, Secretario general del Movimiento, Trabajo, Industria, Justicia, Hacienda, Agricultura e Información y Turismo.

Embajador ante la Santa Sede, don Fernando M.^a Castilla; Embajador de España y Presidente del Fomento del Trabajo Nacional, don Miguel Mateu; Embajador de Portugal, señor Carneiro Pacheco; Embajador del Brasil, señor Ferreira da Mello, y Encargado de Negocios del Japón en la Santa Sede, Agustín Masahide Kanayama.

Atravesó la plaza de San Jaime a pie, procedente del Palacio Episcopal, el reverendísimo señor Obispo de Barcelona, doctor don Gregorio Modrego Casaus, al que la muchedumbre tributó una gran ovación, contestando nuestro amado Prelado con expresivos saludos y bendiciendo a sus feligreses.

La Sección motorizada de la Guardia Urbana, ascendiendo por la calle de Jaime I, indicó la llegada de Su Eminencia el Cardenal Legado, monseñor Tedeschini, que iba a continuación en un coche que ostentaba los colores pontificios, y al que seguían, en otros tres automóviles, los

restantes miembros integrantes de la Misión pontificia.

El público prorrumpió en una ovación ensordecedora y en incesantes vítores al Papa y a monseñor Tedeschini, mientras éste se apeaba al pie de la escalera de honor del Palacio municipal, a los acordes del himno pontificio, al que siguió el himno español.

El Alcalde de la ciudad, que aguardaba al pie de dicha escalera, se adelantó a besar el anillo de Su Eminencia, organizándose acto seguido el cortejo por el siguiente orden: Maceros de la ciudad, criados vestidos a la federica, portadores de candelabros de plata con velas encendidas,



Instantánea del discurso que el Cardenal Legado pronunció en las Casas Consistoriales



S. E. el Cardenal Legado bendice al pueblo de Barcelona desde el balcón principal del Ayuntamiento

alguaciles municipales, Concejales y Tenientes de Alcalde del Ayuntamiento, Cardenal Legado, quien llevada a su derecha al Alcalde, señor Simarro Puig, camareros secretos de capa y espada de Su Santidad, con sus vistosos trajes del siglo XVII, pajes de la Misión pontificia, y, finalmente, cerrando la comitiva, con sus uniformes de gran gala, los elementos de la Guardia Noble Vaticana, agregados a la Misión papal.

El cortejo ascendió lentamente por la escalera de honor, y por la galería gótica se dirigió al Salón de Ciento, donde se hallaban reunidas ya todas las autoridades y personalidades citadas, así como el resto de los invitados, que hicieron objeto de la recepción más afectuosa y reverente al Cardenal Tedeschini, al que se acercaron muchos de los presentes para besarle el anillo.

Seguidamente, el Alcalde condujo al Legado a un ángulo de dicho salón, que es precisamente el que corresponde a la derecha de la puerta principal de entrada, y formando un círculo todas las personalidades, le dirigió las siguientes palabras:

«Señor Cardenal Legado, eminentísimo señor:

Habéis visto, con vuestros propios ojos, cómo Barcelona vibra ante vuestra presencia personal y por cuanto representáis especialmente. Es imposible que estas jornadas se nos olviden. Pero, precisamente, para sellar de una manera material este recuerdo, ha querido el Ayuntamiento que presido testificar en una lápida la gloria de estos días e inaugurarla hallándoos presente. Los votos del Ayuntamiento de Barcelona, de la ciudad y del Alcalde que os dirige la palabra, son para que siempre vaya en aumento vuestra ventura personal, y que crezca también la adhesión de Barcelona y de sus ciudadanos hacia vos, hacia la Iglesia eterna y hacia el Papa reinante, al que en la actualidad representáis con incomparable prestigio.»

Escuchadas las palabras anteriores, monseñor Tedeschini se acercó a la cortina de seda carmesí que ocultaba la lápida, y la recorrió en medio de grandes aplausos de los circunstantes, mientras la Banda interpretaba solemnemente el himno nacional. La inscripción de la lápida en cuestión es como sigue:

«En esta ciudad, y durante los días del 27 de mayo al 1 de junio de 1952, se celebró solemnemente el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, presidido por el Eminentísimo Señor Cardenal Doctor Don Federico Tedeschini, Legado de S. S., el Papa Pío XII, siendo Jefe del Estado

el Excelentísimo Señor Don Francisco Franco Bahamonde; Obispo de Barcelona, el Excelentísimo y Reverendísimo Doctor Don Gregorio Modrego Casaus, y Alcalde, el Excelentísimo Señor Don Antonio M.^a Simarro Puig. Mayo de 1952.»

Una vez descubierta la lápida conmemorativa, el Legado contestó, muy emocionado, a las afectuosas palabras del Alcalde de la ciudad en los siguientes términos:

«Excelentísimo señor:

Recojo vuestras palabras tan elocuentes y hermosas, así como el hecho consolador y evidente de que este noble pueblo vibra no por mi humilde presencia, sino movido por la gloria de Jesús Sacramentado. Barcelona es hoy una auténtica ciudad internacional, pero no con ese internacionalismo que desune, sino como un centro que hermana en Jesucristo a todos los hombres y a todas las razas. Barcelona es en estos días el centro de la Iglesia, porque ésta es la Esposa mística de Cristo, y porque aquí se encuentra el representante del Papa, quien os augura que Dios os dará por tal abundancia de amor un torrente de gracias y de bienes. Yo explicaré al Papa cuanto mis ojos han visto, cuantas cosas se han grabado indeleblemente en mi corazón, como en esta lápida que en el día de mañana servirá también de honrosa ejecutoria a esta ciudad, a la que yo debo gratitud eterna.»

Las palabras del Legado de Su Santidad fueron acogidas por los asistentes al acto con fervorosas ovaciones.

A continuación el Ayuntamiento sirvió a todos sus invitados un delicado refrigerio, generalizándose las conversaciones en los corrillos, y ofreciendo el salón, por la variedad de uniformes y condecoraciones, un aspecto deslumbrante, al que contribuían con su belleza y su tocado las numerosas damas asistentes, ya que la mayoría de las personalidades citadas habían acudido al acto con sus respectivas esposas.

A las nueve de la noche, el Alcalde invitó a Su Eminencia a que recorriera los principales salones del Palacio Municipal. Durante este recorrido, el Cardenal Tedeschini se asomó al balcón principal, recibiendo, al ser advertida su presencia, una ovación clamorosa, a la que correspondió impartiendo, en medio de un impresionante silencio, su bendición al gentío que se aglomeraba en la plaza de San Jaime.

El Legado volvió al salón, en el que continuó unos minutos más, retirándose del mismo definitivamente a las nueve y cuarto. Descendió la escalera de honor con idéntico cortejo que a su llegada

al palacio del Ayuntamiento, y fué despedido por el Alcalde, en nombre de la Corporación, así como por todos los Ministros del Gobierno español, mientras sonaba de nuevo el Himno pontificio.

Al arrancar el automóvil del Cardenal Tedeschini, a los sonos del Himno español, la muchedumbre concentrada en la plaza, que pese al tiempo transcurrido, no había dejado su sitio para aguardar el paso del Legado, prorrumpió en nuevas aclamaciones y vítores al Papa, haciendo partícipes, asimismo, de las ovaciones, a los Ministros y personalidades que seguían al Cardenal.

El «Orfeó Català» en el Palacio Nacional. —

En el gran salón del Palacio Nacional de Montjuich tuvo lugar un concierto a cargo del Orfeó Català, como uno de los actos del programa desarrollado, con ocasión del XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

El magnífico salón presentaba un aspecto esplendoroso en todos los conceptos, tanto por la enorme cantidad de público, que bien puede cifrarse en diez mil, que lo ocupaba en su totalidad, integrado por congresistas de todos los lugares de España y del extranjero, entre los que abundaban los sacerdotes y religiosos, como por la calidad de las personalidades que se hallaban presentes, y por la magnificencia con que aparecía adornado.

Al aparecer en el palco presidencial el Legado pontificio, Cardenal Tedeschini, fué acogido con una calurosa y prolongada ovación por todo el público puesto en pie.

Tomaron asiento en el palco presidencial, acompañando al Cardenal, el Obispo de Barcelona, doctor Modrego, y S. A. R. Don Carlos de Habsburgo y de Borbón, y hacia el final del concierto, llegó el Ministro de Agricultura, señor Cavestany.

En diversos palcos estaban el Cardenal de

Colonia, el Arzobispo de Irlanda, el Obispo de Calcuta, el sobrino del Cardenal Tedeschini, el General Cora, consejero togado del Consejo de Justicia Militar; el Teniente de Alcalde ilustrísimo señor don Juan Torra-Balari y el ilustre Concejal señor Aixelá; guardias nobles, el séquito oficial del Cardenal y gran número de representaciones de autoridades y corporaciones.

El concierto, desarrollado por el disciplinado Orfeó Català, dirigido por el maestro Luis María Millet, alcanzó un éxito clamoroso en la interpretación de composiciones de Aramburu, Cumellas Ribó, Sancho Marraco, Botey, Pérez Moya, Millet, Pujol, Morera, Manén, Vives, Debussy, Holtz y Nicolau; terminó con el Credo de la Misa del Papa Marcelo, de Palestrina.

El público siguió con la máxima atención el desarrollo del programa, y tributó calurosas ovaciones a la masa coral y a su director.

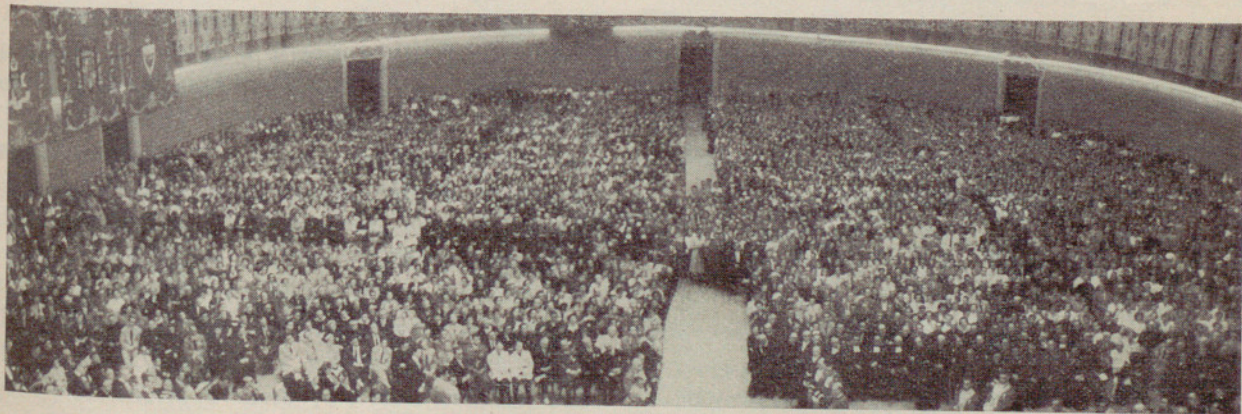
Actos de exaltación eucarística en el Ateneo Barcelonés. —

El Ateneo Barcelonés, que es la expresión de la intelectualidad layetana en su aspecto más característico, se sumó a las solemnidades tan densas del XXXV Congreso Eucarístico Internacional por medio de unas sesiones de Exaltación del Santísimo Sacramento.

Tanto los que cultivan la palabra, como los estudiosos del pensamiento y los literatos, en párrafos inspirados glosaron lo que significa la Eucaristía en la marcha del mundo.

Ramón de Capmany, el artista; Claudio Colomer, el periodista; Ramón Roquer, el teólogo; Francisco Salvá, el crítico; Santiago Nadal, el publicista; Diego Ramírez Pastor, y muchos más hicieron comprender a la docta concurrencia lo que representaba el momento por que pasaba Barcelona.

Veladas parecidas tuvieron efecto en otras entidades barcelonesas de tipo cultural.



Concurrencia asistente al concierto del Orfeó Català en el Palacio Nacional

EL JEFE DEL ESTADO EN BARCELONA

La entrada. — El día 28 de mayo la ciudad de Barcelona rindió un apoteósico recibimiento al Caudillo Franco, que vino a Barcelona para asistir a las magnas jornadas del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. El Jefe del Estado fué recibido triunfalmente en la Puerta de la Paz por Barcelona entera, que testimonió una vez más al Capitán de España su gratitud imperecedera por haberla librado del comunismo en la gloriosa Cruzada.

Desde primeras horas de la mañana las calles de la ciudad se encontraban animadísimas, afluyendo a las vías por donde debía pasar la comitiva miles y miles de almas, que iban apretujándose en los lugares más inverosímiles. Puede decirse que, como dos días antes con la llegada del Cardenal Tedeschini, Barcelona entera se volcó materialmente para recibir al glorioso Caudillo.

A las once y media de la mañana, las calles del trayecto presentaban un brillantísimo aspecto. Muchas de las comisiones asistentes eran portadoras de grandes banderas.

En los lugares indicados de antemano, a las diez y media de la mañana comenzaron a concentrarse los representantes de Sindicatos, es decir, los productores barceloneses. Los distintos Sindicatos, Gremios y demás organismos sindicales eran portadores de grandes cartelones en los que daban la bienvenida al Caudillo de España.

Frente al edificio de la C. N. S. había una gran pancarta que decía «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! Los Sindicatos barceloneses os saludan».

Alrededor de las diez y media de la mañana comenzaron a cubrir el trayecto las fuerzas del Ejército, constituídas por: Regimiento de Infantería de Jaén número 25; Regimiento de Montaña número 1; Regimiento Ultonia número 59; Contracarros número 1; Regimiento de Caballería de Numancia número 9, pie a tierra; Regimiento de Artillería números 44 y 62; Numancia, a caballo; Artillería número 72; Artillería de Costa; Zapadores número 4; Transmisiones núme-

ro 4; Grupo de Automóviles número 4, e Intendencia número 4.

Mandaba la línea el General jefe de Artillería de la Cuarta Región, don Fernando Pérez Porro, el cual, a las once y media, pasó revista a las mencionadas fuerzas.

Desde primeras horas de mañana, el desembarcadero de la Puerta de la Paz ofrecía un brillantísimo aspecto. En el artístico arco de triunfo allí elevado figuraba esta leyenda: «Bienvenido, Caudillo de España».

Mucho antes de las once de la mañana aquellos alrededores ofrecían un brillantísimo aspecto. En el muelle de la Estación Marítima se habían congregado millares de personas, así como en los alrededores del monumento a Colón, que aparecía profusamente engalanado.

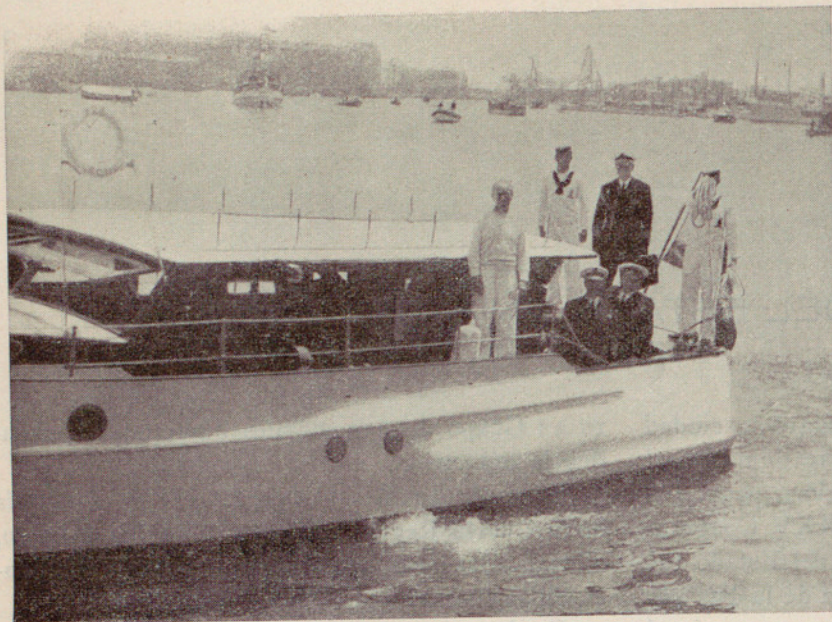
Junto a la tribuna, y de cara al mar, situóse una compañía del Regimiento de Infantería de Jaén número 25, al objeto de rendir los correspondientes honores.

El puerto ofrecía un brillantísimo aspecto. Todos los buques surtos se encontraban profusamente empavesados. En el buque-escuela «Baleares», los flechas navales formaron en las jarcias, y la tripulación de la carabela «Santa María», con trajes de época, también se encontraban en la cubierta.

Alrededor de las doce del mediodía, ya se hallaban congregados en la tribuna principal los Ministros de Asuntos Exteriores, Gobernación — que actuaba de Ministro de Jornada —, Justicia, Comercio, Aire, Industria, Educación Nacional, Trabajo, Agricultura, Aire, Hacienda, Información, Secretario del Partido, y Ministro sin cartera, señor Carrero Blanco.

También se encontraba allí el Presidente del Consejo de Estado, señor Ibáñez Martín, y los Directores generales de Prensa y Seguridad, señores Aparicio y Hierro.

Se encontraban en la Puerta de la Paz, aguardando la llegada de S. E. el Jefe del Estado, re-



El Caudillo en la falúa que le condujo a la Puerta de la Paz

presentaciones militares de todos los Cuerpos de la Guarnición, con sus jefes al frente. Con las representaciones militares se situaron en primer término los Generales actualmente en Barcelona, señores Asensio, Coco, Pastor, Martínez Simancas, Pérez Seoane, López Ibarlucea, Mancholas, Faraudo Saint Germain, Aranguren, Rivera Juer, Gutiérrez Calderón, Yanguas, Pérez Pérez, Sandoval, Balmori, Navarro, Mariñas y Palacios.

En la tribuna central aguardaban la llegada del Generalísimo el Cardenal Arzobispo de Toledo, doctor Pla y Deniel; el Nuncio de S. S., monseñor Cicognani, el Obispo de Barcelona, doctor Modrego Casaus; los Obispos irlandeses de Ardgha y Deery; el Delegado Apostólico en Egipto, monseñor Nutti; el Obispo de Zipaquirá (Colombia), y los de Barbastro, Palencia, Fernando Poo, Vitoria, Tenerife, Astorga y Seo de Urgel, este último Copríncipe de los Valles de Andorra. También se encontraban entre los citados Prelados el Abad mitrado de Samos.

También en la tribuna central se encontraban los Embajadores de Portugal y Chile; S. E. el Capitán general de la IV Región, señor Sánchez González; Gobernador civil, señor Acedo; Gobernador militar, General Galbis; Presidente de la Audiencia, señor Castelló; Alcalde, señor Simarro; Presidente de la Diputación, señor Buxó; Rector de la Universidad, doctor Buscarons; Contraalmirante Cervera; Jefe Superior de Policía, señor Albert; Delegado de Sindicatos, señor Solís; Delegado del Frente de Juventudes, señor Elola; Director del Instituto de Cultura Hispáni-

ca, señor Sánchez Bella; Procuradores en Cortes señores Gironés y García Ribes; Consejero nacional señor Calviño; Delegado de Información y Turismo, doctor don Juan Iglesias, acompañado del Secretario de dicho organismo, señor Vila Fradera.

También se encontraban allí los señores Bertrán y Güell, Torra Closa, Vidal y Ribas, Galinsoga, Abalo, Pelayo Infiesta, Gual Villalbí, Oliva, el Gobernador civil de Gerona, don Luis Mazo Mendo; el Decano del Colegio de Abogados, señor Condeminas, y otras distinguidas personalidades.

Alrededor de las doce del mediodía se divisó el buque, a bordo del cual viajaba S. E. el

Jefe del Estado. Poco después el «Miguel de Cervantes» entraba en la bocana del puerto. Las baterías de Montjuich dispararon las primeras salvas de ordenanza, mientras la gente prorrumpía en los primeros aplausos.

Mientras tanto, por medio de los altavoces instalados en todo el recorrido, se iban dando las últimas noticias sobre la llegada y se radiaban marchas militares.

Pocos momentos después el crucero «Miguel de Cervantes» quedaba atracado en la primera dársena, desembarcando inmediatamente el Caudillo, que iba acompañado de su esposa, el Ministro de Marina, almirante Moreno, los Jefes de sus Casas Militar y Civil, y ayudantes de campo. SS. EE. ocuparon una gasolinera del Club Marítimo, para dirigirse a la Puerta de la Paz.

Inmediatamente la gasolinera que ocupaba Su Excelencia el Jefe del Estado, y en cuya proa ostentaba su guión personal, dirigióse al desembarcadero de la Puerta de la Paz, escoltado por infinidad de lanchas que iban profusamente engalanadas con banderas y gallardetes. En aquellos instantes las sirenas de todos los buques surtos en el puerto comenzaron a sonar, al mismo tiempo que desde las baterías de Montjuich y de los buques de guerra se hacían las salvas de ordenanza. El momento fué realmente de extraordinaria emoción. Los millares de personas estacionadas en los muelles agitaban pañuelos y vitoreaban al Caudillo, mientras éste, de pie en la gasolinera, correspondía a las muestras de afecto y adhesión de que era objeto.

A las 12.33 en punto el Caudillo, que vestía uniforme de diario de Capitán general de la Armada, luciendo sobre su pecho la Gran Cruz Laureada de San Fernando, desembarcó en la Puerta de la Paz. En aquel preciso instante las bandas de música interpretaron el himno nacional mientras las fuerzas presentaban armas.

El Generalísimo, siempre sonriente y afable, saludó al Capitán general de la IV Región, en unión del cual pasó revista a las tropas encargadas de rendir honores, mientras las aclamaciones se hacían más incesantes y los gritos de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! se mezclaban con las notas del himno y las salvas.

Inmediatamente después de pasar revista, el Caudillo dirigióse a la tribuna. Al pie de la misma se encontraban todos los miembros de su Gobierno y las primeras autoridades locales, a los cuales fué estrechando la mano. Mientras tanto los aplausos y vítores no cesaron ni un solo instante.

El Caudillo subió a la tribuna, donde saludó a las demás autoridades, Cuerpo consular, etc. El Gobernador civil, Alcalde y Presidente de la Diputación ofrecieron preciosos ramos de flores a la esposa del Generalísimo, que agradeció complacida el obsequio.

El público, estacionado en la amplia plaza de la Puerta de la Paz, no cesaba de aclamar al Caudillo, que correspondía con la mano a los que le aclamaban.

Seguidamente, S. E. el Jefe del Estado descendió de la tribuna para saludar a los Generales, Jefes y Oficiales de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, así como a los miembros de la Guardia Civil y Policía Armada que se encontraban situados frente a la tribuna. Millares de voces no cesaban de vitorear al Caudillo, al mismo tiempo que gritaban ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

Acto seguido, el Caudillo situóse de nuevo en las escaleras de la tribuna, desde donde presenció el desfile de las fuerzas que le habían rendido honores. Durante el mismo, el público no cesó de vitorearle entusiásticamente.

Finalizado el desfile, el Caudillo, en medio de grandes aclamaciones, descendió de nuevo de la tribuna para ocupar el coche. El corto trayecto — cuestión de poquísimos metros — tardó largo rato en recorrerlo el Caudillo, debido a las constantes aclamaciones y vítores de que era objeto.

En el instante de subir al coche, acompañado del Alcalde, señor Simarro, el Caudillo continuó siendo aclamadísimo, y vítores de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! se hacían cada vez más ensordecedores.

Inmediatamente el coche se puso en marcha, escoltado por la Guardia mora, que prestaba al acto una nota de color.

Una verdadera multitud se apiñaba en el paseo de Colón, desde la Puerta de la Paz hasta la plaza de Antonio López, aguantando con verdadero espíritu patriótico las inclemencias del ardiente sol del mediodía. Se veían pancartas de bienvenida en diversos establecimientos industriales portadas por obreros. Muchos de ellos se habían situado en la calzada inferior del paseo de Colón, encima de camiones con los que se habían trasladado hasta allí.

Las aceras de la parte superior del paseo de Colón y las bocacalles adyacentes constituían una verdadera masa humana que, presionada por la muchedumbre que a la misma afluía, era a duras penas contenida por los soldados que cubrían la carrera, los cuales tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para no ser desbordados por el público, cosa que no lograron impedir una vez que hubo pasado la comitiva oficial, desbordándose el gentío que siguió detrás de la comitiva.

Entre el público se veían numerosos extranjeros y sacerdotes de distintos países.

Su Excelencia el Generalísimo recorrió el paseo de Colón, de pie en su automóvil, junto con el Alcalde de la ciudad, entre el entusiasmo de la muchedumbre y el flamear de pañuelos, correspondiendo con saludos a los vítores de la enfiervorecida multitud.

Como en el paseo de Colón, la plaza de Antonio López se encontraba abarrotada de público, que ocupaba todos los lugares disponibles, camiones, escaleras de acceso a Correos, farolas, monumento a Antonio López, etc. Entre el público se encontraban numerosos grupos de enfermeras. Aquí también se encontraban numerosos grupos de obreros portadores de pancartas, encontrándose repletos de público los balcones y tejados de los inmuebles.

Su Excelencia el Jefe del Estado fué acogido con una ovación inenarrable, mientras se agitaban los pañuelos en señal de bienvenida.

El aspecto que ofrecía la vía Layetana a lo largo de toda su extensión, desde la plaza de Antonio López hasta la de Urquinaona, es casi imposible de describirlo. Si cabe, es donde había más extranjeros, entre ellos una peregrinación croata, otra uruguayaya y varias irlandesas.

Se dió el detalle simpático de que muchos vecinos de la vía Layetana acudían a la calle a ofrecer sus balcones a los sacerdotes extranjeros, para que desde ellos pudieran presenciar cómo



El pueblo sigue detrás del coche del Generalísimo Franco

damente el paso de la comitiva del Jefe del Estado.

Pancartas y carteles daban la bienvenida al Caudillo, y era materialmente imposible dar un paso por la vía Layetana, tal era la enorme muchedumbre que la ocupaba. Las plazas de Ramón Berenguer y Maura ofrecían igual aspecto, y la muchedumbre invadía también la amplia avenida de la Catedral.

Como en el anterior recorrido, la presencia de Franco desbordó el entusiasmo de la multitud, flamearon pañuelos y los vítores se sucedían ininterrumpidamente. El Jefe del Estado saludaba con la sonrisa en los labios al gentío, y éste, una vez pasada la comitiva, desbordaba a las fuerzas que cubrían la carrera y se unían a los millares de barceloneses que en manifestación apoteósica habían hecho lo mismo en el paseo de Colón y seguían detrás de la comitiva oficial.

El Jefe del Estado, en su camino hacia el Palacio de Pedralbes, llegó a la plaza de Urquinaona, y por ella hacia la ronda de San Pedro.

Describir el aspecto que ofrecía la popular plaza y la Ronda, es reiterar una vez más cuanto llevamos dicho. Las aceras, rebosantes de público, los balcones totalmente ocupados y la muchedumbre enfervorizada, con el paso de Su Excelencia, lanzando estentóreos vítores y agitando sus pañuelos, puso de manifiesto la adhesión entusiasta de la ciudad hacia la persona del Caudillo.

La confluencia de la plaza de Cataluña con el paseo de Gracia ofrecía idéntico aspecto. La am-

plitud del sector por donde pasaba la comitiva permitía una mayor cabida de público, y era verdaderamente maravilloso el espectáculo.

El paseo de Gracia aparecía con sus amplias calzadas llenas de público. La gran avenida barcelonesa profusamente adornada con motivo del Congreso Eucarístico ofrecía un aspecto deslumbrador. Balcones, terrazas, farolas, columnas de los portales, donde había algo que permitiera una mejor visibilidad, se encontraba ocupado, mientras el gentío situado en las calzadas laterales se apiñaba hacia la calzada central para presenciar el paso de Franco, que era acogido, como

a lo largo del recorrido, por los vítores y aplausos de la multitud enardecida.

Como en todos los lugares de la carrera oficial, numerosos grupos de congresistas extranjeros, luciendo los distintivos de sus países, aguardaban también el paso del Jefe del Estado y le tributaban sus aplausos enfervorizados, viendo en él al Caudillo del catolicismo militante.

El Jefe del Estado correspondía con sus saludos a los vítores de la multitud, que fueron incesantes a todo lo largo del paseo de Gracia hasta la llegada a la plaza de la Victoria, en que se congregaba una verdadera muchedumbre, y que ofrecía un aspecto verdaderamente magnífico.

El paso del Caudillo por la avenida que lleva su nombre fué igualmente presenciado por una gran muchedumbre hasta la plaza de Calvo Sotelo. Como en las calles anteriores, balcones y terrazas se encontraban repletos de público, y las ovaciones, vítores y pañuelos al viento jalonaban el camino del Jefe del Estado, quien permanecía en pie en el automóvil, correspondiendo a las ovaciones que la inmensa multitud incesantemente le prodigaba.

Frente al Palacio de Pedralbes se había congregado también una gran cantidad de público, que desde hacía tiempo aguardaba la llegada del Generalísimo Franco, para testimoniarle su adhesión.

Al aparecer éste, prorrumpió en ovaciones y vítores, y aun siguió durante todo el día renovándose continuamente, a fin de presenciar los relevos de la guardia mora.

El Generalísimo recibe al Ayuntamiento y la Diputación.

— Poco después de su llegada a Palacio, S. E. el Jefe del Estado recibió la visita del Ayuntamiento y de la Diputación, presididas, respectivamente, por el señor Simarro y el Marqués de Castell-Florite, cuyas Corporaciones reiteraron a S. E. la adhesión de la ciudad y provincia.

El Caudillo iba acompañado del Ministro de Jornada, don Blas Pérez, y de los Jefes de sus Casas Civil y Militar.

Visita el Cardenal Legado al Generalísimo.

— A última hora de la tarde llegó al Palacio de Pedralbes Su Eminencia el Cardenal Legado de Su Santidad, monseñor Tedeschini, para visitar a Su Excelencia el Jefe del Estado.

El Cardenal Tedeschini, a quien se rindieron los honores debidos a su alta jerarquía, tanto a la entrada como a la salida de Palacio, llegó acompañado del Embajador de España en el Vaticano, señor Castiella; monseñor Enrico Danti, Prefecto de la Ceremonia Pontificia; monseñor Angelo del Acqua, de la Secretaría de Estado de S. S.; monseñor Benedecto Riposatti, Profesor de Literatura Latina de la Universidad Católica de Milán, y monseñor Maximino Romero, Rector de la Iglesia Nacional Española de Montserrat, de la ciudad de Roma.

Su Eminencia fué recibido a las puertas de Palacio por el Jefe y segundo Jefe de la Casa Civil, quienes acompañaron al Cardenal hasta el



El Excmo. Ayuntamiento ante S. E. el Jefe del Estado

despacho del Caudillo, en el que inmediatamente fué recibido el Legado del Papa.

El Jefe del Estado y el Cardenal celebraron una cordial entrevista, que duró una hora aproximadamente.

Terminada la visita, Su Eminencia presentó al Caudillo a las personalidades que componen su séquito, abandonando seguidamente el Palacio de Pedralbes con el mismo ceremonial que a su llegada.

En Palacio se hallaban el Ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo; General jefe de la Casa Militar; Contraalmirante segundo Jefe y Ayudantes de S. E., de servicio.

El Jefe del Estado devolvió después la visita al Legado Pontificio.

Cena de gala en honor de SS. EE. el Jefe del Estado y señora en el Salón de Ciento. — El Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona ofreció a S. E. el Jefe del Estado una cena de gala en el Salón de Ciento de la Casa de la Ciudad.

Ya a las nueve de la noche, la plaza de San Jaime estaba abarrotada de gentío y ofrecía un aspecto brillantísimo, toda vez que lucían las iluminaciones. Al pie del edificio había una sección de la Guardia Municipal montada. Ante la Diputación, y en las aceras contiguas al edificio, formaban los Mozos de Escuadra, con uniforme de gala.

El interior de la Casa de la Ciudad refulgía materialmente en honor de SS. EE. el Jefe del Estado y señora, a quienes aguardaban al pie de



De la visita del Jefe del Estado al Cardenal Legado



Llegada del Caudillo
al Ayuntamiento



S. E. el Generalísimo y señora ascen-
diendo por la escalera de honor de
la Casa de la Ciudad



S. E. el Jefe del Estado, con los
excelentísimos señores Ministro de
la Gobernación y Alcalde de la Ciu-
dad, en el despacho de la Alcaldía

El ilustre señor Teniente de Alcalde don Antonino Segón Gay saludando al Generalísimo Franco



Otro momento de la presencia del Jefe del Estado en las Casas Consistoriales de Barcelona

Presidencia de la cena ofrecida a S. E. el Jefe del Estado en el Salón de Ciento



la escalera de honor el excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, y la Corporación en pleno. En el zaguán, la sección de viento de la Orquesta Municipal interpretó un concierto de música popular española. A la entrada del edificio, en la escalera de honor y en la galería gótica, formaban fuerzas de la Casa Militar y Civil, con uniforme de gala, y criados a la federica con candelabros.

A partir de las diez de la noche comenzaron a llegar las autoridades y personalidades invitadas, que recibía en el zaguán el Delegado de la Alcaldía, don Manuel Ribé.

A las 10.25 llegó el coche de S. E. el Generalísimo, y una atronadora salva de aplausos le acogió entusiastamente.

En el zaguán se situó la Banda Municipal, dirigida por el maestro Bonell, que interpretó el himno nacional al llegar SS. EE. el Jefe del Estado y esposa. El coche del Caudillo llegó al pie de la escalera de honor.

S. E. el Jefe del Estado llevaba uniforme de Capitán general de la Armada, luciendo sobre el pecho la Gran Cruz Laureada de San Fernando. Su esposa se ataviaba con elegantísimo traje de organza blanco sobre tela crema claro. Lucía pendientes de brillantes, rodeando su cuello precioso collar de perlas. Cubría su espalda renard blanco con manteleta de tul, también blanca.

Inmediatamente dos criados a la federica, con candelabros encendidos, se situaron detrás de los egregios esposos, y seguidos de cuatro maceros, con las típicas gramallas, avanzaron hasta el pie de la escalera de honor, en donde, después de dar los tres golpes de maza el portero mayor, les salió a recibir la Corporación municipal en pleno, presidida por el Alcalde, señor Simarro, y subieron al piso principal, dirigiéndose a los antiguos salones de la Alcaldía, en donde fué servido el aperitivo. En la escalera de honor daban guardia ujieres y batidores de la Guardia Urbana de gran gala, con alabarda. A las once menos cuarto se organizó la comitiva para dirigirse al Salón de Ciento, donde debía celebrarse la cena. Abrían marcha los maceros, criados a la federica, y seguidamente venía el Caudillo, que daba su brazo a doña María-Josefa Vázquez de Acedo. Después, seguía el Alcalde, señor Simarro, que daba su brazo a la eximia Sra. D.^a Carmen Polo de Franco, y seguidamente todas las demás autoridades y personalidades que asistieron al acto.

A la entrada al Salón de Ciento, S. E. el Jefe del Estado fué objeto de una entusiasta y calorosa ovación, mientras incesantemente se repe-

tían los gritos de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

S. E. el Jefe del Estado ocupó la presidencia acompañado de doña Carmen Polo de Franco. A derecha e izquierda tomaron asiento el Alcalde, don Antonio M.^a Simarro; doña María Dolores Lorida de Galbis, esposa del Gobernador militar; doña María-Josefa Vázquez Zafrá de Acedo Colunga, esposa del Gobernador civil; Ministro de la Gobernación, don Blas Pérez; doña María del Carmen Nieto de Casanova, esposa del Primer Teniente de Alcalde; Jefe de la Casa Militar, Teniente general don Saturnino González Badía; doña Francisca Govantes de Cervera, esposa del Almirante Jefe del sector naval; Presidente de la Diputación, Marqués de Castell-Florite; Jefe de la Casa Civil de S. E., Marqueses de Huétor de Santillán; Capitán general de la IV Región, Teniente general Sánchez González; Marquesa de Castell-Florite; Almirante Jefe del sector naval de Cataluña, don Pascual Cervera; doña Ana Pérez Benítez de Sánchez González; Gobernador militar, General Galbis Morphy; Gobernador civil, don Felipe Acedo Colunga; Contraalmirante jefe de la II División de la Flota; Embajador de España, don Miguel Mateu; Delegado de Hacienda, señor Laborda, y señora, y otras jerarquías y autoridades.

Distribuidas en el Salón de Ciento se hallaban mesas redondas para ocho personas, en las que tomaron asiento las siguientes personalidades, la mayoría de ellas acompañadas de sus distinguidas esposas: Delegado regional de Trabajo, señor Catalá; Jefe superior de Policía, don José Luis Albert Rodríguez; Fiscal de Tasas, señor Aizpún; Teniente de Alcalde Delegado de Beneficencia, don Alfredo de Casanova; Teniente de Alcalde Delegado de Obras Públicas, don Antonino Segón; Teniente de Alcalde Delegado de Asuntos Generales, señor Torra-Balari; Teniente de Alcalde Delegado de Hacienda, señor Roger Gallés; Teniente de Alcalde Delegado de Abastecimientos, don Emilio Compte Pi; Teniente de Alcalde Delegado de Urbanización, don Marcelino Coll Ortega; Teniente de Alcalde Delegado de Deportes, señor Pena Cardenal; Teniente de Alcalde Delegado de Cultura, señor Maluquer Cueto; Teniente de Alcalde Delegado de Transportes, señor Rosal Catarineu; Teniente de Alcalde Delegado de Sanidad, señor de Jaumar y de Bofarull; Teniente de Alcalde Delegado de Patrimonio y Compras, señor Carballo; Teniente de Alcalde Delegado de Cementerios, señor Sancho Vecino; Concejales señores Baixas de Palau, Gil Senís, Tous Caballé, Blay,

Valldeperas, Ayxelá, Pascual Granerí, Torras Ventosa, Fuentes Martín, Ibáñez Farrán y Pérez Rosales; Secretario accidental de la Corporación, don Luis G. Serrallonga; Decano del Cuerpo Consular, Mr. James E. Brown; Delegado provincial sindical, señor Sanz Catalán; Delegado del Estado en la Zona Franca, don Luis de Galinsoga; Delegado de Industria, señor De las Peñas; Delegado provincial de Montepíos y Mutualidades Laborales, señor Montero; Delegado regional de Comercio, señor Díaz de Velasco; Jefe de Obras Públicas, señor Sabater; Jefe de Sanidad,

doctor Bardají; Fiscal de la Vivienda, señor Nebot; Ingeniero jefe de la Jefatura Agronómica, señor Casallo; Vicerrector de la Universidad y Delegado del Ministerio de Información y Turismo, doctor Iglesias Santos; Subjefe del Movimiento, señor Solano; Jefe del Distrito Minero, señor Cavestany; Delegado de Ex Combatientes, Teniente coronel Salas; Cronista de la Ciudad, don Joaquín María de Nadal; Procuradores sindicales en Cortes señores García Ribes, Martí Buxens, Moya, Puigmal, Cabañero, Dalmau, Estrada, Sintés, Gironés, Calvet y Canals.

También asistieron el General jefe de Estado Mayor de la Región, don Emilio Poig; General de la Guardia Civil, don Enrique Pastor; General de Ingenieros, señor Pérez Seoane; General de Artillería, señor Pérez Porro; General de Sanidad, señor Mancholas; General interventor, señor Caballero; Coronel auditor, señor Samsó; Coronel de Intendencia, señor Sáenz de Cabezón; Teniente coronel de la Policía Armada, señor de los Ríos; General de Caballería, Barón de Casa-Davalillos; segundo Comandante de Marina, señor Gamboa; Comandante de los buques de la Armada «Liniers», «Magallanes», «Gravina», «Álava», «Eolo» y «Azor»; los ayudantes de las autoridades militares antes citadas, segundos



S. E. el Jefe del Estado y su egregia esposa al salir de las Casas Consistoriales

Jefes de las Casas Civil y Militar de Su Excelencia el Jefe del Estado, señores Fuertes Villavicencio y Nieto Antúnez; Vicepresidentes de la Diputación, señores Fernández Ramírez y Madariaga; Secretario de protocolo de la Casa Civil, señor Rodríguez Ruiz; Ayudantes de campo de Su Excelencia el Jefe del Estado, Secretario de la primera Jefatura de la Casa Civil, señor Gamir; Presidente de la Cámara Oficial de Industria, señor Llopis; Presidente de las Cámaras de Comercio y de la Propiedad Urbana, señores Maristany y Traval; Delegado de Abastos; altos funcionarios del Ayuntamiento de la Ciudad, así como otras distinguidas personalidades y representaciones.

A las doce y media terminó la cena de gala, pasando SS. EE. el Jefe del Estado y señora, séquito y autoridades al Salón de las Crónicas, donde fué servido el café.

A la una y cuarto S. E. el Jefe del Estado abandonó el Palacio Municipal, siendo despedido con los mismos honores que a su llegada, acompañándole el Alcalde y la Corporación hasta el zaguán de la Casa Consistorial. En la plaza de San Jaime aun permanecían estacionados nutridos grupos de público, que saludaron la presencia del Caudillo con grandes aplausos.

EL MOMENTO PRIMORDIAL

Diez mil niños comulgan ante el Templo de la Sagrada Familia. — En el Templo expiatorio de la Sagrada Familia tuvo efecto una solemne Misa en honor del Beato Pío X, a la que concurrieron más de diez mil niños de Barcelona, acompañados de sus familiares, que durante este año habían recibido por vez primera la Sagrada Comunión. El altar fué instalado en lo alto de la gran plataforma levantada en el centro interior de la fachada principal, y la tribuna lateral fué ocupada por los miembros de las distintas Ramas de Acción Católica, representaciones de autoridades, Junta de Obra, entidades y corporaciones, clero y seminaristas.

La parte central del recinto y la plaza pública estaban totalmente ocupadas por los niños y niñas, ataviados con los tradicionales vestidos de Primera Comunión, colocándose en primer término un grupo de ambos sexos, que eran portadores de numerosas banderas y estandartes; otro grupo era portador de unas arquetas y cestos para la ofrenda del incienso, flores y las Sagradas Formas, para ser utilizadas en la ceremonia. El aspecto era impresionante, resaltando el perfecto orden y la magnífica distribución de los asistentes.

Fué celebrante de la Santa Misa, el Excmo. y Rdm. Obispo de Pamplona, doctor don Enrique Delgado, asistido por el Párroco de la Iglesia de San Miguel, de Zaragoza, reverendo don Julián Nieto, y del familiar del Prelado, reverendo don Luis Igoa. Ocuparon sitials preferentes, junto al altar, los excellentísimos Arzobispo de Montreal, monseñor Roberts; el Obispo de Fernando Poo, doctor don Leoncio Fernández Galileo, acompañado de varios sacerdotes nativos; Obispo de Valparaíso,

doctor don Rafael Lira Infante; Obispo de Changteh, doctor don Gerardo H. Herrero, O.S.A.; Obispo de Lieja, doctor Kerkhofs; Vicario Apostólico de Malang, Java, monseñor Albers; y Vicario Apostólico de Ucayali, doctor don León de Uriarte. Otras altas jerarquías de la Iglesia ocuparon sitaliales en varios puntos del recinto.

La ceremonia dió comienzo con unas palabras del reverendo doctor Ros, Secretario de los actos escolares del Congreso, para preparar a los niños a recibir la Comunión, pronunciando luego las preces de rigor. Durante el Ofertorio, los niños y niñas ofrecieron el incienso, flores y las hostias para su consagración.

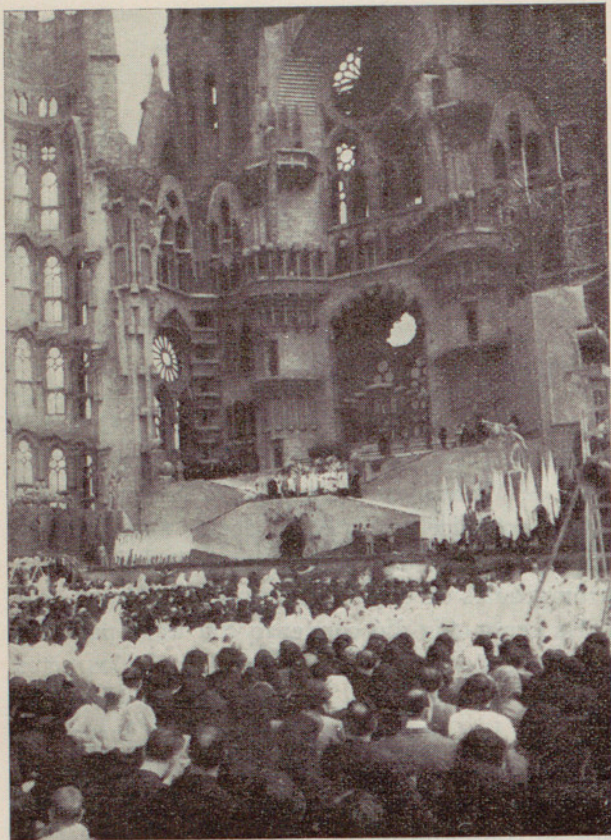
Retransmitieron los detalles de la solemnidad las distintas estaciones españolas.

Para Europa oriental y occidental, así como parte de África y Norteamérica, era también retransmitido por la nueva emisora inaugurada estos días.

Con ello llegaba la emoción de esta jornada de Paz Familiar, en la que los niños de todo el mundo ofrecían las primicias de su fe, de sus ora-



Comunión infantil en la explanada de la Sagrada Familia



Una vista de la comunión de los niños

ciones, en ofrenda al Creador, para que la paz reine en el mundo y con él en la familia.

Plegaria infantil. — Presidido por el Cardenal Pla y Deniel, y en el gran altar de la plaza de Pío XII, tuvo lugar el homenaje y plegaria de los niños a Jesús Sacramentado.

La espléndida plaza de Pío XII aparecía engalanada con banderas de todos los países que han enviado sus representaciones al Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. Cincuenta muchachos de la Institución General Solchaga desplegaban al viento banderas vaticanas y españolas, mientras trescientas niñas y niños de los colegios de Barcelona eran portadores de sendas banderas rematadas por cruces a ambos lados del altar monumental, como símbolo de la devoción que los niños de todo el mundo profesan a Jesús Eucaristía. La majestad de la gran Cruz central que presidía el altar, destacaba esplendorosamente en el centro de una multitud de más de 150,000 almas congregadas con motivo de este acto de exaltación a la familia.

Desde el altar se ofrecía una visión impresionante por los cuatro lados de la plaza.

Cuidaban de la organización más de cuatrocientos celadores.

Durante diversas fases de las emotivas ceremonias pudo verse cómo asomaban a los ojos de los señores Prelados que asistían a la imponente manifestación de fe infantil, lágrimas de emoción.

Fué un momento inolvidable el de la bendición con el Santísimo en medio del profundo silencio de una inmensa muchedumbre, que contrastó con la fuerza de los cánticos que emergieron de la plaza una vez dada la absolución. Era una sola voz, un solo canto el que podía escucharse desde el altar, un canto lleno de entusiasmo y firmeza directamente dirigido por cada uno al trono del Altísimo como una ofrenda y una promesa de amor. Era un pueblo a los pies de su Dios esperando recibir de Él la inmensa gracia de la paz universal.

Pontifical en la Basílica del Pino. — Como se había anunciado, y formando parte del «Día de la Eucaristía y la Paz familiar», en la Basílica de Santa María de los Reyes celebróse un solemne Pontifical, para que la paz de Cristo reine en todas las familias del mundo.

El acto revistió extraordinaria solemnidad, asistiendo al mismo gran número de fieles que lle-



Distribuyendo la comunión a los niños en el Templo de la Sagrada Familia

naban por completo el amplio templo, que lucía una espléndida iluminación.

Actuó de celebrante el Arzobispo de Méjico, monseñor Martínez, auxiliado por el Deán de la Santa Iglesia Catedral, doctor Serra Puig; Arcipreste doctor Vilaseca y Arcediano doctor Faura, actuando de maestros de ceremonias los muy ilustres doctores Espasa y Camp, de Lérida y Barcelona, respectivamente.

Como ministros de altar figuraban el muy ilustre señor Canónigo de Las Palmas, doctor don Alejandro Ponce Arias, y el de Zaragoza, don Vicente Pena.

Predicó la homilía el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Solsona, doctor don Vicente Enrique Tarancón.

Durante la ceremonia, la capilla de música de la Basílica, dirigida por el reverendo doctor Serra, interpretó diversas composiciones.

En el presbiterio tomaron asiento el Obispo de Iteoy, doctor don Juan de Mata Amara; los Obispos auxiliares de Teresina y Mariana (Brasil), doctores don Raimundo de Castro y don Daniel Baeza, respectivamente.

A continuación se sentaron diversas dignidades eclesiásticas, y frente al altar situóse la Junta de Obra de la Basílica, presidida por el Marqués de Caldas de Montbuy.

Trabajos del Congreso. — Dieron comienzo en la Universidad las Sesiones Internacionales de Estudio organizadas con motivo del XXXV Congreso Eucarístico. La jornada estuvo dedicada a la Eucaristía y la Paz Familiar, reuniéndose primeramente las diversas secciones especializadas. La de Teología dogmática tuvo como ponente al reverendo P. Faustino Illa, C.M.F., Secretario de la Sección de Teología Dogmática de Barcelona; la de Sagrada Escritura, al reverendo doctor Pablo Termes Ros, Profesor de Sagrada Escritura del Seminario Conciliar; la de Liturgia, al reverendo P. Miguel Altisent, Sch. P., Delegado diocesano de las Scholas Cantorum de Barcelona; la de Moral, Derecho, Sociología y Pastoral, al reverendo doctor Juan A. Ventosa Aguilar, Director del Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona, y, finalmente, las de Pedagogía, Historia y Arqueología y Teología Oriental, cuyos ponentes fueron el reverendo P. Miguel García Alonso, Superior de los Padres Redentoristas de Barcelona, el muy ilustre doctor José Gros, Canónigo y Profesor de Historia Eclesiástica, y el reverendo doctor José Campmany Casamitjana. Estas reuniones tuvieron efecto

en distintas aulas. En cada una de ellas se procedió a la lectura de diversas comunicaciones recibidas, todas ellas valiosas y notables.

Tras un breve descanso, los congresistas se trasladaron al Paraninfo, donde se celebró el acto solemne. Fué abierto por el Cardenal Spellman, Arzobispo de Nueva York, al lado de quien se sentaba el Cardenal Caggiano, Arzobispo de Rosario. En el estrado se hallaban, asimismo, monseñor Cotta Rego, Arzobispo auxiliar de Río de Janeiro; monseñor John F. O'Hara, Arzobispo de Filadelfia; el Obispo de Limoges, Ilmo. Michel Rastovil, y el Obispo de Malta, monseñor Michael Gorzi, así como don Eusebio Díaz, Rector honorario, y el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor Castro y Calvo.

El Cardenal Spellman dirigió, en español, las siguientes palabras a los congresistas:

«En verdad me siento emocionado de pisar tierra de España y no encuentro palabras adecuadas para expresar la gratitud sincera y la de mis diócesanos que han llegado a esta noble ciudad de Barcelona en peregrinación, por la bienvenida que nos han tributado.

Sabíamos de antemano de vuestra tradicional cortesía y hospitalidad proverbial, de la que teníamos pruebas sobradas. Sabíamos que ningún ciudadano de nuestra América se siente extranjero en España, madre de América. Sabíamos que todo católico, cualquiera que fueran los colores de la bandera a cuya sombra haya nacido, era considerado como un miembro de la gran familia cristiana cuya cabeza visible es Jesucristo. Sabíamos que, como miembros de esta familia, veníamos a disfrutar juntos en la grandiosa celebración familiar de este Congreso Internacional, los hondos goces que nos proporciona la herencia común de católicos, unidos con los vínculos de la fraternidad universal ante nuestro común Padre que está en los cielos y se oculta en el Sacramento del Amor.

¡Pero qué grato es sentirlo y palparlo como, gracias a vosotros, comenzamos a sentirlo y palparlo! Y contribuye a aumentar esta emoción pensar con gratísima ilusión que venimos a esta magna Asamblea del XXXV Congreso Eucarístico a devolver aquella visita sin igual en la Historia que hicieron a nuestras tierras vírgenes americanas aquellos héroes y aquellos apóstoles españoles que dejaron en ellas la semilla del Evangelio, de la cual vivimos. Contribuye a aumentar la emoción pensar que venimos a respirar los ambientes saturados de religiosidad y de alta mística espiritual de que perfumaron a la Iglesia de

Dios : San Juan de la Cruz, la gran Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y la pléyade de santos místicos y teólogos de que no puede alardear nación alguna en el globo.

Quiero concluir con una frase que resume todos nuestros sentimientos hacia vosotros en estos momentos : gracias, españoles, gracias.»

Después de estas palabras en español, el Cardenal pasó a disertar en inglés sobre el tema de la Eucaristía y la Paz familiar, haciendo poco después su entrada en el Paraninfo nuestro venerable Prelado, doctor Modrego Casaus, que quiso así asistir a la inauguración de estas interesantes sesiones.

Finalizada su disertación, el Cardenal Spellman abandonó el salón, presidiendo la lección el reverendo Fr. Reginaldo Carrigou-Lagrange, el Cardenal Caggiano. Éste pasó a ocupar la cátedra, desarrollando el tema «El valor infinito del sacrificio de la Misa y la celebración cotidiana de Misas para la pacificación del mundo». En docta peroración describió magistralmente el sentido moral, filosófico y social del sacrificio de la Misa.

Para facilitar la asistencia de los congresistas extranjeros, un extenso sistema de auriculares con dispositivo adecuado permitía escuchar, a elección, la lectura del disertante en los idiomas español, alemán, inglés, italiano y francés.

Se efectuó otra solemne sesión académica en el Paraninfo Universitario. Fué presidida por el Cardenal Serejeira, Patriarca de Lisboa, con asistencia del Ministro de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez. Sentábase, asimismo, en el estrado presidencial el Rector magnífico, señor Buscarons, acompañado de los Decanos de las Facultades de Filosofía y Letras, Derecho y Farmacia y otras personalidades. Habló en primer lugar el Rector magnífico, quien saludó a los universitarios asistentes al acto, poniendo de relieve la importancia de éste. Seguidamente, hizo uso de la palabra el Catedrático doctor Font y Puig, respondiendo al saludo de los universitarios españoles el profesor don Fernando van Gothem, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Lovaina.

El Ministro de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez, pronunció acto seguido un elocuente discurso, en el que hizo encendida glosa a la solemnidad eucarística de estas jornadas, destacando la importancia que tienen para la Universidad. Una ovación cerró las palabras del Ministro, levantándose a hablar el Cardenal Cerejeira, quien lo hizo en portugués, lamentándose no poder expresarse en castellano, pero seguro de que to-

dos lo entenderían por ser ambas lenguas tan semejantes. Su Eminencia hizo un vibrante elogio del espíritu que estos días da muestras Barcelona, terminando con vibrante canto al Sacramento Eucarístico.

Terminada la solemnidad académica, una procesión desfiló por los claustros de Derecho y Ciencias, habiendo luego Reserva del Santísimo.

Otra sesión interesante fué la de los grupos especializados sobre «La Eucaristía y la paz individual y la paz social», tuvo lugar en el Paraninfo de la Universidad, presidida por Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Colonia, monseñor José Frings, acompañados de los excelentísimos y reverendísimos Prelados de Barcelona, doctor Gregorio Modrego; Arzobispo de Evora, monseñor Manuel Mendes de Conciliação Santos; Arzobispo de La Paz, monseñor Abel Isidoro Rojas; Obispo de Libau, ilustrísimo señor don Antonio Urbs; Obispo de Melfi y Novara, ilustrísimo señor don Domenico Petroni.

Disertó el reverendo P. Agustín Bea, S. I., en italiano, sobre el tema «La idea de la paz en el Antiguo Testamento».

Abrió el acto monseñor Frings con unas palabras de afectuoso saludo a los Prelados, dignidades eclesiásticas y peregrinos asistentes al Congreso, ponderando su importancia y frutos.

Seguidamente, en su disertación, que fué escuchada en diversas lenguas, gracias a la instalación de auriculares, el reverendo P. Bea desarrolló el anunciado tema, glosando en primer lugar el concepto de la palabra paz, «Irene» en griego, «Solom» en hebreo, cuyo significado fué el de un bienestar material, hasta llegar al concepto cristiano de una perfección espiritual.

Estudió seguidamente los textos de los profetas, empezando por Salomón, preferentemente Isaías, Amós, Ezequiel. Habló de la guerra en los Sagrados Textos que la tienen como un castigo, y en las palabras de los profetas citados estudió lo que ellos dicen sobre la paz mesiánica, con las sublimes promesas que se profetizan para la venida del Salvador. Añadió que la paz la perdió el hombre al cometer su primer pecado y ser echado del paraíso, y las luchas nacieron también en los antiguos tiempos para poder conquistar la tierra prometida. Sólo la justicia — dijo — puede conducirnos a la paz.

Añadió que las guerras que llenan los siglos que suceden al Mesías parecen contradecir las profecías sobre la paz prometida, pero, en primer lugar, deberán interpretarse las profecías teniendo en cuenta el espíritu hiperbólico de los orien-

tales y la forma figurada de los conceptos, y al propio tiempo, que en el Nuevo Testamento, el mismo Jesucristo dijo que Él no llevaba la paz, sino la guerra, como signo de lucha contra el mal.

Terminó invocando el Mensaje mesiánico «Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis», confiando en la paz con el auxilio de la Sagrada Eucaristía.

Monseñor Frings cerró el acto ponderando la importancia de la disertación, y suplicó que se unieran nuestras plegarias a las intenciones del Sumo Pontífice, en favor de la Paz.

En el día dedicado a «La Eucaristía y la paz eclesiástica», se reunieron, a las diez de la mañana, las comisiones especializadas, cuyos ponentes fueron: por la de Teología, el muy ilustre doctor Gabriel Solá, Canónigo y profesor de Teología del Seminario de Barcelona; por la de Sagrada Escritura, el reverendísimo P. José María Bover, S. I., Consultor de la Pontificia Comisión Bíblica de Roma; por la de Liturgia, el reverendo doctor Antonino Tenas, Párroco de San Justo Desvern; por la Moral, Derecho, Sociología y Pastoral, el reverendo doctor Ramón Cunill, Consiliario diocesano de Hombres de Acción Católica; por la de Pedagogía, el reverendo doctor Ramón Roquer, profesor de la Universidad, y el ilustrísimo y reverendísimo monseñor doctor Luis Urpí, prelado doméstico de Su Santidad; por la Historia y Arqueología, reverendo doctor Anastasio Sinués, Catedrático, y por la de Teología Oriental, el reverendo doctor Ginés Arimón Girbau, de la Curia Episcopal de Barcelona. Las comunicaciones de la jornada fueron, respectivamente, las siguientes: «De Sanctissima Eucharistia causa pacis Ecclesiae»; «Eucharistie und kirchlicher Friede, vorbereitete und forgebildet im Alten Testament»; «La paix chrétienne d'après la liturgie eucharistique»; «Eucaristía, pax e apostolado dei laei»; «La Eucaristía y la paz cristiana»; «Paz o Excomunión en los documentos del siglo XII» y «Los maronitas y su fe en la presencia real del Santísimo Sacramento».

Después se efectuó en el Paraninfo el acto de clausura de las Sesiones de Estudios. Ocupó la presidencia de la solemnidad eucarística y académica el Cardenal Emile Roques, Arzobispo de Rennes. A su lado se sentaron monseñor Adolfo Cinchini, Arzobispo de Cerdeña; fray Albino González, Arzobispo de Córdoba; monseñor Gregorio Efrén Jarpour, Auxiliar del Obispo del Líbano, y don Luis Rosal, Concejal, en representación del Ayuntamiento.

Ocupó la cátedra el reverendo doctor Pío

Parsch, de la Escuela Superior de Klosterneuburg, Viena, quien pronunció una interesantísima disertación sobre el lema de la colecta del lunes de Pentecostés: «Da también la paz a aquellos a quienes concediste la Fe».

El P. Parsch comenzó su disertación examinando la liturgia de la misa en su relación con la paz. Citó diversos pasajes en que se cita la palabra «pax», y pasó luego a considerar la Eucaristía como fuente de gracia. Seguidamente expuso la necesidad perentoria de un nuevo acercamiento del pueblo a la liturgia, y, como tal, propugnó una revisión de ésta para facilitar tal aproximación. Apuntó la posibilidad de que la palabra divina fuera expuesta durante la misa, no en latín, sino en las lenguas de cada pueblo, y dijo que era necesario que los cristianos no fueran espectadores del Santo Sacrificio del altar, sino actores. Finalmente, el P. Pío Parsch finalizó con una exhortación a los pastores para que pongan en el punto central deseado por Cristo a la Sagrada Eucaristía, haciéndola alimento cotidiano de la gracia santificante, a que enseñen al pueblo a entender la Misa y participar en ella. Esto — finalizó — sería la mejor y más eficaz aportación a la causa de la paz.

Tras los aplausos que subrayaron la disertación del P. Parsch, pronunció unas palabras finales el Cardenal Roques, expresando, en nombre de los asistentes y en el propio, la gratitud al ilustre disertante, por la claridad y la enseñanza de su lección. Hizo votos por que se realizara la bellísima idea expuesta, y después de declarar clausuradas las sesiones, impartió su bendición.

Prosiguieron en las distintas aulas de la Universidad las sesiones internacionales de estudio a cargo de grupos especializados, versando sobre «La Eucaristía y la paz internacional». La Sección de Teología dogmática estuvo a cargo del reverendo P. José María Dalmau, leyéndose un buen número de comunicaciones. Igualmente puede decirse de las de Sagrada Escritura, que tuvo como ponente al reverendo dom Paulino Bellet; la de Liturgia, con el reverendo Dom Alejandro Olivari al frente; la de Moral, Derecho, Sociología y Pastoral, con el muy ilustre doctor Narciso Jubany, Pbro.; la de Pedagogía, con el reverendo doctor don Juan Tusquets; la de Historia y Arqueología, con el P. Andrés de Palma de Mallorca, y la de Teología Oriental, con el reverendo doctor José Bascuñana López.

Como es ya habitual en dichas sesiones, a las doce y treinta minutos, los componentes de las diferentes secciones y los congresistas en general

se trasladaron al Paraninfo para asistir a la sòlemne sesión académica. Ésta estuvo presidida por el Cardenal Gerlier, Arzobispo de Lyon y Primado de las Galias, ocupando, asimismo, el estrado el Cardenal Gouvenia, Arzobispo de Lourenço Marques (Mozambique); monseñor Richaud, Arzobispo de Burdeos; el Embajador extraordinario y plenipotenciario de Portugal, doctor Carneiro Pacheco, y el Teniente de Alcalde señor Coll.

Ocupó la cátedra del Paraninfo el reverendo P. Lorenzo Riber, académico, quien hizo una brillante disertación sobre el tema «Las primitivas sinaxis cristianas, forja de mártires y la exultante paz de Cristo». Con verbo preciso y encendido, el docto académico hizo historia del sentimiento eucarístico en las primitivas comunidades cristianas, apoyándose en numerosas citas de la patrística y destacando la fe y el ardor religioso de Cristo. Pasó seguidamente a glosar la fe de aquéllos, estableciendo la verdad y alegría de la única paz: la paz en Jesucristo.

La disertación del reverendo Lorenzo Riber fué muy aplaudida.

Seguidamente habló el Cardenal Gerlier, Arzobispo de Lyon, que glosó cálida y brillantemente la significación de la jornada. Tras la disculpa por no dirigirse en español, y hacerlo en su idioma, dijo que dos aspectos le habían emocionado del Congreso: la belleza de éste, tan ampliamente demostrada en todas sus facetas, y la belleza de los temas sometidos a estudio en estas sesiones internacionales. Por lo que respecta al que le había tocado comentar a él, no podía ser más trascendental, pues la paz es el don más preciado que concede Dios. Citó acto seguido unas palabras de Bossuet, precisas en su condenación de la guerra, e hizo notar que si la guerra despertaba ya tales trémolos condenatorios en el siglo del gran pensador, actualmente es mucho más reprochable todavía.

Aludió a las palabras de Pío XII en el mensaje de Navidad, y dijo que acaso sería una ilusión querer establecer la paz por medios humanos, pero es, en cambio, una esperanza firme si se tiene fe en los procedimientos sobrenaturales, si se desea establecer la paz en Jesucristo, Príncipe de la paz. Y esta paz hay que establecerla borrando los nacionalismos excesivos que exasperan las conciencias, pero sabiendo prescindir también contra los internacionalismos que borran las características propias.

En necesario, pues, buscar las fuentes, el origen de la discordia actual. Y éstas son el distan-

ciamiento entre los corazones humanos y la falta de paz social. No habrá, por tanto, paz — remarcó el ilustre purpurado — sin un auténtico esfuerzo para conseguir la justicia social. Recordó a tal efecto el mensaje dirigido por Su Santidad Pío XII a los obreros españoles hace un año, en el que decía que la Iglesia velaba siempre por la integridad moral y la dignidad social del trabajador. El secreto de la paz — dijo a continuación — está en la Eucaristía. La Eucaristía que es sacrificio y sacramento: sacrificio de Cristo que aplica los méritos del Calvario y sacramentos de amor. Puesto que la guerra es consecuencia del pecado, sólo el Sacrificio que borró los pecados del mundo puede eliminarla. Y la Eucaristía es, asimismo — recalcó —, sacramento de caridad, que introduce en el cuerpo del hombre un amor hacia los otros hombres. La Eucaristía une a todos en el cuerpo de Jesús porque la unidad es fruto de la caridad. Recordó las palabras de San Pablo sobre la unidad de los fieles, y dijo que, sin negar las particularidades, la Iglesia aboga siempre por la unidad.

Finalmente, el Cardenal primado de las Galias terminó su disertación con una encendida plegaria, rogando a Jesucristo la pronta consecución del triple hecho de la paz interna, la paz social y la paz internacional.

La disertación del Cardenal, cuya elocuencia despertó los aplausos de los asistentes en varios pasajes, fué coronada con una nutrida salva de aplausos.

Por la paz social de todos los pueblos. — Se celebró en la Basílica de Santa María del Mar el solemne Pontifical ofrecido por la paz social de todos los pueblos.

Ofició Su Eminencia el Cardenal Pla y Déniel, actuando de asistentes al Trono los muy ilustres señores Canónigos doctores Serra, Vilaseca y Faura, y de ministros de altar, los reverendos doctores Borrás y Colomer.

Asistieron los señores Obispos de Santo Domingo y Fuchal, que ocupaban el Presbiterio junto con don Luis Madariaga, que representaba a la Diputación; el ilustre Teniente de Alcalde señor Segón, en nombre de la Alcaldía; el ilustre Concejal Delegado señor Valldeperas, por el Ayuntamiento, y el Secretario general de Sindicatos, señor Vizcaino.

Asistieron al acto los ilustres Concejales señores Baixas, Aixelá, Pascual Graneri y Torras.

La representación sindical estaba compuesta por el señor Sanz Catalán, Delegado de Sindica-

tos; señor Pro, Secretario de Organización administrativa; señor Besalduch, Secretario de Sindicatos; señor Ramos, Vice-secretario de Obras sindicales; señor Montero Neira, Inspector de Sindicatos; señor Carrasco, del Sindicato de la Piel; señor Sastre, Administrador general de Sindicatos, y el reverendo doctor Villalobos, de la Asesoría eclesiástica de Sindicatos.

Los fieles, que llenaban completamente el templo, escucharon devotamente la palabra de Su Eminencia el Cardenal primado de España, que ocupaba el trono durante la Homilía.

Los representantes sindicales de todas las provincias españolas que asistieron al acto llenaban por completo el centro de la nave de la iglesia.

El Pontifical constituyó una manifestación de solidaridad y hermandad, en la que se puso de relieve el alto espíritu que anima a las organizaciones sindicales españolas reunidas a fin de impetrar del Supremo Hacedor el logro de la paz social para todos los pueblos del mundo.

Pontifical de rito bizantino. — En la Basílica de San José Oriol se celebró un Pontifical de rito bizantino.

Fueron celebrantes del solemne Oficio el Obispo de Baalbek, don José Maalouff, representante oficial del Patriarca melquita, Máximus IV, en el Congreso; el Exarca de Atenas, don Jorge Calavassy; el Exarca de Estambul, don Dionisio Leonidas Varoujas, y el Exarca del Canadá Oriental, don Isidoro Borecky, juntamente con varios sacerdotes de su rito.

Toda la magnificencia de la liturgia de los católicos orientales se desplegó en el altar de la Basílica, llena de fieles que se asociaban así al culto de nuestros hermanos, que mantienen su romanidad en tierras disidentes.

Durante la Misa se repartió la Comunión con las dos especies pan y vino, a un grupo de seminaristas asistentes al Pontifical.

El Legado de Su Santidad, Cardenal Tedeschini, hizo su entrada en el templo poco antes de finalizar el Oficio. El Cardenal pasó al altar, y después de cambiar el ósculo de paz con los celebrantes, y ocupando un lugar preferente al lado



Una vista de los continuos actos solemnes que se celebraban durante el Congreso

del mismo, dió la bendición final de la Misa, que le había sido reservada.

Al finalizar el solemne acto, el Legado fué despedido con entusiasta fervor por la multitud de fieles, que no cesaban de vitorear al Papa.

Asistieron, también, al Pontifical, el Obispo de la provincia de Éufrates, don Juan Cirilo Zarábion, y el Obispo de Astorga.

Los fieles, al concluir el solemnísimos acto, se acercaron a besar los anillos pastorales de los Obispos celebrantes, mientras algunos sacerdotes del rito celebrado daban explicaciones y detalles de la ceremonia celebrada.

Exposición de Artesanía Sacra. — En los salones de la planta baja de la C.N.S. se verificó la inauguración de la Exposición de Artesanía Sacra, instalada con motivo del Congreso Eucarístico, y en la que artesanos de toda la demarcación realizaban a la vista del público sus respectivos trabajos, que abarcaban todos los matices y aspectos del culto, tanto en encajes como en imágenes, cálices, esmaltes e incluso órganos.

El acto fué presidido por el Ministro Secretario general del Movimiento, don Raimundo Fernández Cuesta, a quien acompañaba el Delegado de Sindicatos, señor Solís; el Asesor eclesiástico nacional de la Organización Sindical, excelentísimo y reverendísimo señor don Luis Almarcha, Obispo de León; el Obispo de nuestra Diócesis, doctor Modrego Casaus; el excelentísimo señor Gobernador civil, y todas las jerarquías de las distintas provincias españolas que se encontraban

en Barcelona. Asimismo acompañaban a las jerarquías antes citadas el Delegado señor Sanz Catalán y restantes mandos de la C.N.S. de Barcelona.

El Ministro y sus acompañantes se mostraron grandemente impresionados y satisfechos durante su visita, terminada la cual, la Exposición fué abierta al público.

A continuación, en el salón de actos de la C.N.S., el Ministro Secretario general del Movimiento, acompañado por el Gobernador civil y las jerarquías antes citadas, impuso al doctor Almarcha las insignias de la Gran Cruz de Cisneros. Acto seguido hicieron uso de la palabra el Asesor de Bilbao, quien ofreció las insignias, y el señor Fernández Cuesta, que expresó la gratísima sorpresa que le había producido el acto que se celebraba, carente de solemnidad y protocolo por no haber sido preparado con anterioridad, carencia que quedaba ampliamente compensada con el sincero afecto y respetuosa admiración de los Sindicatos al señor Obispo de León, cuyo mérito político consiste en hacer resaltar la espiritualidad de los hombres del trabajo en España frente a los ataques extranjeros que tildan a los organismos sindicales de materialistas y partidistas.

Por último, el doctor Almarcha dió las gracias en un breve discurso, manifestando que su gran misión es la de servir de muro contra los embates exteriores, terminando por exhortar a los asesores religiosos a que sigan actuando con el mismo esfuerzo que hasta ahora, laborando por Dios, que es tanto como laborar por España.

La dedicación de los productores. — Desde las torres de la entrada en el recinto de la Exposición, hasta la escalinata del Palacio, comprendiendo la avenida del Marqués de Comillas desde la calle de Lérida hasta la calle de Méjico, se agolpaba una multitud formada particularmente de obreros barceloneses y peregrinos durante el acto del

día 29, para impetrar del Sumo Hacedor la paz social para todos los pueblos del mundo.

El recinto ofrecía un impresionante aspecto, tal vez no superado por ninguno de los actos realizados en este Congreso hasta la fecha, a excepción hecha del recibimiento tributado al Cardenal legado de Su Santidad y al Jefe del Estado.

Más de quinientos mil obreros eran los que, con su presencia y con su alto espíritu de hermandad católica, dieron al acto la espléndida brillantez que correspondía a la categoría de la concentración.

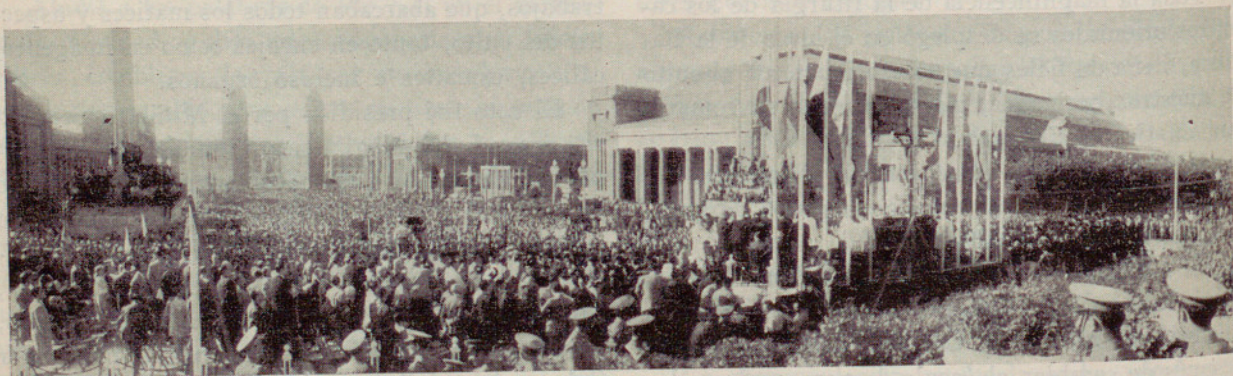
Una tarde magnífica de primavera ofreció un marco maravilloso a la solemne reunión de los Cardenales y Obispos que, con su presencia, ponían de relieve la constante preocupación de la Iglesia por los problemas laborales del mundo actual.

El altar, instalado al fondo de la avenida de María Cristina, estaba adornado con banderas vaticanas y españolas y profusión de flores. El cordón de policía trataba penosamente de detener la avalancha de la multitud que, al paso de los Cardenales, intentaba invadir el espacio libre a fin de besar los anillos de los purpurados en un emotivo saludo y con el más devoto sentimiento filial.

Encaramados en las cornisas de los edificios, un gran número de muchachos gritaba y vitoreaba al Papa, a los Prelados y a la Eucaristía. En una mesa cubierta de tapices estaban expuestos los regalos que los Sindicatos tenían que ofrendar al Santísimo, y que, pasado el Congreso, irían a enriquecer las iglesias más pobres de España.

A media tarde, una vez iniciado el acto, llegaron seiscientos obreros guipuzcoanos en autobuses llenos de pancartas, y en los que podían verse ondear las banderas y los blancos pañuelos en señal de adhesión al acto de la Paz social de los pueblos.

En resumen, una jornada inolvidable que



El Homenaje Laboral

puso de manifiesto, no sólo la acendrada fe de los congresistas, sino lo que es más, el unánime sentido de colaboración y hermandad entre todos aquellos que desde cualquier situación social contribuyen con su abnegado trabajo al engrandecimiento de sus nobles ideales.

Junto al altar tomaron asiento Sus Eminencias los Cardenales, Arzobispo de Nueva York, monseñor Spellman, que presidió la ceremonia; Arzobispo de Toledo, doctor Pla y Deniel; Arzobispo de Rosario, monseñor Caggiano; Obispo de Mozambique, doctor De Goveia, y Arzobispo de Rennes, monseñor Roques. Al lado de la Epístola se sentaron los excelentísimos señores Ministros de Trabajo, señor Girón; de Industria, señor Planell; de Agricultura, señor Cavestany; de Comercio, señor Arburúa, y Secretario, señor Fernández Cuesta; detrás de los cuales se hallaban varios Subsecretarios, entre ellos, el de Justicia, señor Oreja Elósegui; Directores generales, entre los que había el de Prensa, don Juan Aparicio, acompañado del Delegado del Ministerio de Información y Turismo, doctor Iglesias; otros altos funcionarios; Gobernador civil, don Felipe Acedo; Teniente de Alcalde señor Roger Gallés; Consejero nacional señor Calviño, y otras autoridades y representaciones.

Ocuparon lugares preferentes en el Presbiterio los Arzobispos de Filadelfia, monseñor O'Hara; Ferrara, doctor Boveli Rugero; Ancona, doctor Bignamini; Valencia, doctor Olacchia; Santiago, doctor Quiroga Palacio; Sion y Vicario Castrense, señor Alonso Muñozerro; Filipinas, doctor Julio Rosales; Quebec, monseñor Roy; La Serena, de Santiago de Chile, doctor Cifuentes Gómez; titular de Mileto, doctor Tonna; de Arequipa, doctor Rodríguez Ballón; Ottawa, monseñor Vachon; Río de Janeiro, doctor Costa Rego; Anking, doctor Melendro; Chipre, monseñor Ayoub; y Obispos de Salt Lake, doctor Hunt; Alejandría, monseñor Greco; Corpus Christi, Texas, doctor Garriga; New Orleans, doctor Caillonet; Oklahoma, monseñor Guinness; Shiuchow, doctor Arduino; Altamura, monseñor Rottolo; Menevia (País de Gales), monseñor Petit; Derry (Irlanda del Norte), Neid Farrén; Obispo castrense del Canadá, monseñor Nelligan; Cuenca, doctor Inocencio Rodríguez; León, doctor Luis Almarcha, Asesor eclesiástico de Sindicatos; Funchal, monseñor Pereira; Macherata, doctor Cassulo; Auxiliar de Sao Paulo, doctor Alves de Siqueira; Tortosa, doctor Moll; Zamora, doctor Martínez González; Pupiana, monseñor Nuti; Líbano, doctor Jarjuor; Coria, doctor

Llopis Iborra; Lieja, monseñor Kerkhofs; Gante, monseñor Calenvert; Jaca, doctor Bueno y Monreal; Palma de Mallorca, doctor Hervás; Isernia y Benaforo, monseñor Macati; Auxiliar de Buenos Aires, monseñor Tato; Sigüenza, doctor Guspide; Nimes, monseñor Girbaud; Granada, doctor Santos y Olivera; Túy, López Ortiz; Ardach, monseñor M. Namee; Cuttack, doctor Tobar González; Guadix, doctor Alvarez Lara; Niteroi, doctor Joao de Mata; Yankung, doctor Thomas Nin; Seo de Urgel, doctor Ramón Iglesias; Auxiliar del Líbano, monseñor Assemany; Mercedes, doctor Serafini, y otros muchos Prelados que llegaron durante la ceremonia.

Inició el acto el señor Obispo de la Diócesis, doctor Modrego Casaus, con una vibrante alocución, que fué interrumpida varias veces por los aplausos de la multitud, especialmente al nombrar éste los nombres de algunos Prelados asistentes, así como a todos ellos en general.

El doctor Modrego Casaus, al dirigir la palabra a los obreros congregados en la avenida de María Cristina en número aproximado a quinientos mil, su voz firme y bien templada resonaba fuertemente en todo el ámbito del recinto, poniendo una vibrante nota en el brillante marco de la tarde primaveral.

Empezó el señor Obispo haciendo una semblanza de la gran Barcelona, ciudad destacada por su industria floreciente, en la que se trabaja sin descanso para el logro de una mayor y mejor prosperidad destinada a empresas tanto materiales como espirituales, como puede verse en la brillantez de este Congreso Eucarístico Internacional, preclaro exponente de la profunda religiosidad barcelonesa y española.

Con su oratoria tan personal y tan espontánea se refirió el doctor Modrego a la inmensa alegría que para él, y para todos los señores Cardenales y Obispos presentes, representaba la concentración obrera que él estaba esperando como una de las más significadas en la celebración de los actos del Congreso.

Quería ver reunidos, bajo la misma bandera eucarística, a centenares de miles de hombres y mujeres de toda España y aun del extranjero, a quienes, en la labor cotidiana, sobrellevan con alto espíritu de hermandad las cargas del trabajo, y contribuyen, cada uno en la medida de sus fuerzas, al progreso y a la prosperidad de los pueblos.

La voz del Prelado se dirigió a cada uno de los presentes, con una fuerza singular cuando se

refirió a Jesús que eligió para su vida no una situación privilegiada, sino la de un simple trabajador, cuya abnegación y cuyo sacrificio ha quedado como símbolo e insignia de todos los obreros del mundo. Y esta enseñanza es la más significativa y la más profunda, porque es la enseñanza del ejemplo y no la de las simples palabras. Es ésta la que debemos seguir por encima de todo, la que cada uno ha de tener presente en su corazón, para que sea la norma que le guíe en todo momento.

Así — continuó diciendo el señor Obispo —, que cada uno ponga en el arte diario de su trabajo el alto espíritu de hermandad social, a fin de que todos nos sintamos asociados en la tarea de conseguir a todo trance la ansiada paz para el mundo actual. Dedicó a continuación unas palabras al Cardenal Spellman que presidía la ceremonia, diciendo de él que ha defendido en su país la causa obrerista por encima de todas las cosas. Estas palabras del señor Obispo fueron interrumpidas por una salva de aplausos de la multitud y por constantes aclamaciones al Arzobispo de Nueva York, así como a los Obispos que le acompañaban, por la labor silenciosa que en pro de la causa obrera realizan en sus Diócesis. Se refirió particularmente al Primado de España, Su Eminencia el Cardenal Pla y Deniel, que desde hace cuarenta años viene representando los intereses de los trabajadores españoles, palabras estas últimas que de nuevo fueron acogidas con una interminable ovación e insistentes vítores.

Tenemos el orgullo — acabó diciendo el Obispo — de llevar estas dos etiquetas de fe y de amor en el corazón de todos los presentes. A ellas podemos añadir la de sentirnos españoles y barceloneses, cuando menos por estos días en que estamos reunidos para celebrar solemnemente este magno Congreso, en esta ciudad que es archivo de la cortesía y que, al lado de las mayores virtudes de trabajo, alberga también la más rica sensibilidad artística y espiritual en todos los sentidos.

Acabó diciendo que en la institución de la Sagrada Eucaristía se encuentra el secreto de la paz social de los pueblos, porque es el Pan divino que fortalece los corazones de los débiles. En sus últimas palabras vitoreó a la Eucaristía, al Papa y a los Cardenales y Obispos que han asistido al Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

Una multitud de más de 500,000 obreros respondió enervada a los vítores del Prelado, y se escuchó en el recinto una ovación prolongada

y estruendosa, signo bien patente del espíritu eucarístico de Barcelona y de los miles y miles de peregrinos asistentes.

Acto seguido hizo uso de la palabra el excellentísimo y reverendísimo Arzobispo de Tarragona, doctor Arriba y Castro, quien glosó, en bellísimas palabras, el homenaje de que era objeto Jesús Sacramentado, y formulando la pregunta: ¿Qué solución viene a aportar Cristo a los grandes problemas que afligen a la humanidad de hoy? Dijo que en Cristo se hallaba precisamente la única solución posible, la única que puede tener fuerza suficiente para remediar la situación espiritual del momento. Se trata — prosiguió — no sólo de una doctrina humana, sino más bien de una doctrina divina, que se refiere concretamente a todos los problemas de la vida, resolviéndolos por el amor entre los corazones y por la hermandad que ha de reinar entre todos los hombres.

Jesucristo fué en su vida un obrero trascendental, ya que su vida, que es su doctrina, quedó como norma en la humanidad, ya que Jesucristo conoció el dolor humano y señaló el camino de la verdad. Esta verdad ha sido con frecuencia olvidada, aunque muy bien queda demostrado en el acto de hoy, sigue teniendo poder para regir los destinos de los hombres.

Es preciso — acabó diciendo el Arzobispo — que todos salgamos de este Congreso con la idea fija de difundir la maravillosa doctrina de Cristo, que es la única que puede salvarnos en el mundo actual.

Los asistentes aplaudieron largamente al señor Arzobispo, y entonaron seguidamente el himno *Cantemos al Amor de los Amores*, que resonaba poderosamente en la avenida de María Cristina como símbolo, una vez más, de la unánime fe de los congresistas.

En aquel momento Jesús Sacramentado estaba ya en camino del gran altar que presidía la imagen de Cristo Crucificado, y un enorme madero en forma de cruz.

La emoción del momento cundía por todas partes, y en los rostros de los mismos señores Obispos y Cardenales se reflejaba la emotividad de aquellos instantes. Al finalizar el canto del *Amor de los Amores*, irrumpieron al aire las estrofas del *Virolai*.

Finalizado el *Virolai*, llegó al pie del altar la procesión con que se acompañaba al Santísimo Sacramento. Ya en el altar, fué expuesto a la veneración de la multitud, entonándose el *Pange Lingua*.

Seguidamente, en nombre de todos los trabajadores que sinceramente desean una sociedad cristiana con la paz fruto de la Justicia, leyeron su consagración a Jesucristo presente en la Eucaristía un representante de los obreros, uno de los técnicos y uno de los patronos, todos personas de señalado mérito en el orden social.

En primer lugar inició la Oración del Trabajo don Felipe Bertrán Güell, en la que dió fe de que sólo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía puede centrarse la concordia social y la paz, traducidas en obras de justicia.

Seguidamente, el camarero don Pedro Cartón Muñoz rindió homenaje a Jesús Sacramentado en nombre de los técnicos españoles, y, finalmente, el obrero Victoriano González ofreció la oración de los obreros glosando el Padrenuestro.

A continuación el Delegado nacional de Sindicatos inició la entrega de las ofrendas que los Gremios de toda España ofrecían en forma de objetos relacionados con el culto eucarístico, y especialmente por ellos fabricados.

En nombre de la Delegación Sindical, el señor Solís hizo entrega de un artístico sagrario de bronce. A continuación hicieron ofrenda las distintas provincias españolas, con la siguiente relación: Barcelona, un cáliz de estilo gótico, de oro y con esmaltes; cáliz y patena, y cucharilla antiguas, Álava; copón, Albacete; mantel de altar, Alicante; casulla, Almería; manteles, Oviedo; misal, Ávila; arqueta y corporales, Badajoz; misal, Baleares; candelabros y cruz de bronce, Bilbao; candelabros de hierro, Burgos; copón, Cáceres; barril lleno de vino para la consagración, Cádiz; misal, Castellón; misal, vinagreras y corporales, Ciudad Real; cáliz, patena y cucharilla, Córdoba; atril forja, Cuenca; cáliz y mantel, Gerona; cáliz y vinagreras, patena y corporales, Guadalajara; cáliz, Guipúzcoa; cáliz, copón y patena, Granada; cáliz, patena y cucharilla, Huesca; juego casulla, Huelva; mantel, Jaén; sacras, La Coruña; copón, Las Palmas; hostiario de cedro, Melilla; candelabro cerrajería, Ceuta; casulla, León; casulla y cuatro capas, Lérida; cinco sacras, atriles, cáliz y portaviáticos, Logroño; patena, cáliz y emblema, Lugo; seis casullas y tres capas pluviales, alba, roquete, misal, cáliz, patena y vinagreras, Madrid; cáliz, Málaga; cuatro cálices, dos copones, nueve casullas, tres albas, tres amitos, tres cíngulos, capa pluvial y paño de hombros, Murcia; custodia, dos cálices, patena, capa, cinco casullas y copón, Navarra; cáliz, patena y cucharilla, Orense; cáliz, Palencia; cáliz, Pontevedra; cruz atril, cande-

labros y portasacras, Santander; copón, Salamanca; juego casulla, completo, Segovia; cáliz, Sevilla; misal, Soria; dos mil doscientos litros de vino para consagrar, Tarragona; lámpara votiva, Teruel; cáliz y patena, Toledo; dos cálices, Valencia; un sagrario de talla, Valladolid; un millón de formas para consagrar, Zamora; dos cálices, dos copones y custodia, Zaragoza; y cinco manteles, Santa Cruz de Tenerife.

Seguidamente habló el Cardenal Pla y Deniel, quien expresó que en esta magna concentración de patronos, técnicos y obreros, reunidos bajo el signo de la Eucaristía, quería hablar en términos que pudiéramos llamar técnicos.

Hay que aplicar los principios de la doctrina social y de la Teología con sentido de la responsabilidad. Por eso lo primero que procede es fijar el salario suficiente, individual y familiar. La Iglesia ve con buenos ojos la iniciativa de los que tratáis de ascender, de prosperar en vuestras actividades. El comunismo, por el contrario, achaca al esfuerzo una igualdad para que todos sean iguales... en la miseria. La doctrina social de la Iglesia quiere elevar siempre más y más a cada una de las clases sociales. No quiere luchas sociales. Quiere que el obrero tenga interés y sienta el amor por su arte.

Se celebra este Congreso en Barcelona, cuya principal actividad es la industria. Las Catedrales de España y del mundo entero se ennoblecen con los sepulcros de familias aristocráticas. En nuestra Catedral de Barcelona figura el escudo de los Gremios que contribuyeron con sus trabajos a la más alta dignificación de la personalidad española, y ésta es la verdadera nobleza de que puede vanagloriarse el obrero catalán.

Pero ya no puedo entreteneros un instante más. Lo único que quiero es poner a los pies de Jesucristo esta obra del mundo laboral que quiere contribuir a la obra del Padre Eterno.

Decir Padre Eterno es decir unidad y armonía. Lo dicen también los astros y las constelaciones. Y esta armonía es la relación fundamental entre la jerarquía y la persona humana que lleva al mundo laboral a rendir homenaje y pleitesía a Jesucristo, Divino obrero.

Que los empresarios tengan concepto exacto de sus gravísimas obligaciones. Que los técnicos lo tengan también, y que vosotros, carísimos obreros, no lo olvidéis tampoco, procurando mantener como timbre de vuestra nobleza la perfección en vuestro oficio. Que tengáis el amor que tenían los antiguos Gremios barceloneses a su artesanía. Hay que procurar, junto a esto, que

cada día sean más amplias las leyes protectoras del trabajo, y que vosotros seáis los apóstoles que conduzcáis a vuestros hermanos a los pies de Jesucristo.

Que no sean muchos los que vendan su fe. Los que vendan sus tesoros inmortales por promesas que no se cumplen, formuladas por el Estado más miserable de tiranía totalitaria, de esclavitud del mismo obrero.

Pidámoslo así, y que este Congreso Eucarístico os convierta en verdaderos apóstoles de la doctrina de Cristo entre vuestros hermanos. ¡Ah, porque si vosotros les habláis con espíritu de verdadera hermandad, vosotros, más que nadie, que conocéis sus sacrificios, que conocéis sus virtudes naturales, podréis obtener óptimo fruto en esa labor! Que cada uno de vosotros se convierta en verdadero apóstol social de vuestro hermano, y que otro día podamos decir que todos los obreros toman a Cristo Jesús y a la Eucaristía como fuente de unidad espiritual que les proporcione los mismos derechos, la misma satisfacción, los mismos goces que a todos los demás hombres, porque ante la Eucaristía no hay distinción de clases.

Ante la Eucaristía todos tienen el mismo derecho. Haced, pues, que vuestros hermanos rindan a Cristo Jesús el homenaje que le rendís vosotros.

La magnífica exposición doctrinal del Cardenal Pla y Deniel iba a ser acogida con aplausos, pero en aquel momento volvió a advertirse a la multitud que no aplaudiera mientras estuviera expuesto Jesús Eucaristía.

A continuación el Cardenal Spellman se dirigió a los micrófonos, y leyó, en español, su alocución.

Se expresó en los siguientes términos:

«Excelentísimos señores Ministros y Obispos, mis amigos queridos:

Este acto que aquí se celebra es una proyección sobre el infinito de la cristiandad en el tiempo y en el espacio. Agradecemos la iniciativa magnífica de Su Santidad el Papa Pío XII y su aprobación augusta que nos une a todos los católicos del mundo en este XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, cuyo tema es «La Eucaristía y la Paz».

En las sesiones de este Congreso se viene estudiando este tema fundamental, en sus aspectos centrales de la Eucaristía con respecto a la paz del individuo, de la familia, de las clases sociales, de las naciones y de la misma Santa Iglesia.

Pero entiéndase que cuando hablamos de paz,

cuando invocamos esta magnífica palabra, no nos referimos a la paz del mundo, sino a la paz para el mundo. Y es que el mundo, como dijo Jesucristo, no puede dar la paz, sino gozarla cuando ella viene de Jesucristo, de Jesucristo mismo, en cuya cuna los ángeles cantaron el «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Es la paz que vaticinaron los profetas. Es la paz que proclama el apóstol San Pablo, como Príncipe de la Paz. Es la paz con que Jesucristo se presenta a nosotros en la Santa Eucaristía sacrificando su Cuerpo místico.

Hemos venido a esta grandiosa asamblea a demostrar al mundo que la Eucaristía es el medio propio y natural para procurar al orbe la paz del hombre y para el hombre.

No es necesario demostrar la evidencia del mal que aqueja a la humanidad. Ni son necesarias largas y profundas disquisiciones para investigar las causas, próximas o remotas que han producido ese mal. Lo que hay que hacer es diagnosticarlo, porque nadie ignora que un diagnóstico acertado es el camino más seguro para una pronta curación. Y el diagnóstico está hecho: podríamos afirmar que el mal que aqueja a la humanidad hoy día es el de la desintegración. Y la desintegración es el preludio de la muerte. El mundo se encuentra, pues, en peligro de muerte, si no se acude rápidamente a aplicarle el adecuado remedio.

El remedio es la paz. Mientras no haya paz entre los hombres, no será posible realizar ninguna obra social de positiva eficacia.

Lo vemos por nuestros propios ojos: el mal fundamental de la vida moderna es la disociación. Disociados los hijos de los padres, disociados los esposos de las esposas, disociados los gobernantes de los gobernados, disociados los pueblos de otros pueblos... Esa disociación afecta necesariamente a la paz. No puede haber paz si hay ese estado de antagonismo de clases contra clases, razas contra razas, pueblos contra pueblos, naciones contra naciones...

¿Y cómo puede contenerse este desconcierto que lleva, fatalmente, a la muerte? Por la virtud opuesta a la disociación: por la asociación. Asociación entre los individuos, asociación entre las familias, asociación entre clases, asociación entre los pueblos, asociación entre las naciones.

¿Y por qué medio puede iniciarse esta asociación tan necesaria a la paz del mundo y a la vida de la humanidad? Aquí sí que podremos decir a los políticos, a los economistas, a los sociólogos y a todos los que intervienen en los medios, cuales-

quiera que sean, de la actividad humana, llámense el colectivismo, el nazismo, el fascismo, el comunismo o el totalitarismo: apelamos a lo que dice San Pablo: «No censuramos nada de vosotros; pero Cristo crucificado murió para dar la vida a la humanidad.»

La asociación de los espíritus es el único remedio opuesto a la disociación mundial. Y esta asociación no puede encontrarse sino en la Mesa Eucarística, en el Banquete Celestial, servido al mundo para su satisfacción y su redención.

En esta asamblea de esta hermosa y noble ciudad condal de Barcelona, la inmensa y misteriosa realidad es la de la paz suprema que desciende sobre las almas de cuantos comulgan en la fe de Cristo y saturan su espíritu con la excelsitud de su Cuerpo Místico. Y es que el que comulga no puede ya ver ningún mal, ni ningún bien mundano: ni amigos ni enemigos, ni altos ni bajos, ni próximos ni lejanos; no ve más que a Cristo, que es la Suprema Verdad. Y éste es el camino infalible que conduce a la salvación: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida».

De todo esto inducimos que hoy más que nunca queda en pie este principio de que a la desintegración social del mundo no hay sino que proclamar muy alto en este XXXV Congreso Eucarístico Internacional que debe oponerse el principio de la asociación, como remedio fundamental y definitivo. O Comunción o Comunismo.»

Una vez finalizado el discurso, el Cardenal Spellman procedió a la bendición de todos los asistentes con el Santísimo, entonándose los cánticos de ritual, y finalizando con el *Tantum Ergo*, que fué seguido por la multitud.

Con esta bendición solemne se daba por finalizado el acto, cuya importancia resulta imposible describir.

En aquel momento se vitoreó a Cristo Rey, al Cardenal Spellman, al Cardenal Pla y Deniel, a los señores Cardenales y Obispos, a Barcelona y al Congreso Eucarístico, cuyo himno, entonado por aquella enorme masa humana de fieles de todo el mundo, que con su presencia en aquel acto acabó de patentizar su fe y su amor al Cristo Obrero, Redentor del Mundo, se elevaba hasta el cielo como el broche que cerraba la mayor reunión de



Un aspecto de la comunión de mujeres

trabajadores que en nuestro país se haya visto, y que sólo un fin, como el que mueve al Congreso Eucarístico Internacional, podía ver hecha realidad por la gracia del Dios único.

Comunción de mujeres. — Hubo en la misma jornada una Misa de Comunción general para mujeres, que constituyó una gran manifestación eucarística.

Desde primeras horas de la mañana empezaron a afluir al Templo Expiatorio de la Sagrada Familia grupos de mujeres con las banderas y estandartes de las respectivas Asociaciones Católicas. Había representaciones de mujeres de todo el mundo, y tanto la amplia plaza del centro como la plaza pública, magníficamente habilitada, a las ocho de la mañana estaban a rebosar, habiéndose concentrado más de cincuenta mil personas. Junto al altar, que fué instalado en lo alto del escenario levantado en la parte interior de la puerta principal del monumental templo, se colocaron las banderas que cubrieron por completo el amplio lugar: en las primeras filas de sitaliales formaron los grupos de Asociaciones, cuyas mujeres se cubrían con mantilla blanca. El aspecto de la plaza, desde la parte superior del Templo, era impresionante y todo respiraba emoción y piedad.

La Misa, que fué rezada, la ofició el Arzobispo de Filadelfia, monseñor O'Hara, Vicepresidente de los Congresos Eucarísticos Internacionales, asistido por su familiar y por el reverendo Padre Tenas. Ocuparon lugares preferentes en el Presbiterio los Obispos de San Antonio, mon-

señor Lockwood ; de Ucayali, monseñor Iriarte ; de Miteroi, Río de Janeiro, doctor Joao de Malta Amares ; y Abad Mitrado de Saint-Michel de Avignon, doctor Norbert Calmels ; figuraban, asimismo, numerosos sacerdotes extranjeros que acudieron al Congreso.

Durante la ceremonia se cantaron los motetes del libro Eucarístico, y, finalmente, monseñor O'Hara, asistido por cincuenta sacerdotes en la misma ceremonia, administraron la Sagrada Forma a más de treinta mil mujeres.

El Canónigo doctoral, doctor Baucells, pronunció una sentida plática, exhortando a las mujeres a que sean modestas, modelo de madres, esposas e hijas.

Las Órdenes Terceras. — Tuvo lugar en el Palacio de la Música la Asamblea extraordinaria internacional de Terceras Órdenes, recogiendo y expresando la adhesión de las venerables Órdenes Terceras de todo el mundo a los ideales del Congreso Eucarístico Internacional.

Ocuparon la presidencia del acto el Ministro de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez, junto con el Arzobispo de Fo-Kien, doctor Teodoro Labrador, y los Obispos de Teruel, doctor don León Villuendas ; de Colofón, doctor don Matías Solá ; de Tonkin, Fray Francisco Gómez, y de Puerto Maldonado, Fray Javier Ariz. Asimismo figuraban en la presidencia el Padre general de las Órdenes Dominicanas, Fray Manuel Suárez ; de la Orden Franciscana, doctor Sapinski ; Padre Secretario general de la Orden Capuchina, Bucardo Wolvenschirchg ; los PP. Provinciales de toda España ; representaciones de los PP. Generales de los Carmelitas y Mínimos, y PP. de la Orden Capuchina de las cinco provincias españolas.

Hicieron uso de la palabra diferentes representantes, y el Ministro de Educación Nacional, don Joaquín Ruiz Jiménez, terciario dominico, pronunció un emotivo y vibrante discurso, cerrando el acto, con un interesante parlamento, el Obispo de Teruel, monseñor Villuendas.

Hora Santa y Misa de Comunión. — A cada nuevo acto que se celebraba subía la tensión y el fervor del Congreso. En el altar monumental de la plaza de Pío XII celebróse la solemnísimas Hora Santa, seguida de la Misa de Comunión, que fué un exponente de la fe reinante.

El espectáculo de la plaza y de la avenida del Generalísimo, en los dos tramos que convergen alrededor del altar, era indescriptible. Millares y millares de hombres, cuya cifra es imposible dar

exacta, reunidos en la comunión de la fe, homenajando con su emocionado silencio a la Eucaristía. Nunca se había visto un espectáculo como el que ofrecieron al mundo los hombres de Barcelona, de España, de todos los países representados por sus congresistas. Fué de tal magnitud, que no existen palabras para expresarlo.

Desde mucho antes en la carretera de Sarriá el taponamiento de coches era enorme. Miles de coches avanzaban lentísimamente.

A ambos lados de la calzada central del tramo del sector de Calvo Sotelo, innumerables sacerdotes oían confesiones. Hombres arrodillados ante las sillas donde se sentaban los confesores, humillados antes de aproximarse a la invitación de Cristo a su Sagrada Mesa. Era inenarrable la impresión que causaba aquel momento de fe, bajo el silencio de una noche augusta y maravillosa.

Fué predicada por el reverendo Padre Lombardi, el famoso orador italiano, que en correcto español se dirigió a la multitud.

Perdonaréis — comenzó diciendo — la falta de mi pobre habla castellana. Escucharéis sólo lo que os dice mi corazón. He venido a esta santa tierra para dirigiros en esta noche santa mis palabras, y vengo conmovido. ¡Hay tantos dolores, hay tantas miserias en el mundo! ¡Hay tanta gente que tiene hambre! Y ello parece imposible habiendo como hay también tanta riqueza, habiendo como hay también tantas posibilidades de aumentarla. Hay montañas y montañas no explorarlas. Hay florestas maravillosas no visitadas por persona alguna...

La guerra ha destruído tantas casas, y no se han construído. Muchos años la humanidad se ha dedicado a la destrucción y no reconstruye nada. Y entretanto el mundo padece miseria. Hay ahora muchísima gente en la tierra que no tiene casa. He visto hombres que vivían sepultados como en una tumba. He visto niños amontonados unos contra otros para conservar aquel pobre calor que la gente no les había quitado.

Hay tanto sufrimiento en el mundo... Faltan tantas cosas en el mundo..., y por encima de todo falta algo más importante aún, algo más profundo, más digno, que es la verdadera falta de nuestro tiempo, de nuestra generación. Falta en el mundo de hoy la palabra más bella de todas, la palabra que da la alegría y el bien.

¿Cuál es la palabra más bella del mundo que da la alegría al corazón de los hombres? Falta la palabra más bella de todas. Falta el pan, falta el trabajo, pero falta en nuestros corazones... el amor.

Hablé con tantas y tantas gentes de todos los países del mundo y encontré que el corazón de los hombres no tiene amor. No diría que son malos, son fríos. Viven en un pequeño mundo, y en el centro de este pequeño mundo no ven otra cosa que a sí mismos. Yo he visto una madre que tenía un niño y lo besaba y lloraba. ¿Por qué lloraba aquella mujer? ¿Qué tenía aquel niño? Estaba enfermo.

Y entre las familias... ¿Qué ocurre en las familias? Pues que cada familia nace del amor, viven juntos materialmente, pero no se aman. Y sin embargo tratan de aparentar que aman a Jesucristo. ¡Cuántas familias sin amor! Y en las patrias, ¿qué hay del amor? Entre los ciudadanos de la misma tierra, entre los hijos de la misma patria, ¡cuánta gente sin amor!... Hay las luchas entre los ciudadanos de la misma tierra. Hay muchas veces partidos y partidos, clases y clases, y han abierto trincheras en los campos y han levantado banderas entre los confines de la patria...

Y los dirigentes miran a los obreros, a los campesinos, al pueblo con desconfianza, como enemigos.

Y el pueblo, y los obreros, y los campesinos miran a los dirigentes como explotadores. No hay confianza mutua, y algunos piensan en el día en el cual se podrá ver la sangre correr por las calles de la patria.

El P. Lombardi siguió lamentándose de todas estas faltas de amor para centrar, finalmente, su brillante alocución en este argumento: Jesús pide que todo el amor que se le debe a Él se le restituya a través del amor del hombre para con el hombre. E iba aplicando sucesivamente el orador, en brillantes párrafos, esta argumentación a los casos del hijo para con sus padres, del padre para con sus hijos, del patrono para con el obrero, del obrero para con el patrono, de los jóvenes para con los jóvenes, de los cónyuges entre sí, e incluso de los sacerdotes para con su grey.

Y terminó con estas palabras:

Todos, hermanos, en esta vida debemos continuar así hasta la Eternidad. Consérvanos, Dios mío, el amor de los hijos, el amor de los hermanos..., el amor lo es todo finalmente para Jesús.

Después de la visita al Santísimo Sacramento, seguida y contestada con inusitado fervor, el Cardenal Gilroy, Arzobispo de Sidney, impartió la bendición con el Santísimo. Después se efectuó la reserva y fué trasladado el Santísimo entre una reverente atmósfera de devoción.

Las autoridades se encontraban situadas en

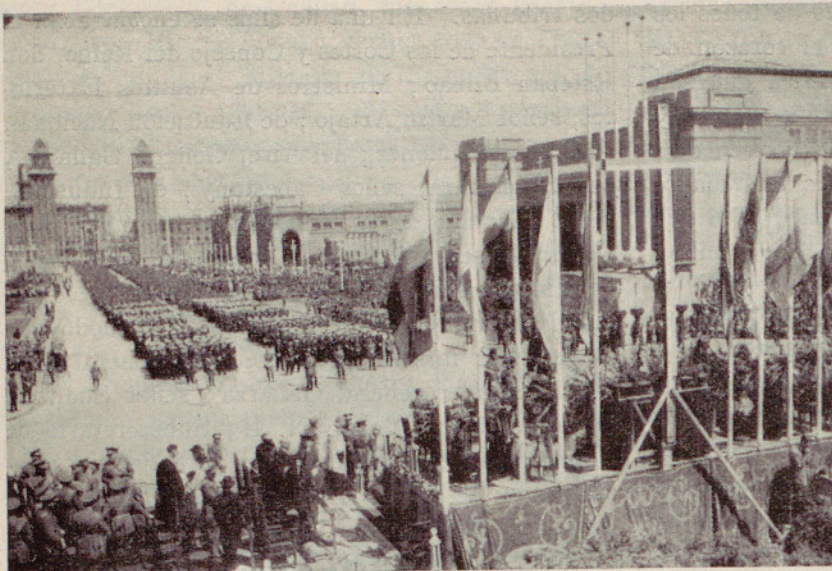
dos tribunas. En una de ellas se encontraban el Presidente de las Cortes y Consejo del Reino, don Esteban Bilbao; Ministros de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo; de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez; del Aire, General Gallarza; de Agricultura, señor Cabestany; de Industria, señor Planell; de Justicia, señor Iturmendi; de Comercio, señor Arburúa; Presidente del Consejo de Estado, señor Ibáñez Martín; fiscal del Tribunal Supremo, General Conde de Almodóvar; Gobernador militar de Barcelona, General Galbis; Teniente general Gallarza; señor Suanzes, Director general del I. N. I.; Subsecretario de Gobernación, señor Fernández Valladares; Subsecretario de Obras Públicas, señor Rivero de Aguilar; don Antonio Paguagua, Secretario de la Mesa de las Cortes; señor Vivar Téllez; Director general de Asuntos Eclesiásticos, señor Puigdollers; Director general de Política Interior, señor Blas Tello; representación de la Delegación de Sindicatos, integrada por el Jefe del Sindicato de la Piel y el Asesor de Sindicatos, don Julián Montero; Embajadores de Filipinas y Portugal; Teniente de Alcalde don Juan Torra Balari, con el Concejal señor Ibáñez Farrán; señores Calvo Sotelo y Alonso de Celis, en representación de Madrid, y el Gobernador civil de Cáceres, señor Rueda, entre otras personalidades.

En la tribuna de autoridades y representaciones locales se encontraban los señores Trías y Ribas Seva, por la Diputación; señor Baixas de Palau; Coronel Echegaray, Jefe del Sector Aéreo; Delegado de Hacienda, señor Laborda; señor Coll; Príncipe Don Javier de Borbón-Parma; señor Fal Conde, y representaciones, en fin, de los distintos organismos y corporaciones de la ciudad, tales como Audiencia Territorial, Delegación de Industria, Colegio de Abogados y Procuradores, Colegio de Médicos, Ingenieros, etc.

En los lugares reservados a las autoridades eclesiásticas se encontraban la casi totalidad de los Obispos que asisten al Congreso Eucarístico Internacional, con el Cardenal de Lourenço Marques, monseñor Gouveira.

Seguidamente se revistió de los ornamentos litúrgicos el Cardenal Gilroy, y comenzó la Santa Misa. Durante la misma, que resultó solemnísimas y de una gran emoción, el P. Llanos pronunció una vibrante y sentida plática de altísimo fervor eucarístico. También pronunció unas enervadas palabras el ilustre doctor Santos Bequeristany.

A la hora de la Comuni3n, en primer lugar los Ministros y las autoridades se acercaron a la Sa-



El Ejército ofrece su tributo a la Eucaristía

grada Mesa. Al mismo tiempo doscientos sacerdotes de todos los países del mundo, acompañados de congresistas portadores de hachones, recorrieron el recinto, distribuyendo el Pan de los Angeles.

Extraordinariamente emotivo resultó el acto de la Comunión. Era de una grandeza enorme la visión de aquellos centenares de miles de hombres postrados ante la Eucaristía.

Los polacos. — En la Capilla de Nuestra Señora de la Enseñanza se celebró una Misa para los congresistas polacos.

Asistía el General Anders, y las vicisitudes por que pasa aquel sufrido pueblo se hicieron presentes en la emoción del acto.

Ofrenda del Ejército. — Celebróse en la avenida de María Cristina, de Montjuich, el solemne homenaje del Ejército español a la Eucaristía.

En la amplia avenida, mucho antes de la hora anunciada, se habían congregado las fuerzas que habían de tomar parte en el brillante acto, y que sumaban unos ocho mil, repartidos en la siguiente forma :

La banda de música de la Policía Armada ; ocho compañías de la II División Naval ; una compañía del Sector Naval de Cataluña ; una compañía de Aviación ; dos compañías del regimiento de Infantería de Jaén n.º 25 ; una compañía del batallón de Montaña ; una compañía del regimiento de Ultonia n.º 59 ; doce escuadras a pie del regimiento de Caballería de Numancia n.º 9 ; dos baterías del regimiento de Artillería n.º 44 ;

dos baterías del regimiento de Artillería n.º 62 ; dos baterías del regimiento de Artillería número 72 ; dos baterías del regimiento de Artillería de Costa ; siete compañías del regimiento de Zapadores n.º 4 ; una compañía del batallón de Transmisiones n.º 4 ; dos compañías del Grupo de Automovilismo n.º 4 ; tres compañías de la Agrupación de Intendencia n.º 4 ; una compañía de la Guardia Civil, y cuatro compañías de la Policía Armada.

Mandaba estas fuerzas el General Navarro, a las órdenes de quien actuaba el Comandante de Estado Mayor, don Luis Martín Pozuelo.

En la parte posterior de la gran cascada había situado un templete, sobre el cual levantóse un altar. A ambos lados había dos amplias tribunas.

A la derecha del altar situóse una compañía del regimiento de Infantería de Jaén n.º 25, con bandera, escuadra y música, al objeto de rendir los honores correspondientes, y frente al mismo se encontraban doscientas damas auxiliares de Sanidad Militar.

A las once, un toque de clarín anunció la llegada de los Ministros del Ejército, Marina y Aire, señores Muñoz Grandes, Moreno y González Gallarza, quienes revistaron la compañía encargada de rendirles honores, acompañados del Capitán general de la región.

El numeroso público estacionado a todo lo largo de la avenida tributó una calurosa ovación a los Ministros, ovación que se repitió al subir a la tribuna.

Los Ministros del Ejército, Marina y Aire se situaron en el lado de la Epístola, mientras al lado del Evangelio se situaron los Obispos de Seo de Urgel, Bilbao, Jaca, Mondoñedo ; Arzobispos de Calcuta y de Dely, y Obispos de Haiploug y de Cuttat.

En las tribunas posteriores, en la destinada a las autoridades, estaban el Gobernador civil, señor Acedo ; Presidente de la Diputación, señor Buxó ; Alcalde, señor Simarro ; Presidente de la Audiencia, señor Castelló, y otras representaciones, entre ellas el Superior general de las Escuelas Cristianas, reverendo H. Atanasio Emilio.

En la tribuna del lado opuesto estaban en

primer lugar el Capitán general de la cuarta Región, don Juan Bautista Sánchez González, y el Capitán general del Departamento marítimo, Almirante Vierna. Luego seguían los Tenientes generales Asensio, González Gallarza, Moscardó, Lafuente; los Generales de división Armada de los Ríos, Arteaga, Aranguren, Petrirena, Farau-do, Díez de Ribera, Almirante Cervera, Cora, Sánchez de Toca, Álvarez Rementería, Cremades, y los Generales de brigada Ledesma, Torres Fontels, Pastor, Irigoyen, López de Ibarlucea, Almirante García Freyre, Pérez Peláez, Victoria, Balmori, Sandoval, Mariñas, Pérez Porro, Cordobás, Pérez Seoane, Nadal, Salvador, Mancholas, Caballero, Poig, Rodríguez Baxter, La-calle, Almirante Vierna y Asensio.

Estaba presente, asimismo, el Inspector del Ejército polaco en el exilio, General Anders, acompañado de su ayudante.

También se encontraba la Comunidad del Hospital del Generalísimo.

Seguidamente dió comienzo la Santa Misa, que fué oficiada por el excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Sión y Vicario general castrense, doctor Muñozerro, asistido por el Vicario general castrense de la cuarta Región, doctor Vives, y el Vicario del Ejército del Aire, doctor don José Cumells.

En el momento de la elevación, las bandas de música interpretaron el himno nacional, y más tarde la Escolanía de Nuestra Señora del Sagrado Corazón interpretó diversos motetes.

Pronunció una emotiva plática el Obispo de Seo de Urgel y Copríncipe de Andorra, doctor don Ramón Iglesias, en su calidad de Coronel castrense. El ilustre Prelado glosó, en bellas y emotivas palabras, el acto que se estaba celebrando, diciendo que en ningún acontecimiento de la historia de España podía faltar la voz y la presencia del Ejército, como ahora tampoco hubiera podido faltar al Congreso Eucarístico.

También se refirió a la festividad de San Fernando, y puso de relieve la personalidad y la proyección histórica de este gran santo español.

Inmediatamente quedó expuesto el Santísimo Sacramento, impartiendo la bendición con el mismo el Arzobispo de Sión, en medio de unos instantes de gran fervor.

A continuación se dió lectura a la oración de la consagración de los Ejércitos a Jesús Sacramentado, escrita por el Arzobispo de Sión, y, finalmente, el Santísimo, a los acordes del himno nacional, fué trasladado en un coche a la Parroquia del Angel Custodio.

Por último, desfilaron ante los Ministros y demás autoridades las fuerzas encargadas de rendir homenaje, así como las que habían tomado parte en la gran fiesta eucarística de los soldados españoles.

Presencia del Frente de Juventudes. — El Frente de Juventudes de toda España, congregado en Barcelona con motivo del XXXI Congreso Eucarístico Internacional, honraron a su excelso Patrón, San Fernando, celebrando con dicho motivo diversos actos, que revistieron extraordinaria brillantez.

A los actos citados asistieron alrededor de diez mil muchachos del Frente de Juventudes, llegados desde todos los puntos del país.

Alrededor de las nueve de la mañana celebróse una grandiosa recepción en la Avenida Internacional, que da acceso al Estadio. Frente a la puerta principal del mismo fué erigido un gran altar, que presidía la imagen de San Fernando.

Al pie de la tribuna se habían colocado los cincuenta guiones provinciales del Frente de Juventudes, así como los 2.500 banderines de las centurias organizadas.

Poco después revistó las formaciones el Delegado del Frente de Juventudes, señor Elola, acompañado del Secretario nacional y del Delegado provincial, mientras la banda de música interpretaba el himno nacional.

En la tribuna de autoridades, además del señor Elola, se encontraban el Subjefe provincial del Movimiento, señor Solano, que ostentaba la representación del Gobernador civil y Jefe provincial, don Felipe Acedo; el Director general de Política Interior, don Blas Tello; el Jefe Nacional del S.E.U., señor Jordana; el Consejero nacional, señor Santa Marina; señor Martí, Jefe de las Falanges Juveniles; los señores Ibáñez Farrán, Maluquer, Pena, Fuentes Martín y Sobregrau, por el Ayuntamiento y Diputación de Barcelona, y el Segundo comandante de Marina, don Angel Gamboa.

A continuación, el Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo Garay, celebró la Santa Misa, y durante la misma, un coro de jóvenes seminaristas cantó la Misa *Cum Iubilo*.

Al llegar el instante de la consagración, el Delegado nacional del Frente de Juventudes, señor Elola, postrado ante el Santísimo, hizo la ofrenda de la organización a Jesús Sacramentado, en bellas y emotivas palabras.

A continuación, el Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo Garay, en su calidad de Asesor nacio-

nal de Religión del Frente de Juventudes, pronunció una emotiva plática, en la que puso de relieve que la juventud española está escribiendo una página de oro en este maravilloso Congreso Eucarístico Internacional, que supera a todos los precedentes en esplendor, unidad de sentimientos y fervor religioso.

Resaltó la figura de San Fernando, en el que debía mirarse la juventud española como ejemplo de amor entrañable a Dios y a la Patria, y pidió la bendición del Señor para los benjamines de la Patria.

Terminada la Santa Misa, las centurias del Frente de Juventudes se dirigieron al Palacio de Pedralbes por la plaza de España y avenidas de Infanta Carlota y Generalísimo.

Alrededor de la una y media, la gran masa de muchachos del Frente de Juventudes quedaron formados ante el Palacio de Pedralbes, cuyos alrededores ofrecían un brillantísimo aspecto, puesto que todas las centurias eran portadoras de sus banderas y guiones.

Junto a una de las verjas se situaron los señores Elola y Pérez Viñeta; el Obispo de Madrid-Alcalá, con todas las representaciones provinciales. Al otro lado se situaron el Gobernador civil y Jefe provincial, don Felipe Acedo; el Subjefe provincial, señor Solano; el Consejero nacional señor Santa Marina, y los señores Fernández Ramírez, Maluquer, Fuentes Martín, Sobregrau, Comandante Gamboa y todos los Jefes de distrito de Barcelona y Jefes de servicio del Movimiento.

A la 1'40, a los acordes del himno nacional, anunció la presencia del Caudillo de España, que vestía el uniforme de Capitán general, y que venía acompañado de todo su Gobierno.

Un clamor unánime y los gritos de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!», acogieron la presencia del Generalísimo, cuyos vítores se reprodujeron con más fervor si cabe al subir el Caudillo a la tribuna presidencial.

A continuación el Delegado del Frente de Juventudes, en unión de cuatro muchachos de la organización, hizo ofrenda al Caudillo, en nombre del Frente de Juventudes, de una magnífica reproducción en corcho de la Catedral de Santiago de Compostela.

Seguidamente el señor Elola pronunció un vibrante discurso, en el que dijo, que en este día de San Fernando, Patrón del Frente de Juventudes, viene a confirmaros, una vez más, su firme e inquebrantable lealtad y su acendrado amor filial.

Viene, además, a hacer os una ofrenda conmemorativa de este Congreso Eucarístico Interna-

cional de Barcelona, como símbolo de la gratitud colectiva, nacida en el hontanar de sus corazones, que saben que a vos, después de Dios, deben el honor de traer la representación de toda la juventud falangista en este inigualable triunfo de la Eucaristía.

Todos ellos se han impuesto, desde meses atrás, el sacrificio de una diversión, de un capricho, de algún gusto a veces muy justificado, para lograr, mediante el ahorro, algo muy trascendental e importante: su presencia en esta magna ocasión que significará un hito en sus vidas.

Porque si ellos no han tenido el honor y la gloria de levantar con las armas en la mano una España que ha hecho posible que esta noble ciudad fuera elegida por unos días como centro de la Cristiandad y trono de la Eucaristía, saben, en cambio, que, gracias al rumbo con que vuestra victoria y vuestro Gobierno nos habéis trazado, ha quedado para siempre borrada aquella otra España en la que se había proscrito la Cruz de las Escuelas.

Desde aquel imborrable 1.º de abril, envuelto en auras de victoria, nunca ha podido nuestra juventud — y con ella cuantos viven hoy bajo el cielo de nuestra Patria — ponderar lo que representaba aquella ignominiosa situación que disolviera a una Orden religiosa nacida de un ínclito Capitán y Santo español, permitía el juego entretenido de la plebe quemando iglesias, proclamaba por boca de su gobierno que España había dejado de ser católica.

El señor Elola terminó diciendo que habían escogido la Catedral de Compostela, no sólo en recuerdo de vuestra tierra natal, sino por vuestra devoción probada al Apóstol Santiago, aquel santo adalid que, al igual que en los heroicos tiempos de la Reconquista medieval, en momentos bien difíciles de nuestra Cruzada — Brunete y el Ebro — quiso apoyar, con el poder de su intervención sobrenatural, las plegarias con que le confiasteis vuestros planes de batalla coronadas por la victoria.

Las palabras del señor Elola fueron acogidas con grandes aplausos, que se renovaron al ser entregada al Caudillo la ofrenda.

A continuación, el Caudillo pronunció las siguientes palabras:

Camaradas del Frente de Juventudes:

Habéis venido a Barcelona en representación de las Falanges Juveniles de España para celebrar la gran fiesta de la unidad católica; representantes de todos los pueblos católicos del mundo se unen en esta Barcelona al pie de la sagrada Eu-

caristía. Esta unidad de los católicos del mundo tiene que fundamentarse en la unidad católica de cada una de las naciones. Y ésta es la obra de la Falange Española, la obra que os tenemos encomendada a las futuras generaciones: llevar de brazo en brazo la bandera de esta unidad.

Si hoy puede celebrarse esta magna fiesta eucarística en tierras de Cataluña, es porque una generación heroica, porque una generación de mártires y héroes abrió el camino a la paz y al abrazo fraternal entre los hombres de España; porque hubo una juventud que cayó en las trincheras sin preguntar cuánto se iba a combatir y cómo se iba a combatir; porque la fe de los españoles no es una fe contemplativa solamente; la fe de los españoles es una fe dinámica: amamos a Cristo y le amamos con todas las consecuencias (una clamorosa ovación y vítores a Franco interrumpieron sus palabras).

Y la primera de las consecuencias es la voluntad firme de nuestros corazones, la voluntad firme de nuestras juventudes de defender lo que es más caro que la vida, y cuando defendimos nuestra Patria, delante de esa Patria iba el Cristo, iba nuestra fe, iba la fe de nuestros hogares, iba la libertad de la fe católica.

Por imposibilidades materiales de lugar hemos tenido que limitar este puesto de honor que hoy ocupáis; si hubiéramos dejado en libertad a nuestras Falanges Juveniles, hubiesen sido caravanas interminables las que desfilaban con sus camisas azules y sus boinas rojas por nuestros montes y nuestros collados para venir aquí a postrarse al pie de la Eucaristía; pero en este solemne acto, en esta promesa que en nombre de la juventud de España venís a hacer, está la viril expresión de una juventud que quiere estar en la vanguardia de la defensa de su fe y de su Dios... (Una ininterrumpida salva de aplausos y de vítores al Caudillo acogió sus palabras.)

El discurso del Caudillo fué acogido con una cerrada ovación, y las Juventudes entonaron el «Cara al sol», dando los gritos de rigor S. E. el Jefe del Estado. Los aplausos y vítores finalizaron cuando el Caudillo, acompañado de los miembros de su Gobierno, penetró de nuevo en Palacio, a los acordes del himno nacional.

También el Frente de Juventudes ofrendó una reproducción de la Catedral de Barcelona a Su Eminencia el Cardenal Legado, monseñor Tedeschini.

Por la Iglesia perseguida en Oriente. — Se celebró en la Basílica de Nuestra Señora de la

Merced, la anunciada Hora Santa por la Iglesia perseguida en la Europa oriental.

Durante la misma predicó en francés S. E. R. monseñor Padolskis, Obispo lituano, y ocuparon lugar preferente en el Presbiterio monseñor Borecky, Exarca de los católicos del rito ruteno del Canadá oriental, que actuó después de celebrante en la Misa de rito oriental, que empezó sobre las once de la noche, y predicó en latín durante la misma el Obispo de Polonia, monseñor Gawlina.

Con monseñor Borecky se encontraban en el Presbiterio diversos prelados, entre ellos el Archimandrita ucraniano. Acompañaron a monseñor Borecky, como cocelebrantes, nueve sacerdotes, algunos de ellos españoles.

La Misa duró más de una hora, y fué cantada por el coro ucraniano, compuesto por súbditos de aquel país, venidos ex profeso de Madrid, Francia, Bélgica, Italia y Alemania.

Ocupaban lugar destacado entre los fieles, el Archiduque Otto de Habsburgo, el glorioso General Anders, Jefe del Ejército polaco en el exilio; el Encargado de Negocios de Polonia en España, conde Potocky; el Ministro de Eslovaquia, doctor Ceker; el Ministro de Hungría, doctor Maruy, y otras personalidades de países que se encuentran actualmente sojuzgados por el comunismo.

Entre los fieles había grupos de polacos, rumanos, ucranianos, rusos, lituanos, letones, checos, eslovacos, búlgaros, croatas, etc., así como numerosos españoles, que llenaban el templo de la Merced por completo.

Durante la Misa se repartió la comunión con las dos especies de pan y vino, según el rito oriental, seguido por los celebrantes, los cuales todos consagran a la vez, y todos comulgan, lo cual, si es ello ordinario en el rito oriental, en la iglesia latina sólo tiene lugar en dos ocasiones, que es en la misa de ordenación sacerdotal, y en la de consagración episcopal.

En este rito se introducen las partículas de pan consagrado en el cáliz, donde está la sangre del Señor, y de él se toma y se da a los fieles con una cucharita de oro. Asimismo, los fieles acostumbran a comulgar de pie, en los pueblos orientales.

En la ceremonia, el señor Obispo celebrante llevaba corona y báculo bizantino, con dos serpientes, que querían indicar que el Obispo ha de ser prudente, como las serpientes, y cándido, como las palomas.

La bendición a los fieles se dió con dos cande-

labros, uno de tres velas, que representa a la Santísima Trinidad, y otro de dos, que representa las dos naturalezas de Cristo Nuestro Señor.

Al finalizar el solemne acto, los fieles se acercaron a los señores Obispos asistentes al mismo, para rendirles reverencia, besándoles sus anillos pastorales.

La Cámara de Comercio Americana festeja al Cardenal Spellman. — En el salón de fiestas del Hotel Ritz la Cámara de Comercio Norteamericana en España ofreció un banquete de homenaje a S. E. el Cardenal Spellman, Arzobispo de Nueva York, al que concurrieron más de doscientos cincuenta comensales. Con el homenajeado asistieron al acto el Gobernador civil, don Felipe Acedo; el Prelado norteamericano monseñor Josef Roucins; el Presidente de la Cámara, míster Max H. Klein; el Presidente de la Diputación, Marqués de Castell-Florite; el Alcalde, señor Simarro; el Cónsul general de los Estados Unidos en Barcelona, Mr. Brown; el Obispo auxiliar de San Pablo, monseñor Loureiro; el ex Cónsul norteamericano en Barcelona, míster Richard Ford; representaciones de las autoridades locales y otras personalidades.

A los postres, pronunció unas palabras el Presidente de la Cámara de Comercio norteamericana en España, míster Klein, quien, después de agradecer a los Prelados y autoridades locales su asistencia, hizo un elogio de la personalidad del Cardenal Spellman, del que dijo es un verdadero soldado de la Iglesia.

Señaló luego que este Congreso Eucarístico se celebra bajo el lema de «La Eucaristía y la Paz», y que la Iglesia no hubiera podido escoger mejor lugar para su celebración, ya que en España se disfruta de las dos clases de paz que pueden existir: la paz moral y la paz espiritual. Finalmente, pidió a todos los presentes un recuerdo para los muchachos americanos que lucharon y cayeron, y en especial para los que están combatiendo en Corea «continuando allí la batalla que hace dieciséis años iniciaron sus hermanos los heroicos soldados españoles», y levantó su copa para que los dos países, España y Estados Unidos, marchen por el sendero de la verdadera y justa Paz.

Después habló el Cardenal Spellman sobre el tema: «La Eucaristía y la Paz». Comenzó expresando su gratitud por el agasajo de que era objeto a la ciudad de Barcelona y a la Cámara Americana de Comercio, así como a su Presidente por las palabras que había pronunciado.

Agregó que «los ojos del mundo están puestos en Barcelona, donde se encuentran multitudes de pueblos unidos en una fe y un amor. Es un espectáculo más maravilloso hoy porque el mundo está dividido. Barcelona, ciudad de la luz, no necesita sol o luna, porque su luz es Cristo, que se llamó a sí mismo Luz, el Cristo de la Eucaristía»: «Soy la luz del mundo».

Esta afirmación tiene un valor hoy, porque los pueblos que caminaban en las tinieblas están viendo hoy una nueva luz. Porque en nuestra unión con Dios en la comunión, formamos una unidad con Cristo. Cristo considera a su Iglesia como su propio cuerpo. Durante dos mil años la Iglesia ha ejercitado su misión de llevar a los pueblos desde las tinieblas de la barbarie a la luz de la civilización. Hoy, Cristo llora sobre un mundo espiritualmente en guerra, como un día lloró sobre Jerusalén. Hay posibilidad de una Paz duradera, pero sólo en Cristo.

Luego, dice que se cree que la Paz es una función de los Gobiernos, pero en realidad la Paz reside primariamente en los individuos.

Este Congreso representa una imitación de Cristo para establecer la Paz. Nos encaminamos hacia un desastre; dos guerras mundiales y una tercera en preparación prueban que sólo Cristo es la solución. Ni la diplomacia ni el militarismo pueden salvarnos de una guerra.

Afirmó que hay que cambiar las ideas y las obras para asentar los fundamentos de la Paz: hay que seguir las enseñanzas de la Iglesia, que posee la doctrina de Paz de Cristo. «Hoy la Iglesia ha sufrido persecución en sus miembros, y Cristo sube de nuevo al calvario, y España ha tenido su participación en este calvario.»

Por último, dijo que «cuando dejemos esta ciudad de Barcelona, después de este inolvidable Congreso, hemos de decidirnos de nuevo a ser pacificadores. Y ésta es mi plegaria, por mi Patria, por España y por todas las naciones. Que el Dios de la Paz derrame sobre nosotros la bendición de una Paz eterna».

El Cardenal Spellman fué largamente aplaudido al final de su importante discurso.

La comunión a los enfermos. — Fué llevada la Sagrada Comunión a los enfermos con la misma solemnidad de antaño. Superada, si cabe, porque durante los días del Congreso fué toda Barcelona la que vivió con intensidad sin igual el misterio eucarístico, y es un honor buscado el de hacer compañía a Cristo.

Por ello, de cada iglesia, santuario, parroquia

o capilla de la ciudad, salió una verdadera procesión de fieles que, con hachones y entonando cánticos eucarísticos, acompañaron a Jesús que iba a buscar a sus enfermos muy amados.

El Santísimo Sacramento fué llevado bajo palio en la mayoría de iglesias, y en otros templos más humildes, o que por el gran número de enfermos que esperaban la Comunión, tuvieron que salir más sacerdotes, lo fué bajo ombrela.

El paso de los cortejos eucarísticos fué contemplado con recogimiento y devoción extraordinarias por los viandantes matutinos. La luz del sol convertía en apagado destello la llama de los hachones.

Era la Jornada del Dolor humano, asociada al Sacrificio Eucarístico, uno de los más íntimamente emotivos actos que se han celebrado con motivo del Congreso.

Sin concentraciones de millares de personas, sin grandiosidad de ninguna clase, sino de una forma sencilla y humilde, toda Barcelona vivió la ceremonia impresionante del paso constante de Jesús Eucaristía, dueño y señor de las calles, en camino hacia los necesitados de amor. Más necesitados que nadie porque la prueba del dolor que les derrumbaba físicamente, hacía mucho más meritoria la superación espiritual que los convierte en elegidos de Dios.

En todos los templos de la ciudad se celebró la Misa de las ocho y media por los enfermos y atribulados del mundo. La efusión de caridad que deriva del Santo Sacrificio, que es la perpetuación del acto de amor más grande, la entrega de Dios mismo a la humanidad, tuvo especial significación en este día.

Representaciones teatrales. — En el Palacio de la Diputación se celebró una representación extraordinaria del Auto Sacramental de Calderón de la Barca, *El Gran Teatro del Mundo*, en honor del Cardenal Legado de S. S., eminentísimo y excelentísimo don Federico Tedeschini. Con dicho motivo el Palacio de la Diputación presentaba el aspecto de las grandes solemnidades, con extraordinaria iluminación exterior.

En el interior del patio gótico, alfombrado magníficamente, lucía un escudo del Congreso Internacional, bordado en relieve con flores naturales; la escalera que da acceso a la galería estaba cubierta con maceros y criados vestidos de gran gala, con dalmática los unos y a la federica los otros, portadores estos últimos de preciosos candelabros de plata, dibujaban la ruta que iba a seguir el Cardenal.

Entre los invitados asistentes al acto figuraban los excelentísimos señores Ministros de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo; de la Gobernación, señor Pérez González y señora, y del Aire, señor González Gallarza; Presidente de las Cortes, don Esteban Bilbao; Gobernador civil, señor Acedo Colunga; Gobernador militar, General Galbis; Alcalde de Barcelona, señor Simarro y demás autoridades locales; Embajadores de Filipinas, Portugal, Chile, Brasil, Bélgica, Italia y del Japón en la Santa Sede; y el Cuerpo consular acreditado en Barcelona. Igualmente asistieron numerosas representaciones de los Ministerios del Gobierno, Jerarquías del Estado y varios Prelados, miembros de la Comisión Ejecutiva del Congreso Eucarístico y otros invitados.

A la llegada del Cardenal Legado al Palacio, la Sección de Mozos de Escuadra, uniformados en gran gala, le rindió honores. Después de revistar las fuerzas, el Cardenal Tedeschini fué saludado por el Presidente de la Diputación, señor Marqués de Castell-Florite, quien le presentó a los miembros de la Corporación. Al entrar en el palacio, el carrillón interpretó el Himno Pontificio, de Gounod. Después de permanecer unos minutos en el despacho del presidente, el Legado se dirigió al Salón de San Jorge, para presenciar la representación del acto sacramental indicado, conversando antes con los Ministros españoles y demás autoridades e invitados presentes.

En el citado salón formóse la presidencia del acto, y acompañaron al Cardenal en la misma el Ministro de la Gobernación y señora; Marqués de Castell-Florite y señora; Nuncio de S. S., monseñor Cicognani; Ministro de Asuntos Exteriores; Ministro del Aire, Presidente de las Cortes, General Galbis y Gobernador civil y señora.

* * *

Paul Claudel, el ilustre escritor francés, estuvo en Barcelona para tomar parte en diferentes actor literarios relacionados con el Congreso Eucarístico Internacional.

Con este motivo, en el Teatro de la Comedia se dió una representación de *La bona nova a María*.

Obra capital de Paul Claudel, en versión catalana, debida al doctor Ribot, pbro., y Fernando Canyameras. Un lenguaje admirable, henchido de substancia poética, traduce en imágenes, de una profusión exuberante, una visión mística, al mismo tiempo que transfigura las realidades familiares del drama medieval, de colores agrestes

y patriarcales. En su inmovilidad tan poco teatral con sus personajes simbólicos y su magnificencia verbal, es el poema de Claudel un acto de fe católica. El beso al leproso, la partida del padre, la separación de Violenne y de Jaume Hury, el milagro de la resurrección y la muerte de la santa, son otros tantos cuadros hermosos en este misterio, en el cual revive el devoto fervor de los pintores primitivos y de los constructores de catedrales.

Resplandece en el poema católico francés la magia del verbo, su misticismo y su pasión, su grandeza y hasta sus horrores. La lepra, como una terrible maldición bíblica, es el «leit motiv» de este drama del ilustre poeta octogenario, cuya vitalidad sigue siendo pasmosa.

La traducción catalana es digna de los mejores elogios por conservar la calidad literaria del original y la emoción del verbo de Claudel.

La interpretación, por lo que se refiere a Eulalia Soldevila y Luis Tarrau, fué bellísima. La joven actriz hizo una «Mará», la mujer empedernida de dureza, digna de la mejor calificación, dando pruebas patentes de su vigoroso temperamento dramático. Luis Tarrau destacó en el personaje Annot Vercors, con perfecto dominio de las tablas y vigoroso acento trágico. «La Madre» estuvo confiada a Pilar Fenollar, que interpretó su papel con conmovedora sencillez. Discretos Sorne Blasi y José María Doménech.

Bien la dirección de Jaime Picas y muy originales y evocadores los bocetos escenográficos de Grau Solá. Intervino acertadamente en el drama claudeliano la Coral Sant Jordi, de J. Oriol Martorell.

Paul Claudel, cuya presencia en el teatro Comedia fué saludada con una ovación clamorosa y prolongada, siguió atentamente el trabajo requerido a las tablas desde donde agradeció, en sentidas frases, el homenaje que el público de Barcelona le tributaba. Felicitó a los traductores de su obra y a todos cuantos intervinieron en el reparto de la misma.

Antes de la representación del poema de Claudel, un cuadro escénico, en el que figuraban Elvira Fremont, Pedro Boada, José Sospedra y Cayetano Pallás, entre otros entusiastas elementos artísticos, puso en escena, con loable dignidad, *Cronos*, la emotiva conseja misional del doctor Ramón Garriga, presbítero, mereciendo del público los más cálidos aplausos.

Organizaba la velada el «Fomento del Espectáculo Selecto y del Teatro Asociación», que fué objeto de las más sinceras y afectuosas felicita-

ciones por el éxito de esas representaciones de alta calidad artística, con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Homenaje de los deportivos. — Marcharon a Montserrat los ciclistas que, en representación de las cincuenta y cinco entidades afiliadas a la Delegación Regional de la U. V. E. y en número de cinco mil, debían trasladar la imagen de la Virgen de Montserrat, Patrona de Cataluña, a la plaza de Pío XII. Antes de emprender el regreso a Barcelona, los ciclistas oyeron fervorosamente Misa en el Monasterio, que fué oficiada por el Padre Basilio de Rubí.

El Abad mitrado de Montserrat, excelentísimo y reverendísimo Padre Escarré, a pesar de hallarse enfermo, abandonó el lecho para bendecir en su aposento la reproducción de la imagen de la Virgen montserratina.

Los ciclistas iniciaron su marcha hacia Barcelona a las 9.15 de la mañana. En Esparraguera se multiplicó ésta, alcanzando la cifra de cinco mil. La monumental caravana fué acogida en todas las localidades de su trayecto, con expectación y en medio de un entusiasmo indescribible. Como detalle de emoción cabe citar que en Esplugas una niña ciega, de cinco años, hizo ofrenda a la Virgen de un precioso ramo de flores.

Poco antes de la una de la tarde llegaron a la plaza de Pío XII el Cardenal Vachon, Arzobispo de Ottawa y Presidente del Comité Internacional de los Comités Eucarísticos, acompañado de varios Prelados y dignidades eclesiásticas; el Delegado nacional de Deportes, Conde del Alcázar de Toledo; Barón de Güell, Delegado en España del Comité Olímpico Internacional; General Uzquiano, Presidente honorario de la U. V. E.; don José María Gutiérrez del Castillo, Presidente del Comité Nacional de Competiciones Juveniles; Marqués de la Mesa de Asta, representante en Cataluña de la Delegación Nacional de Deportes; don Francisco Román, miembro de la Real Federación Española de Fútbol, en representación del Presidente don Sancho Dávila; don Carlos Pena, Teniente de Alcalde de Gobernación y Delegado de deportes del Ayuntamiento, acompañado de los Tenientes de Alcalde señores Roger Gallés y doctor Rosal y de los Concejales señores Torres Ventosa y Ayxalá, Presidentes de las Federaciones Regionales y miembros del Comité Organizador del Congreso, y otras personalidades.

A la 1.10 llegó a la plaza de Pío XII la cara-

vana ciclista que daba escolta a la imagen de la «Verge Bruna», y cuya presencia fué acogida con atronadores aplausos.

El Santo Sacrificio fué oficiado por monseñor Vachon, asistido por el Vicario diocesano de la Obra Atlético Recreativa, doctor Ros, y ayudado por los jugadores de futbol Marcet, del R. C. D. Español, y Calvet, del C. de F. Barcelona, ambos luciendo las camisetas de sus respectivos equipos.

La homilía corrió a cargo del Obispo de Solsona, doctor Vicente Enrique Tarancón, que realizó los esfuerzos que realiza el deportista para alcanzar el triunfo, no exentos de sacrificios, comparándolos precisamente con la fe inquebrantable que precisa el católico para hacer frente a todas las adversidades que en la vida puede presentársele.

El acto tuvo su momento emotivo cuando fué entronizada la imagen de la Virgen de Montserrat, traída desde el monasterio benedictino y escoltada hasta nuestra ciudad por la legión de ciclistas. Antes de la consagración, el Conde del Alcazar de Toledo, en nombre de todos los deportistas, ofreció un pergamino firmado por los presidentes de las distintas federaciones, que contiene el siguiente texto: «Los deportistas españoles, humildemente postrados a los pies de S. S., solicitan paternal bendición con motivo de concentrarse los mismos en fervoroso homenaje a Jesús Eucarística. XXXV Congreso Eucarístico Internacional.»

En el momento de la Elevación la banda de música de la Guardia Urbana interpretó el himno nacional.

Terminada la Santa Misa, las señoritas celadoras de Acción Católica, vestidas de blanco, impusieron lazos con los colores nacionales y del Congreso, a las banderas de ciento cincuenta y ocho clubs y asociaciones deportivas barcelonesas, pertenecientes a treinta y dos federaciones regionales.

Abrió la marcha la Sección de hípica, seguida de las entidades ciclistas, Sección Femenina del S. E. U. y restantes federaciones por orden alfabético. La comitiva se dirigió por la avenida del Generalísimo hasta la plaza de Calvo Sotelo, donde se disolvió.



Los excursionistas de Cataluña, con la imagen de la Virgen de Montserrat, se dirigen a ofrecer su homenaje a Jesús Sacramentado

Concurso literario infantil. — Tuvo efecto el reparto de premios del concurso literario infantil con todo el esplendor que merecía. Presidieron el acto los reverendos preladados de Pamplona y Bilbao, doctores don Enrique Delgado y don Casimiro Morcillo, ocupando otros sitios en la presidencia el Canónigo doctor Vilaseca, representaciones de altos organismos escolares de Barcelona y Madrid, entre los cuales los señores Junquera y Romanillos, y los miembros del Jurado doctores Gros, Tusquets y Ros y doña Adela Medrano, señorita Chufre, y señores Graugés, Sánchez-Juan, Juncadella, Lladó y García Ortega. En el palco de honor había, también, el excelentísimo señor Arzobispo de Bogotá.

Con la sala a rebosar se desarrolló la fiesta, tomando parte en ella la Agrupación Coral de Nuestra Señora de la Esperanza, que ejecutó escogidas piezas, y un brillante conjunto de señoritas, ataviadas con trajes típicos de las regiones españolas y de varias naciones extranjeras, que ofrecían una nota de color impresionante. En el centro del escenario fué entronizada como Reina de la Fiesta, la Virgen de la Merced, Patrona de Barcelona, a la cual fué rendido el homenaje de todo el mundo escolar católico con profusión de flores simbólicas.

Leyó la memoria ritual el Secretario doctor Ros, y el veredicto el señor García Ortega, quien dió cuenta también del fallo del concurso de lecciones desarrolladas por maestros, cuyo Tribunal calificador presidía el doctor Vilaseca.

Obtuvo la «Espiga de Oro», primer premio

de poesía el alumno de Enseñanza Media, le Madrid (Colegio de los PP. Paúles), Luis Gallastegui; y el premio de prosa ofrecido por S. E. el Jefe del Estado, la niña Teresa Pérez Domínguez, de una escuela primaria de Astorga. Otros premios de poesía fueron adjudicadas a las señoritas Elena Luisa Capdevila, Elvira Mogal López, María Manent, y el extraordinario de Autos Sacramentales, a Dolores Bierna Méndez, de Tarragona. Varias composiciones fueron leídas, mereciendo largos aplausos. También fué objeto de una gran ovación, al recoger un premio, el niño de la Casa de Caridad, Víctor Jiménez. Produjo inmejorable efecto que resultasen galardonados escolares de

las más diversas diócesis de España, y que fuesen premiadas algunas composiciones en lenguas extranjeras.

El mantenedor reverendo P. Ramón Castelltort, pronunció un magnífico discurso poético, que fué clamorosamente acogido, y se encargó del parlamento de gracias el Presidente del Jurado, Canónigo doctor Gros. Clausuró el acto el reverendísimo monseñor Morcillo, con unas palabras llenas de inspirado afecto.

Todos los concurrentes salieron complacidos de esta fiesta cultural, una de las más brillantes que se celebraron con motivo del Congreso Eucarístico.

LOS ACTOS CRECEN

Al Cronista le es imposible retener el detalle de tanta grandiosidad que llenaba las calles de Barcelona y los edificios públicos. Hay un momento en que la emoción impide precisar y se impone la simple mención de actos que tuvieron lugar en aquellas horas inolvidables.

En el altar de la plaza de Pío XII, y ante la venerada imagen de Nuestra Señora de la Merced, patrona de la ciudad y redentora de cautivos, se celebró un solemne Pontifical por la pacificación del mundo, al que concurrieron Arzobispos, Prelados y peregrinos de los países sojuzgados por el comunismo, de América y de Europa. En la explanada del Templo de la Sagrada Familia, tuvo efecto la plegaria de las naciones por la paz del mundo, bajo la presidencia del Cardenal Legado de Su Santidad. Y al anochecer celebróse una solemne sesión dedicada a la paz en el salón de actos del Palacio Nacional, en la que pronunciaron discursos el Jefe de Protocolo, don Joaquín María de Nadal; el Ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, y el Arzobispo de Nankín, monseñor Du Pain.

Al mediodía, en el Palacio de la Música, celebróse el reparto de premios del Certamen poético Internacional en exaltación de la Santa Eu-



El Presidente de las Cortes, excelentísimo señor don Esteban Bilbao Eguía, en el Certamen Poético Internacional



El Legado de S. S. en la fiesta académica del Palacio Nacional

caristía. Lo presidió el Cardenal Spellman, y hablaron el poeta francés Paul Claudel y los Cardenales Gerlier y Caggiano. Por la tarde, en el Palacio Nacional de Montjuich, tuvo lugar una solemne sesión académica, con discursos de Santiago Udina, Presidente del Comité Ejecutivo del Congreso; de José María Pemán, de la Academia Española; de don Esteban Bilbao, Presidente del Consejo del Reino y de las Cortes Españolas, y del Cardenal Legado, monseñor Tedeschini.

En la Basílica de Nuestra Señora de la Merced celebróse una solemne Misa que los ex cautivos dedicaron a su excelsa Patrona, con motivo del Congreso Eucarístico Internacional.

El templo se vió lleno de fieles, ocupando sitial preferente en el Presbiterio el Secretario nacional de ex cautivos don José Gallo de Renovales; el Delegado provincial don Alfredo de Casanova; el Secretario, señor Goday; el Administrador, señor Bayón, y el Inspector de la Obra, señor Salazar.

Al finalizar, se cantó una Salve, y los ex cautivos pasaron a venerar a la Virgen de la Merced en el camarín.

Tuvo efecto la bendición del altar levantado en los claustros de la Catedral, en honor de los

mártires del Clero secular y regular de la Diócesis de Barcelona, cuyo número pasa de los seiscientos, y que fueron inmolados por los enemigos de Dios y de la Patria.

Al acto de la bendición asistieron los excelentísimos señores Cardenales de Lyon, Rennes, Sidney, Lima, Río de Janeiro y Lorenzo Marqués; y los excelentísimos y reverendísimos señores Obispos de Barcelona y Zamora; Cabildo catedralicio, Párrocos de la capital, familiares de varios de nuestros mártires, y el hermano capuchino de nuestro Obispo mártir, doctor Iruirita.

Nuestro señor Obispo glosó admirablemente la significación del acto, tributo de justicia y amor a nuestros mártires, a cuya intercesión se debe, sin duda, el éxito del Congreso Eucarístico.

Una multitud de fieles asistió con gran emoción a este acto, que perpetuará el amor y devoción de los barceloneses a los que fueron un día directores de sus almas, y marcaron con su sangre las huellas a seguir por los católicos de verdad.

El Jefe del Estado en la Exposición de Arte Eucarístico. — A las nueve de la mañana, S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, acompañado de su distinguida esposa doña Carmen Polo de Franco, abandonó el Palacio de Pedralbes para dirigirse a la plaza del Rey, en cuyos palacios se halla instalada la Exposición de Arte Eucarístico antiguo.

El Caudillo vestía de paisano e iba acompañado de los Ministros de Educación Nacional y Gobernación, señores Ruiz Jiménez y Pérez González; señora de Ruiz Jiménez, Jefes de las Casas civil y militar, señores Marqués de Huétor de Santillán y González Badía; segundo Jefe de la Casa militar, Contralmirante Nieto Antuez; Capellán de S. E., monseñor Bulart, y el ayudante de servicio, Capitán de fragata, don Federico de Salas.

Aunque la visita no se había anunciado, congregóse numeroso público, que hizo objeto de una cariñosa acogida a SS. EE. y demás personalidades de su séquito.

A la puerta de la «Casa Padellac», S. E. el Jefe del Estado fué recibido por el Director general de la Policía Armada, señor Torres Fontela; el Gobernador civil, don Felipe Acedo; el Alcalde, don Antonio María Simarro; Jefe Superior de Policía, señor Albert Rodríguez y otras autoridades.

Asimismo aguardaba la llegada del Generalísimo la Comisión del Comité Ejecutivo de la Exposición, integrada por el reverendo doctor don

Manuel Trens, con el Secretario don Camilo Bas, y los vocales señores Sedó Peris-Mencheta, Ainaud, Almagro, Durán y Sampere, Florensa, París, Martínez Fernando y Monreal Tejada.

Después de saludar a las autoridades, S. E. el Jefe del Estado inició una detenida visita a la Exposición, siendo informado detalladamente de todos los pormenores de la misma por el presidente del Comité, doctor Trens.

El Caudillo interesóse por todas las obras de arte allí expuestas, especialmente por las custodias de Toledo y de Teruel. El Generalísimo, al abandonar la Exposición, expresó a las personas que le acompañaban la satisfacción que le había producido la visita.

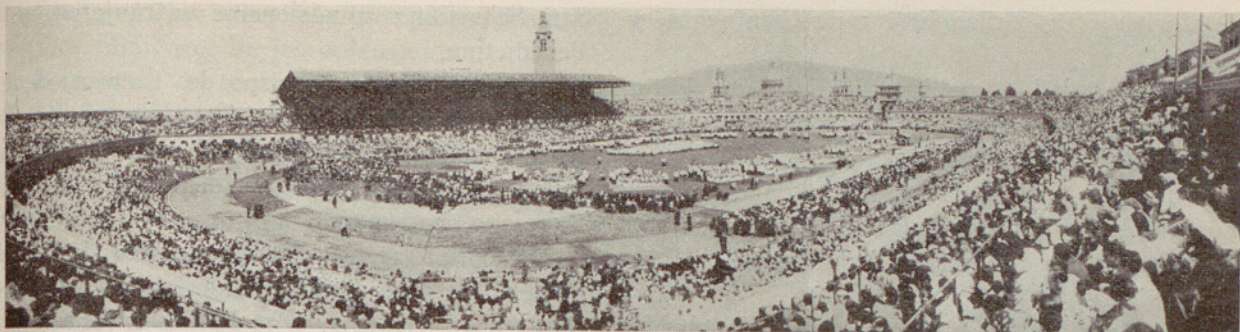
A continuación el Caudillo, siempre acompañado de su esposa y de las personalidades que integraban su séquito, pasó al Museo Marés, en cuyo vestíbulo fué recibido por el ilustre escultor donante del Museo, don Federico Marés, a quien el Jefe del Estado estrechó efusivamente la mano y en unión del cual comenzó la visita a las distintas salas del mismo, las que produjeron un grato efecto a S. E., quien iba oyendo las explicaciones que le daba el propio señor Marés, el cual le explicó todo el proceso de la formación de dicho Museo.

El Caudillo se mostró muy complacido de poder visitar la colección de esculturas antiguas españolas, donde figuran piezas únicas en el mundo.

Mientras duró la visita de S. E. al Museo, el público, enterado de su presencia, fué congregándose en la Plaza del Rey, acogiendo con una ovación cerrada la presencia de S. E. al descender por la escalera del Palacio del Tinell. El público no se cansó de ovacionar largamente a Su Excelencia mientras los gritos de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! se repetían sin cesar, avanzando el coche con mucha dificultad debida al entusiasmo de la gente.

El Caudillo y sus acompañantes, en medio de grandes aplausos, dirigióse por la vía Layetana y Avenida del Generalísimo hacia Pedralbes.

En el Palacio de Pedralbes, se celebró la comida de gala con que Sus Excelencias el Jefe del Estado y señora obsequiaron al Cardenal Legado de Su Santidad el Papa; Gobierno; Cardenales de distintos países; Arzobispos españoles y el de Ottawa como Presidente de los Congresos Eucarísticos; Embajadores con representación de Purpurado en el Congreso, primeras autoridades de Barcelona y séquito del Cardenal Legado así como primeros Jefes de las Casas Civil y Militar de Su Excelencia.



El grandioso acto de la ordenación sacerdotal en el Estadio de Montjuich

A continuación de la comida, la Agrupación de Cámara de Barcelona dió un breve concierto de música selecta.

Una ordenación sacerdotal impresionante. —

El Estadio de Montjuich presentaba un aspecto solemial con motivo de la Ordenación de cerca de mil sacerdotes de diversos países. Los ordenandos estaban situados en el césped por grupos junto a los veintidós altares que habían sido levantados, y en cada uno de los cuales celebraba la Santa Misa un Obispo, asistido por tres presbíteros. El recinto del Estadio había sido adornado con innumerables banderas vaticanas y españolas, y el césped, cubierto de alfombras, que ponían notas de colores vivos sobre la hierba. El sol, espléndido, brillaba con restallantes reflejos en las casullas de los nuevos sacerdotes y en las mitras de los Obispos, dando a la escena el colorido y la pulcritud de un retablo.

Más de cien mil personas llenaban por completo los graderíos del Estadio y se agolpaban en la pista exterior; mientras la Misa se desarrollaba en los altares, las oraciones eran traducidas en los altavoces y seguidas en voz alta por el público. Los cantos que repetidas veces fueron cantadas por todos los asistentes, daban a la ceremonia una inigualable majestad.

El estrado destinado al Cardenal Legado estaba situado en la línea de la tribuna central. A ambos lados sentábanse los señores Obispos y Arzobispos que con su asistencia daban al acto un gran relieve y solemnidad. El aspecto general del Estadio era emocionante, tanto por la cantidad de público que asistía como por la significación espiritual de la ceremonia, representativa de la continuidad de la Iglesia de Cristo y de su doctrina sobre la faz de la tierra.

Ocuparon un palco presidencial el Ministro de Hacienda, señor Gómez de Llano; el Ministro de Marina, Almirante Moreno; el Presidente del

Consejo de Estado, señor Ibáñez Martín; el Embajador de Portugal, doctor Carneiro Pacheco; Subsecretario de Hacienda, señor Basanta; Vicepresidente de la Diputación de Barcelona; Presidente de la Diputación de Alicante; Presidente de la Diputación de Burgos; Vicepresidente de la de Vizcaya; Director general de Enseñanza; el señor don Fernando Martín Sánchez Juliá y los Concejales señores Coll, Roger, Sancho Vecino, Jaumar de Bofarull, Pena y Rosal. Asistían también, el Delegado del SEM, don Felipe Bertran y Güell y otras personalidades.

Estaban presentes en el acto S. A. R. el príncipe Javier de Borbón y Parma a quien acompañaban las archiduquesas Margarita y María Francisca.

En procesión majestuosa entraron en el Estadio, por la puerta principal, los ochocientos veinte diáconos que, procedentes de Portugal, Cuba, Perú, Méjico, Argentina, Francia y China, además de los españoles, iban a ser ordenados sacerdotes; el inmenso gentío que llenaba el Estadio prorrumpió primero en aplausos, y luego, al iniciarse los preliminares dominó todo el ambiente un silencio sobrecogedor. La gran comitiva marchó por el centro partiendo en dos el óvalo que formaba la instalación de los altares, y cada grupo, cuando llegaba frente al altar que le correspondía, salía de la formación para dirigirse al mismo.

Cada uno de los Prelados que debía oficiar, se dirigió al altar correspondiente, estableciendo el siguiente orden, para la mayor organización:

Altar n.º 1. — Arzobispo de Tarragona, doctor De Arriba y Castro. Ordenados: 13 de Tarragona; 2 de Ávila; 9 de Vich, y 15 de Vitoria.

Altar n.º 2. — Obispo de Madrid-Alcalá, Patriarca de las Indias, doctor Eijo Garay. Ordenados: 36 de Madrid-Alcalá; 2 carmelitas, y 1 capuchino.

Altar n.º 3. — Arzobispo de Granada, doctor Santos Olivera. Ordenados: 15 de Granada; 5

de Coria; 7 de Valladolid; 1 de Cienfuegos, y 10 de Osma.

Altar n.º 4. — Arzobispo de Valencia, doctor Olacocha. Ordenados: 36 de Valencia; 2 de Cádiz, y 1 de Plasencia.

Altar n.º 5. — Arzobispo de Santiago de Compostela, doctor Quiroga Palacios. Ordenados: 21 de Santiago; 9 de Orense; 8 de Zamora, y 1 de Burgos.

Altar n.º 6. — Arzobispo de Ankin, doctor Melendro. Ordenados: 28 jesuitas; 10 de Sigüenza; 1 de Sevilla, y 1 de Palencia.

Altar n.º 7. — Arzobispo de La Paz, doctor Artezana. Ordenados: 14 claretianos; 15 de Badajoz; 7 agustinos recoletos, y 2 mercedarios.

Altar n.º 8. — Obispo de Astorga, doctor Mérida Pérez. Ordenados: 31 de Astorga; 3 de Segorbe; 4 de Ciudad Rodrigo, y 1 de Burgos.

Altar n.º 9. — Obispo de Bilbao, doctor Morcillo. Ordenados: 24 de Bilbao; 11 de Segovia; 3 Padres Camilos, y 1 de San Viader.

Altar n.º 10. — Obispo de Cartagena, doctor López. Ordenados: 17 de Cartagena; 3 de Albacete; 14 de Jaén; 6 de Padres de la Sagrada Familia; 1 Carmelita descalzo.

Altar n.º 11. — Obispo de Gerona, doctor Cartañá. Ordenados: 19 de Gerona, 11 de Mallorca; 7 de Teruel, y 2 de Calahorra.

Altar n.º 12. — Obispo de Barcelona, doctor Modrego Casaus. Ordenados: 33 de Barcelona; 1 Padre Escolapio del Oratorio, y 3 Agustinos recoletos.

Altar n.º 13. — Obispo de León, doctor Almarha Fernández. Ordenados: 10 de León; 1 de Jaca, y 26 Padres Escolapios.

Altar n.º 14. — Obispo de Lérida, doctor del Pino. Ordenados: 8 de Lérida; 19 de Burgos, y 12 de Ciudad Real.

Altar n.º 15. — Obispo de Málaga, doctor Herrera. Ordenados: 11 de Málaga, y 28 de Lugo.

Altar n.º 16. — Obispo de Mondoñedo, doctor Vegamestre. Ordenados: 14 de Zaragoza; 3 de Cuenca, y 3 de Huesca.

Altar n.º 17. — Obispo de Pamplona, doctor Delgado. Ordenados: 25 de Pamplona; 7 de Almansa; 3 Padres Paúles, y 3 Sacramentinos.

Altar n.º 18. — Obispo de Salamanca, doctor Barbado Viejo. Ordenados: 7 de Salamanca; 4 de Oviedo; 1 de Buenos Aires; 20 Operarios diocesanos; 5 dominicos, y 1 Sociedad de San José.

Altar n.º 19. — Obispo de Solsona, doctor Tarancón. Ordenados: 11 de Solsona; 19 de

San Sebastián; 8 misioneros extranjeros, y 1 Benedictino.

Altar n.º 20. — Obispo de Tortosa, doctor Moll. Ordenados: 12 de Tortosa; 11 de Palencia; 10 de Toledo; 1 de Tenerife; 1 de Sevilla; 2 HH. de San Juan de Dios, y 1 Padre Salesiano, portugués.

Altar n.º 21. — Obispo de Seo de Urgel, doctor Iglesias. Ordenados: 1 de Urgel; 2 de Tuy; 4 de Orihuela, y 32 Padres Salesianos.

La ceremonia fué comentada por el Padre Santos Beriguistain, para que el público pudiera seguirla, lo que se hizo con verdadera devoción y acierto; y asimismo la parte litúrgica se transmitía desde el altar en que oficiaba el doctor Modrego Casaus. Fué dirigida por el maestro de ceremonias de la Catedral, doctor Salvadó; y asistía a la misma el Prefecto de Ceremonias Pontificias, monseñor don Enrique Dante, acompañado por el Rector del Seminario, doctor Pujol.

Las ceremonias se realizaron simultáneamente, perfectamente acopladas, y con un orden y sincronización perfectos.

Después de sentados los Obispos en el faldistorio, fueron llamados los ordenandos, quienes se arrodillaron ante los Pontífices. Al proceder a la ordenación, los ordenandos subieron al altar revestidos de Diácono, con la casulla plegada en el brazo izquierdo, sosteniendo con la derecha una vela encendida y las cintas con las que les serán atadas las manos. Luego de las preguntas y respuestas y de la amonestación del Pontífice, los ordenandos se postraron sobre el suelo, mientras aquél lo hacía sobre el faldistorio. En este momento la «Schola Cantorum», compuesta de trescientas cincuenta voces, entonaron la Letanía de los Santos.

Al levantarse, arrodillados de dos en dos, el Pontífice les impuso ambas manos en completo silencio, colocándoles los ornamentos sagrados y ungiéndoles con el óleo de los catecúmenos, atándoles las manos. Después les entregó el cáliz con vino y agua y la patena con la Hostia.

Como final de la ceremonia, concelebraron los ordenandos con los Pontífices.

En la pista del Estadio, y en el estrado habilitado, que era cubierto con los colores pontificios, y desde el mismo, presenciaron la ceremonia los Cardenales doctor Griffin, Arzobispo de Westminster; doctor Barros, Arzobispo de Río de Janeiro; doctor Guevara, Arzobispo de Lima; y doctor Frings, Arzobispo de Colonia. A ambos lados y en una doble fila, tomaron sitios preferentes ciento cuarenta y tres Prelados de todo el

mundo, y en las sillas más próximas a los altares, los familiares de los ordenandos.

Poco antes de terminar el solemne acto llegó al Estadio el Legado Pontificio de S. S., monseñor Tedeschini, acompañado del ilustrísimo señor don Juan Torra-Balari, Delegado Municipal en el Congreso, y séquito, que desde el mismo estrado presencié parte de la ceremonia. Al terminar la ordenación sacerdotal, el Legado pronunció las siguientes palabras:

«Queridos sacerdotes: Dos recuerdos tenemos de esta magna ocasión, en la que en Barcelona hemos asistido a esta concentración del mundo católico: primero, el momento de esta ordenación sacerdotal, que será el recuerdo más duradero y eficaz del Congreso Eucarístico, ya que todos estos nuevos sacerdotes multiplicarán a Cristo en el mundo.

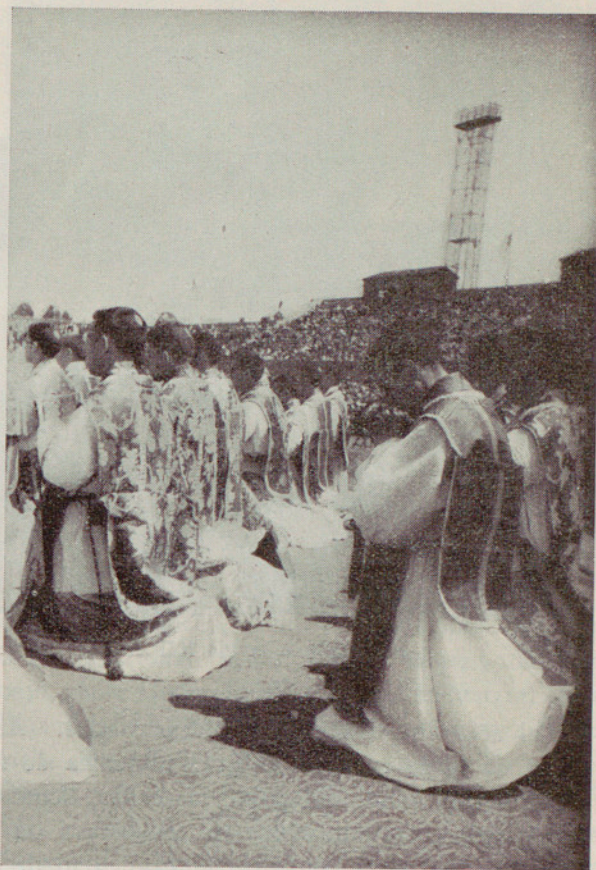
En segundo lugar os traigo la salutación del Papa y los deseos de prosperidad para la Iglesia española. Quiero haceros una advertencia. No dejéis nunca que se endurezcan vuestros dedos índice y pulgar para que siempre puedan sentir la Eucaristía y sean sensibles a la Hostia santa que habéis de mantener cogida entre ellos. Toda vuestra vida debe ser una meditación constante sobre la dignidad a que hoy habéis ascendido. Y recordad siempre aquello que hizo Colón cuando, en nombre vuestro, tomaba posesión del Nuevo Mundo descubierto. Primero, mandó decir Misa, y después tomó posesión de las tierras. Eso debéis hacer vosotros: tomar posesión de las almas. Así daréis gloria a Dios, a la Iglesia, a España y al Papa. ¡Viva el Papa!».

Grandes aclamaciones de la multitud enervada que llenaba el Estadio acogieron las palabras de Su Eminencia.

Instantes después ascendió al estrado el doctor Modrego, que fué abrazado por el Cardenal Legado. El Prelado barcelonés dió lectura de un telegrama dirigido al Vaticano, que dice así:

«Obispo Barcelona a Montini, sustituto. Ciudad del Vaticano. — Realizada ordenación de ochocientos veinte sacerdotes ante gran muchedumbre fieles enervados, presidido por dignísimo Cardenal Legado, reiteramos la adhesión inquebrantable a Santo Padre, expresamos sentimientos, obediencia y amor e imploramos bendición apostólica. — Obispo de Barcelona.»

Al terminar la lectura, la multitud expresó de nuevo su entusiasmo prorrumpiendo con vivas al Papa, al Legado y a la Iglesia. Mientras, los ordenandos acudían a abrazar a sus familiares y se produjeron las consiguientes escenas de emoción.



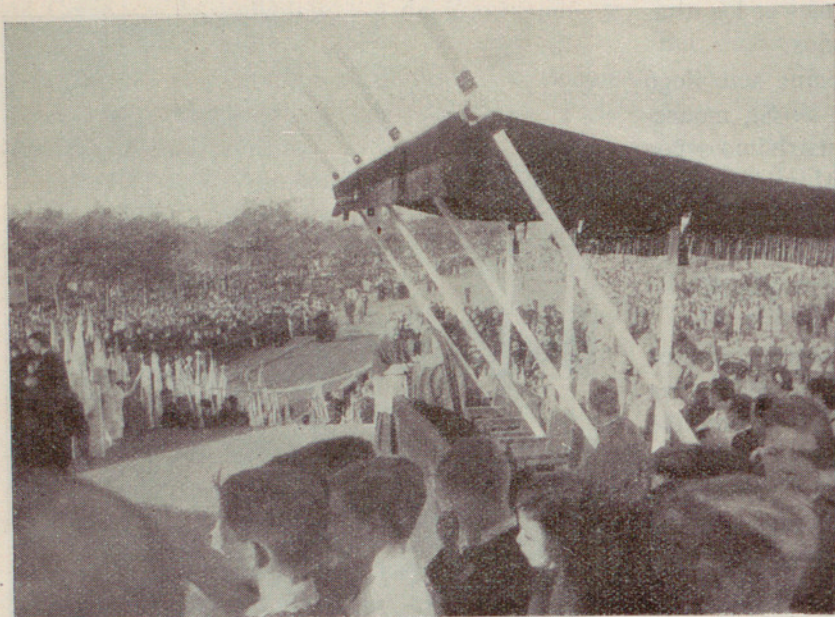
En la ordenación sacerdotal

Al retirarse el Cardenal Legado del recinto, fué objeto de reiteradas muestras de simpatía, sucediéndose los vivas.

El Magno Pontifical de la plaza de Pío XII. —

Posiblemente Barcelona nunca había ofrecido el aspecto del día final del Congreso. Desde primeras horas de la mañana verdaderos ríos humanos invadieron las principales calles, especialmente las que conducen a la avenida del Generalísimo. El paso de autocares, coches particulares, procedentes de todos los puntos del país, era incesante. Una nota curiosa la daban la multitud de camiones descubiertos, la mayor parte de ellos, procedentes de las distintas poblaciones de la región, que llegaron a Barcelona repletos de peregrinos, muchos de los cuales portadores de grandes pancartas en las que se rendía homenaje a Jesús Sacramentado.

Las carreteras que conducen a Barcelona eran asimismo un hormiguero. Autocares, coches, motos, bicicletas y hasta carros las invadían de una forma extraordinaria, hasta llegarlas a embotellar en algunos instantes. El espectáculo era realmente inenarrable. Toda Cataluña volcóse sobre la capital, como un solo hombre, para acu-



En la plaza de Pío XII el día final del Congreso

dir al acto final del Congreso Eucarístico. Así, pues, no es de extrañar la gran afluencia de forasteros que deambulaban por las calles, llenando bares, cafés, restaurantes, etc., en espera de la hora en que diera comienzo el gran acto de la plaza de Pío XII.

La Ciudad Condal vivió el momento más culminante de su historia moderna. Por unos instantes convirtiéndose en la capital del catolicismo. Únicamente faltaba la presencia física del Romano Pontífice, aunque espiritualmente el Papa, desde Roma, vivía aquellas jornadas llenas de fervor eucarístico.

Todos los templos barceloneses, desde antes de las seis de la mañana, se vieron llenos de fieles, que asistían a las innumerables Misas que en las mismas se oficiaban, acercándose la inmensa mayoría a la sagrada Mesa, para recibir con fervor inusitado la Comunión.

Constituyó un acto realmente emotivo la celebración del solemne Pontifical que ofició el Legado pontificio de S. S. en el monumental altar de la plaza de Pío XII. Todo aquel sector, en un largo de cuatro kilómetros, y en una anchura de cerca de dos, estaba totalmente abarrotado de público. El millón de fieles que asistieron al acto fueron colocándose de tal forma que vinieron a formar una monumental cruz humana, trazando una gruesa columna en lo largo de la avenida del Generalísimo, desde los alrededores de la plaza de Calvo Sotelo hasta las inmediaciones del Palacio de Pedralbes; otra línea de masa humana atravesaba la anterior a la altura del monumental

altar, en torno al cual se trazaba un círculo de fieles, formándose así esta gran cruz simbólica.

La enorme afluencia de fieles que concurrieron para dar realce a la brillante ceremonia, empezaron a situarse en el lugar a partir de la una de la madrugada del domingo; a las siete de la mañana, o sea dos horas antes de dar comienzo el Pontifical, se preveía ya la asistencia de esa ingente multitud que ordenadamente iba ocupando sus puestos asesorados por los dos mil celadores del Congreso, estratégicamente distribuidos, entre los que había seiscientas señoritas, todas ellas luciendo vestido y mantilla blanca.

Poco antes de las nueve de la mañana empezaron a llegar en las tribunas situadas en la plaza de Pío XII las autoridades nacionales y extranjeras. A las diez menos cuarto, procediendo del Palacio de Pedralbes, llegó al altar S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, acompañado de su distinguida esposa; en el séquito que seguía al Caudillo figuraban el Ministro de Jornada, que lo era el de la Gobernación, don Blas Pérez González; Jefes de las Casas Civil y Militar, Marqués de Huétor de Santillán y Teniente general González Badía, respectivamente; segundos Jefes de ambas Casas, Contraalmirante Nieto Antúnez y señor Fuertes de Villavencio; Gobernador civil, don Felipe Acedo, y los Ayudantes de servicio del Caudillo, Teniente Coronel Ponce de León y Capitán de fragata, señor Salas.

A su paso hacia el altar, el Caudillo y doña Carmen Polo de Franco, fueron objeto de continuas muestras de simpatía por el enorme gentío situado en el corto recorrido; al llegar a la plaza de Pío XII, el espectáculo fué extraordinario y la gran masa de fieles allí congregada prorrumpió en vivas a España y a su Jefe de Estado, que era aplaudido incesantemente. Las muestras de júbilo se prolongaron en todo el sector, cuando los altavoces dieron la noticia de la llegada. Todo el ambiente era un clamor patriótico que rasgaba el aire con frenéticas explosiones de entusiasmo y de adhesión al Generalísimo y a su egregia esposa.

S. E. vestía uniforme de Capitán general del Ejército, luciendo en su pecho la Cruz laureada

de San Fernando, con su correspondiente banda. A su llegada al pie del altar fué recibido por el Presidente de las Cortes, señor Bilbao, y el Gobierno; Capitán general de la IV Región, Teniente general Sánchez González, y Gobernador militar de la plaza, general Galbis Morphy. Rindióle honores una compañía del Regimiento Ultonia, número 54, a los acordes del himno nacional. Entre los nutridísimos aplausos de la multitud, el Generalísimo Franco y su esposa, que se tocaba con la clásica mantilla española, seguidos del Gobierno y su séquito, se trasladaron al altar, pasando a ocupar los sitios reservados en la parte de la Epístola, siendo acompañados allí por el Prelado de la diócesis, reverendísimo doctor don Gregorio Modrego.

Pocos minutos después llegó al altar S. E. el Cardenal Legado «a latere», monseñor Federico Tedeschini, a quien la misma compañía militar que cubría la carrera rindió los correspondientes honores. Monseñor iba acompañado de los caballeros secretos de S. S. y caballeros del Santo Sepulcro y Jerusalén, caballeros de las Órdenes Militares y de los miembros de su misión oficial, Comité Permanente de los Congresos Eucarísticos Internacionales, presidido por el Arzobispo de Ottawa, monseñor Vachon; monseñor La Coudieo, Obispo de Troyes, y Secretario general reverendísimo Massaglia.

El Cardenal, revestido de pontifical, con mitra, capa magna y báculo, subió al altar precedido de monaguillos con cruz alzada. Desde su llegada, el Legado no cesó de escuchar aplausos y vivas al Papa y a la Iglesia con que el inmenso gentío le obsequiaba en prueba de cariñosa adhesión. Monseñor correspondía a estas muestras de entusiasmo y de sumisión a la Iglesia y su Papado, impartiendo la bendición a los peregrinos que le aclamaban.

Una vez situado en el altar, S. E. el Legado fué recibido por el excelentísimo señor Obispo de Barcelona, y, al llegar frente a los reclinatorios en que se hallaban S. E. el Jefe del Estado y su distinguida esposa, efectuó una leve inclinación y les impartió la bendición.

En la tribuna que circundaba el altar, situada en el sector de Pedralbes, tomaron asiento los Ministros del Gobierno, Cuerpo Diplomático, Mesa de las Cortes, Junta Política, Subsecretarios, Directores generales y altas jerarquías del Estado.

Entre los asistentes había el Presidente de las Cortes, don Esteban Bilbao; Ministros de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo; de Justicia,



El Caudillo besando el Lignum Crucis

señor Iturmendi; de Marina, Almirante Moreno Fernández; de Hacienda, señor Gómez de Llano; de Obras Públicas, Conde de Vallellano; de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez; de Trabajo, señor Girón de Velasco; de Industria, señor Planell; de Agricultura, señor Cavestany; Secretario general del Movimiento, señor Fernández Cuesta; de la Gobernación, señor Pérez González; del Aire, Teniente general González Gallarza; de Comercio, señor Arburúa; de Información y Turismo, señor Arias-Salgado, y Ministro subsecretario de la Presidencia, señor Carrero Blanco. También estaban el Presidente del Tribunal Supremo, señor Castán Tobeñas; el del Consejo de Estado, señor Ibáñez Martín; Embajadores de Filipinas, de Chile, de España en el Vaticano; Portugal, Italia, Irlanda, Bélgica, Brasil y Francia; Subsecretario de la Presidencia del Gobierno de Italia, señor Andreotti, y Subsecretario del mismo país, señor Viani.

En la misma tribuna estaban igualmente el Capitán general de la IV Región, Teniente general Sánchez González; Gobernador civil, señor Acedo Colunga; Jefe del Sector Naval, Contraalmirante Cervera, y demás primeras autoridades regionales y provinciales. Además del Capitán general del Departamento Marítimo de Cartagena, almirante Vierna, y el Jefe de la Región Aérea Pirenaica, General Lacalle.

En la tribuna pareja a la anterior, situada en el sector de Las Corts, ocuparon sitios la Corporación Provincial en pleno, presidida por el Marqués de Castell-Florite; el Ayuntamiento, también en pleno, bajo la presidencia del Alcalde, señor Simarro. En un lateral contigua a dicha tribuna tomaron asiento el Presidente de la Audiencia Territorial, señor Castelló, con el Fiscal general, señor Gonzalbo; Rector de la Universi-

dad, doctor Buscarons Übeda; Jefe de la base aérea, Coronel Echeagaray; Delegado de Hacienda, señor Laborda; Jefe superior de Policía, Teniente coronel Albert Rodríguez; Administrador de la Aduana, jerarquías de F.E.T. y de las J.O.N.S., con el Subjefe señor Solano Latorre; Jefe de Obras Públicas, señor Sabater; Jefe del Estado Mayor de la IV Región, General Poy; Delegado de Información y Turismo, doctor Iglesias Santos, con el Secretario, señor Vila Fradera; Fiscal de Tasas, señor Aizpún; Subdelegado de Abastecimientos y Transportes, don Millán Holgueras; Jefe del servicio provincial del Trigo, señor Muñoz; Jefe de la Delegación de Industria, don Mariano de las Peñas, con el Secretario de dicha Delegación, señor García Martí, y otras destacadas personalidades.

Igualmente, y presidiendo la Mancomunidad de Diputaciones españolas, se hallaba el Presidente de la de Toledo, don Tomás Rodríguez Bolaños, que representaba al Marqués de la Valdavia, figurando los Presidentes de la de Alicante, don Artemio Payá; de Teruel, señor Bernard; de Badajoz, don Adolfo Díaz-Ambrona; de Vizcaya, Vicepresidente don Hilario de Bilbao Eguía; de Guipúzcoa, don Francisco Sagarzazu; del Cabildo Insular de Santa Cruz de Tenerife, y los Presidentes, Vicepresidentes y muchos Diputados de todas las Corporaciones provinciales de España. Estaban, asimismo, presentes en el magno acto, ostentando la representación de Madrid los Tenientes de Alcalde señores Alonso de Celis y Calvo Sotelo, entre otros ediles que representaban a los Municipios de toda España.

En otros lugares preferentes estaba la Comisión Ejecutiva del Congreso Eucarístico, con su Presidente, don Santiago Udina, y los señores Amat Arnau, Vidal Bosch, Pintó, doctor Sastre, reverendos Padres Vergés e Illa, etc.; miembros dirigentes de Acción Católica y demás entidades y asociaciones piadosas de toda España, Presidente de la Cámara Oficial de la Industria, don Antonio María Llopis; Presidente de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana, don Ángel Traval, y representaciones de las demás entidades económicas, culturales, profesionales, etc., y de la Cruz Roja Española.

En las dos tribunas circulares paralelas al altar, situadas en el lado de Esplugas, se situaron, en una de ellas los Jefes y Oficiales de los distintos Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, procedentes de toda España, y en la otra, Clero de las distintas provincias españolas y religiosos extranjeros.

En lugares preferentes se situaron el Archiduque Carlos de Habsburgo, Príncipe Francisco Javier de Borbón Parma; Príncipe Otto de Habsburgo, Humberto de Italia, Franz von Papen y otras egregias personalidades. Había igualmente los miembros de la nobleza Marqueses de Sentmenat y de Palmerola, don Felipe de Salvador, don Carlos de Travy, don Ignacio de Puig, don Carlos de Fontcuberta, don Joaquín y don Francisco de Puig y de Cárcer, don Joaquín de Ros, Barón de Valvert, Marqués de San Mori, don César de la Torre Traserra, y fray Felipe de Santa Teresita, carmelita descalzo.

Entre los peregrinos distinguidos estaban el General Anders, Paul Claudel y otros.

El Pontifical fué celebrado por el Cardenal Legado, monseñor Tedeschini, asistido como ministro de honor por los muy ilustres Canónigos doctores Serra Puig, Vilaseca y Faura, y como ministros de altar los muy ilustres Canónigos doctores Castellví y Solá. Actuó de maestro de ceremonias el que lo es de las Pontificias, doctor Dante, acompañado del que la ejerce en la Catedral de Barcelona, doctor Salvadó, y el de la Catedral de Madrid, doctor Blanch, y por el reverendo Gordi.

Al lado de la Epístola estaba situado Su Excelencia el Jefe del Estado y esposa, y detrás de ellos el Obispo de Barcelona, y los Jefes de las Casas Militar y Civil de S. E. ocupando sitios preferentes en el estrado los Cardenales Roqués, Arzobispo de Renne; Barros Camara, Arzobispo de Río de Janeiro; Caggiano, Arzobispo de Rosario de Santa Fe; Guevara, Arzobispo de Lima; Frings, Arzobispo de Colonia, y Pla y Deniel, Arzobispo de Toledo; en otro sillón vacío había la bandera del Primado de Hungría, Cardenal Mindszenti, que simbólicamente asistía al acto. Al lado de la Epístola y junto al Arzobispo de Ottawa, Presidente de los Congresos Eucarísticos Internacionales, doctor Vachon, estaban los Cardenales Gerlier, Arzobispo de Lyon; Spellman, Arzobispo de Nueva York; Gilroy, Arzobispo de Sidney; Griffin, Arzobispo de Westminster; Guovela, Arzobispo de Lorenzo Marques, y McGuigan, Arzobispo de Toronto.

En los estrados inferiores tomaron asiento más de trescientos Prelados de todo el mundo, acompañados de sus familiares.

La ceremonia fué cantada por las «Scholas Cantorum» de toda Cataluña, que con las jóvenes vestidas de blanco, causaban una magnífica impresión. Sus voces, unidas a las «Scholas», que procedentes de diversos países extranjeros aunan-

do el esfuerzo de sus gargantas, proporcionaron un bello canto de la Misa y en la loa a Jesús Eucaristía.

Los acordes gregorianos de la Misa «Cum Jubilo», cundían por mediación de la instalación de altavoces a lo largo y ancho de la avenida del Generalísimo, y llevaban en el corazón de todos los asistentes, parte de la emoción de sentirse copartícipes de uno de los más grandes actos del Congreso Eucarístico.

Una nota de color y simpatía en la magna reunión de «Scholas Cantorum», era la presencia de los «Petits Clergues», de la Catedral Metropolitana de Toulouse, que vestidos totalmente de rojo, y tocados con la clásica boina del clérigo francés, unieron la dulzura de sus voces a la de los cantores de toda España.

También se oyó, en imponente cooperación a las voces del «Coro Ucrainianos», unidas a las de los exilados del telón de acero, que llegó a emocionar intensamente, y recordaba una y otra vez que aquella era la voz de la Iglesia del Silencio.

Al llegar al Ofertorio, Su Eminencia el Cardenal Tedeschini, pronunció la homilía. El insigne purpurado comenzó expresando su satisfacción por el maravilloso espectáculo que se ofrecía a sus ojos, de una multitud de fieles que, con su presencia, daban prueba palpable de su amor a Jesucristo Sacramentado. Significó la trascendental importancia de los Congresos Eucarísticos y su resonancia en todo el orbe católico, y cómo en ellos se pone de manifiesto la entusiasta demostración de afecto al Papa de todos los católicos del mundo.

Recordó el magnífico acto de ordenación de sacerdotes, celebrado en el Estadio de Montjuich, y a este respecto señaló cómo Cristo se multiplica y acude a todas partes, representado por sacerdotes y religiosos y por misioneros que recorren todo el orbe predicando la Fe del Señor, incluso donde los católicos sufren persecución y están abandonados y despreciados por todos menos por Cristo. Habló también del milagro de la Consagración de la Hostia, en la que se encarnan el cuerpo y la sangre de Cristo, y cómo la Sagrada Forma se multiplica, ya que el sacerdote, en el que reside todo el poder de la Iglesia, puede consagrar todas las Hostias de Barcelona, todas las que se pudieran hacer con el trigo de Castilla y, en fin, con todo el pan del mundo. «Esta gran manifestación de fe — agregó — pone de relieve cómo se ama a Cristo, y cómo Jesús tiene derecho a este amor, y cómo la fe y el amor a Jesús es la Eucaristía, ya que amor es Dios mismo y es la caridad misma. La fe nunca es superior al amor, porque

Dios da muestras de su fe, pero mucho más de su amor. Por eso Dios quiso quedarse con nosotros para siempre, por todos los siglos, y por eso está cerca de cada uno de nosotros, incluso en nuestras mismas manos. Quiso quedarse con nosotros para darnos de comer su alimento espiritual y por eso dijo: «Yo soy el pan de la vida, y el que me coma tendrá la vida eterna. Esta es mi carne, debéis comer mi carne, y esta es mi sangre, que debéis beber, y siempre estaré con vosotros.» Esto es lo que está representado en la Hostia consagrada. Esto es lo que nos ha dado Cristo bajo la forma más humana, más elegante y más divina: un poco de pan y un poco de vino, y este alimento espiritual nos satisface plenamente, y es necesario que nunca nos falte este pan de Dios, que sacia todo el hambre y toda la aspiración espiritual de nuestra alma.»

A continuación hizo referencia al encendido amor de los españoles a la Iglesia y al Papa, ya que todos sin excepción, así lo han demostrado en este Congreso Eucarístico, y señaló el magnífico espectáculo por él presenciado desde el Palacio Nacional, de los obreros de España, reunidos en Montjuich, para rendir homenaje y adorar a Cristo en la Eucaristía.

Dijo, por último, monseñor Tedeschini, que no debemos pedir nada para nosotros, sino que nuestras oraciones deben ir dirigidas a Dios, para pedirle en favor de los menesterosos y oprimidos, para que ellos puedan tener también lo que Cristo predicó: la Paz del mundo dentro de la unidad de la Iglesia. «Cristianos de España y del Mundo cristiano — concluyó —, recibid a Cristo y llevadle en vuestros pechos; cantemos al Amor de los Amores, cantemos al Señor.»

Consagración de España a Jesús Sacramentado.

— Al llegar al Ofertorio, S. E. el Jefe del Estado, subió en el primer plano del altar, y ante el Legado, y en medio de un silencio impresionante, pronunció la fórmula de consagración de España a Jesús Sacramentado, con las siguientes palabras:

«Señor y Dios mío:

Con la humildad que corresponde a todo buen cristiano, me acerco a las gradas de la Sagrada Eucaristía a proclamar la fe católica, apostólica, romana de la nación española, su amor a Jesús Sacramentado y al insigne Pastor S. S. Pío XII, cuya vida prolongue Dios para bien de su Santa Iglesia.

La Historia de nuestra nación está insepara-

blemente unida a la Historia de la Iglesia Católica.

Sus glorias son nuestras glorias y sus enemigos nuestros enemigos. Antes de que en Trento, con la unidad moral del género humano, se proclamase a la Cristiandad el decreto definitorio sobre la transubstanciación eucarística su Misterio vivía en el corazón de los españoles, y hechos portentosos fruto de la predilección divina, estimulaban la devoción al Divino Misterio, al Sacramento del Amor. Que ha sido así, lo acusa esa maravillosa exposición de arte eucarístico que España ofrece a la contemplación del mundo en este Congreso, en la que no se qué admirar más, si la riqueza y el arte desplegados para el servicio y la honra de Dios, o la devoción de un pueblo que hizo posible tanto prodigio.

El espíritu de servicio a la Causa de la fe católica que venimos a proclamar no es un mero enunciado; le precede una legión innumerable de mártires y de soldados caídos por esa fe en reciente Cruzada.

No somos belicosos, Señor; por amarnos, los españoles aman la paz y unen sus preces a las de nuestro Santo Pontífice y de toda la Catolicidad en esta hora. Mas si llegase el día de la prueba, España sin ninguna duda volvería a estar en la vanguardia de Vuestro Servicio.

Recibid, Señor, esta humilde reiteración de fe y gratitud, que desde lo más profundo de sus corazones conmigo los españoles os ofrecen, y derramad sobre los pueblos que sufren tribulación la protección y bienes que en hora similar derramasteis sobre nuestra Patria. Y para nos, Señor, iluminad nuestra inteligencia para mejor servirlos.

Decid, eminentísimo señor, a nuestro Santo Padre cuál es el fervor de estos hijos de la Iglesia y su voluntad de servicio y sacrificio bajo la égida de la nueva España.»

Instantes de excelsa emoción. — Era natural que aquella masa humana de hijos de la Iglesia, y españoles en su mayoría, no quisiera abandonar las inmensas explanadas que se habían convertido en altar mayor del gran templo de la Eucarístia que nuestra ciudad era estos días, sin elevar su plegaria a la Reina y Patrona especialísima del Congreso Eucarístico. A nuestra Moreneta, la dulce Virgen de Montserrat, que desde su trono estaba contemplando en aquellos momentos el fervor mundial en el amor a su divino hijo, y tuvo su expresión en el «Virolai», de Verdaguer y Rodoreda.

Seguidamente que se hubo efectuado la lectura de la fórmula de Consagración, se reintegró Su Excelencia a su sitial, y prosiguió el Oficio de Pontifical.

Llegado el momento de la Consagración, todas las bandas reunidas interpretaron el himno nacional.

Al finalizar el magno Pontifical, S. E. impartió a la gran multitud allí congregada la Bendición Papal, que fué recibida de rodillas por todos los fieles. Seguidamente resonaron las notas del himno del Congreso Eucarístico, y de nuevo cantóse en diversos idiomas, el «Cristo en todas las almas, y en el mundo la paz».

Finalizado el himno se dió el acto por terminado. Eran ya las doce y cuarto del mediodía, cuando el Cardenal Tedeschini despedíase del Jefe del Estado español, y abandonaba la plaza de Pío XII, con los miembros de la Comisión Oficial Pontificia.

La multitud, con gritos de «Viva el Papa» y «Viva el Cardenal Legado», le despidió con aplausos y ovaciones inenarrables.

Seguidamente, el Generalísimo Franco abandonó el altar acompañado de su egregia esposa, y de los Ministros y altas jerarquías del Estado, y primeras autoridades de la ciudad, que le acompañaron hasta el pie del coche que le conduciría a Palacio, en medio de incesantes aclamaciones.

De igual manera fueron despedidos los Cardenales allí presentes y Obispos que habían presidido la ceremonia, con verdaderas muestras de fervor y entusiasmo, resultándoles a muchos difícilísimo el llegar hasta sus automóviles, dada la gran multitud de fieles que deseaban besar su anillo pastoral.

Durante más de una hora la avenida del Generalísimo fué una verdadera riada humana que iba extendiéndose hacia el interior de la ciudad.

La instalación de altavoces no sólo se limitó a la avenida del Generalísimo y sectores anexos a la misma, donde se celebraba el magno Pontifical, sino que, además, transmitían la emoción del momento, detallando la ceremonia, hasta la Rambla, Puerta de la Paz, y todo el recorrido que había realizado el Eminentísimo Legado Pontificio, a su apoteósica llegada.

Como detalle, puede citarse que el número de altavoces que se utilizaron únicamente en el recinto del gran altar fué de novecientos, extendidos en un radio de cuatro kilómetros.

Fué verdaderamente, con espíritu de emulación que las emisoras extranjeras cuidaron de retransmitir directamente la solemnidad, Radio Vaticana-

no, Radio Hilmersum (emisora de Holanda), Radio Colonia (oficial alemana), la B. B. C., Radio Europa Libre con sede en Munich, Radio París y Radio Andorra. Aparte Radio Nacional lo retransmitió por todas las ondas de que dispone.

Como es de suponer, ello hizo llegar hasta todos los hogares europeos el calor y la vibración de nuestro Congreso. Un Congreso único en los anales de los Congresos Eucarísticos Internacionales, del que todos los que tuvieron la gran dicha de coparticipar con su persona no podrán olvidar jamás, tanto por sus fastos, como por su entusiasmo eucarístico.



S. E. el Generalísimo con su esposa al terminar la gran Misa

La procesión final. — Si el acto de la mañana había revestido una solemnidad sin precedentes, no menos lo tuvo la magna procesión de la tarde, en la que Jesús Sacramentado, presente en la Hostia consagrada especialmente por S. S. el Papa, recorrió la avenida del Generalísimo, en medio de un fervor impresionante, desfilando ante centenares de millares de personas de todas las condiciones sociales, que la llenaban desde el Paseo de Gracia hasta las inmediaciones de Esplugas.

La avenida del Generalísimo Franco ofrecía un aspecto maravilloso. Todos los balcones, ventanas, azoteas y terrados que se hallaban profu-

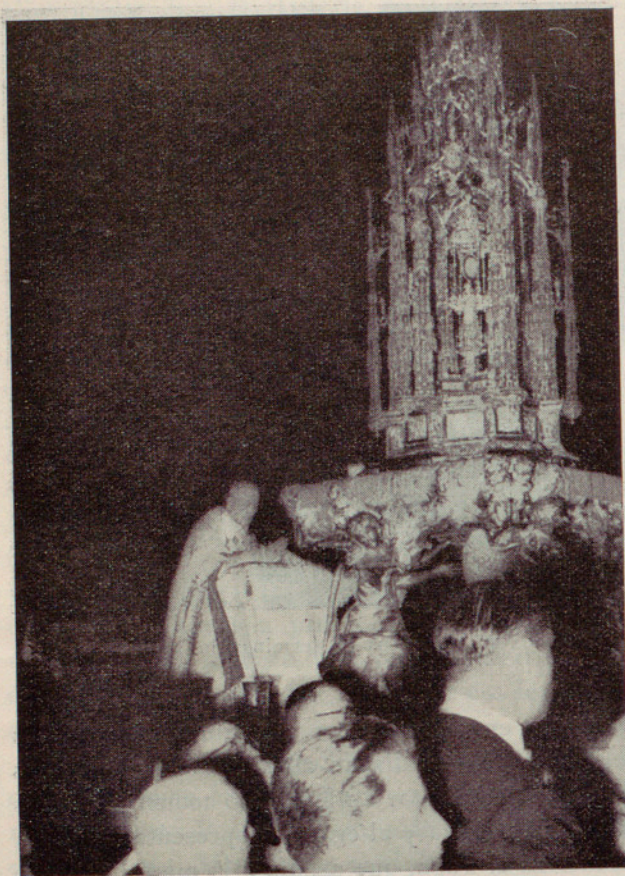
samente engalanados con colgaduras y símbolos eucarísticos se hallaban abarrotados de personas deseosas de tributar un fervoroso homenaje a Jesús en la Eucaristía y al egregio representante de Su Santidad el Papa, que asistía a la misma rodeado de once Cardenales y de varios centenares de Prelados llegados de las cinco partes del mundo.

Alrededor de las siete y cuarto, hora aproximadamente en que se puso en marcha la procesión, era imposible dar un solo paso por todo lo largo de la Diagonal. La plaza de Calvo Sotelo ofrecía un imponente aspecto, congregándose en ella millares y millares de personas que ocupaban los lugares más inverosímiles de la maravillosa plaza barcelonesa.

Frente a la iglesia de San Raimundo de Peñafort, de la Rambla de Cataluña, se congregó, desde primeras horas de la tarde, una ingente multitud que esperaba la llegada del Cardenal Legado. Formaba ante la puerta una compañía con bandera, escuadra, banda y música para rendir los honores, y se había levantado un templete, adornado con claveles, bajo el que estaba situada la gran Custodia de la Catedral de Toledo. A la misma hora todas las inmediaciones estaban llenas de público, y el cordón de la Policía Armada tuvo que trabajar activamente para



Al finalizar el gran Pontifical



La Custodia de Toledo con el Legado Pontificio en la Procesión magna

evitar que la masa se abalanzase en la calzada, empujada por los que, situados atrás, querían ver el aspecto que ofrecía la imponente manifestación.

El Cardenal Legado llegó a las siete y cuarto de la tarde, escoltado por una sección motorizada y seguido por los coches de su séquito. Fué recibido por la muchedumbre con imponentes muestras de adhesión y lealtad inquebrantable. Los vítores se sucedieron hasta que el cortejo entró en la iglesia, acompañado por el Obispo de Barcelona, que había salido a recibirle. Junto al altar mayor oraron brevemente ante el Santísimo Sacramento, que bajo palio, de cuyas varas eran portadores los señores Gaudier, Pellicer García, Durán, Fernández, Par y Drets de la Junta de Obras de la Párrquia, fué llevado hasta la Custodia de Toledo en medio de un respetuoso silencio, mientras los millares de fieles se arrodillaban fervorosamente. Acto seguido, salió el Cardenal, y ocupó el reclinatorio colocado detrás de la Custodia sobre la misma carroza. La multitud oró con él, mientras arrojaba miles de flores en loor del Santo Sacramento.

Seguidamente comenzó la procesión. El grandioso cortejo procesional se iniciaba con una es-

cuadra de policías armados a caballo que abrían marcha, y a los que seguía la colla de «Ball de Bastons» de Gelida, ataviados con su pintoresco traje; a continuación, la bandera de la ciudad de Barcelona, escoltada por batidores de la Guardia Urbana a caballo y con uniforme de gran gala, siguiendo tras la bandera las Juntas directivas de Hombres de Acción Católica, Adoración Nocturna, Consejo de Jóvenes de Acción Católica, Congregaciones religiosas de las distintas provincias españolas. Congregaciones Marianas de España, Asociación de Padres de Familia, Colegios de Médicos, Procuradores y otros colegios profesionales; Consejo Provincial del Movimiento, presidido por el Subjefe provincial, señor Solano; Cámaras de Comercio e Industria, y Propiedad, tras las cuales formaban en la procesión, presididos por el General gobernador militar de Barcelona, don Juan Galbis, todos los Generales asistentes al Congreso Eucarístico, con los Jefes de los Cuerpos de la guarnición y representaciones de Jefes y Oficiales de los mismos.

A continuación venían, desplegadas al viento, las banderas de las distintas asociaciones de Jóvenes de Acción Católica asistentes al Congreso.

Nota emotiva y de extraordinario sentimiento pusieron en la procesión las representaciones de los diversos países asistentes al Congreso Eucarístico Internacional, en especial aquellas de los países donde es perseguida la religión católica, cuyos patriotas se encuentran expatriados, que figuraban en el cortejo con las banderas de sus respectivos países y pancartas alusivas a su fidelidad católica.

Formaban en la procesión tras las banderas de las Juventudes de Acción Católica, y por el orden siguiente: Rumania, presidida por monseñor Jhon Kirk; Lituania; Hungría, presidida por el Vi-



La bandera de la Ciudad al iniciarse la procesión

sitador apostólico de los húngaros expatriados, monseñor José Zagón, a quien acompañaban Su Alteza Real e Imperial el Archiduque Otto de Habsburgo y su hermano el Príncipe Roberto; Polonia, presidida por el Obispo protector de los polacos expatriados, monseñor José Gawlina, con el General inspector del Ejército polaco expatriado, Ladislao Anders; Ministro de Polonia en Madrid, Conde Potocki, y Cónsul de Polonia en Barcelona, señor Rodón; representaciones de Bohemia, Eslovaquia, Eslovenia, Croacia, Ucrania, Italia, Uruguay, Argentina, Méjico, Ecuador, Francia, Chile, Holanda y la numerosa representación de Filipinas.

Tras estas representaciones internacionales figuraba el Consejo Directivo de la «Charitas» internacional.

Formaban a continuación, en la gran manifestación religiosa, el Cuerpo de la Nobleza de Cataluña, presidido por el Marqués de Sentmenat; Caballeros de las Órdenes Militares del Santo Sepulcro, Calatrava, Santiago, Caballeros del Cuerpo de Nobleza de Madrid, Títulos Pontificios, etcétera.

Seguían a continuación las representaciones del Colegio de Abogados con el Decano señor Condomines, presidiendo; Universidad, con el Rector señor Buscarons, y Vicerrector, señor Iglesias; Audiencia Territorial, presidida por el Presidente de la misma, don José María Castelló Madrid y Fiscal señor Gonzalvo.

Precedidos por maceros de gran gala, venían seguidamente las representaciones de las distintas Diputaciones provinciales de España, y a continuación, precedida también de maceros de gran gala, el pleno de la Diputación de Barcelona, presidida por el Marqués de Castell-Florite, tras la cual formaban correctamente los Mozos de Escuadra, con su Capitán García Díe al frente.



Representación de Lituania



Los húngaros

Tras las Diputaciones figuraban en el cortejo procesional las representaciones de los Ayuntamientos españoles asistentes al Congreso, en el que se encontraban representadas la casi totalidad de las ciudades capitales de provincia.

Inmediatamente detrás, seguía el pleno de la Corporación municipal de Barcelona, precedida de maceros vistiendo gramalla. El Alcalde de la ciudad, señor Simarro, presidía la Corporación municipal, que era seguida por la sección de viento de la Orquesta municipal, interpretando diversas composiciones musicales.

A continuación seguían el cortejo miles y miles de representantes de las Órdenes religiosas y clero secular; seminaristas de los Seminarios de toda España, a los que seguían sacerdotes y religiosos; sacerdotes extranjeros y representantes de las Órdenes religiosas, entre los que había coarazonistas, carmelitas, capuchinos, mercedarios, dominicos, franciscanos, etc.

Seguidamente venían sacerdotes de las provincias españolas y otros grupos de seminaristas; escolanías y cantores de toda España; seminaristas de Valencia y otras ciudades revestidos con las becas azules.

Inmediatamente detrás se encontraban a decenas las banderas y estandartes de las distintas congregaciones religiosas internacionales asistentes al Congreso.

Como detalle curioso, y que da una idea de la grandiosidad del cortejo procesional, puede citarse el hecho de que, cuando las banderas y estandartes a que se ha hecho referencia llegaban a la plaza de Pío XII, el principio de la procesión atravesaba en aquellos instantes el puente de Esplugas de Llobregat.

Después de las banderas y estandartes mencionados figuraba una nutrida representación de la



Los polacos

peregrinación católica de China libre, con su bandera nacional desplegada al viento y una gran bandera pontificia, ocupando, extendida, el centro de la representación. Figuraban en ella paisanos, sacerdotes, religiosos y llevaban también pancartas con alusiones a su fe católica.

Pasada la representación China, figuraba, precedido por cruz alzada y el seminario de Barcelona, el clero parroquial de la diócesis, con la totalidad de los párrocos y vicarios, todos revestidos de roquete.

Tras el clero parroquial de la diócesis continuaban la procesión, portando hachones encendidos, las dignidades eclesiásticas, revestidas con hábitos de ceremonia y por el orden siguiente: en primer término, los Canónigos y seguían los Prelados domésticos de S. S., Obispos y Arzobispos, acompañados de sus familiares, y en cantidad aproximada de unos trescientos, y los Nuncios apostólicos.

Seguían a continuación los Cardenales con hábito de ceremonia y capa magna, de Santa Fe, monseñor Cagliano; de Rennes, monseñor Riques; de Lourenço Marques, monseñor Gouvei-



La Diputación de Barcelona en la procesión magna

ra; de Sidney, monseñor Gilroy; de Lima, monseñor Guevara; de Río de Janeiro, monseñor de Barros Camara; de Nueva York, monseñor Spellman, y el Obispo de Barcelona, doctor Modrego Casaus.

En andas, sobre ruedas, seguía el Santísimo Sacramento, expuesto en la maravillosa orfebrería de la Custodia de la Catedral de Toledo. En la misma carroza, arrodillado y revestido de capa pluvial, se encontraba el Cardenal Legado de Su Santidad, monseñor Tedeschini. La carroza iba adornada con profusión de claveles blancos. Las andas eran portadas por sacerdotes de los ordenados en este Congreso Eucarístico, formando el resto guardia de honor, juntamente con los camareros secretos de capa y espada, camareros de honor, caballeros de las Órdenes militares y séquito del Cardenal Legado.

Una escuadra de gastadores del regimiento



Croatas y eslovenos

de Jaén n.º 25, con bayoneta calada, daba guardia al Santísimo Sacramento a ambos lados de la carroza.

Inmediatamente detrás se encontraban, portando hachones encendidos, S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, acompañado por la totalidad de los miembros de su Gobierno, Presidente de las Cortes, Capitán general de la cuarta Región, Gobernador civil y Jefes de sus Casas Civil y Militar, que se incorporaron al cortejo procesional en la avenida del Generalísimo, en su cruce con la de Carlos III.

Cerraba la procesión una compañía de honor, del regimiento de Jaén n.º 25, con bandera, banda y música. La multitud estacionada allí acogió con una gran ovación la presencia del Caudillo, mientras le vitoreaban con el triple grito de ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!, que no cesó ni un sólo instante.

El público, cuya cantidad es imposible de calcular, que presenciaba el paso de la procesión, se incorporaba inmediatamente detrás del cortejo oficial, a su paso por la amplia avenida del Generalísimo, en ingente manifestación de religiosidad y de fervor eucarístico, sin que las fuerzas que cubrían la carrera pudieran evitar ser desbordadas por la multitud, en su deseo de acompañar hasta la plaza de Pío XII al Santísimo Sacramento, cuyo paso en el silencio de la tarde llenaba de emoción los corazones y de lágrimas los ojos de la ingente multitud de fieles que, de rodillas, adoraban al Sacramento del Amor.

A su paso por la Diagonal, el cortejo procesional que precedía al Santísimo Sacramento fué saludado por el inmenso gentío que llenaba completamente las calles con la manifestación del más auténtico entusiasmo. Las Delegaciones de los países libres en el exilio fueron repetidamente aclamadas por el público español y por los peregrinos que de todas partes del mundo llegaron a Barcelona para con su presencia prestar una mayor brillantez a esta gran manifestación de catolicismo que ha sido el Congreso Eucarístico. Los exilados de los pueblos que están tras el telón de acero, manteniendo en alto las banderas de sus países, contestaban con patentes muestras de júbilo a la multitud que les aclamaba.

Desde la plaza de la Victoria hasta la de Pío XII se agolpaba una inmensa muchedumbre que pugnaba por situarse en primera línea, teniendo que intervenir el cordón de policía para detener la avalancha que amenazaba con invadir la calzada.

Tras los Cuerpos de la Nobleza y las Órdenes del Santo Sepulcro, Calatrava, Santiago y las Corporaciones del Ayuntamiento, Diputación, Universidad, venían los Cardenales, marchando despacio con paso ceremonioso, revestidos de la Capa Magna de púrpura entre los aplausos y gritos jubilosos del gentío, a los que ellos contestaban con bendiciones y saludos.

Cuando pasó la Custodia se produjo un general silencio, en medio del que se escuchaba solamente los llantos contenidos de las gentes y el chasquido de las rosas al deshojarse contra el pie de la carroza que conducía la Custodia y el Cardenal.

Los himnos acompañaron a la procesión durante toda la carrera. Sus triunfales estrofas se levantaban gloriosamente y venían en inmensas oleadas de sonido en medio de la espléndida tarde de primavera.

Desde primeras horas de la tarde, la amplia

plaza de Pío XII ofrecía un imponente aspecto, habiéndose congregado en sus inmediaciones muchos miles de personas. En el momento de llegar la cabeza de la procesión a la misma, no podía darse ni un solo paso. Los edificios circundantes estaban materialmente atestados de público y ofrecía una nota simpatiquísima las tocas monjiles, que se asomaban confundidas con otras personas en las terrazas de la Casa de Maternidad.

Las tribunas también estaban repletas de invitados, y todos los puntos desde donde se divisa la plaza habían sido tomados por la multitud, deseosa de unirse al grandioso homenaje que no sólo Barcelona, sino todo el mundo católico, tributaba en aquel instante a Jesús Sacramentado.

A medida que llegaban los diversos grupos de la procesión, los señores Arzobispos y Obispos se fueron situando en sus puestos del estrado lateral. Pudieron contarse hasta unos trescientos; es decir, todos los que, con motivo del Congreso Eucarístico, llegaron a Barcelona. Venían con ellos los Canónigos y Prelados domésticos de Su Santidad, protonotarios apostólicos y caballeros de séquito.

Subieron después la escalinata los Cardenales acompañados del señor Obispo de Barcelona, doctor Modrego, y personalidades del séquito. Los egregios purpurados venían revestidos con las capas magnas, que brillaban esplendorosamente bajo la luz difuminada. Llegaron a la izquierda del altar y se colocaron alrededor del trono que había de ocupar el Cardenal Legado. Estaban allí desde el principio de la procesión los primados de España, Francia e Inglaterra, que no concurren en el cortejo procesional en atención a su avanzada edad.

A las nueve y veinte de la noche llegó la Custodia de Toledo a la plaza de Pío XII. La imponente multitud se puso de rodillas como inspirada por un mismo sentimiento. La carroza que llevaba la Custodia de la Catedral de Toledo con Su Eminencia el Cardenal arrodillado detrás de ella, despertaba entre las gentes el más profundo recogimiento. Solamente se oían en la amplia plaza los llantos entrecortados y el tintineo de las campanillas de la custodia. El Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo estaba pasando entre sus fieles que le adoraban, colocado en el centro de la joya de plata y oro que, con la luz interior que la iluminaba, parecía una Catedral inmensa que se estuviera contemplando desde lejos. Y Su Eminencia, arrodillado sobre el reclinatorio de púrpura, revestido con la blanca capa pluvial, con

las manos en actitud de oración, levantando los ojos llenos de una divina luz hacia el Sacramento del Amor y de la Paz, parecía una imponente estatua de piedra que quedará grabada en la memoria de todos los que tuvieron la fortuna inmensa de ver el paso del impresionante cortejo. La plaza de Pío XII estaba completamente llena de una enfervorizada multitud, de rodillas, con una silenciosa oración en cada uno de los corazones.

Luego que, a los acordes del himno nacional, el Santísimo fué trasladado al viril de la custodia de la Catedral de Barcelona, ascendió Su Eminencia el Cardenal Legado por la escalinata en una actitud majestuosa, seguido de su séquito. En el estrado le esperaban SS. EE. los Cardenales que le habían precedido en la procesión, junto con los Primados que habían llegado ya antes de la arribada del cortejo.

Los Arzobispos y Obispos, en número de trescientos, estaban sentados en los estrados laterales y se arrodillaron al paso del Santísimo. Era ya de noche y las luces del Altar iluminaban los rostros de los egregios purpurados y brillaba en los bordados de los caballeros con destellos inenarrables. La plaza estaba sumida en la penumbra, y todos los ojos se centraban en el altar, atentos a la ceremonia que iba a comenzar.

Detrás del Cardenal Legado, ascendió las escaleras del altar el Gobierno español, al frente del cual iba S. E. el Generalísimo Franco, que vestía uniforme de Capitán general con la Cruz Laureada de San Fernando. Los miembros del Gobierno acompañaron al Generalísimo en el trono de la derecha del altar, y seguidamente pasaron a la tribuna levantada en la parte derecha de la plaza.

Las señoras de Martín Artajo y de Iturmendi esperaron a la egregia esposa del Caudillo, a quien acompañaron al estrado, donde permaneció con el Caudillo durante toda la ceremonia, pasando después dichas señoras a ocupar sus puestos en la tribuna destinada al Gobierno.

A la entrada de la plaza se había colocado una tribuna que fué ocupada por S. A. R. la Princesa de Austria-Hungría, Regina de Austria, acompañada de la hermana del Príncipe Otto, Adelaida de Habsburgo. El Príncipe Otto, que, con su hermano, presidía la Delegación húngara, se reunió en la tribuna con las egregias damas para asistir a la ceremonia.

En la tribuna del Ayuntamiento se encontraba S. A. R. el Príncipe don Carlos de Habsburgo acompañado de don Jesús Cora y Lira y don Ra-

món Gassió Bosch. A la llegada de la procesión acudieron a la tribuna los miembros de la Corporación.

En la tribuna del Gobierno se encontraba todo el Gobierno, con el señor Martín Artajo a la cabeza, Presidente de las Cortes, del Consejo de Estado, Capitán general de la IV Región y Gobernador civil de Barcelona, con otras personalidades. Detrás del Gobierno estaba el Cuerpo Diplomático, con los representantes de todas las naciones.

Apenas llegado el Cardenal y las personalidades al altar, se cantó un solemne Te Deum, finalizado con el *Tantum Ergo*, que coreó la multitud congregada en la plaza y en la avenida del Generalísimo hasta un límite que no podía apreciarse desde el estrado del altar.

A las nueve cuarenta Su Eminencia el Cardenal Tedeschini procedió a dar la bendición con el Santísimo. El viril de la Catedral de Barcelona con la Sagrada Forma en el centro, era levantado por las manos egregias del insigne purpurado. La bendición duró cerca de cinco minutos.

La bendición de Su Santidad. — Después se hizo un silencio, y por los altavoces resonó la voz del Vicario de Cristo en la Tierra.

Expresóse así el Sumo Pontífice:

«Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar y la Purísima Concepción de María Santísima, concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de su ser natural.

Venerables hermanos y amados hijos, representantes de todo el orbe católico que en estos momentos clausuráis en Barcelona las grandiosas jornadas del XXXV Congreso Eucarístico Internacional:

¿Quién hubiera podido pensar cuando, en la tibia primavera de 1938, dirigiámos Nuestra palabra en la tan hermosa como desdichada Budapest, al XXXIV Congreso Eucarístico Internacional, que en el siguiente íbamos a hacer oír Nuestra voz desde esta Sede Apostólica, y después de un paréntesis tan largo como doloroso? Cargado estaba el horizonte, y las expresiones que allí se escuchaban eran ya para ponderar lo dichoso que el mundo sería si quisiera seguir las exhortaciones del Sucesor de Pedro en favor de la paz.

Pero la voz fué desoída, el turbión descargó con estruendo y con estrago, y hoy, de nuevo, el

grito angustioso, que escapa de todas las gargantas, es el mismo de entonces: ¡La Paz!

¡Cuánto se habla hoy de paz y de cuán distinta manera! Para algunos, no es más que una formalidad exterior, hecha de palabras, impuesta por una táctica ocasional y constantemente contradicha por sus gestos y sus obras, tan contrarios a todo lo que dicen. Para nosotros, no; para nosotros, no hay más que una paz verdadera y posible, la de Aquel cuyo nombre es "Princeps Pacis", y cuyo Reino no consiste en goces terrenales, sino en el triunfo de la justicia y de la paz: "Non est enim regnum Dei esca et potus, sed iustitia et pax", una paz que se deduce como un imperativo ineludible de la fraternidad y del amor, que brota de lo más profundo de nuestro ser cristiano y que es el supuesto indispensable para otros bienes mayores y de un orden superior.

Os hablamos desde lejos, pero Nos parece que os vemos y que Nuestro espíritu se regocija al contemplar vuestra asamblea, porque en torno a la Eucaristía todo habla de paz: el ágape fraterno, el ósculo previo y hasta el mismo símbolo de muchos granos de trigo. La paz es unidad; pues, ¿dónde ir a buscarla sino en este Sacramento "totius ecclesiae unitatis"? Es fruto de la caridad; pues, entonces, ¿dónde encontrarla sino en este "Sacramentum charitatis, quasi figurativum et effectivum"? Y si, como bien sabemos, los enemigos de la paz son la soberbia, la codicia y, en general, las pasiones desordenadas, ¿qué mejor remedio podremos anhelar que esta medicina celestial con la cual crecen la gracia y las virtudes, somos preservados del pecado, se complementa vuestra vida espiritual y aumentándola en el alma la caridad, son refrenadas las pasiones?

España ha tenido el alto honor, justo reconocimiento a su catolicismo íntegro, recio, profundo y apostólico, de dar hospitalidad a esa magna asamblea que añadirá a sus fastos religiosos una página que ha de contarse entre las más brillantes de su fecunda historia; y en nombre de la vieja madre España, le ha tocado hacer los honores a la espléndida y próspera Barcelona, de la que no querríamos en estos momentos recordar ni la belleza de su situación, ni su clásica hospitalidad, ni su espíritu abierto siempre a todas las iniciativas grandes, sino, más bien, su tradición eucarística, cifrada en tres nombres: El Santo de la Eucaristía, que fué San Ramón Nonato; un apóstol de la Comuni6n cotidiana, ya en el siglo XIII, que es Santa María de Cervell6, y un

alma que subió a todas las alturas de la mística, nutriéndose algunas veces tan sólo de Eucaristía, San José Oriol.

España y Barcelona, o, mejor dicho, el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, pasará al Libro de Oro de los grandes acontecimientos eucarísticos, por su perfecta preparaci6n y organizaci6n, por la amplitud y acierto de sus temas de estudio, por la brillantez y riqueza de las exposiciones y certámenes que lo han adornado, por la imponente concurrencia presente, por el sentido cat6lico que lo ha inspirado, especialmente, recordando los hermanos perseguidos, y por el contenido social que se le ha querido dar, tan en consonancia con Nuestros deseos. Pero Nos, deseamos mucho más; Nos queremos proponerlo como ejemplo al Mundo entero, para que al veros — tantas naciones, tantas estirpes, tantos ritos — "cor unum et anima una", pueda comprender dónde está la fuente de la verdadera paz individual, familiar, social e internacional; Nos esperamos que vosotros mismos, inflamados en este mismo espíritu, salgáis de ahí como antorchas encendidas que propaguen por todo el Universo tan santo fuego; Nos confiamos que tantas oraciones, tantos sacrificios y tantos deseos no serán inútiles; Nos, reuniendo todas vuestras voces, todos los latidos de vuestros corazones, todas las ansias de vuestras almas, queremos concentrarlo todo en un grito de paz que pueda ser oído por el mundo entero.

¡Oh Jesús amorosísimo, escondido bajo los ténues velos sacramentales, Cordero Divino, perpetuamente inmolido por la paz del mundo! Oye, finalmente, las ardientes plegarias de tu Iglesia, que, por boca de tu indigno Vicario, te pide para el Mundo el fuego de la caridad, para que en ella se enciendan la uni6n y la concordia, y al calor de éstas florezcan en nuestra tierra, árida y desolada, el blanco lirio de la paz.

¡Que la unci6n de Tu Gracia — bálsamo escondido, fármaco suavísimo — sane en las almas las desgarraduras producidas por el odio, para que todos se sientan hermanos, hijos de un mismo Padre, que se nutren en una misma mesa con manjar celestial!

¡Que Tus palabras de paz, que el amor que siempre rebosa de Tu Coraz6n, inspiren a los regidores de las naciones, a fin de que sepan conducir a los pueblos que Tú les has confiado por los caminos de la auténtica fraternidad, base indispensable de toda felicidad y todo progreso!

Hágalo así esa "Moreneta" de Montserrat, Patrona del Congreso y Madre de Cataluña, a la

que desde aquí Nos parece ver en su nido de águilas volviendo sus ojos maternales hacia vosotros y bendiciéndoos con todo amor; háganlo San Pascual Bailón y todos vuestros Santos y Angeles protectores, mientras que Nos, rebotando de gozo por haber podido ver en tan calamitosos tiempos un espectáculo tan hermoso como el que habéis ofrecido, os bendecimos a todos: A nuestro dignísimo Legado, a nuestros hermanos en el episcopado, con su clero y pueblo, a todas las autoridades presentes, a cuantos han colaborado generosamente en la preparación y organización del Congreso, a cuantos en este acto final de tan solemne asamblea, y, fuera de él, oyen Nuestra voz; a la Ciudad Condal, a España y al Mundo entero, cuyas ansias pacíficas hallan siempre completa correspondencia en Nuestro corazón de padre.»

Término de la procesión. — El espectáculo que ofreció la ciudad entera en el momento en que S. S. el Papa impartió la bendición apostólica fué impresionante. Por doquier se veía a la gente hincada de rodillas, con un fervor inusitado, oyendo a través de los altavoces las palabras de Su Santidad Pío XII.

Después que el gentío, hubo de rodillas, recibido la bendición de Su Santidad, los Cardenales se pusieron en pie, disponiéndose a abandonar el altar, mientras se daban frenéticos vítores al Papa y a la Iglesia. Los Cardenales, precedidos por Su Eminencia, abandonaron el monumental altar, siendo aclamados por cuantos se encontraban concentrados en la plaza. Su Eminencia el Cardenal Legado impartía la bendición, parándose cada dos o tres pasos, y teniendo que ser protegido por la guardia para que la multitud, enfervorizada, no se abalanzara sobre él. Fué caminando durante un buen trecho entre los vítores de centenares de miles de fieles, que, llamándole, suplicaban de él la bendición, que él impartía con la imponente solemnidad de su altísima representación.

A continuación, el Caudillo, acompañado de su egregia esposa y de los miembros de su Gobierno, comenzó a descender las gradas del altar, en medio de una ovación ensordecedora y vivas a España y a Franco, dirigiéndose a Palacio.

Misa de gracias en Montserrat. — El día 2, por la mañana, celebróse un solemne acto en acción de gracias a la «Moreneta», Patrona del Congreso,

en el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, con asistencia del Cardenal Legado.

Se trasladaron a la santa montaña infinidad de congresistas que querían finalizar con este acto bellissimo, dentro del marco de impresionante espiritualidad que es Montserrat, las grandes emociones vividas durante los días que ha durado el Congreso Eucarístico Internacional. Por ello, desde el día anterior, fué extraordinaria la afluencia de peregrinos.

Se celebraron gran número de misas, siendo extraordinaria la cantidad de personas que se acercaron a recibir la Sagrada Comunión. Colas ingentes de congresistas se formaron para besar la imagen de la Virgen.

En el claustro exterior de la basílica se instaló un altar, situándose al lado de la Epístola el Ministro de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez; el Subsecretario de la Presidencia del Gobierno de Italia, señor Andreotti; el Gobernador militar, General Galbis, que representaba al Capitán general; el Presidente de la Diputación y Vicepresidente del Patronato de la Montaña, Marqués de Castell-Florite; los miembros del Patronato, señores Fernández Ramírez, Sedó y Prat Pons, y el Teniente de Alcalde señor Torra-Balari, que representaba al Alcalde de Barcelona. También ocuparon asientos los miembros de la Diputación señores Madariaga, Jaumar de Bofarull, Sedó, Alemany, Monmany y Sobregau; el Director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Sánchez Bella y otras personalidades.

Al lado del Evangelio se situaron los Arzobispos, Obispos y Abades.

Celebró la misa el prior del monasterio, Dom Gabriel Brasó, con la asistencia pontifical del Cardenal Tedeschini. Se celebró la Misa de Nuestra Señora de Montserrat, cantándose la misa *Abbatialis*, del Padre Anselmo Ferrer.

El Cardenal Legado impartió la bendición a los concurrentes al término del Oficio, que revistió la magna dignidad de todos los actos litúrgicos montserratinos.

El Cardenal Legado, Arzobispos, Obispos, Ministro y personalidades asistentes al acto comieron con la comunidad benedictina de Montserrat en el refectorio monástico.

Al término de la comida, la Escolanía dedicó al Legado del Papa y demás invitados un selectísimo concierto, que complació vivamente a su eminencia y personalidades asistentes.

ACTOS POSTERIORES

La despedida al Legado Pontificio. — Una hora antes de partir el tren especial que debía conducir al Cardenal Legado, monseñor Tedeschini a Salamanca, y con el cual proseguiría viaje a Irún, Francia e Italia, la estación terminal del Norte presentaba un animadísimo aspecto.

Vestíbulo y andenes estaban adornados con banderas y gallardetes, y todo el trayecto por el que había de pasar S. E. había sido alfombrado, hasta el pie del «breack» de Obras Públicas, y del que había sido destinado al Cardenal Legado.

En el andén y al pie del «breack» estaban el Cardenal Pla y Deniel, que llegó acompañado de su sobrino, don Miguel Mateu y Pla, Embajador de España. Igualmente se encontraban allí el Cardenal Caggiano, Obispo de Rosario de Santa Fe, en Argentina; los Ministros de Educación Nacional, señor Ruiz Jiménez; de Gobernación, señor Pérez González, y Obras Públicas, señor Conde de Vallellano; el Obispo de Barcelona, doctor Modrego; Alcalde de la ciudad, señor Simarro; Gobernador civil, señor Acedo; el Capitán general de la IV Región, don Juan Bautista Sánchez; el Gobernador militar, general Galbis; Subsecretario de Obras Públicas, señor Rivero de Aguilar; Arzobispos de Valencia, de Cataluña, de Líbano, Granada y Obispos de Santo Domingo, Mercedes, de Argentina; y Astorga; los Generales Pérez Porro, Poyg, Pérez Seonne, Mancholas y el Coronel auditor de Guerra; el Jefe de la V Zona de la RENFE, señor Puig Batet; y el cronista de la ciudad, señor Nadal.

Estaban, también, S. A. R. el Príncipe don Carlos de Habsburgo Borbón, Duque de Madrid, el General Cora y el señor Ballescá, quienes le acompañaban; el doctor don Pablo Trens; el Jefe de la Inspección Divisora de la Renfe, Secretario del Tribunal de Menores, don Martinian Llosas; el reverendo Rosell, el Ingeniero jefe de Obras Públicas, don Cipriano Sabater, y otras muchas autoridades y representaciones.

Faltaban tres minutos para las ocho cuando

el coche del Legado llegaba al patio exterior de la estación, y una ovación ensordecedora acogía su llegada. Al descender del coche S. E., la multitud que le esperaba aplaudió entusiásticamente, oyéndose gritos de «Viva el Legado» y «Viva el Papa».

Esperaban al Legado los Ministros de la Gobernación, Obras Públicas y Educación Nacional. Su Eminencia el Cardenal Tedeschini se dirigió hacia el centro del patio, saludando a la multitud que cada vez más enardecida de entusiasmo le aclamaba. Este acto de S. E. hizo que la multitud terminara por romper el cordón de guardias y le rodeara con un entusiasmo inenarrable. Con la ayuda de la fuerza pública y celadores, S. E. entró en el vestíbulo de la estación, donde fué saludado por los Ministros, el Capitán general y el Alcalde de la ciudad.

De nuevo los aplausos y vivas se adueñaron del ambiente, y la emoción llegó al límite, cuando la banda militar inició los acordes del himno vaticano.

Al entrar S. E. en los andenes, la compañía del regimiento de Jaén que allí formaba, al mando del Capitán Corbellini, con escuadra, banda y música, le rindió los honores debidos a su jerarquía. Al pasar ante la bandera, el Cardenal se descubrió saludándola, y seguidamente se dirigió hacia el tren, ya formado en el andén.

Al pie del «breack» fué recibido por el Cardenal Primado, Pla y Deniel, a quien abrazó. Igual hizo con el doctor Modrego, Arzobispo Olaechea, y saludó, también, a don Mariano Puigdollers, Director general de Asuntos Eclesiásticos y, finalmente, al Archiduque de Austria, don Carlos de Habsburgo.

Seguidamente el Cardenal bendijo a los periodistas y se despidió del Jefe que mandaba las fuerzas, del Capitán general y otras autoridades, y subió al «breack» de Obras Públicas, desde cuyos ventanales siguió recibiendo el adiós emocionado y entusiasta de la multitud.



Cáliz que el Excelentísimo Ayuntamiento ofreció a Su Eminencia el Legado Pontificio

En algunos momentos el entusiasmo fué tal, que muchas personas que habían logrado llegar hasta el vagón le estrechaban la mano junto con los señores Ministros. El espectáculo era verdaderamente emocionante, ya que era la estampa viva de Gobierno y pueblo unidos en una despedida que puede calificarse de emotiva, sentida, apoteósica. Ante los gritos y aplausos de la multitud que se había situado en el andén de la derecha del convoy, el Cardenal se dirigió a los otros ventanales del vagón que dejan a dicho sector, recibiendo de nuevo, en medio de grandes aplausos y entre el flamear de los pañuelos blancos, el cariñoso afecto de los barceloneses y congresistas que allí habían acudido.

Eran las ocho y diez minutos de la tarde cuando el convoy arrancaba entre los acordes de

la banda allí estacionada y se perdía en la lejanía entre los aplausos de la multitud.

Barcelona acababa de despedir al Cardenal que durante los sublimes días que habíamos vivido, había representado a la augusta persona del Vicario de Cristo, nuestro amado Pontífice Pío XII, que Dios guarde.

* * *

Estuvo en la Alcaldía, para despedirse del excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, Monseñor Romero de Lema, quien lo hizo en nombre del séquito del Cardenal Legado, S. E. don Federico Tedeschini.

Ofrenda del Excelentísimo Ayuntamiento a S. E. el Cardenal Tedeschini. — La difícil tarea de ofrecer un objeto perdurable, recuerdo de la estancia en Barcelona de Su Eminencia el Cardenal Tedeschini, que a la vez que encierre una permanencia, contenga un sentido espiritual y exprese una valorización estética, fué resuelta por medio de la entrega de un Cáliz y una Patena, elaborada por el «Conservatorio Municipal Masana» que da sus enseñanzas en el recinto de lo que durante siglos fué Hospital de la Santa Cruz, y que es el hogar donde se conservan y se impulsan las tradiciones santuarias barcelonesas.

Tal fué el presente que el Excelentísimo Ayuntamiento barcelonés hizo a Su Eminencia.

El Cáliz es de plata, con aplicaciones de oro, decorado con emblemas eucarísticos en esmalte



Reverso de la patena ofrecida a S. E. el Cardenal Tedeschini

de Limoges, y ornamentaciones en esmalte campado, pieza debida a Juan Gironés.

Y la Patena tiene reverso decorado por una placa en Limoges representando el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, obra ejecutada por Francisco Ribes.

Barcelona y Su Santidad. — El excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, envió un telegrama a S. S. el Papa, expresándole la gratitud de Barcelona y de su Ayuntamiento por el mensaje que dirigió a los católicos congregados en nuestra ciudad con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, y felicítandole por el éxito de este magno acontecimiento.

También felicitó el señor Simarro, telegráficamente, al Sumo Pontífice por su fiesta onomástica.

Se recibieron las contestaciones que damos a continuación :

«Augusto Pontífice ha acogido con particular benevolencia nobles sentimientos esa Corporación al terminar Congreso Eucarístico Internacional, y desea manifestar Ayuntamiento y entera ciudad su viva paternal gratitud por atenciones tenidas con Cardenal Legado y generosa entusiasta cooperación para grandioso éxito piadosas solemnidades, complaciéndose enviarles, con cordiales votos creciente prosperidad, cristiana bendición apostólica. — Saluda Vucencia atentamente, Montini, substituto.»

«Augusto Pontífice encárgame expresar Vucencia, Corporación municipal y ciudad testimonio paternal gratitud por felicitación onomástica. — Salúdale atentamente, Montini, substituto.»

La estancia del Jefe del Estado. — Terminadas las solemnidades del Congreso, continuó en Cataluña el Generalísimo Franco acompañado del Gobierno.

En un acto muy vibrante recibió en Pedralbes la representación de la guarnición de Barcelona, ante la cual pronunció patrióticas palabras de satisfacción por el ambiente que respiraba la ciudad con motivo de las solemnidades celebradas y a las cuales había contribuido de una manera brillante el Ejército.

Asistió el Jefe del Estado al acto de devolver a sus tumbas del Monasterio de Poblet los restos de los Reyes de la Monarquía Catalano-Aragonesa que el vandalismo sectario había profanado y echado del gran cenobio cisterciense.

Los Ministros estuvieron en distintos lugares de la región y de la capital, asistiendo a diversos

actos y enterándose de los problemas que interesan a los núcleos respectivos.

Con asistencia del Caudillo fué inaugurado el monumento al Tambor del Bruch, en recuerdo de la gesta de los somatenes en defensa de la independencia patria.

Presidió, también, el Generalísimo Franco, el acto inaugural de la Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona.

Las cuestiones económicas ocuparon, asimismo, la atención del Jefe del Gobierno y de sus Ministros, como en el caso del abastecimiento del algodón ; de la puesta en marcha de una factoría de fibras artificiales en la falda del Montseny ; de un examen sobre el terreno de la Zona Franca, y de una visita a las minas de sales potásicas de la cuenca del Cardoner.

Y la egregia esposa del Caudillo, doña Carmen Polo de Franco, visitó lo más destacado que encierra la piedad y la beneficencia, dando aliento con su presencia a instituciones como la Casa de Maternidad de Las Corts y la Casa de Caridad de la calle de Montalegre.

Reconocimiento del Caudillo. — El excelentísimo señor Alcalde, don Antonio M.^a Simarro, recibió del Jefe de la Casa Civil de S. E. el Jefe del Estado el siguiente telegram :

«Sus Excelencias me encargan le haga presente su sincero reconocimiento por todas las atenciones y deferencias de que han sido objeto durante su estancia en esa ciudad, así como por las pruebas de adhesión y afecto recibidas del pueblo barcelonés, de todo lo cual guardan un recuerdo muy grato. — Salúdale cordialmente.»

Nota de resumen de la Alcaldía. — Se hizo pública la siguiente nota del excelentísimo señor Alcalde, don Antonio María Simarro :

«Al terminar el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en nuestra ciudad con tanto esplendor, puede Barcelona y podemos los barceloneses sentir una justa satisfacción. En la magna reunión de católicos de todo el mundo, Barcelona ha mostrado un fervor religioso, una dignidad ciudadana, una hospitalidad y un patriotismo que la honran altamente.

Hallándose realzado el Congreso por la presencia de S. E. el Jefe del Estado, Barcelona ha sabido recibirle con un afecto y una alegría que le demostrasen que ella agradece sus desvelos, y sabe que es por el esfuerzo de nuestro Caudillo, en la guerra y en la paz, como se ha hecho posible el esplendor actual.

Hemos puesto a la vista del mundo entero las condiciones de vida materiales y morales alcanzadas, a pesar de las dificultades que se nos opusieron. Nosotros mismos nos damos ahora mejor cuenta de lo hecho. Nos damos cuenta del avance realizado y del que se está realizando.

Y es preciso continuarlo. Es preciso que Barcelona siga su decidido progreso de mejoramiento y engrandecimiento. Yo lo espero así, y para ello confío en la cooperación de todos los barceloneses. Espero que la Barcelona que hemos visto, tan hermosa y tan llena de vida, sea superada en un futuro próximo, para satisfacción nuestra, de España y de nuestro glorioso Caudillo.»

Una carta del Excmo. y Rdm. Sr. Obispo de la Diócesis al Excmo. Sr. Alcalde de la ciudad.

— El excelentísimo señor Alcalde, don Antonio María Simarro, recibió una carta del excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de la Diócesis, doctor don Gregorio Modrego Casaus, concebida en los siguientes términos:

«Respetable señor Alcalde y distinguido amigo: Con más sosiego ya, después del magnífico Congreso Eucarístico Internacional, cumplo un

gratísimo deber significándole mi profundo reconocimiento por todo cuanto usted personalmente y el Ayuntamiento de su presidencia han hecho en beneficio del Congreso. No cabe duda de que esta aportación, y el gesto suyo, perseverante, de adhesión al Congreso, han contribuído mucho a darle ambiente popular. La dedicación de la plaza de Pío XII, el altar, las iluminaciones, la habilitación del Palacio Nacional y las atenciones a la Misión Pontificia, etc., han sido poderosos resortes que han excitado, con la admiración y la gratitud, el entusiasmo popular. Merecen también mi aplauso los señores Tenientes de Alcalde y la dependencia toda de ese Ayuntamiento, que tan deferentes, probos y celosos se han mostrado, dejando gratísima impresión en todos los forasteros nacionales y extranjeros. Le agradezco, también, la delicadeza que han tenido en la Comisión Permanente de tener un recuerdo para este Obispo. Dios les premie en la medida de mis deseos, que son muy grandes, cuanto han hecho. Con mi gratitud personal, la bendición más cordial y efusiva para usted, señores Tenientes de Alcalde y Concejales, y para el personal todo de esa Casa de la Ciudad.»

COLOFÓN

Enseñanzas del acontecimiento. — La referencia que la GACETA MUNICIPAL DE BARCELONA ha redactado para explicar detenidamente lo que ha sido el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, a pesar de sus dimensiones, resulta débil ante los momentos que vivió la Ciudad Condal en los últimos días de mayo y primeros de junio de 1952. Tanta fué su magnitud y trascendencia.

El Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona hubo de tener una parte principalísima en el desarrollo de las solemnidades y su preparación. Como que la Corporación municipal cuenta con personal especializado y curtido en los indicados menesteres, porque continuamente se celebran actos y se rinde honor y cortesía a los que visitan la urbe, la organización fué perfecta, porque consistió en multiplicar el trabajo, y desde el excelentísimo señor Alcalde al más modesto de los funcionarios nadie regateó su esfuerzo, haciendo caso omiso del cansancio. Así ha sido reconocido tal como puede recogerse en las páginas que anteceden.

Don Juan Torra-Balari Llavallol, ilustre Teniente de Alcalde de Asuntos generales, era, en la Magistratura municipal, el representante del Ayuntamiento en el Comité Ejecutivo del Congreso, y bajo sus órdenes el dispositivo montado funcionó tan exactamente que, si no se hubiera tenido delante las muchedumbres, y las notas vivas de la indumentaria prócer no hubieran herido la retina, habría sido fácil suponer que todo aquello era una función corriente. Con decir que los accidentes de la circulación quedaron reducidos a una expresión inexistente, queda precisado la perfección lograda, que no dejó no obstante de ser pródiga en enseñanzas.

La ciudad, por expresión de su Ayuntamiento, que es de siempre la síntesis de la misma, ha sido felicitada por el renombre que ha conseguido con el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, y captando un sentir unánime se ha honrado

a dos grandes figuras públicas que han hecho posible tanta magnificencia con los medios que la Ley ponía en las manos de los regidores de Barcelona. A pesar de que está en la mente y en el corazón de todos, se impone nombrarlos para que sus apellidos cierren la presente reseña: El excelentísimo señor Gobernador civil, don Felipe Acedo Colunga, y el reverendísimo e ilustrísimo señor Obispo de la diócesis, doctor don Gregorio Modrego Casaus.

Palabras finales del Excmo. Sr. Gobernador civil. — Ante los micrófonos de la Radio, el excelentísimo señor Gobernador civil, don Felipe Acedo Colunga, pronunció la siguiente alocución:

«En realidad, este requerimiento que se me formula supone para mí un honor, y en tal sentido me obliga a no excusar mi comparecencia ante los radioyentes ni mi pensamiento a la opinión pública.

Sin embargo, de ello me es forzoso dejar sentido previamente que, si bien por imperativos del cargo me veo precisado a hablar en muchas ocasiones y en diversos actos, soy decidido partidario del silencio, que unas veces tiene su elocuencia y siempre ofrece su humildad, pero, sobre todo, da margen cumplido y discreto al trabajo y a la efectividad de los hechos.

Hoy, en España, pueblo viejo cargado de gloria y de experiencia, dotado de fantasía y de poder imaginativo y poético, y singularmente en Barcelona, que como tantas veces he dicho acusa tan marcada sensibilidad y agudeza, sobran las palabras. Sobran ya para hablar ante el mundo que no quiere oírnos y sobran para hablar al mundo que nos conoce, pero sobran también para enrolar y engranar la adhesión de los que nos escuchan, pues gracias, en primer término, a Franco, todos tenemos fe y poseemos confianza. En una provincia como Barcelona, sede y capitalidad del trabajo español, se ama todo lo que el trabajo pro-

duce, y se sabe que sólo con el trabajo rectamente dirigido se resuelven los problemas que tenemos planteados en los días que vivimos.

Después de la jornada de ayer, que a todos nos ha conmovido presenciando la vieja estampa del catalán enraizado en su tierra de El Bruch, llorando de emoción patriótica al ver realizado su viejo anhelo de contemplar, eternizado por el cincel inspirado del gran escultor Marés, el heroísmo de nuestros antepasados en los montes cercanos a Montserrat, y escuchando la palabra de nuestro Caudillo, símbolo de la Patria y renovador de su historia, ¿qué es posible decir?

¿Qué es posible decir después de estas inolvidables manifestaciones barcelonesas de fe y de ciudadanía, en las que la población, por obra invisible y asociada de todos los elementos que la integran, ha dado ante el mundo todo una prueba tan elevada de su disciplina y de su entusiasmo?

¿Qué es posible decir del Congreso Eucarístico celebrado, en el que la conciencia católica de España ha reafirmado ante propios y extraños su estrecha vinculación al sentido nacional de nuestra grandeza, causando asombro por su vitalidad y por su energía?

No; no hay posibilidad de decir nada porque lo hemos dicho todo, todos. Y sabemos por qué lo hemos dicho. Y lo hemos dicho porque tal es nuestra voluntad. Voluntad de orden, de trabajo, de fe y de esperanza.

Yo, como Gobernador civil de Barcelona, sólo he de procurar interpretar y servir, a las órdenes del Caudillo y de su Gobierno, esa voluntad tan claramente manifestada. Y, sin palabras, contribuir en la medida de mis fuerzas a la felicidad de los humildes y al desenvolvimiento justo y pacífico de la prosperidad general. En este sentido, nuestro Caudillo y su Ministro de la Gobernación, que tanto cariño tienen puesto en nuestra ciudad, bien concretamente nos han señalado la obligación inmediata de construir cuatro mil viviendas en este mismo año y abordar con ímpetu la resolución de los transportes de la ciudad.

Y a ello vamos; es decir, a esto va el Ayuntamiento con su actual Alcalde. Sin heraldos que nos precedan, ni otra satisfacción que la de realizar la obra de esta hora de Barcelona. Cuando llegue el invierno, y con él los días penosos y fríos, ha de haber cuatro mil viviendas para los que no la tienen, y, trabajando como trabajan, no tienen ninguna culpa de no tenerla. Y al mismo tiempo, líneas de Metros, que han de abrirse con rapidez, permitirán a nuestra gran ciudad ensanchar su

cuerpo milenario, para que sea digno alojamiento de la inmensidad de su alma.

Nada más. A los barceloneses todos mi enhorabuena y mi gratitud. Es posible que en fuerza de registrar en estricta justicia vuestros méritos llegue algún momento en que yo haya adquirido alguno. Hoy sólo tengo el de querer comprenderos, y comprenderos es ya amaros.

Con esto, la pobre y modesta tarea mía tiene el signo positivo y fecundo del amor. Dios, sin duda, permitirá que vaya cuajando en realidades, fruto del esfuerzo, de la colaboración de todos, dentro del sistema político de nuestro Caudillo, identificado con los valores eternos de la Patria y de la Religión.»

Una carta del Vaticano. — El excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Barcelona, doctor Modrego, recibió de monseñor Montini, substituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad, la siguiente carta, fechada en la Ciudad del Vaticano, día 3 de septiembre de 1952:

«Excelentísimo y reverendísimo señor:

Uno de los consuelos que el Señor, en su infinita bondad, ha concedido últimamente al Augusto Pontífice, ha sido el de poder ver reanudada la gloriosa serie de los Congresos Eucarísticos Internacionales, suspendida a causa de la guerra y de sus tristes consecuencias.

Deseando que la XXXV de estas Asambleas fuera un gran acontecimiento para honrar debidamente a Jesús Sacramentado, Su Santidad se fijó en la ciudad de Barcelona, una de las más importantes de la católica España y de tan nobles y gloriosas tradiciones, y encomendó a vuestra excelencia la necesaria preparación espiritual y técnica para dicho fin, cierto de que su celo, acompañado de las virtudes y laboriosidad de sus diocesanos y de la Cooperación de todos los buenos hijos de esa nación, harían que la celebración del Congreso resultara del mejor modo posible.

Hoy, a poco tiempo de su terminación, el Padre Santo no quiere dejar de manifestar a vuestra excelencia la íntima satisfacción que recibió al conocer el completo éxito que ha coronado tantos trabajos.

El eminentísimo señor Cardenal Legado, ilustres Prelados de diferentes países, devotos peregrinos, le han hablado de la brillantez de los varios actos, del espíritu de fraternidad cristiana que ha reinado entre los congresistas, del ambiente de fervorosa piedad que ha rodeado todo, de la parte que con tanta religiosidad ha tomado el pueblo español, desde la suprema autoridad del Jefe del

Estado hasta los más humildes habitantes, ofreciendo así un encomiable ejemplo de fe.

Lleno de alegría por ver la devoción con que se ha venerado al Santísimo Sacramento en ese Congreso, el Augusto Pontífice quiere expresarle, no sólo el testimonio de su gratitud, sino, también, el de su alabanza por la inteligencia y celo desplegados, en los que sobresalen la eficaz de las autoridades en todos los campos, la constante y múltiple labor del Comité Ejecutivo, la diligencia del clero secular y regular, la exquisita caridad y los generosos sentimientos de los barcelo-

neses para con sus hermanos de todo el mundo.

Pidiendo al Señor que los muchos y consoladores frutos que ha producido el Congreso Eucarístico dejen profunda huella en esa querida ciudad, en España y en el mundo entero, Su Santidad da de todo corazón a vuestra excelencia y a todos sus colaboradores en la obra del Congreso una especial Bendición Apostólica.

Al reiterarle las seguridades de mi más distinguida consideración, beso su anillo pastoral y quedo de vuestra excelencia reverendísima seguro servidor. — J. B. Montini, substituto.»

EL XXXV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL VISTO DESDE EL EXTERIOR

UN COMPENDIO VIVO DEL ACONTECIMIENTO

LA VISIÓN ALEJADA

Las jornadas eucarísticas de Barcelona tuvieron una resonancia universal por medio de la prensa, la radio, la correspondencia particular, y lo que, vueltos a sus países de origen, explicaron los peregrinos que habían acudido al Congreso.

De todas estas transmisiones, la de los rotativos diarios fué en la palpitación de la información rápida, que es la que más contribuye a dar una idea cálida de lo que fué la magna concentración de Barcelona, la más digna de ser registrada. Centenares de reporteros sagaces y cronistas acreditados vinieron ex profeso a la capital catalana para dar las noticias y subrayar las facetas principales que se ofrecían, a más de lo que comunicaban las agencias normales que conectan, sin interrupción, la Ciudad de los Condes con el mundo. Cada cotidiano y cada revista ofreció a sus lectores una visión propia de lo que sucedía.

La crónica que antecede está inspirada en la yetano, y es la recopilación cronológica de los acontecimientos vista de un lugar inmediato y un poco nimbada por el polvo áureo que levantan las multitudes. Una crónica escrita por mano extranjera, retransmitida por la electricidad, y

adaptada a un ambiente y a un público distintos, puede ser una excelente pieza contrastadora de que en la descripción propia no hubo hiperbolismo. En los fenómenos de la vida pública ocurre a menudo que, visto un hecho desde lejos, se ve más claro, y, en su conjunto, más cabal.

¿Cómo escoger entre tanta información algo que cumpla la finalidad apuntada? Es Roma, como siempre, el punto de referencia, y en la Ciudad Eterna lo que se encierra dentro de los límites del Estado Vaticano es donde se percibe más exactamente el eco de la Catolicidad. Allí se redacta, se compone, se tira y se expende un diario que puede resumir lo que sucedía en Barcelona en los últimos días de mayo y primeros de junio del año 1952.

Por esto, de L'Osservatore Romano, cuyo título indica, entre otros motivos, la idoneidad del instrumento para el propósito perseguido, va a continuación la referencia del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. No se ha necesitado otra cosa que la traducción del italiano para obtener una crónica de insuperable valor universal.

Barcelona en la víspera del Congreso Eucarístico

Barcelona, 22 de mayo.

(L. K.). — La fecha de la iniciación del XXXV Congreso Eucarístico Internacional se acerca rápidamente. Se nota también en la ciudad, donde brigadas enteras de obreros llevan a cabo el arreglo de las calles, en el embellecimiento florido de las espaciosas vías, en la ligazón de las líneas de comunicaciones tranviarias y, en fin, en la limpieza y pintado de las fachadas de las casas. Se nota, asimismo, siguiendo la nobilísima emulación de iniciativas públicas y privadas, un poco debidas al orgullo de los barceloneses, que aman su ciudad y querrían presentarla más bella y más atractiva a las grandes multitudes de congresistas que llegarán de todos los continentes. Pero, hay otra razón que merece ser tenida en cuenta, y la hemos oído de labios de un humilde obrero encontrado por pura casualidad. Hela aquí: «Si las ciudades se aprestan siempre a acoger con festejos a los Soberanos y a los Jefes de Estado que las visitan, es natural que se haga todo lo posible a fin de que la ciudad que ha sido elegida para glorificar a Cristo viviente en la Santísima Eucaristía con los representantes de todos los pueblos cristianos del mundo, haga todo lo necesario para ser digna de tal honor».

Y esta razón es profundamente sentida aquí, en esta ciudad mediterránea por excelencia, que no se deja adelantar en la devoción al Sumo Pontífice, preparada para todos los sacrificios para que esta grandiosa manifestación religiosa se desenvuelva en el elemento propicio.

El Comité Central del Congreso que, a través de sus Comisiones bien articuladas, ha logrado movilizar realmente todos los católicos de Barcelona, es decir, la absoluta mayoría de la población, se dedica ahora a los últimos toques. Mientras en la grandiosa plaza de Pío XII hierve el trabajo alrededor del monumental altar culminado por la imponente cruz, que se divisa de lejos a través de la larguísima avenida del Generalísimo Franco que conduce allí, en la plaza de Cataluña

ha sido ultimada otra cruz altísima que domina el vasto espacio de esta plaza, que es la mayor de toda España. Esta cruz, erigida por el Municipio, surge en medio de un improvisado parterre colmado de flores, está inteligentemente iluminada por luz fluorescente apenas la ciudad se sume en la obscuridad vespertina. Una tercera cruz surgirá también sobre la cumbre del Tibidabo, en la Iglesia del Sagrado Corazón, que domina toda la extensión ciudadana cara al mar. Esta cruz mide 72 metros, y se encuentra a 534 metros sobre el nivel del mar, y puede ser vista desde lejos, incluso desde los barcos que, dentro de poco, se dirigirán hacia el puerto barcelonés llevando a bordo las peregrinaciones de los congresistas. Han sido anunciadas más de veinte de estas peregrinaciones, y muchas permanecerán en los barcos, que servirán de albergues flotantes durante el Congreso.

Toda una serie de integraciones artísticas, bajo la forma de exposiciones y de muestras del arte religioso antiguo y contemporáneo, del libro católico, de las flores, de los tejidos y de los bordados destinados a los altares se hallan ya en preparación, o han sido ya terminadas. A las representaciones del auto sacramental de Calderón, en un escenario especial montado ante el templo de la Sagrada Familia, considerado como la obra maestra del catolicísimo arquitecto catalán Antonio Gaudí Cornet, seguirán otras. Y entre estas representaciones habrá una, con elementos italianos y españoles, de *Cecilia*, del insigne maestro Quicinio Refice, en el Teatro Liceo. El autor se halla aquí desde hace unos días para dirigir personalmente los ensayos, y ha sido muy bien acogido por la prensa local, que pone de relieve sus méritos artísticos. Otras representaciones tendrán lugar durante la semana del Congreso.

En resumen: Desde el 27 de mayo al 1.º de junio, inclusive, Barcelona, y con ella toda España, vivirán intensamente el desarrollo del pro-

grama del Congreso, que será retransmitido por muchas emisoras para permitir también, a aquellos que no podrán participar en él directamente, vivir la cálida e intensa atmósfera de verdadera religiosidad, bajo la égida de la Santísima Eucaristía y de la Paz cristiana, paz individual y colectiva entre los pueblos, la paz verdadera que Cristo, hecho Hombre para salvar al mundo, prometió a los hombres de buena voluntad, que o son demasiado pocos o no han sabido merecerla. Así, un paréntesis de altísima espiritualidad se abrirá estos días en el consueto fervor material de Barcelona, ciudad de los comercios y de la intensa producción.

Hoy por hoy, todo está orientado hacia el Congreso, y en todos los medios se hace todo lo que es posible para que cada uno pueda decir que ha contribuido de algún modo a su éxito. Naturalmente, como antes, también hoy el eje motor de todas estas actividades, sea directa o indirectamente, es la persona del Obispo, que se prodiga de un modo admirable, y que está valiosamente ayudado por su clero.

Las manifestaciones preparatorias del Congreso

Barcelona, 26.

En uno de los mayores teatros de nuestra ciudad tuvo lugar ayer el comienzo de las manifestaciones preparatorias de la gran reunión internacional. Con la presidencia de S. E. Mons. Modrego, nuestro Prelado, y del Obispo de Madrid-Alcalá, S. E. Mons. Eijo y Garay, y de muchas personalidades eclesiásticas y seculares, el señor Federico García Sanchiz, de la Real Academia, ha puesto de relieve el espíritu con el cual Barcelona y todo el pueblo español se prepara a celebrar el sacramento de la Eucaristía, causa y símbolo de paz cristiana.

El orador ha dicho que en el presente difícil momento internacional la Iglesia opone a las armas secretas su arma conocida, tradicional y sustancial: la Santa Eucaristía, que, siendo el medio que permite a los hombres de estar en paz con Dios, representa también, en definitiva, la única solución que debieran adoptar para estar en paz entre ellos. El señor Sanchiz ha dedidado tam-

Merece especial mención la segura presencia de los representantes de los pueblos de la Europa centrooriental y de Asia, caídos bajo el dominio comunista, y separados por la llamada cortina de hierro de Occidente. Huéspedes de los católicos barceloneses, conscientes de su deber cristiano hacia los hermanos en Cristo en el exilio, estos representantes de la «Iglesia Militante» integrarán la familia católica que se encontrará en Barcelona para invocar al Altísimo, presente en la Eucaristía, la divina clemencia para todos: para los que sufren y para los que hacen sufrir.

Y este año todo coincide en demostrarlo, incluso la habitual proximidad de las estaciones ha reanudado su ritmo normal. Desde hace muchos años no se tenía la sensación de la primavera, que este año se ha manifestado en toda plenitud de su encanto, como si, por concesión divina, también por esta parte debieran ser integrados los coeficientes indispensables para el magnífico éxito del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, que verá reunidos en sus sesiones a los representantes de sesenta y una naciones.

bién un deferente y filial homenaje al Santo Padre, del cual se inspiraba en las sublimes palabras pronunciadas en ocasión del último Congreso Eucarístico, el de 1938, en Budapest, donde el entonces Cardenal Legado de Su Eminencia, Pacelli, había dicho que el magnífico homenaje que el universo católico dirigía en aquel momento a Dios y a la Eucaristía tenía, además de su carácter de profesión pública de nuestra fe, la alta misión elevándola y confirmándola en el corazón de todos los que quieren ser verdaderos seguidores de Jesucristo, y la vívida conciencia de la armonía que indudablemente tiene que existir entre el credo eucarístico y la conducta práctica de la propia vida.

El ilustre conferenciante dirigió también un devoto saludo a Su Eminencia el Cardenal Legado, confiando que Barcelona sabrá hacer resplandecer, a los ojos de los hombres, la fuerza sobrehumana, pacificadora y confortadora de la Eucaristía, mediadora de salud y de paz.

Santa Sede. La salida de la Misión Pontificia para Barcelona.

En el rápido de Torino, a las 7.15 de hoy, lunes, ha salido la Misión Pontificia para el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

A lo largo del andén, empavesado con banderas pontificias e italianas, rendía servicio de honor una compañía de granaderos con banda, y en la sala de espera de la calle de Giolitti, guardias con uniforme de gala.

Un conjunto de relevantes personalidades esperaban al eminentísimo Cardenal Legado, Federico Tedeschini, que a su llegada fué recibido por todos los componentes de la Misión, por el Embajador de España cerca de la Santa Sede, su excelencia don Fernando M.^a Castiella, con todo el personal de la Embajada, y también por monseñor Cipriano Montserrat Roig, Penitenciario de la Catedral de Barcelona y Presidente de la Comisión Doctrinal del Congreso; por el Presidente del Comité Ejecutivo, Comm. Santiago Udina Martorell, llegado expresamente a Roma para acompañar la Misión Pontificia, y por el Jefe superior de la Estación, Comm. Rust.

Antes de la salida, el representante del augusto Pontífice ha departido afablemente unos minutos con las ilustres personalidades que se acercaron a saludarle: S. E. Mons. Borgongini Duca, Arzobispo titular de Heraclea de Europa y Nuncio Apostólico de Italia; S. E. Mons. Ottaviani, Ase-

sor de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio; S. E. Mons. Primo Principi, Ecónomo y Secretario de la Rv. da Fabbrica di S. Pietro; el Embajador de Francia cerca de la Santa Sede, Conde d'Ormesson; Mons. Grano, acompañado de Mons. Fernández, por el Rmo. S. Sanr y del Comm. Belardo, por la Secretaría de Estado de Su Santidad; los Mons. Nassalli Rocca di Corneliano, Altabella, Bonazzi; Guttella, en representación del Ordinario Militar; Martini, por la Dataría Apostólica, y el Dr. Cimino, por el Ministerio del Exterior.

Asimismo estaban presentes el Rector y una nutrida representación de alumnos del Pontificio Colegio Español y de la Iglesia de Montserrat en la Vía Julia, Mons. Cattani, el Superior general de los Camilos; el Padre Topett, de la Radio Vaticana, y el gr. Uff. Bernabeo.

El Cardenal Tedeschini, los componentes de la Misión Pontificia y el Embajador de España, que oficialmente le acompaña, junto con el doctor Esteban Fernández, subieron en los coches reservados para ellos.

Grandes aclamaciones dirigidas al Papa por parte de los otros pasajeros, y de cuantos se hallaban a lo largo del andén, han acompañado al Cardenal Tedeschini hasta que el tren ha arrancado.

El XXXV Congreso Eucarístico Internacional

Madrid, 27.

Han empezado a llegar a Barcelona peregrinaciones nacionales y extranjeras que asistirán al XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Esta mañana ha llegado el Cardenal Primado de España, Su Eminencia Pla y Deniel, y, procedente de Londres, ha arribado a Barcelona el Cardenal Griffin, Arzobispo de Londres.

Junto con el Cardenal Griffin han entrado a la ciudad el Obispo auxiliar de Londres, el Arzobispo de Birmingham, Mons. Masterson, y el Obispo de Johannesburgo, Mons. Guillermo Patricio Whelan.

El Cardenal Griffin, después de saludar a varias personalidades que han acudido a recibirlo,

ha declarado a los periodistas que es la primera vez que viene a España, y ha manifestado su simpatía por la acogida de que ha sido objeto. El ilustre Purpurado ha afirmado, además, que la Iglesia Católica en Inglaterra va aumentando constantemente.

De Francfort ha llegado al aeropuerto de Barcelona un avión militar norteamericano con veintisiete sacerdotes de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, y poco después aterrizaba un cuatrimotor, trayendo a bordo cincuenta y dos peregrinos colombianos y peruanos.

El puerto registra un movimiento increíble. Entre los barcos que hoy han hecho escala figuran dos grandes trasatlánticos, de los cuales uno es el

«Auriga», que trae a bordo muchos centenares de peregrinos.

Los trasatlánticos americanos «Constitution» e «Independence» han atracado hoy en el puerto llevando a bordo 1,200 peregrinos procedentes de los Estados Unidos. El Cardenal Spellman, Arzobispo de Nueva York, durante el día de hoy se dirigirá al puerto para saludar a sus compatriotas. Las dos naves han sido transformadas para esta ocasión en capillas flotantes, y todos los días ha venido celebrándose la Misa.

El General Franco es esperado el jueves, a bordo del crucero «Cervantes».

Cerca de 150 peregrinos han llegado de Génova en la nave italiana «Pace». Numerosos son, también, los irlandeses.

A las 19.30 de hoy todas las estaciones españolas de radio conectarán con Radio Nacional de España, para retransmitir, desde la Catedral Basílica de Barcelona, la solemne inauguración del Congreso Eucarístico Internacional.

Mientras tanto la Misión Pontificia, prosiguiendo su viaje, después de haber atravesado la Riviera italiana y francesa, la Provenza, Marsella y Narbona, esta mañana ha llegado a la frontera española, en Port-Bou. Durante todo el recorrido, y especialmente a Génova y a Ventimiglia, la Misión ha sido objeto del devoto homenaje de

las Autoridades eclesiásticas y civiles, aparte de multitud de fieles que han aclamado al Papa y al Eminentísimo Cardenal Legado. Igualmente ha sucedido en Niza, y después de transcurrida la noche, al llegar a la frontera española, a las 9.10, una enorme multitud entusiasmada ha acogido a Su Eminencia el Cardenal Tedeschini y su séquito, que ha descendido del coche especial entre aplausos y a los sonos de una banda militar, mientras era saludado por las autoridades locales.

Un tren especial de ferrocarriles españoles ha recogido la Misión, que ha proseguido inmediatamente el viaje hacia la villa de Caldas de Malavella, donde a las 11, hora prevista, Su Eminencia el Cardenal Tedeschini ha celebrado la Misa, rodeado de los miembros de la Misión y de una fervorosa multitud de clero y fieles, que después ha aclamado largamente y con entusiasmo al Papa y su representante. Luego, a las 15, el tren ha reanudado el viaje directo a Barcelona, renovándose las manifestaciones de devota simpatía.

La Misión llegará esta tarde, a las 18, en la ciudad del Congreso. El clima de elevada temperatura religiosa se manifiesta ya claramente por la acogida que en cada estación, y a través de la fértil campiña catalana, la multitud no se cansa de tributar a la Misión Pontificia.

La solemne apertura de los actos

Barcelona, 28.

Ya señalábamos ayer la entusiasta acogida encontrada en el territorio español, pero debemos añadir que, apenas llegado a Port-Bou, el Cardenal Legado ha sido recibido con honores reales, saludado por el Obispo de Gerona, por el Arzobispo de Ottawa, Presidente del Comité Internacional de los Congresos Eucarísticos; por el Gobernador, señor Mazo; por el General Baturone, y por un regimiento con música y bandera. Millares de personas dirigían al Legado Pontificio un gigantesco aplauso. Entretanto, rendían homenaje al Eminentísimo el Padre Misaglia, el señor Bosch, por la Comisión de Barcelona; el Jefe de Ceremonial, señor Pinto Bertrán; el General Pastor y el Coronel Córdoba, mientras el tren proseguía su viaje.

En Camallera, Sant Jordi, Celrá, Gerona, la multitud inmensa esperaba en dos grandes hileras al largo de la vía; todas las estaciones es-

taban empavesadas de banderas pontificias y españolas; numerosísimos, especialmente en Peralada y Figueras, eran los niños. En Gerona, el Alcalde, señor Franquet, rendía homenaje al Cardenal durante la parada del convoy. En Caldas, ofrecía el homenaje de la villa el Alcalde, señor Quintana, mientras la multitud aplaudía y tiraba flores. Aquí, como se ha dicho, la Misión ha hecho alto, para dar lugar a Su Eminencia Tedeschini y a los sacerdotes del séquito a celebrar la santa Misa. A las doce del mediodía llegaba el Arzobispo de Tarragona a rendir su personal homenaje.

A las 4 el tren emprende de nuevo la marcha, después que el Legado Papal ha saludado y bendecido a la multitud reunida en la estación. Prosiguiendo el viaje triunfal, en Massanet había gran cantidad de público que pedía la bendición, y en Blanes, centenares de niños aplaudían calurosamente.

Llegada a Barcelona

En Calella, Arenys, Mataró, gente, soldados, ornamentos, músicas y aplausos han saludado con creciente entusiasmo el paso del tren de la Misión Pontificia. Toda descripción de la llegada a Barcelona resulta ineficaz. Incluso han habido naves que han seguido el curso del tren con sus tripulaciones formadas en cubierta, mientras un aeroplano remolcaba una gran inscripción de bienvenida.

Una enorme multitud ocupaba la ancha plaza de la Puerta de la Paz, e igualmente se extendía por el paseo de Colón y las calles adyacentes.

El tren, adornado de banderas y gallardetes, entró a las 18.40 en la estación de Francia. Los buques del puerto de Barcelona tocaron las sirenas, las campanas de todas las iglesias respondían, y el público, a la llegada del tren especial, irrumpía en ovaciones incesantes al Papa, a España y al XXXV Congreso Eucarístico.

En primer lugar descendían del convoy los miembros de la Misión Pontificia que acompañan al Cardenal Legado, entre los cuales figuraban el Embajador de España cerca de la Santa Sede y la Guardia Noble que acompaña a Su Eminencia durante estos días.

Bajo un gran arco triunfal, adornado de colgaduras blancoamarillas, ha descendido el Cardenal, recibido por la totalidad de los Ministros.

Estaban también presentes el Nuncio Apostólico, Mons. Cicognani; los Embajadores señores Salgado, Taliani, Pacheco y l'On. Taviani, de la Presidencia del Comité Italiano, y muchas personalidades civiles y militares.

Al bajar del tren el Cardenal Legado las baterías del Castillo de Montjuich dispararon las salvas de ordenanza, y las bandas militares interpretaron el Himno Pontificio y el Nacional.

El Ministro de la Gobernación dió la bienvenida al Cardenal Tedeschini en nombre del Jefe del Estado. A la vez que saludaban a Su Eminencia el Obispo de la Diócesis de Barcelona, Mons. Modrego, y los restantes miembros del Gobierno español, el Cardenal Tedeschini saludaba al Ministro de Asuntos Exteriores, al Ministro de Educación Nacional y los demás componentes del Gobierno.

Después de haber pasado revista a las fuerzas armadas que le rindieron honores, el Cardenal Legado se dirigió a la tribuna ocupada por los Prelados, que saludaban con mucho afecto. Y luego, Su Eminencia se dirigió a la tribuna principal, donde el Alcalde, don Antonio María

Simarro, le daba la bienvenida en nombre de toda Barcelona.

Al saludo del Alcalde, el Cardenal Legado — conmovido por esta primera y grandiosa acogida — le contestaba en los siguientes términos en lengua española:

«Excmo. Sr. Alcalde:

Por muchos años tuve el honor de representar al Soberano Pontífice en España, en calidad de Nuncio Apostólico, y conocí entonces por España y por su pueblo las demostraciones más cálidas y unánimes de sumisión, de veneración y de amor al Vicario de Cristo, lo que en España quiere decir al representante del Papa.

Hoy, y en los breves días del Congreso, usted, señor Alcalde, y el pueblo por usted administrado, me dan otras luces y me descubren otros horizontes de la devoción de España al Papa, y me muestran mejor de lo que yo sabía lo que representa ante usted el Legado "ad latere" de Su Santidad.

Aumenta esta dignidad y crece el concepto de la Representación Pontificia por el esplendor, por la magnificencia, por la piedad del Congreso Eucarístico Internacional, y usted, que lo ha preparado con la grandeza propia de España, y con ese sentido eucarístico que es el sentido de la Historia de España, usted, también, me muestra la celeste singularidad de este momento y el honor insigne que redundará a quien, por voluntad y designación del Papa, viene a tomar parte y a asumir en nombre del Pontífice el lugar que usted da al Pontífice.

Vuestra palabra, que es la voz de la noble Nación Católica y de vuestra soberbia ciudad, igualmente católica y noble, encuentra en mí la correspondencia más afectuosa, y esta correspondencia yo la expreso a usted con la voz del mío y vuestro Soberano, amante de España siempre, pero en este Congreso amante y reconocido como nunca.

Pero otra voz suscita en mí vuestro saludo. Es la voz de vuestra Nación, que durante quince años me tuvo de huésped y de Nuncio, y durante quince años tuve la ocasión de conocer, apreciar y amar la Nación de la hidalguía, de la devoción a Roma y de la piedad por la Eucaristía. Con el amor que concebí entonces, y que nunca he desmentido, y que gracias a Dios siempre he sentido aumentar, yo os agradezco, señor Alcalde, el saludo español, la acogida barcelonesa y vuestra bondad personal, y con este amor yo soy feliz de elevar a Dios los votos más afectuosos para el más

fecundo resultado del Congreso, para la más sensata resonancia que está destinado a tener el universo, para que el mundo del Congreso conozca a España, y también para que los intentos que por la paz y por la unidad de los pueblos se propongan y sean conseguidos, asimismo, con el premio a España y Barcelona, que el generoso impulso de autoridad y de pueblo han conquistado el más bello título, y que la bendición que del Papa yo os traigo, fecundará hoy y se perpetuará en gloria permanente para usted, para Barcelona y para España.»

El recibimiento triunfal de la Ciudad entera

El espectáculo que ofrecía la Puerta de la Paz en el momento de la llegada del Legado del Sumo Pontífice era realmente impresionante. Los edificios de la Aduana y de las Obras del Puerto, con el mar enfrente y las Ramblas por la parte opuesta, todo aparecía solemnemente engalanado, todo confería un aspecto majestuoso a la acogida que Barcelona tributaba al representante del Papa en el Congreso Eucarístico Internacional.

El lanzamiento de millares de palomas, el himno nacional y las salvas de ordenanza contribuían a dar la impresión de la solemnidad propia del momento.

El recorrido efectuado por el Cardenal Tedeschini hasta la Catedral, recorrido lleno de aclamaciones de público y congresistas, ha sido una confirmación del entusiasmo indescriptible de la multitud.

Cada ventana ha sido decorada, los balcones están llenos, todo es un ondear de banderas y un aplauso unánime incesante.

En el Obispado, el Cardenal Legado desciende bajo un baldaquino llevado por los caballeros de Malta y del Santo Sepulcro hasta la Catedral, mientras flamean al viento las enseñas de las banderas de las naciones participantes en el Congreso y se arremolinan los peregrinos de cincuenta naciones, entre los cuales se ve también una señora de noventa y cinco años. A las 20.30 se llega a la Iglesia Catedral.

En el presbiterio, al lado del Evangelio, se había colocado un trono destinado al Legado Pontificio, mientras del lado de la Epístola ocupaban sitios especiales el Cardenal Primado de España Pla y Deniel, y los Cardenales Guevara, Griffin, Gouvela, Caggiano, Frings, Spellman. El representante de S. E. el Jefe del Estado, el Ministro de la Gobernación, señor Pérez González, ocupaba un

lugar especial frente al altar mayor, y detrás se encontraban varios miembros del Gobierno, el Nuncio Apostólico, monseñor Cicognani, y autoridades civiles, militares y eclesiásticas.

Después de rezar brevemente, frente al altar, el Cardenal Tedeschini ocupaba su trono, y el Obispo de la Diócesis, monseñor Modrego, entonaba el *Veni Creator*. Luego, el Notario Mayor de la Catedral, Canónigo Faura Arís, dió lectura a la Bula Pontificia, primero en latín y después en castellano.

En esta Bula el Santo Padre subraya los méritos conseguidos por la nobilísima ciudad de Barcelona, que tanto sufrió durante la guerra de liberación, en la cual ofreció generosamente la sangre de sus mártires, para ser elegida como sede de este Congreso Eucarístico Internacional.

Terminada la lectura de la Bula Pontificia, el Obispo de Barcelona pronunciaba una elocuente salutación al Cardenal Legado, a quien daba la bienvenida y subrayaba los íntimos lazos que unen al Cardenal Legado a España.

«En este momento sublime — decía monseñor Modrego — creo interpretar el sentimiento de todos los que me escuchan, manifestando profunda gratitud a Su Santidad, gratitud que le debe el mundo entero por haber restablecido los Congresos Eucarísticos, y por haber querido que el lema del Congreso sea la paz; gratitud que le debe Barcelona, singularmente, y toda España, en general, por haber sido elegida la capital catalana como sede de este Congreso Eucarístico.»

El Obispo de Barcelona puso también de relieve que tanto el pueblo como la Iglesia y autoridades han colaborado todos en la preparación de este Congreso, y terminaba su discurso reiterando los sentimientos de catolicidad de España y de todos los países que están representados en este Congreso.

El Presidente del Comité Internacional del Congreso Eucarístico, S. E. monseñor Alejandro Vachon, Arzobispo de Ottawa, pronunció una alocución, en la que, a grandes rasgos, demostraba las características del deber que han de ser ejecutadas e igualmente la contribución recibida de las Diócesis españolas y de los países extranjeros.

El discurso inaugural del Cardenal Legado

Su Eminencia el Cardenal Legado tomó la palabra para contestar al homenaje de los dos Prelados, y después de haber dado gracias al Señor,

que se ha dignado convocar tantos hijos suyos en esta solemnísimas asamblea, que Él decía «Diu desideratum: cupienti animo praeparatus», dirigió un brillante saludo a todas las autoridades presentes y a la magna multitud de congresistas españoles y extranjeros, así como a la masa imponente de gente venida de todos los rincones de España.

Después de recordar que la tierra ibérica en otra ocasión, en el ya lejano 1911, fué honrada por el Pontífice Pío X, siendo elegida como sede de otro Congreso Eucarístico, el ilustre Purpurado pasaba a recordar las glorias eucarísticas de España.

«¿Quién puede, entre nosotros, ignorar la historia eucarística de España? Destaca San Pablo — decía el eminentísimo Tedeschini — como el predicador más caluroso y elocuente, y como pnegirista y propagandista entusiasta del Santísimo Sacramento, de haber traído a España la llama de la Eucaristía.»

Y a continuación destaca a Santiago el Mayor, que, dirigido por el Espíritu Santo, fundó en Santiago de Compostela la misma piedra fundamental de la devoción española que Roma, para todas las gentes y para todas las devociones, tuvo en San Pedro. Estableció el glorioso y venerado Santiago, y propagó, con el calor del corazón y con la fuerza de los prodigios, el amor y la sumisión a Cristo, y el indisoluble vínculo de España con la Eucaristía, que quedó como gema del alma católica española y como gloria y distintivo de toda la historia de la nación.

Los Reyes, los gobernantes, los magistrados, los militares, las profesiones, los más grandes y los más humildes, tuvieron todos un principio: Jurar la fe a la Eucaristía, como juraron fe al dogma paralelo y casi inicial de la Inmaculada Concepción.

Los Concilios, las Universidades, las Asociaciones, las iglesias, los altares, por la Eucaristía tomaron la inspiración y el acicate.

Los Santos florecieron aquí espontáneos y potentes, y todos santificados por aquel amor que verdaderamente más que cualquier otro santifica: la Eucaristía.

Santa Teresa de Jesús tanto amó a este esposo divino, que tuvo del mismo, ¡oh maravilla eterna!, traspasado su corazón virgen.

Y vosotros, del Congreso Eucarístico, no ignoráis que San Pascual Bailón, humilde laico, tan fuertemente se distinguió por el amor y la devoción al Sacramento, que mereció ser elegido por

León XIII, él, tan modesto y oscuro, en Patrón nuestro, de nuestros Congresos, de toda Asociación que tome el nombre de Eucaristía.

El Beato de Ávila, el Beato Ribera, San Antonio M.^a Claret, ¿quién no los asocia al culto del Sacramento? Y si al Beato de Ávila puede atribuírsele el mérito de haber difundido por el clero la llama del más santo afecto, y si San Antonio M.^a Claret tiene a gloria haber preparado en su benemérita Congregación, y por ella a todas las gentes que sus hijos evangelizan, su insuperable unión a la Hostia Sacrosanta; y así el Beato Ribera, Arzobispo inmortal de la grande y bellísima Valencia, es por decir toda la gratitud de España y de la Iglesia por haber ideado, organizado y animado el culto más capaz, más organizado y más genial al Santísimo Sacramento; culto siempre perdurable. ¿No es esto un especialísimo fruto de amor de la Eucaristía a España y a las almas españolas más selectas? ¿Y no es de inspiración divina el hacer votos que, como flores del Congreso y como perfume, se extiendan por el mundo, el que sea aquí en España de todos observado, visto, comprendido y amado, y con el impulso, y la constancia de Ribera, en todos los pueblos trasplantado, ese maravilloso culto que él en Valencia ha creado y que proviene del admirable oficio del Corpus Domini como el más sublime de la tierra?

En nuestros días es viva y ardiente la memoria de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, llamada primeramente con el nombre de rancia nobleza, dejada luego en el olvido pero permaneciendo unida al claustro, y luego transformada en fundadora de sus Adoratrices con el nombre, que es un programa, de «Madre Sacramento».

Y es de ayer la solemnidad grandiosa desarrollada en San Pedro del Vaticano para la Beatificación de la Madre Rafaela María del Sagrado Corazón, fundadora de la Congregación de las Esclavas del Sagrado Corazón y madre definidora del culto más asiduo y más angélico del Sacramento del Altar.

Y en todo esto, más que las voces de los Santos, hablan en España las voces de las cosas de Dios en las ciudades y en los pueblos: las ciudades espléndidas con sus catedrales, monumentos al Dios del Amor, y las humildes aldeas, que gentil y elocuentemente levantan iglesias contrastando con la pequeñez del territorio, testimonio de la unánime y cordial adhesión.

Y más que las catedrales magníficas y las

iglesias imponentes de cada población, hablan del Sacramento las gloriosas, artísticas, impresionantes custodias. ¿Quién no conoce este nombre español de custodia? ¿Y quién ignora el significado, el destino, y el empleo glorioso de ellas? Son los tronos más ricos del mundo, por el arte, por la presencia y por la riqueza de los dorados, de los plateados y de las piedras preciosas que fabricaron orífices inmortales, como la generación entera de los incomparables Arfe, que se destacan primero entre las multitudes concurrentes a las catedrales, y luego recorren, majestad andante del Rey de Reyes, las calles empavesadas de banderas, de terciopelos y de damascos, y rebosantes de flores, en una fiesta de homenajes y de amores de estas multitudes tan entusiastas, tan nobles, tan ardientes.

En su discurso, el Cardenal Legado ha exaltado también la obra católica conseguida a través de los siglos por España, que, junto a Italia, Francia y Bélgica, supo liberarse del peligro de la herejía. Después de haber recordado las riquezas artísticas y culturales fecundadas por el catolicismo español, y rendir devoto homenaje a la Virgen de Montserrat, Patrona del Congreso, el Legado Pontificio ha dirigido un saludo a los Cardenales presentes, recordando que sus purpúreas vestiduras son el «símbolo del culto y de la devoción al Sagrado Corazón y a la Sangre de Jesucristo», y formulando la esperanza de que «la fe eucarística se extienda por el mundo».

El Cardenal Legado ha terminado así: «Pero, después de haber rendido el homenaje que es un deber de fe, formulemos también una humilde súplica: "Sat funeri, sat lacrymis, sat est datum doloribus".»

Que todos, todos, seamos, ¡oh Señor!, por Vos, hermanos y hermanos vuestros, que seamos miembros de un solo cuerpo y hagamos todos una sola imagen: que honremos todos un solo bautismo, que todos nos mostremos partícipes de una sola humana naturaleza, y herederos, queremos creerlo y creerlo por todos, de un solo cielo, de un solo Dios, de una sola feliz eternidad: la que nos deparó y nos preparó Cristo a nosotros, Cristo a nosotros unido, Cristo a nosotros sacrificado, Cristo para nosotros presente, Cristo aquí viviente en el Sacramento del Altar.

Señor, aceptad nuestro Congreso, aceptadlo por el Papa, por el mundo y por las naciones y por las ciudades, por antonomasia católicas. Y aceptad el recuerdo del apóstol de las gentes, cuando dejó escrito que Vos sois «Pax Nostra»,

Vos, que de dos pueblos hicisteis uno solo; Vos, que abatisteis el muro de separación que son los odios y las concupiscencias del mundo; Vos, que en Vos formasteis, pero de Vos mismo, un solo hombre, el nuevo; Vos, que reconciliasteis los de aquí y los de allá en el signo de la Cruz; Vos, que nos disteis la unidad del espíritu, del vínculo, de la paz; Vos, escuchad el Congreso, que es voz y personificación del Papa y de todos los afligidos, y dadnos, dadnos, ¡oh Señor!, la suspiradísima Paz.

Grande es la tempestad, ¡oh Señor!, y profundo el trueno. Pero Vos, extended la diestra de Vuestra Majestad; Gobernad los vientos y los mares, y el mundo quedará atónito al nuevo milagro infinito: «facta est tranquillitas magna!»

«Tranquillitas magna», con el sol vuestro y con el sol de España, que es la Santa Eucaristía. Así sea.

Después del canto del himno oficial del Congreso, el Santísimo ha sido expuesto sobre el Altar, donde será adorado durante todos los días del Congreso.

Después, seguido por los miembros eclesiásticos y laicos de la Misión, el Legado Pontificio ha dejado la Catedral para dirigirse al Palacio de Montjuich, donde estará hospedado durante su permanencia en Barcelona.

La totalidad de dicha ceremonia ha durado tres horas.

Por la noche, en el Templo Expiatorio erigido en la montaña que domina la ciudad, el Tibidabo, se ha desarrollado una vela eucarística que ha congregado en devota oración a millares y millares de fieles. Igualmente en muchas otras iglesias y oratorios de la ciudad se han celebrado velas y rogativas, mientras en las plazas brillan de luces fosforescentes las grandes luces luminosas. Puede decirse que toda la ciudad ha sido prendida del hálito sobrenatural. Más de 380,000 son los peregrinos llegados de todas partes del mundo, y las autoridades han tenido que disponer continuamente la apertura de todos los locales públicos para el alojamiento de tanta gente, mientras familias particulares prodigan al máximo su hospitalidad. Destacan, entre los otros, los peregrinos del Norte y de Sudamérica por sus distintivos, y muchas mujeres españolas en traje regional.

La población barcelonesa aparece aún mucho más numerosa, ya que los empleados y obreros tienen fiesta, por la apertura del Congreso, hasta el mediodía de hoy.

La llegada del Jefe del Estado español

El comienzo de esta solemne manifestación sagrada internacional afirma el interés vivísimo y el fervor intenso de este valeroso pueblo ibérico.

Hoy, a las 12, ha llegado, procedente de Valencia, a bordo del crucero «Miguel de Cervantes», el Jefe del Estado, S. E. el Generalísimo Franco. El entusiasta recibimiento que se le ha dispensado es cosa inenarrable.

La Eucaristía y la paz familiar en la primera jornada de los actos

Barcelona, 29.

A las 8.30 de esta mañana, en el templo de la Sagrada Familia, se ha celebrado una Misa de Comunión general para las mujeres. La intención de las plegarias de hoy es por la paz individual y social.

Para facilitar el acercamiento a la Santa Mesa de todas las mujeres de Barcelona y de los peregrinos, a la misma hora, en muchas otras iglesias de la ciudad, se han celebrado misas y distribuido la Comunión.

Patronos, técnicos y obreros se han reunido en la Basílica de Santa María del Mar para oír una Misa de Pontifical a las 9, rogando por la Paz social entre todas las clases trabajadoras.

En las aulas de la Universidad han continuado las sesiones internacionales de estudio de los grupos especializados, sobre los temas: «La Eucaristía y la Paz individual» y «La Eucaristía y la Paz social». Las sesiones han finalizado con una reunión general en el Aula Magna, a las 12.15. Entretanto tendrán efecto, hasta primeras horas de la tarde, las diversas reuniones nacionales, divididas según la lengua. En la sesión italiana ha tomado la palabra l'On. Taviani. Por la tarde, en la avenida de la Reina María Cristina, tendrá lugar la gran manifestación laboral.

Esta mañana, Su Eminencia el Cardenal Legado ha asistido, en la Iglesia de San José Oriol, al solemne Pontifical celebrado por el Delegado del Patriarca de Antioquía, S. E. Mons. Naluk, y asistido por cuatro Obispos cocelebrantes. El Cardenal ha entrado en el Templo acogido por calurosísimos aplausos, sentándose en el trono, desde el cual ha presenciado la sagrada liturgia. Luego, al regreso de su residencia, S. E. el Cardenal Tedeschini recibía la Comisión Internacional de la Caridad. Los Delegados estaban presididos por los Rmos. Mons. Badelli y Norris.

A las 12.30 S. E. el Jefe del Estado ha devuelto al Legado del Sumo Pontífice la visita que éste le había hecho en la tarde de ayer. El Ge-

neralísimo Franco ha sido recibido al entrar en el Palacio por dos Prelados y por dos Camareros secretos de capa y espada.

En las antecámaras ha sido saludado por la corte del Cardenal. El Emo. Legado, avisado por Mons. Calderari, se ha dirigido al encuentro del Jefe del Estado hasta el umbral del Salón del Trono. Ha seguido una conversación entre los dos altos personajes.

El Generalísimo Franco iba acompañado por el Ministro de Asuntos Exteriores, por los Jefes y segundos Jefes de su Casa Civil y Militar, por dos Ayudantes de Campo, por el Capitán general de la Región, el excelentísimo señor don Juan Bautista Sánchez.

A las 13.15, al recibir en audiencia la nobleza catalana y de otras regiones de España, Su Eminencia el Cardenal Tedeschini ha dirigido a los presentes un elevado discurso sobre responsabilidad y deberes de la nobleza en la hora presente.

La primera jornada del Congreso dedicada a la «Eucarística y la Paz familiar» ha comenzado con una misa en el Templo de la Sagrada Familia. Fué celebrada por el Obispo de Pamplona, S. E. Mons. Enrique Delgado Gómez. En el transcurso de la ceremonia, cerca de mil niños de Barcelona han recibido la Primera Comunión, acompañados por sus familiares.

Era una visión absolutamente extraordinaria por su belleza. Los niños estaban sentados en fila, vestidos con trajes de vivos colores; las niñas, iban vestidas como esposas o como ángeles. Todas de seda blanca, cuyos vestidos llegaban a ras del suelo. Llevaban en la cabeza coronas de flores blancas y un velo que descendía hasta los pies. Sostenían en las manos enguantadas un libro de rezos encuadernado con piel blanca, y algunas llevaban una canastilla de lirios blancos.

Más tarde, en la Basílica gótica de Santa María de los Reyes, el Arzobispo de Méjico, S. E. Mons. Luis Martínez, ha celebrado una Misa Pontifical, y ha pronunciado la Homilía explicando la intención de la plegaria del día.

Por la mañana se han celebrado misas en los ritos bizantino, armenio y maronita, mientras, a las 10, en el Aula Magna de la Universidad, en las reuniones de estudio, bajo la presidencia del Cardenal de Barros Cámara, Arzobispo de Río de Janeiro, han participado los Cardenales Francis Spellman y Antonio Caggiano, Arzobispos de Nueva York y de Rosario, además de otras personalidades eclesiásticas y laicas. Ha tomado la palabra, entre otros, el Cardenal Spellman, el cual, en inglés, ha puesto de relieve que sólo haciendo reinar el espíritu cristiano en los corazones de las familias y de las naciones será posible conjurar los peligros que actualmente amenazan a la humanidad.

Luego, concluyendo su discurso, el Prelado ha dicho que para restablecer los valores morales, espirituales y religiosos en el mundo hay que invocar la protección divina, ayuda que nos es ofrecida por medio del misterio sagrado de la Eucaristía.

A continuación ha pronunciado un discurso el Padre Garrigou Lagrange, O. P., el cual ha exaltado la fuerza de la plegaria y el poder del sacrificio eucarístico a los fines de conseguir la Paz en el mundo, y ha afirmado: «Para obtener la Paz hay que pedirla al Señor, y el medio mejor para obtenerla es la plegaria».

A las 12.30 del día de ayer el Generalísimo Franco, con uniforme de Almirante de la Flota Española, desembarcó en Barcelona del crucero «Miguel de Cervantes». S. E. el Jefe del Estado, que asistirá al Congreso Eucarístico, ha sido recibido a su llegada por los miembros del Gobierno y de las autoridades locales y por una multitud de más de 300,000 personas que le aclamaban.

A las 17 han tenido lugar dos horas santas de adoración eucarística: en la Basílica de San José Oriol, para el clero, y en la Catedral, para las varias ramas de Acción Católica.

Más de 100,000 padres de familia, acompañando a sus hijos, se han reunido, a las 18, en la monumental plaza de Pío XII de Barcelona, con el objeto de celebrar la solemnísimas consagración de las familias españolas al Sagrado Corazón de Jesús y rogar por la Paz del mundo entero.

Este acto ha sido uno de los más importantes y significativos del Congreso.

Estaban presentes los Cardenales Pla y Deniel, eficiente, y Caggiano, además de 40 Obispos.

La ceremonia empezó con una procesión, en la que tomaron parte todos los escolares de Barcelona.

El Almirante Cervera, padre de una numerosísima familia, ha leído la plegaria de consagración al Sagrado Corazón de Jesús. Igualmente ha hecho otro padre de ocho hijos jesuitas, y, por último, se ha pronunciado de la misma forma otro padre de ocho hijos, víctimas de la barbarie comunista.

Terminada la lectura de la consagración, los escolares de Barcelona ejecutaron diversos cantos religiosos y entonaron oraciones, que eran seguidas con gran fervor por todos los presentes.

Un sacerdote ha pronunciado un sermón, exaltando la importancia que para la Paz del mundo tiene el fundamento cristiano de la familia.

Luego ha sido expuesto el Santísimo Sacramento. Un muchacho leyó la oferta simbólica de las florecillas espirituales de todos los niños de España por el fruto sobrenatural del Congreso. Hay que destacar el párrafo por el cual se pide al Altísimo la bendición de las familias católicas en las cuales la religión prospera, de un modo particular en aquellos países donde la religión está cruelmente perseguida.

La conmovedora ceremonia, retransmitida por todas las estaciones conectadas con Radio Nacional de España, ha terminado con una exhortación del Arzobispo de Granada y con la bendición impartida por S. E. el Cardenal Pla y Deniel, Arzobispo de Toledo.

Por la tarde, después de la solemne ceremonia del relevo de la guardia en el Palacio Nacional, donde está la residencia del Cardenal Legado, a las 17, la Diputación Provincial, al frente de la cual iba el Marqués Joaquín Buxó de Abaigar, se presentaba en la Sala del Trono, para ofrecer su devoto homenaje al Representante del Pontífice, y el sincero agradecimiento por la cooperación ofrecida a las manifestaciones del Congreso, y también para poner de relieve la gratitud de Barcelona al Santo Padre, que se había dignado escogerla como sede de tan solemne e importante manifestación.

El Cardenal Tedeschini contestaba exaltando la fe del pueblo español y de toda España, y haciendo votos por la prosperidad de la región. Después, el Purpurado recibía el homenaje del Alcalde y del séquito, que individualmente le era presentado.

A las 18 el eminentísimo Cardenal Legado, escoltado por motociclistas, y acompañado por el Embajador cerca de la Santa Sede, se dirigía a la residencia del Jefe del Estado para visitarle.

El Cardenal, que ha sido recibido con los honores debidos a su rango, iba acompañado por el

Embajador español, don José M.^a Castiella, por Mons. Enrico Dante, Prefecto de Ceremonias; Mons. Angelo Dell' Acqua, de la Secretaría de Estado; Mons. Giuseppe Calderari, Maestro de Ceremonias Pontificias, y Mons. Máximo Romero, Rector de la Iglesia nacional española de Monserate, en Roma.

Un comunicado, distribuído al término de la visita, afirma que la conversación entre el Cardenal Tedeschini y el Generalísimo Franco, prorrogada cerca de una hora, se ha desarrollado en una atmósfera de sincera cordialidad. Al término de la misma, el Cardenal ha presentado los miembros de su séquito. A la audiencia han asistido el Ministro de Asuntos Exteriores Español, señor Artajo, y el Jefe de la Casa Militar del Generalísimo Franco.

Durante el trayecto, tanto a la ida como a la vuelta, la numerosa multitud ha aplaudido caurosamente, vitoreando al Pontífice y a la España católica.

Más tarde el Cardenal se ha trasladado al Ayuntamiento, para el descubrimiento de una lápida conmemorativa del Congreso.

El salón del Municipio, donde ha tenido lugar la ceremonia, estaba decorado con valiosísimos tapices del siglo XVII, reproduciendo escenas bíblicas. Estaban presentes los Emms. Cardenales Pla y Deniel, Spellman, Gouvela, el Nuncio Apostólico, el Obispo de Barcelona y otras muchas personalidades eclesiásticas, civiles y militares de la ciudad. El Alcalde ha pronunciado unas palabras alusivas al acto, contestando el Cardenal Tedeschini agradeciendo el apoyo de la ciudad, en nombre del Sumo Pontífice. Luego ha salido al balcón del Palacio, bendiciendo a la multitud que le aclamaba. La plaza rebosaba de público, que permanecía de pie. El Cardenal ha descendido por la escalera flanqueada de servidores municipales vestidos de gala y llevando ricos candelabros de plata. Después de subir al coche, y de recibir los honores militares, entre el aplauso de la gente, se ha dirigido a escuchar el espléndido concierto ejecutado magistralmente por el célebre conjunto de l'Orfeó Català, dirigido por el maestro Millet. La delicada ejecución, efectuada en la sala de actos del Palacio Nacional, donde las condiciones acústicas han resultado perfectas, ha suscitado delirantes aplausos. Antes, en el Templo de la Sagrada Familia, tenía lugar la anunciada representación del auto sacramental de Calderón de la Barca, *El pleito matrimonial del cuerpo y el alma*.

Ayer, y siguiendo el programa establecido, tuvo lugar la apertura del Congreso Católico Internacional de Caridad y Emigración. La primera reunión se ha desarrollado sobre el tema «El espíritu y la doctrina de las obras caritativas». Estaban presentes, entre los delegados de cuarenta naciones, los representantes de la Comisión Pontificia de Asistencia, Mons. Baldelli y Mons. Rossi.

Hoy, en la Aula Magna de la Universidad de Barcelona, ha sido inaugurado el potente servicio de radio puesto a disposición de los congresistas que tomarán parte en las diversas sesiones académicas.

Esta magnífica instalación, que traducirá simultáneamente en cinco lenguas los discursos que serán pronunciados por varias personalidades, consta de una instalación de novecientos auriculares.

Para la retransmisión de los actos principales, que tendrán como principal escenario los sectores comprendidos entre la Puerta de la Paz y la Catedral, entre el paseo de Gracia y el Palacio de Pedralbes, la nueva plaza de Pío XII, la rambla de Cataluña y el Palacio Nacional de Montjuich, ha sido instalada una red de 52 kilómetros de cables, a los cuales han sido conectados a su alrededor un millar de altavoces y amplificadores. Independientemente se ha construído otra red que cubre los sectores del Templo de la Sagrada Familia y el Tibidabo.

Otros doscientos micrófonos y aparatos diversos para cada tipo de conexión, además de una cantidad relevante de radioteléfonos, integran esta importante realización, que pone de relieve la posibilidad de la nación española en el campo electrónico.

Igualmente en el Tibidabo, y para las ceremonias que allí tendrán lugar, se ha puesto en marcha otra instalación que abarca toda la cúspide, así como gran parte de sus alrededores.

Barcelona entera en la noche es un mar de luces con sus espléndidas iluminaciones, y es también un altar de fe con sus interminables series de cruces luminosas que adornan sus fachadas. Innumerables balcones ostentan mil cruces hechas con la combinación de bombillas eléctricas.

En varias ciudades españolas han habido manifestaciones juveniles con motivo de la jornada dedicada a los niños.

En la plaza de la Armería de Madrid se reunieron 50,000 niños y niñas de los colegios públicos

y privados y de la Sección Femenina del Frente de Juventudes. La ceremonia estaba presidida por el Obispo auxiliar Mons. García Lahiguera, que impartió la solemne bendición. Seguía a continuación la oferta de las flores y de los dones espirituales por parte de todos los niños.

Un niño de Primera Comunión ha leído la plegaria por la Paz del mundo, y, al finalizar la ceremonia, todos entonaban el himno del Congreso.

En San Sebastián, en este día, ha habido un grandioso cortejo procesional infantil, que culminaba con una imponente reunión en la plaza del Buen Pastor.

Análogas noticias recibimos de casi todas las ciudades españolas.

Información gráfica

En el mismo número del diario se publicaron las fotografías que corresponden a los epígrafes siguientes:

En todas las estaciones españolas, la multitud ha aclamado largamente al Emmo. Cardenal Legado, que desciende del tren; ésta es la Estación de Caldas de Malavella (Gerona). — La llegada a Barcelona. — La contestación del Cardenal Legado al saludo del Alcalde de Barcelona. — El Eminentísimo Cardenal Legado habla en la Catedral de Barcelona. — Las autoridades y la multitud en la Catedral durante la ceremonia de apertura del Congreso.

Cuatrocientas mil personas ruegan por la paz individual y social

Barcelona, 30.

La jornada de hoy es consagrada al dolor asociado al sacrificio eucarístico propiciatorio de la paz internacional. Por tal motivo, toda la mañana ha sido dedicada a los enfermos. A las 8.30 han comenzado en todas las iglesias de la ciudad las misas para los dolientes y afligidos, y, al mismo tiempo, centenares de sacerdotes han llevado la Comunión a los enfermos, ya sea conducida en andas desde los templos, ya sea directamente administrada en los hospitales o en las casas particulares.

Hay que destacar las ceremonias religiosas en los hospitales de San Pablo, Sagrado Corazón y Clínico; particularmente solemne ha sido la misa en el Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza, dirigido por el doctor Vanrell.

Asimismo han sido efectuadas visitas de consuelo espiritual y material a todos los que sufren, a fin de que éstos estén presentes también en estas memorables jornadas de fe y de fervor eucarístico.

A las 9 las Fuerzas Armadas han celebrado una ceremonia especial de homenaje al Santísimo Sacramento. A lo largo de la avenida de María Cristina varias decenas de millares de soldados del Ejército, Marina y Aviación han escuchado el discurso del Obispo castrense Mons. Luis Alonso Muñozerro, que ha recordado, entre otras cosas, la peregrinación del Ejército a Roma en ocasión de la proclamación del dogma de la Asunción de María Santísima.

Estaba presente en la ceremonia el Obispo de Urgel, Mons. Ramón Iglesias Navarri. Al finali-

zar el acto las tropas han desfilado por las vías principales de la ciudad. Al mismo tiempo, en la inmensa plaza de Pío XII, ante la imagen de Nuestra Señora de la Merced, patrona de la ciudad y redentora de cautivos, se ha celebrado un Pontifical dedicado a la pacificación del mundo y a los hermanos de la «Iglesia del silencio», que sufren persecución o limitación de la libertad para la justicia y la fe.

Ha celebrado S. E. el Cardenal Juan Alberto Guevara, Arzobispo de Lima. Le asistían el eminentísimo Caggiano y de Barros Cámara, mientras un numeroso coro juvenil cantaba la *Misa de Angelis*.

A las 12.15 ha tenido lugar, en el Aula Magna de la Universidad, una sesión plenaria, presidida por S. E. el Cardenal Pedro Gerlier, Arzobispo de Lyon.

A las 13.30 S. E. el Cardenal Legado ha recibido el homenaje del Capitán general de Cataluña, señor Sánchez, y del Consejero don Juan Torra-Balari, representante municipal en el Comité del Congreso. Los ilustres visitantes han celebrado una cordial conversación con el eminente Purpurado, que ha dado las gracias al Comité por su dinamismo e inteligente actividad.

El homenaje de los trabajadores a la Eucaristía

En la avenida de María Cristina, hacia las 17.30 de ayer, empezó a afluir una gran masa de patronos, técnicos y obreros, que rindieron un

homenaje al Santísimo Sacramento. Toda la avenida estaba a rebosar, desde la plaza de España, el Parque de Montjuich y vías adyacentes.

Estaban presentes el Arzobispo de Toledo, S. E. el Cardenal Pla y Deniel; el Cardenal de Sidney, S. E. Gilroy, y los Obispos de Barcelona y Tarragona.

La muchedumbre ha sido calculada en más de 100,000 personas. Al tomar la palabra en el curso de la manifestación, en el Parque de Montjuich, S. E. el Cardenal Spellman, después de haber afirmado que el mundo atraviesa actualmente una crisis de desintegración de la familia, del trabajo y de las naciones, ha subrayado que el mejor medio de combatir esta crisis es la unión espiritual de todos los hombres.

Anteriormente había hecho uso de la palabra el Arzobispo de Toledo, S. E. el Cardenal Enrique Pla y Deniel, el cual, entre otras cosas, ha puesto de relieve cómo la Iglesia, condenando el materialismo teórico y práctico, había obrado siempre por la salud y el progreso de la persona humana y, por tanto, por el mejoramiento, también material, del trabajador.

Al finalizar la manifestación ha impartido la Bendición Eucarística el eminentísimo Cardenal Spellman.

Algunos miembros del Gobierno español, el Jefe de las Organizaciones sindicales y numerosos Prelados españoles y extranjeros han asistido a esta reunión, en el curso de la cual un representante obrero, un técnico y un patrono han tomado la palabra. Los representantes de las delegaciones sindicales de cada provincia, que eran portadores de banderas nacionales y falangistas, han ofrecido luego al Cardenal Spellman objetos de culto de fabricación propia.

Al anoecer, peregrinos, congresistas y una enorme muchedumbre de barceloneses, se ha dirigido a la grandiosa plaza de Pío XII, donde había de tener lugar la Vela Eucarística nocturna. La afluencia ha superado todo lo previsto. Toda descripción queda pálida ante la marea humana que se ha dirigido al lugar de la sagrada reunión. Basta decir que el aspecto de la desparramada multitud hacía parecer en cierto modo modesto el número, ya superior, de los cien mil reunidos por la tarde.

La triunfal Vela Eucarística

El altar del Sacramento, en oro-blanco sobre el cual se reflejaba la púrpura de la grandiosa

alfombra florida de lirios, estaba iluminada como el día y, asimismo, centenares de reflectores iluminaban con luz cegadora a la multitud.

Este altar monumental ha sido concebido como una base de la grandiosa cruz de treinta y ocho metros de altura, que se yergue en su maciza armadura metálica exteriormente revestida, sobre una plataforma pentagonal de diecinueve metros por cada lado, elevada tres metros del suelo de la propia plaza. Sobre esta plataforma, mediante los desniveles necesarios, e igualmente del centro de la misma, surge la mesa del altar, junto al cual se encuentra lateralmente el sitio para el eminentísimo Cardenal Legado del Pontífice, mientras a nivel ligeramente inferior están dispuestos los asientos para los miembros del Sacro Colegio que asisten al Congreso. Junto a la plataforma existe otra rectangular, de treinta metros por diecinueve de largo y a un metro y medio del suelo, sobre la cual hay instalados los asientos para todos los Obispos y Arzobispos que asisten a las ceremonias.

Sobre la plataforma pentagonal, en la que se yergue el monumental altar, se eleva un baldaquino circular, de más de veinticinco metros de diámetro, cuya estabilidad está asegurada, no solamente por la armadura de la cruz central, sino también por las necesarias columnas metálicas laterales y cables de acero anclados en el suelo de la plaza. A los lados se han situado debidamente los asientos para el Jefe del Estado y para los representantes del Gobierno que participan en el Congreso con misiones extraordinarias expresamente enviadas.

Una instalación de tres potentes reflectores en la cúspide y en los extremos de los brazos de la cruz monumental, proyecta grandes haces de luz amarilla visible a larga distancia. La propia cruz está iluminada con luz blanca indirecta, y el baldaquino central, por el contrario, está iluminado con reflectores exteriores invisibles, formando una cúpula luminosa sobre el mismo altar, en contraste con la iluminación del basamento de la plataforma, hecha con luz distinta.

Al propio tiempo se ha procedido a la adecuada iluminación de todos los accesos conducentes a la plaza de Pío XII, así como de todos los edificios públicos de las inmediaciones y de los puntos principales de esta parte de la ciudad, y todo ello independientemente de la iluminación especial del maravilloso barrio gótico, situado en las inmediaciones de la Catedral de Barcelona. Además de las instaladas por el Municipio barcelonés, se han

colocado otras por cuenta de las más importantes compañías industriales, que iluminan fastuosamente los edificios en donde radican, y que se concentran en la grandiosa plaza de Cataluña y a lo largo de las vastas y principales vías del centro ciudadano. Naturalmente que todas las fachadas de los edificios sagrados están inundadas de luz, como esa maravilla de las iglesias antiguas que es Santa María del Mar y la del Pino.

A esta multitud de cerca de 400,000 personas, venidas de todas partes de España, ha hablado en español el Rdo. P. Lombardi, S. I. Ha pronunciado un extenso y bien argumentado sermón, bajo la forma de Hora Santa.

Después del largo discurso del P. Lombardi, la inmensa muchedumbre de los que le escuchaban ha saludado el final con un dilatado aplauso.

Terminado el sermón, como también anteriormente, centenares de sacerdotes se vieron ocupados en las confesiones, y luego en la administración de la Comunión a la interminable concurrencia.

Hacia las 22, S. E. el Cardenal Legado, de riguroso incógnito, ha salido para visitar la ciudad y admirar su aspecto. Por todas partes había cruces luminosas, lámparas formando símbolos eucarísticos, iluminación fantasmagórica en el Palacio Nacional, juegos de agua luminosos en las fuentes, con colores cambiando sucesivamente: rojo, oro y violeta; todos los edificios públicos adornados y muchísimos palacios de las larguísimas avenidas.

Y mientras el Purpurado pasaba silenciosamente, ha sido reconocido por la multitud. El coche ha sido bloqueado muchas y muchas veces, y la presión del pueblo que le aclamaba ha to-

mado en algunos momentos caracteres temibles, dada la cantidad de público y el caluroso entusiasmo. El servicio de orden inmediatamente organizado ha podido salvaguardar con dificultades a la persona del Cardenal, que ha regresado, ya muy entrada la noche, en su residencia oficial.

Barcelona ha vivido así su segunda noche eucarística inolvidable, de indescriptible exaltación espiritual.

Otras fotografías

Ilustra la información del número una vista que corresponde a este pie: «La Catedral de Santa Eulalia, en donde ha tenido lugar la apertura del Congreso».

El radiomensaje pontificio de clausura del XXXV Congreso Eucarístico Internacional

El próximo domingo, 1.º de junio, festividad de Pentecostés, el Sumo Pontífice se dignará clausurar, con un radiomensaje suyo, el XXXV Congreso Eucarístico Internacional que con tanta grandiosidad se está desarrollando en Barcelona. La transmisión tendrá lugar a las 18.30. La estación de Radio del Vaticano transmitirá la augusta palabra en onda corta de 50, 26, 31, 10, 15, 55 metros, y en onda media de 196 metros.

En la misma onda, la estación de Radio del Vaticano, en conexión con la Radio Nacional de España, transmitirá, desde las 9 de la mañana, el gran Pontifical de clausura del Congreso, y a las 16.30, la procesión final.

La jornada de rogativas por la paz mundial

El Santo Padre clausura con un radiomensaje el Congreso

En la edición correspondiente el periódico repetía el aviso que sigue:

«Como ya hemos anunciado, mañana, domingo, 1.º de junio, Festividad de Pentecostés, el Sumo Pontífice se dignará clausurar con un Radiomensaje el XXXV Congreso Eucarístico Internacional que con tanta grandiosidad se está desarrollando en Barcelona. La transmisión tendrá lugar a las 18.30. La estación de Radio del Vaticano transmitirá la augusta palabra en ondas

cortas de 50, 26, 31, 10, 25 y 55 metros, y en onda media de 196 metros.

En las mismas ondas la estación de Radio del Vaticano, en conexión con la Radio Nacional española, retransmitirá, desde las 9 de la mañana, el gran Pontifical de clausura del Congreso, y a las 16.30, la procesión final.»

Luego se insertaba el despacho que se expresa:

Barcelona, 31.

Esta mañana S. E. el Cardenal Legado ha celebrado una Misa de Comunión, para el personal del Palacio Nacional. Han asistido las Delega-

ciones italiana, colombiana y del Santo Sepulcro. Después de la Misa el Cardenal ha conversado afablemente con los presentes, entre los cuales estaban los Asesores municipales de la Delegación adscrita al Congreso, señores Torra-Balari y Pena Cardenal. El Purpurado ha distribuido a todos una medalla recuerdo y ha bendecido las mesas aparejadas para el desayuno, mientras los presentes vitoreaban al Pontífice y a él.

Después de la Misa S. E. se ha trasladado al Estadio de Montjuich, en donde le habían precedido ya los Cardenales De Barros, Cámara, Guevara, Griffin y Frings, además de dos Arzobispos y dieciséis Obispos, entre los cuales se contaban el de Barcelona y el de Madrid-Alcalá, que han procedido a la consagración de los ordenandos.

El Estadio de Montjuich ha sido esta mañana escenario de un acontecimiento único en la historia de la liturgia: la ordenación sacerdotal de mil diáconos, administrada por decenas de Obispos de todas partes del mundo. Espectáculo imponente por el gentío y por la solemnidad del rito, al cual asistían muchos parientes de los ordenandos y gran multitud de fieles devotos. La ceremonia, solemne y conmovedora, ha sido de gran duración, acompañada por el canto del clero asistente y del pueblo. El momento más emocionante ha sido cuando, después de la ordenación sacerdotal, celebrada en su primera misa, los nuevos levitas han pronunciado al unísono las palabras de la Consagración y han levantado los brazos alzando al cielo las Hostias Consagradas. En este instante las lágrimas han velado los ojos de la multitud que se postraba en adoración, rezando fervorosamente por las intenciones propuestas para este día: por la Paz y por la unidad religiosa. Después, el sagrado rito ha continuado, y ha terminado entre cantos de júbilo y escenas afectuosas y conmovedoras, de las que han sido objeto los nuevos sacerdotes, a los cuales parientes y amigos han abrazado, pidiéndoles repetidamente las primeras bendiciones de su vida de apostolado.

A la ceremonia han asistido más de 100,000 personas. El Cardenal Legado, sentado en el trono bajo el baldaquino adornado de colgaduras blancoamarillas, ha dirigido a los nuevos sacerdotes un discurso, en el que les recomendaba: «No olvidéis nunca que tenéis en vuestras manos la Hostia Santa, no perdáis esta sensación, ya que, de lo contrario, sólo seréis sacerdotes de nombre». El Purpurado añadía después: «Toda vida vuestra sea una meditación de este don, y obrad en consecuencia; como Cristóbal Colón

cuando descubrió América tomó posesión de la misma con la Misa, igualmente tomad posesión de las almas».

Después de haber impartido la bendición, el Obispo de Barcelona ha dedicado un homenaje al Papa en nombre de los ordenados y de todos los presentes, mientras la inmensa multitud aclamaba entusiásticamente.

La explanada del Estadio ha sido la platea de uno de los más sublimes espectáculos del amor espiritual de los hombres hacia Dios y de hermandad entre ellos: fiesta de la Iglesia y fiesta del pueblo cristiano, que se ha congregado, no metafóricamente, sino con todo el significado, el propio sentido, afecto y respeto, alrededor de esa ingente hilera de nuevos apóstoles que pertenecen un poco a todos los países, donde la Iglesia vive, prospera, combate y sufre.

El Cardenal Legado ha regresado al Palacio seguido de una imponente muchedumbre que lo ha aclamado repetidamente, y ha tenido que asomarse varias veces al balcón, bendiciendo a la multitud que iba aumentando a cada instante.

S. E. ha recibido después la Junta técnica central de Acción Católica Española, presentada por S. E. Mons. Vizcarra; tuvo que asomarse repetidamente al balcón, bendiciendo y deseando su paternal augurio de fecundo apostolado.

Por la mañana, en la Basílica de Santa María del Mar, ha tenido lugar una liturgia en rito bizantino, y también en otras iglesias de la ciudad se han celebrado misas en los varios ritos orientales, todas ellas seguidas con particular interés y devoción por el clero y por los fieles.

En las sesiones internacionales de estudio desarrolladas en la Universidad se ha tratado de la «Eucaristía y la Paz y la unidad eclesial», mientras en el Seminario Conciliar ha pronunciado un discurso, por la sección italiana, el Honorable Julio Andreotti. A las 12.15 tenía lugar la reunión plenaria en el Aula Magna de la Universidad.

La manifestación por la Paz del mundo

En la tarde de ayer, a las 17, en la gran plaza frente al Templo de la Sagrada Familia, ha tenido efecto la manifestación por la Paz del mundo.

La solemne ceremonia se ha desarrollado en presencia de S. E. el Cardenal Legado, Tedeschini, y de los eminentísimos De Barros Camara, Arzobispo de Río de Janeiro; Frings, Arzobispo

de Colonia, y Griffin, Arzobispo de Westminster; además de un gran número de Prelados y clero. La muchedumbre podía evaluarse en cerca de 25,000 personas, entre las cuales había 300 prófugos de Polonia, Hungría, Bohemia, Eslovaquia, Croacia, Lituania, Letonia, Ucrania, China y Corea.

Al aparecer el Cardenal Legado la multitud ha irrumpido en un fragoroso aplauso, vitoreando al Papa, al Cardenal, a la Iglesia y al Congreso.

La ceremonia se ha iniciado con un llamamiento por la pacificación, por parte del eminentísimo Arzobispo de Colonia, el cual, después de pedir a Dios que ponga fin a la dura prueba que sufre la Iglesia en los países de la Europa Oriental, ha invitado a los otros pueblos a que olviden, con espíritu de caridad cristiana, los errores que su país puede haber cometido. «El pueblo alemán — ha añadido — ha sufrido mucho, pero está reponiéndose, y da las gracias a la Providencia por haber sido admitido de nuevo en la familia de las naciones.» Luego, el Obispo de Barcelona, Mons. Modrego Casaus, ha leído un telegrama pontificio, en el cual el Santo Padre expresa su satisfacción por la acogida reservada al Legado suyo, y formula votos a fin de que el Congreso sea coronado por el éxito.

Sucesivamente numerosos eclesiásticos han desfilado ante el altar, para invocar a Dios la paz para los pueblos oprimidos. Finalmente, el Cardenal Griffin ha impartido a los asistentes la Bendición eucarística.

Al propio tiempo, en el curso de una ceremonia desarrollada en el Palacio Nacional, el Ministro de Asuntos Exteriores español, señor Martín Artajo, ha pronunciado un discurso, en el cual, después de haber recordado la catolicidad de España, «segura de tener la rigurosa posesión de la Verdad Cristiana», ha afirmado: «Una regeneración social de la vida interior del pueblo y una reeducación religiosa de todos los hombres es indispensable para el triunfo de la Paz. El porvenir del mundo — ha añadido — será fatal si los Estados no se deciden a basar sus relaciones en la justicia y la caridad.»

Luego ha tomado la palabra el Nuncio Apostólico, Mons. Cicognani, habiendo renunciado a hablar, por ser avanzada la hora, S. E. Andreotti y los Embajadores de Italia, Chile y Portugal, que estaban entre los presentes, junto con numerosos Obispos de varias partes del mundo, comprendidos los territorios de Misiones.

Al regresar a su residencia el Cardenal Le-

gado se ha encontrado, formados ante el Palacio en donde se hospeda, millares de jóvenes, que le aclamaban y que él bendecía paternalmente, agradeciéndoles el homenaje que le dedicaban al entregarle un modelo de madera reproduciendo la Catedral de Santa Eulalia y la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, de Málaga.

En una breve entrevista concedida a la Prensa, S. E. el Cardenal Tedeschini ha declarado que este Congreso es el Congreso de la Verdad, y ha invitado luego a los presentes a no perder de vista la importancia y la responsabilidad de su misión respecto a la formación de la opinión pública. «La Paz es un don de Dios — afirmaba el Eminentísimo —, y sólo Dios puede concederlo a los hombres, y por ello no se puede dejar de pedirlo al Señor.» Además, el ilustre representante del Pontífice ha manifestado la emoción suscitada profundamente en él por el espectáculo que ofrece en estos días Barcelona y toda España, y afirmaba que, aun sin querer restar méritos a ningún otro pueblo, debía atestiguar que España ha ofrecido una prueba magnífica de afecto al Santo Padre y a la Iglesia en esta triunfal circunstancia.

Apenas llegado, durante el día S. E. el Honorable Julio Andreotti, Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros de Italia, se ha dirigido a saludar, junto con el Subsecretario del Exterior, Honorable Pablo Emilio Taviani, al Eminentísimo Cardenal Legado. S. E. Andreotti representa al Jefe del Gobierno italiano. Éste ha dirigido devotas palabras de homenaje al Cardenal, que lo ha recibido en el Salón de Honor del Palacio, en donde se encontraban numerosos Prelados, entre los cuales S. E. Mons. Urbani, del Comité Italiano del Congreso.

A última hora de la tarde, en la Casa de Italia, han hablado Mons. Urbani, sobre «Nuestra Señora del Santísimo Sacramento Regina Pacis», y el Padre Spiazzi, O. P., explicando a los italianos reunidos la intención de la jornada. En el Gran Teatro del Liceo se ha ejecutado ya por dos veces, con gran éxito, el oratorio sacro *Cecilia*, del maestro Quicineo Refice, dirigida por el maestro Angelo Questa. El maestro Refice, presente en el teatro, ha sido llamado al proscenio unas treinta veces por el público entusiasta, que también ha aplaudido frenéticamente a los ejecutantes: Elena Razzieri, Masciano, Franci, Casinelli y Dadó.

Estaban presentes el Embajador de Italia, Taliani, y el Cónsul general.

El Legado Pontificio en el Palacio de la Diputación Provincial

Por la tarde han tenido lugar, en las Basílicas de San José Oriol y de Nuestra Señora de la Merced, dos Horas santas : una, de preparación a la grandiosa Ordenación sacerdotal del día siguiente, y la otra, en lengua francesa, para los hermanos de la «Iglesia del Silencio».

A las 23, Su Eminencia el Cardenal Tedeschini salía de Palacio aclamado por millares de personas, dirigiéndose a la sede de la Diputación Provincial, por la calle del Marqués del Duero, donde se halló ante un gran cortejo iluminado por cirios, cuyos participantes, salmodiando, procedían de la plaza de la Diputación. En este lugar, el Cardenal Legado recorrió, en parte, el estrecho espacio que la multitud dejaba libre, y, a continuación, fué recibido por el Marqués de Castell-Florite, Presidente de la Diputación. Recibido el homenaje del Magistrado, subía las escaleras anunciado por tres golpes de maza, mientras el carillón tocaba el himno pontificio. En el gran salón de ceremonias el Purpurado fué recibido por Su Eminencia el Cardenal Clemente Riques, Arzobispo de Rennes ; el Nuncio Apostólico, monseñor Cicognani ; los Ministros del Exterior, de la Gobernación y del Aire, el Presi-

dente de las Cortes, el Capitán general de la ciudad, el Alcalde, el Pleno de la Diputación y el Cuerpo Diplomático.

Recibida la salutación de los presentes, Su Eminencia el Cardenal Tedeschini presenciaba, en el grandioso salón de San Jorge, con frescos de las gestas de Colón, Lepanto y de otras glorias guerreras ibéricas, la representación de la célebre obra, de Calderón de la Barca, *El Gran Teatro del Mundo*.

A la una de la madrugada, el Eminentísimo Legado Pontificio, Cardenal Tedeschini, salía del Palacio, y, aclamado por la muchedumbre que le esperaba cubriendo los flancos de todo el recorrido, regresaba a su residencia.

Ceremonias en Sevilla

La ciudad de Sevilla se ha asociado espiritualmente al Congreso Eucarístico con una ceremonia grandiosa celebrada esta tarde en la Iglesia Metropolitana, a la cual han asistido Su Eminencia el Cardenal Segura y las más importantes autoridades sevillanas.

En este día Sevilla celebra la fiesta de su Patrón, San Fernando, además del séptimo centenario de la muerte de este glorioso Santo.

Una página de brillante historia en la Cristiandad.

El Sumo Pontífice cierra con un radiomensaje el XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

La vibrante palabra de Su Santidad

En el tiraje del 2 y 3 de junio decía el periódico :

«Ayer por la tarde, Solemnidad de Pentecostés, el Sumo Pontífice Pío XII ha cerrado el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, desarrollado en Barcelona, con un radiomensaje.

Su Santidad ha hablado ante el micrófono en la Sala de San Juan del Departamento Pontificio. Estaban presentes S. E. Rma. Mons. Juan Bautista Montini, sustituto de la Secretaría de Estado de Su Santidad ; los Ilmos. Rmos. monseñores Carlos Emanuel Toraldo y Mario Nasalli Rocca de Corneliano, Camareros Secretos participantes ; el Ilmo. y Rmo. Mons. Manuel Fernández-Conde y Mons. Romero Sanz, de la Se-

cretaría de Estado ; los Rmos. Padres Enrique Soccorsi, S. I., Director de la Estación Radio Vaticana, y Enrique Pérez-García, S. I., Director de Programas, con el Rmo. Padre Ángel Topete, S. I., locutor en lengua española.

He aquí el texto del venerado Mensaje, el cual, como refiere nuestro corresponsal, ha sido escuchado con el más profundo recogimiento y acogido con una indescriptible manifestación de fidelidad, de devoción y de gratitud hacia el Pastor Supremo.»

A continuación, el diario insertaba el texto español, que es el que va publicado en la Crónica barcelonesa, añadiendo :

«El Santo Padre impartía después, de un modo solemne, la bendición apostólica, incluida la indulgencia plenaria.»

El Pontifical del Cardenal Legado celebrado ante una grandiosa multitud

Barcelona, 2 de junio.

El espectáculo ofrecido ayer mañana por la ciudad de Barcelona es de los que no se pueden describir. De todas partes afluían hacia la plaza de Pío XII multitudes de peregrinos. Hacia las nueve, para quien conoce bien la situación, gran parte de la ciudad aparecía desierta, porque de todas partes fieles de España y del mundo afluían por la vía del Generalísimo Franco a la vastísima plaza en la cual se eleva el magnífico altar.

Con tiempo necesario comenzaron a llegar Ministros y muchas personalidades españolas, y a las 9.45 llegaba S. E. el Jefe del Estado, acompañado de su esposa, del Capitán general de la IV Región Militar, de los Jefes de las Casas militar y civil y de los Ayudantes de servicio.

Poco después de las diez llegaba el Cardenal Legado, que venía precedido por los Caballeros del Santo Sepulcro de Jerusalén, con sus capas blancas; por los Caballeros de las Órdenes Militares y por trescientos Prelados, que formaban el majestuoso cortejo de Su Eminencia el Cardenal Tedeschini, que iba rodeado por los Camareros secretos de Capa y Espada de S. S., y por los Camareros de Honor y personalidades de su séquito.

El Cardenal, que llevaba mitra y pastoral, era recibido con el triple grito de «¡ Viva el Papa! » y por entusiastas aclamaciones y aplausos de la muchedumbre, a la cual impartía su bendición.

También sonaron aplausos al paso de los Cardenales Gerlier, Roques, Gilroy, Spellman, de Gouveia, de Barros, Pla y Deniel, Frings, Guevara y Griffin.

Acompañaba al Cardenal la Misión, de la que forman parte los ilustrísimos y reverendísimos monseñores Enrico Dante, Prefecto de Ceremonias Apostólicas; Ángel Dell' Acqua, Subsecretario adjunto de la Sagrada Congregación de los AA. EE. SS.; Benito Riposati, Ordinario de Literatura Latina en la Universidad Católica de Milán; Maximino Romero de Lema, Rector de la Iglesia Española de Santa María de Montserrat, de Roma, los cuatro Prelados domésticos; José Calderari, Maestro de Ceremonias Pontificias; ilustrísimos señores Marqués Luis Nasalli Taffini d'Aceglia y Pedro Merillon, los dos Camareros Secretos supernumerarios de Capa y Espada; Comendador Tullio Gualdi, José Scachi y Víctor Veronese, todos ellos Camareros de Honor

Supernumerarios de Capa y Espada, y el Noble Carlos Álvarez de Castro, Guardia Noble Pontificio; además, el Comendador Flaiani, Camarero de Capa y Espada; el Gentilhombre Juan Bautista Tedeschini y el Secretario P. Ridolfi. El Cardenal Legado llevaba los preciosos ornamentos del siglo xv de la Real Capilla de la Diputación Provincial, bordados e historiados con el martirio de San Jorge, y escoltado por los Mozos de Escuadra.

El Purpurado saludaba a los Cardenales Pla y Deniel, Spellman, Griffin, Frings, Gouveia, Barros, Caggiano, Gerlier y Roques, que esperaban su llegada en lugar especial del lado del Evangelio; después, saludaba a S. E. el Jefe del Estado y a los miembros de su Gobierno.

Recibía también el homenaje de los 350 Obispos presentes y de la multitud del Clero.

A continuación, precedido por los Obispos, ascendía al gran altar que presidía la imagen de la Virgen de Montserrat, fastuosamente decorado de gladiolos escarlata. Le seguían los componentes del Comité Permanente de los Congresos, con los monseñores Vachon, Presidente; O'Hara y Le Couedic, Vicepresidente; el Secretario, Padre Missaglia, y el Tesorero, Masset.

En varias tribunas especiales, junto al altar, se hallaban los Príncipes reales y el Rey Humberto.

El Cardenal era asistido por los Canónigos reverendísimos Serra Puig, Decano, presbítero; Asistente Vilaseca, Diácono, y Faura, Subdiácono. El grito «¡ España por el Papa! » ha resonado cuando el Legado se paraba un poco levantando la mano con la cual bendecía, suscitando nuevos entusiasmos en la multitud, evaluada en cerca de un millón de personas. En efecto, a primera vista, había cerca de seiscientas mil personas, y otras doscientas mil se hallaban alrededor y detrás del altar; la gran avenida frente al mismo estaba a rebosar hasta perderse de vista a los límites donde, como una niebla, llegaba la mirada.

Se iniciaba el rito dirigido, con la perfección propia de los Maestros de Ceremonias Pontificias, por monseñor Calderari, ayudado por los «Ceremonieri» Salvador, Gordi y Ausió.

Al llegar al ofertorio, el Eminentísimo Cardenal Tedeschini pronunciaba una conmovedora

homilía. El representante del Papa comenzaba expresando la propia satisfacción por el maravilloso espectáculo que ofrecía a sus ojos una multitud de fieles que, con su presencia, daban pruebas palpables de su amor a Jesucristo Sacramentado. Ponía de relieve, después, la trascendente importancia de los Congresos Eucarísticos y de su resonancia en todo el orbe católico, ya que, a través de ellos, se pone en evidencia la entusiasta demostración de afecto al Papa de todos los católicos del mundo.

El Legado Pontificio no ha dejado de recordar la magnífica ceremonia de ordenación de los sacerdotes desarrollada el día anterior en el Estadio de Montjuich, y, a este respecto, ha subrayado como Cristo es conocido por los sacerdotes y religiosos, aparte de los misioneros que viajan a través del mundo predicando la fe del Señor, y también en donde los católicos sufren persecución y son abandonados y despreciados por todos, menos por Cristo.

El Cardenal Legado ha hecho referencia al ilimitado amor de los españoles por la Iglesia y por el Papa, ya que todos, sin excepción, lo han demostrado en este Congreso Eucarístico; subrayando, una vez más, el magnífico espectáculo presenciado por él en Montjuich para rendir homenaje y adorar a Cristo en la Eucaristía.

Después, Su Eminencia el Cardenal Legado decía:

«Humilde e insistentemente, con fe, os suplicamos, Señor, de concedernos tres gracias para el mundo entero, y ello en vista del espectro angustioso de conflictos demasiado claramente inminentes.

La primera: *da pacem Domine in diebus nostris*, y si el hombre se obstina, *fiat Pax in virtute tua*, Paz de Dios, la Paz que nosotros debemos anunciar a toda persona, y mayormente aún en este Congreso, como un don de Dios, que si no es aceptada retorna inexorablemente a Dios como emanada de Él. Vuestra Paz, que el mundo no posee, que no conoce y que no puede dar si no es con un nombre usurpado, que lleva en sí beneficios simulados y males sacrílegos. Paz: si en vuestra institución de la Misa y en vuestra propia palabra estará vuestro espíritu y deseo. Paz: si en la celebración de la Misa la sagrada liturgia se concentra en esta sola plegaria: *Dona nobis pacem*. ¿La aspiración a la Paz no será, por tanto, el voto Supremo del Congreso?

La segunda: la voluntad, la buena voluntad, que no sea solamente la voluntad escondida, sino de obtener la buena voluntad cantada por los

Angeles, y que, por ello, poquísimos la cantan.

La tercera: unión en Cristo; unión en los creyentes, unión en la Santa Iglesia, demasiado ofendida, demasiado incomprendida, demasiado abandonada: *ut unus sint sicut, Tu et Pater unus estis*. Ilumina, oh Señor, con la efusión del Espíritu Divino, los gobernantes, los responsables, los indecisos, los recalcitrantes, mediante el don precioso del Paracleto.

Confortad, oh Señor, a los desventurados, a los débiles, a los pusilánimes. Decid, aún: *confidete ego vici mundum*, y decid, también, las palabras del heroísmo humano: *Cesar em vehitis*.

Restableced, oh Señor, el sentido de la palabra, el contenido de las ideas, falso lo uno y lo otro, sometidos a intereses particulares. Que el mundo Os escuche: Vos, y no la mentira. Que Os sigan de manera indudable; Vos, que sois la Verdad.»

Evocando, asimismo, el prodigio de Pentecostés, Su Eminencia recordaba el fuego divino que fué comunicado a los Apóstoles, y concluía: «Este fuego os ha hecho venir aquí, y este Congreso, ¿no es tal vez la más bella llama de este incendio? Andad, después, carísimos congresistas, comunicad el fuego a todas las almas de los hijos de Dios, como hicieron los Apóstoles, como hizo Pablo, como hizo María, Reina del Sacramento. El mundo gélido se calentará al calor de Cristo, y nosotros veremos surgir lo que le falta: el Amor.»

Cantado el Credo, Su Eminencia volvía al altar, mientras el Jefe del Estado descendía de su sitial y leía, de rodillas ante el altar, el acto de consagración de España a Jesús Sacramentado. (El texto va inserto íntegro en la Crónica barcelonesa.)

La ceremonia proseguía con los solemnes cantos religiosos, y, a su término, el Legado del Papa impartía la bendición pontificia a todos los fieles, que la recibían de rodillas y en una atmósfera de profundísima devoción.

Los presentes han cantado después el himno del Congreso como final. Pero el Legado, para el regreso, ha tenido que recorrer cerca de un kilómetro a pie entre dos alas de fieles que aplaudían entre renovados gritos de «Viva el Papa». El servicio de orden ha realizado denodados esfuerzos para contener la presión de la multitud.

El altar en el cual se ha celebrado la Misa ha sido construído expresamente por tres arquitectos barceloneses. Da la impresión, visto a distancia, de una nave que provenga de alta mar, coronada por una cruz de 35 metros de alto.

La preparación del gran cortejo

Por la tarde, desde las primeras horas, millares y millares de personas, en cantidad tal que es imposible calcular, pero muy superior al millón, han ido concentrándose a ambos lados de los cuatro kilómetros que era el recorrido de la procesión con la Custodia de Toledo.

El solemne cortejo se ha formado en la Iglesia de Montesión, y más tarde, por las diversas vías que desembocan en la avenida del Generalísimo Franco, se han reunido las diversas columnas con las autoridades, asociaciones religiosas, y, por último, frente al altar monumental en la plaza de Pío XII, el Gobierno español con el Caudillo al frente.

La jornada de ayer ha sido verdaderamente de intensa emoción.

Un sol implacable obligaba a los fieles a un verdadero sacrificio, los cuales han estado por la mañana durante muchas horas parados y de pie, y han tenido que efectuar el regreso, después, a sus domicilios o albergues mediante larguísimas desviaciones por otras calles. Pero nadie recordaba las molestias de la mañana cuando se ha tratado de iniciar la procesión.

Después de un brevísimo descanso, todos los fieles presentes en Barcelona han recobrado las fuerzas, y de nuevo se encontraban por las calles para asistir al grandioso epílogo de estas jornadas, o sea a la solemne procesión eucarística que llevaba a Jesús Sacramentado, y para escuchar la alocución del Cardenal Legado y la retransmisión por la Radio Vaticana del Mensaje que Su Santidad ha enviado a los congresistas y a todos los hombres de buena voluntad.

La brisa mediterránea contribuía al éxito de este solemne acto. Unas ligeras nubes surcaban el cielo cálido.

Los barceloneses y los españoles todos tienen sobrados motivos para sentirse plenamente satisfechos y legítimamente orgullosos por el espléndido resultado de este XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Ha sido una magnífica demostración de fe en Dios y de voluntad de Paz.

Barcelona nunca ha estado tan hermosa.

La radio española ha comentado con simpatía este grandioso acontecimiento: «Ni el color de la piel, ni la variedad de confesiones, ni la particularidad de las lenguas varias, ni la multitud de forasteros, ni la singularidad de los individuos, nada de todo esto ha podido hacernos sentir divididos y quebrar la bella comunión de las almas del Orbe católico en la grandeza de la Iglesia».

Y estos sentimientos traducen su manifestación externa cuando se considera como se apretujaba la gente alrededor del automóvil portador de la bandera pontificia, cuando, terminadas las ceremonias, el Cardenal Tedeschini pasaba por las calles. ¡Cuánta gente se acercaba al automóvil para saludar al Cardenal! ¡Y cómo por esta atmósfera, en los ojos del Cardenal Legado se notaba la inmensa satisfacción, la viva felicidad que probaba verdaderamente los sentimientos de amor al Papa de esta España tan llena de amor y de devoción a la Iglesia!

La imponente procesión «Apotheosis Eucarística»

La procesión empezaba con millares y millares de clérigos de todas las diócesis españolas que representaban.

Seguían, después, los Canónigos de todas las Catedrales de España, cerca de diez mil sacerdotes, y a continuación, llevado por el clero, el carruaje sobre el cual se mostraba el famoso e imponente ostensorio de oro macizo y millares de piedras preciosas, la ya referida «Custodia de Toledo». La rodeaban sacerdotes y diáconos ordenados el día anterior; la base del ostensorio descansaba sobre una enorme peana de gardenias. Impresionante era el silencio absoluto al paso de la Santísima Eucaristía entre un gentío tan dispar y multiforme.

Inmediatamente, detrás del ostensorio, seguían el Cardenal Legado y los otros Cardenales. Venían a continuación los miembros de la Misión Pontificia; luego también los miembros del Comité Ejecutivo del Congreso, monseñor Vachon, Presidente del Comité de los Congresos Eucarísticos Internacionales, y monseñor Modrego, Obispo de Barcelona, alma de este Congreso.

En lugar de honor seguía la bandera de España, ante la cual la multitud, firme y cuadrada, hacía una breve inclinación con la cabeza.

La procesión efectuaba su curso hacia la plaza de Pío XII. Nadie deseaba abandonar su sitio; no tenía importancia un mayor sacrificio aún.

A lo largo de los tres kilómetros de la avenida del Generalísimo, el Eminentísimo Cardenal Tedeschini, vestido de blanco y con la cabeza descubierta, ha sido seguido por ocho Cardenales; Su Eminencia Pla y Deniel, de Toledo; De Barros Camara, de Río de Janeiro; Roques, de Rennes; De Gouveia, de Mozambique; Caggiano, de Rosario; Gilroy, de Sidney; Guevara, de Lima, y Spellman, de Nueva York.

El larguísimo cortejo ofrecía un golpe de vista sugestivo de colores, entre los cuales se destacaban el blanco, el violeta y el escarlata de los eclesiásticos de todos los rangos, que eran portadores de grandes cirios.

El carruaje del Santísimo avanzaba lentamente entre una nube de incienso. Cerca de 500 metros antes de la plaza de Pío XII, el Generalísimo Franco y los miembros de su Gobierno se unían a la procesión que, llegada a la plaza, se ordenaba ante la Cruz monumental.

Parecía que en este momento en Barcelona estuviese concentrada toda la fe del mundo. Once Cardenales, trescientos Obispos, quince mil sacerdotes y más de cuatrocientos mil fieles procedentes de los cuatro puntos cardinales, se han concentrado para adorar a Dios en el Sacramento de la Eucaristía y para manifestar su voluntad de paz.

En el instante supremo resonaban las estrofas del himno del Congreso, cantado con verdadera emoción por aquella infinita multitud de fieles recogidos alrededor del Sagrado Corazón de Jesús, presente en el Santísimo Sacramento.

Mientras la banda militar interpretaba el himno nacional, las Sagradas especies, que habían sido traídas por la «Custodia de Toledo», eran reunidas en el ara del monumental Altar para ser depositadas en la «Custodia de Barcelona», de plata dorada, que conserva el recuerdo de muchos siglos de veneración por parte del pueblo barcelonés.

El Eminentísimo Cardenal Legado, acompañado por los Prelados asistentes, ascendía al Altar, pos-trándose para rezar.

Incensado el Santísimo Sacramento, el Cardenal Legado entona en este momento el *Te Deum* para agradecer a Dios la feliz conclusión de este XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Después del *Tantum Ergo*, mientras una sección de la banda militar interpretaba los primeros compases del himno nacional español, Su Eminencia el Cardenal Tedeschini se disponía a dar la bendición, con el Santísimo Sacramento, a la ciudad de Barcelona, a España, al mundo católico.

Profundo es el silencio de la muchedumbre que cubre literalmente toda la plaza de Pío XII y toda la avenida del Generalísimo Franco.

La Hostia consagrada trazaba las tres cruces en el cielo, bendiciendo a la multitud congregada en todas partes del mundo.

Terminada la bendición del Cardenal Tedeschini, he aquí la voz de la Radio Vaticana.

La palabra del Papa, clara e incisiva, era escuchada en un silencio profundamente religioso; luego, apenas terminado el augusto mensaje, la muchedumbre ha prorumpido en un único grito, unánime, interminable. Todo el afecto, la adhesión, el fervor del pueblo cristiano ha estallado en un huracán de aplausos increíble e indescribible. La emoción y el entusiasmo prendían en el corazón de todos.

Entretanto, el Legado Pontificio, con la capa pluvial, con la preciosa mitra y con el pastoral en la mano izquierda, se inclinaba ante el Altar, al Jefe del Estado y a los Cardenales que ocupaban, al uno y otro lado, las dos tribunas junto al presbiterio, y descendía la escalinata del Altar monumental seguido por la Misión y por los guardias de corps.

De todas partes se escuchaban gritos de viva el Papa, a la Iglesia, a la España Católica.

Y de este modo, entonándose nuevamente el himno de este XXXV Congreso Eucarístico Internacional, además del himno del otro Congreso Eucarístico español del lejano 1911, celebrado en Madrid, con el fervor de todos los corazones, con las aclamaciones incesantes nacidas en cada pecho, terminaba en la solemnidad de la noche el Congreso Internacional de Barcelona.

La clausura de las Sesiones de Estudio

En la tarde del sábado Su Eminencia el Cardenal Tedeschini ha recibido, en su Residencia, el Ministro de Trabajo, señor Girón; de Marina, señor Moreno; el Secretario del Movimiento, señor Cuesta, y se ha dirigido, luego, a presenciar la conclusión de las sesiones de estudio en la Universidad, donde se encontraban presentes los Eminentísimos Pla y Deniel y de Barros Camara, el Nuncio, monseñor Cicognani, monseñor Vachon, varios Ministros, representantes provinciales y municipales y numerosas personalidades.

El Aula Magna estaba adornada con cien tapices, reproduciendo el escudo pontificio, del Cardenal Legado, de España, del Obispo de Barcelona, de las Diócesis, provincias y ciudades de toda España.

El comendador Santiago Udina, Presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica en el Congreso, después de haber revelado el fervor de homenaje universal a la Eucaristía, formulaba el voto a fin de que la unión de todos los consagrados en el amor de Cristo favorezca la íntima comprensión entre los católicos de todo el mundo. El

Académico señor Pemán remarcaba los valores que se ponen en evidencia durante los Congresos eucarísticos y sus deberes. Grandes aplausos acogían las alusiones a los países perseguidos. Don Esteban Bilbao, Presidente de las Cortes, exaltaba a continuación la íntima unión entre la Eucaristía y el Pontificado y la guerra, recordando la obra de los Papas por la Paz; el arbitraje de León XIII por las Carolinas; Pío X, que ofrecía la vida en el comienzo de la primera guerra mundial; Benedicto XV, que propugnaba la reducción de los armamentos; Pío XI, con sus intervenciones y exhortaciones, y el actual Sumo Pontífice, que siempre se ha levantado contra los horrores de la guerra y ha hecho continuos llamamientos por la Paz, prodigándose, por otra parte, con todos los medios a su alcance, para atenuar las desgraciadas consecuencias del último monstruoso conflicto.

El Cardenal Legado repetía que el entusiasmo y el fervor son tan excepcionales, que crecen de día en día, y quien no esté presente difícilmente podrá creerlo. Exhortaba, asimismo, a la unión, y exaltaba la catolicidad de España, que refulge por el Concilio de Trento en las Indias, como hoy en este Congreso, del que hablará el Papa dentro unos días, y del cual espera surjan grandes dones y frutos para la humanidad.

En las sesiones italianas de estudio ha pronunciado el discurso de clausura el On. Andreotti, sobre el tema: «Misión de Italia en la concordia de los pueblos».

En otra reunión que tuvo lugar en el Palacio de la Música, se celebraba la clausura de un certamen poético de exaltación de la Eucaristía, proclamándose el ganador.

En la plaza del Universo, a la caída de la tarde, ha tenido lugar un grandioso concierto, mientras a las 22, en la explanada del Templo de la Sagrada Familia, se celebraba un festival folklórico.

Al margen del Congreso, se ha clausurado, entretanto, la primera conferencia de la Comisión Católica Internacional para las Emigraciones, en la cual han participado treinta y cinco países.

La Misa de Acción de Gracias en Montserrat

Hoy, en el célebre Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, Patrona espiritual del Congreso, con la intervención del Eminentísimo Cardenal Tedeschini, se ha celebrado una solemne función de acción de gracias, y, asimismo, según

costumbre de los Congresos Eucarísticos Internacionales, una misa en sufragio de los difuntos, y otra misa por todos los que, por amar y defender la verdad de Cristo, sufren en las cárceles del dolor y del silencio.

Todo el mundo ha sabido que el Cardenal Mindszenty, el insigne y eminente Purpurado encarcelado, es miembro de honor de este Congreso Eucarístico Internacional. Ha sido, en efecto, un momento emocionante cuando en el Pontifical de la mañana de ayer, a los pies de la Virgen de la Merced, Patrona de Barcelona, un grupo de peregrinos húngaros en exilio se acercaba devota y lentamente al altar de la plaza monumental de Pío XII, llevando, en lugar de una bandera, un escudo con los emblemas pontificios, y de otro, con los del Cardenal Mydszenty, que dejaban depositados en la tribuna de los Cardenales, en la explanada central del altar monumental.

En aquel momento, el público que llenaba la plaza de Pío XII y todas las calles adyacentes que desembocan en la avenida del Caudillo, escenario principal de los actos culminantes del Congreso, no ha podido contener las lágrimas, y ha elevado silenciosamente una plegaria a la Virgen de la Merced, pidiéndole, no sólo la liberación del Cardenal Mindszenty, sino, también, la próxima liberación de todos los católicos que padecen injustamente en las cárceles y en todos los países situados detrás del telón de acero.

La grandiosidad de la manifestación religiosa de Barcelona, lo que significa y lo que pueden espiritualmente los Congresos Eucarísticos, más que la multitud de peregrinos venidos para celebrarlo, más aún que su conmovedora piedad, nos lo revela la furibunda reacción comunista, sus mentiras y sus insultos.

Prensa y radio kominformista, obedeciendo las mismas órdenes y los mismos temas, denunciaban el Congreso como una asamblea de guerra.

Los comunistas de todo el mundo deben creer que las funciones sagradas, las Horas de Adoración, las Homilias, las Santas Comuniones generales, las Procesiones que han transformado una ciudad entera en un templo y en una tribuna para propagar el tema: «La Eucaristía y la Paz». La Eucaristía por la Paz, la Paz en la Eucaristía, no ha sido otra cosa que una burda maniobra de preparación y de ensayo para una guerra. Y ello, por las mismas razones que los comunistas de cada país deben de estar persuadidos como las celebraciones anuales de la revolución de octubre, con sus discursos y sus mariscales, sus carros armados y sus paradas de Moscú, donde la ciu-

dad se convierte en cuartel y en plaza de armas, atenta toda al tema: «El ejército comunista es el más potente del mundo», no son otra cosa que reuniones, ejercicios y exhortaciones a favor de la paz.

Para sostener la monstruosa paradoja se inventan «bendiciones especiales», peregrinos «criminales de guerra» y Cardenales «responsables del empleo del arma bacteriológica en Corea»; y el piadoso y civil tema del Congreso se convierte en «convencer a la masa que su misión en la tierra consiste en servir de carne de cañón para los imperialistas norteamericanos, para los adoradores del Dios-dólar». Y ello se va repitiendo, mientras los peregrinos de Barcelona piden a Jesús-Eucaristía que los horrores de una nueva guerra sean ahorrados a las masas; que les conforte la Paz perenne, que incluso cesen también las únicas guerras aun en marcha, que se sirven de estas masas como carne de cañón, guerras declaradas y dirigidas por regímenes comunistas. Y mientras se va proclamando eso, el Papa pronunciaba un tan paternal Mensaje como si fuese verdaderamente nacido en el íntimo secreto también de una sola conciencia, en el más profundo palpitar de una sola alma; allí, en las pasadas jornadas de fe y de plegaria, si no hubiese brotado un sentimiento de paz, ante el Príncipe de la Paz, la palabra del Vicario de este pacífico Rey, nos hubiera desilusionado el pensamiento, frus-

trados los propósitos, dispersas las tentaciones de violencia fratricida.

Los enemigos de Cristo muestran nuevamente el irresistible triunfo de Él, su conquista incesante de los corazones, sobre todo de los humildes, de las «masas»; nos señalan la fe de los pueblos en el testamento de «Su Paz», fe que una Paz no Suya, declamada mientras se combate, no es válida. Se revelan con la rabiosa irrupción de sus ataques.

Si fuera verdad, si estuviera patente lo que estos negadores de Dios van denunciando tan clamorosamente, no levantarían tantos comentarios. La verdad incontestable tiene una insuperada elocuencia hecha de silencio, que es el grito de las cosas: sobre todo no recurre a la calumnia, que es la confesión rabiosa de toda ruina moral; no atestigua, incluso con ímpetu de infierno, que el XXXV Congreso Eucarístico — esta solemne llamada de Jesús como testimonio de la sinceridad de los principios y de los propósitos de Paz de cuantos creen en Él y obedecen a sus mandamientos supremos — adopta el significado y el presagio de una nueva página de la historia de la Iglesia; perseguida y victoriosa, tanto más combatida cuanto más fuerte: carroza que pasa entre el odio de las guerras frías y los estragos de las de fuego, custodiando, ella sola, en el Tabernáculo, no sólo a Dios salvador, sino, también, el cristiano Palacio de la paz y de la civilización.

Después del XXXV Congreso Eucarístico

El Cardenal Tedeschini en el Santuario de Montserrat

Barcelona, 3.

La atmósfera de espiritualidad que respira nuestra patria, el retorno a la fe de nuestros mayores, han sido, sin duda alguna, uno de los pilares sobre el cual se ha apoyado el extraordinario éxito del Congreso Eucarístico Internacional.

El mundo, en la persona de los millares de extranjeros que han sido huéspedes de Barcelona durante estos días, ha podido contemplar el milagro del resurgimiento de un pueblo y el temple constructivo de una raza.

El Congreso Eucarístico Internacional ha reunido una serie de jornadas que jamás se apartarán del corazón de los que por estos días se hallaban en Barcelona, o han seguido el desarrollo

de las diversas ceremonias eucarísticas a través de las estaciones de radio que las han retransmitido.

Con las españolas han sido muchas las estaciones extranjeras que aquí han estado representadas, las cuales han informado al mundo por medio de las varias instalaciones puestas a su disposición por Radio Nacional de España.

La devoción y la piedad han sido las características específicas de todos estos días. Antes aún de que terminaran las ceremonias ha sido muy difícil contener el entusiasmo de la multitud, especialmente alrededor de la persona del Cardenal Legado, que ha quedado conmovido íntimamente de tan sincero y unánime tributo de fidelidad y afecto a la Cátedra de Pedro y a la Iglesia.

En la clausura del grandioso XXXV Congreso Eucarístico Internacional, S. E. el Arzobispo de Ottawa y Presidente del Comité Directivo de los

Congresos Eucarísticos Internacionales, monseñor Vachon, ha declarado hoy que la organización del XXXV Congreso Eucarístico de Barcelona ha sido perfecta, gracias, también, a la solicitud del Obispo de esta Diócesis.

Monseñor Vachon ha añadido, también, que se halla muy impresionado por la piedad y la religiosidad de tantos fieles presentes.

El Alcalde de Barcelona, en el curso de una entrevista especial con un redactor de Radio Nacional de España, ha exaltado las pruebas de patriotismo, de dignidad ciudadana y de fervor religioso que ha demostrado la ciudad.

La Conferencia Internacional de la Caridad

Como habíamos ya anunciado en ocasión del Congreso, ha tenido lugar en esta ciudad la primera Conferencia Internacional por la Caridad, los Refugiados y los Emigrantes, en la cual han tomado parte doscientos delegados de veintidós países.

Las sesiones de esta conferencia han consistido en un ciclo de exhortaciones y de estudio de diversos problemas, como la carencia de viviendas, la superpoblación de Europa, la escasez de alimentos y el problema de los refugiados.

Los trabajos de la Sección italiana

Italia ha sido representada en el Congreso por un numeroso elenco de peregrinos, que se han reunido en sus sesiones particulares, en los cuales han tomado la palabra varios miembros del Comité nacional: El On. Paolo Emilio Taviani, sobre el tema «El iris de la paz sobre la familia de las gentes»; la doctora Carmela Rossi, «El Iris sobre la Eucaristía en el hogar»; el reverendo don Giuseppe Gemellaro, sobre «La Eucaristía, fermento pacificador del mundo social»; el reverendo P. Raimondo Spiazzi, sobre «El Sacramento de la unidad eclesial»; Su Eminencia monseñor Giovanni Urbani, sobre «Nuestra Señora del Santísimo Sacramento Regina Pacis», y, por último, el On. Giulio Andreotti, sobre «La misión de Italia en la concordia de los pueblos». Las reuniones, que han tenido lugar en el salón de honor del Seminario Conciliar, lo han sido con un éxito total.

En la mañana de ayer, ante la veneradísima imagen de la Virgen de Montserrat, en el Santuario que se levanta en la montaña, a 80 kilómetros

de la ciudad, se ha celebrado una misa de acción de gracias, y una en sufragio por los difuntos. Su Eminencia el Cardenal Tedeschini, que, repetidamente llamado al balcón por la multitud, tuvo que asomarse incluso a las dos de la madrugada, llegaba por la mañana al Santuario, donde fué recibido por el reverendísimo Abad Dom Escarré, por el Nuncio Apostólico y por un grupo de personalidades, entre las cuales se encontraban Su Eminencia el Cardenal Caggiano, el Ministro señor Giménez, l'On. Andreotti, el señor Marqués de Castell-Florite y algunos Obispos de Pontifical.

El Cardenal asistía a la misa, después impartía a la multitud que llenaba la Basílica su bendición en la indulgencia plenaria; luego se dirigía a venerar la imagen de la Virgen, acompañado del reverendísimo Abad y de los monjes benedictinos.

Al término de la función, el Purpurado expresaba su complacencia por las grandes manifestaciones de fe presenciadas, recordando la fidelidad de los monjes benedictinos, custodios del Santuario, rindiendo homenaje a su fundador, el Patriarca San Benito, el último noble de la antigua Roma.

Al regresar entre aclamaciones a su residencia de la ciudad, el Cardenal era objeto de otras manifestaciones de afecto por parte de la muchedumbre que se mantenía de pie ante el Palacio Nacional. Se asomó a bendecir, y luego recibía el homenaje del Alcalde, que ofrecía un artístico cáliz esmaltado y grabado con los símbolos eucarísticos, obra de la Escuela Municipal de Artesanía Massana.

Salida del Legado Pontificio

El Legado de S. S. en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional partió ayer de Barcelona a las 20.12, en dirección a Salamanca.

Su Eminencia el Cardenal Tedeschini fué saludado en la estación por los Cardenales Pla y Deniel y Caggiano, por los Ministros de la Gobernación, Marina y Educación Nacional, por el Obispo de Barcelona, por el Jefe de Ceremonial, por el Ayudante del Gobernador militar, por el Com. Udina, Presidente de la Junta Central de Acción Católica, y por muchos Prelados, además de una gran multitud dispuesta a ambos lados del convoy ferroviario.

Una compañía militar rendía los honores al Cardenal Legado, mientras una banda militar interpretaba los himnos pontificio y español.

Su Eminencia Tedeschini subía después al coche ferroviario especial, y, al asomarse a la ventanilla, se renovaban las manifestaciones de afecto a Su Santidad y a su representante.

Inmensas e incesantes han sido las aclamacio-

nes de los fieles cuando el tren ha iniciado su marcha a Salamanca.

Antes de su partida, el Cardenal Legado rogaba a los periodistas reafirmaran su gratitud al pueblo de Barcelona y congresistas.

La Eucaristía como fundamento de paz, de buena voluntad y de unión

Resumen de la homilía de Su Eminencia el Cardenal Tedeschini

En el número del 5 de junio publicaba el periódico :

Damos un resumen de la homilía pronunciada por Su Eminencia el Cardenal Legado Pontificio en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. La homilía, como ya se ha publicado, fué pronunciada antes del Ofertorio durante el solemne Pontifical celebrado el 1.º del corriente mes en la plaza de Pío XII, en presencia de una grandiosa multitud.

El Cardenal ha iniciado su parlamento estableciendo la profunda unión que, en ocasión del Congreso, liga Roma y Barcelona; Barcelona ha acogido, como hizo Roma, las multitudes de peregrinos que en el Año Santo se reunieron en la Ciudad Eterna, en testimonio de una fe que durante veinte siglos ha hallado los modos más diversos por manifestarse y afirmarse. De las catacumbas a los Congresos eucarísticos, el camino de la fe ha sido un camino triunfal; los pueblos han sentido siempre y aun sienten el ansia de la unidad — unidad que sólo la Eucaristía puede dar. Desde tal punto de vista se deben juzgar esas reuniones, en las que el artista, el científico, el político, se arrodillan para adorar a Cristo.

Pero ciencias, artes, política — ha continuado el Eminentísimo orador —, ¿qué son ante la Eucaristía, ante el Congreso que la honra, ante el Congreso que busca en ella todo amor y toda gracia? ¿Y qué es más grande que la verdad por esencia, que la gracia que proviene de la fuente inexhausta, de la propia divinidad que viene a nosotros, hecha diminuta para animarnos, pero restando siempre infinita para tener en un Congreso de todos el homenaje más adecuado?

Un Congreso de rodillas

He aquí el porqué todos se arrodillan. ¿Quién vió nunca un Congreso de rodillas? Nosotros lo vemos. Helo aquí.

Esta plaza, felizmente dedicada al nombre del inmortal Vicario de Cristo, hoy es un monumento; pero quedará monumento imperecedero del homenaje que España y el mundo sano rinden a la Eucaristía.

¡Y éste es el Congreso de Dios! De otra parte, ¿qué podemos hacer nosotros hacia Dios, sino recordarlo, sino honrarlo?

Y si alguna cosa queremos de Él tener presente, ¿qué encontraremos más bella, más alta, más divina, que la Eucaristía?

Pero, ¿qué nos resta de Cristo? Decía San Francisco: Una Hostia y un sacerdote. La Hostia Consagrada a Cristo. La palabra del sacerdote, que es la de Cristo.

He aquí, por tanto, el Congreso. He aquí, no una idea, no otro Congreso, sino una realidad, una realidad viva: la Hostia.

He aquí presente a Cristo, y presentes sus ministros y presente también el Papa.

He aquí una plaza y un altar con el nombre del Papa y centrado en Cristo. Y he aquí el homenaje que a Cristo rinde Barcelona; el esplendor de una preparación, de una acogida, de una solemnidad que la tierra, ni por corazón ni por fasto, igualará.

Gloria, por tanto, a Cristo, y felices nosotros que lo vemos. Pueblo de adoradores, yo te admiro. No vi nunca creyentes, ni entusiastas, ni enamorados más ardientes.

¡Y lo sois elevándoos! ¿Quién de vosotros permanece al nivel de la tierra? ¿Quién de vosotros, contento y limitado por la razón, se enorgullece de la razón? ¡Ninguno!

Todo en nosotros es misterio. Pero, ¿qué misterio supera el que en vez de alejarnos nos tiene aquí, con tanta unanimidad, reunidos? Misterio de fe y profundidad divina. Grande e inexcrutable es el misterio de la Natividad. Grande e insuperable es el misterio de la Pasión y de la adorable muerte del Señor. Grande y admirable es el misterio de la Resurrección. No menos admirable y no menos sublime para nosotros que el misterio de la Ascensión. ¡Sublime, consola-

dor, y que inunda de influjos celestiales, es el misterio de esta jornada, la Pentecostés!

Pero la Natividad debía mostrarse también, y mostrarse igualmente misteriosa, por treinta y tres años. Pero la pasión y la muerte debían ser conquistadas y superadas por la consiguiente Resurrección.

Pero la Resurrección, misterio de potencia y de dominio también sobre la muerte, debía de cesar de aparecer misterio: se rendía visible.

Pero la Ascensión, misterio de increíble sublimidad, lo es porque eleva el Cuerpo de Cristo hasta los Cielos. ¡Por otra parte, casi es más maravilloso para un Dios el descender y humillarse hasta nuestra nulidad!

Pero la de Pentecostés, portento de efusión de Dios sobre las criaturas, no superada por aquel Dios que también permaneció oculto en nuestras almas, ¿no envió a la tierra el Espíritu Paráclito?

Poned, sí; poned las manos en las llagas. Metedlas en los agujeros de los claros. Y no ser incrédulo, sino creyente. Es una buena lección de Cristo a Tomás.

Y después, amonestándolo por haber perdido así tan buena oportunidad para afirmar la fe: «¡Beatos — decía Cristo — los que no vieron y sin embargo creyeron!

No vieron, y sin embargo creyeron. He aquí vosotros; he aquí vuestro elogio, ¡oh hermanos!

Una misteriosa competición se ha visto y un instructivo esfuerzo se ha contemplado en todos los misterios.

Contienda entre el hombre y Dios en el amor

Mirad la contienda entre la Eucaristía y la Encarnación. Contienda entre Dios y el hombre; entre Dios y el hombre incluso sabiendo Dios la fragilidad del hombre, y cómo no puede el hombre competir mínimamente con Él: entre Dios y el hombre, cuando el hombre osa iniciar tal esfuerzo, no puede hacerlo sino confiando en la fuerza sobrehumana de la fe.

Contienda con Dios en la anulación y en el humillarse; en el desaparecer y en asumir un aspecto tan contrario y humanamente desproporcionado a la naturaleza de Dios y a la misma apariencia del hombre. Y esfuerzo incluso en el hombre en el reconocerlo, en el verlo de nuevo, en el amarlo no solamente como Dios, y tanto más como Dios humanizado; y en decirle, como Juan: *Dominus est!*, en el postrarse, no obstante todo, ante Él, e incluso en el adorarlo con toda la ple-

nitud del alma, antes de verle operar milagros, y sólo porque conoce por fe que *Dominus est!*

Competir con Dios en el presentarse, no sólo como hombre, sino también como sólo pan, al hombre que nunca, de los dones preciosos descendidos del cielo en pleno desierto, como símbolo del futuro pan que debía descender a nosotros del cielo en el desierto del mundo, había contemplado; mas, por el contrario, había emitido altos lamentos, lamentos de un pueblo entero, protestando a un Dios de aquel manjar tan fino y ligero que le era desagradable.

Y lucha en el hombre; en el hombre nuevo revestido de fe y por la fe transformado, en el remontarse al de sobre de toda apariencia y en el de perseverar en el creer firmísimamente en las creadoras y transubstanciales palabras de Cristo; esto, esto mismo, como dice el arameo *hoc ipsum*, es el cuerpo mío.

Cuánta y cuánta magnífica fe. Qué insuperable adhesión, inmediata e inconcusa del hombre en la palabra de Dios. Qué progreso en el hombre y qué inconcebible elevación la suya, de un ser tan vil hasta un ser que ve el cielo.

Esfuerzo de un Dios en asumir una ubicuidad y una multiplicidad y frecuencia y abundancia que podrá tal vez ser habitual y tan corriente de arriesgarse casi en vulgaridad, y vulgaridad que no pudiera humillar un Dios; la vulgaridad de reducirse incluso a una hoja de pasta, de la cual ni el famélico hace caso y de darse una apariencia casi despreciable y como indigna de tanta pretensión.

¡Oh, cómo y cuánta voluntad en Dios y rivalidad en descender! Y el hombre, casi por amorosa reacción, firme en su inconcusa sumisión en la divina y absoluta credulidad de la fe, y fuerte y obstinado y feliz en el obstinarse en decidirle a Cristo, como Pedro, en cada lugar, en cada exceso de presencia y en cada miseria y pobre y microscópica píxide. ¡Tú, tú sólo eres el Hijo de Dios vivo!

Competencia en Dios, en el presentarse a la obediencia del hombre, de un hombre, de cualquier hombre, cuando sea revestido de una ordenación sacerdotal; en el descender al instante y sin titubeos ni duda entre las manos de ese hombre, entre las manos de todos los párrocos; entre los dedos de todos los quince mil que yo tengo enfrente; de todos los que permanecen en sus pobres casas entre sus amados fieles. Y esto, todos los días, y en todo el mundo, en todas las pequeñas aldeas, en todos los oratorios más desconocidos; y esto, no en una sola Hostia que, por excepcional gracia,

puede ser permitida a cada sacerdote, sino en cuantas Hostias el clérigo quiera consagrar, y si tal fuese su presunción, en todos los panes que se fabrican con todo el grano de Castilla, con todo el inextinguible trigo desparramado por el mundo.

¡Dios mío, qué misterio! ¡Dios mío, qué abismo de misterios! ¡Dios mío, qué inmenso piélagos de favores!

Misterio, también, en esto, más grande que la Encarnación, porque la encarnación renueva y multiplica y extiende siempre.

¡Misterio que parece oponer a nuestra total creencia, verdaderamente, los más grandes y los más serios obstáculos!

¡Misterio, finalmente, que, a los ojos de cada hombre, debería aparecer, tal como a los ojos de Dios aparece! ¡Demasiado, sí; demasiado!

Y ello, no obstante, maravilla para nosotros casi más grande es el de ver el hombre no osado de elevar los ojos a la imperceptible Hostia, y con la humildad propia sólo de quien se siente pecador, repetir con toda veneración y confianza: *Te adoro devote, latens Deitas*. Y decir esto no menos cuando el hombre está solo, ignorado, en la visita que nadie nota, al Tabernáculo abandonado, que cuando la humanidad asume la solemnidad de una procesión de toda una ciudad en la fiesta del *Corpus Domini*; y proclamarlo y profesarlo con la más estupenda unanimidad en la inmensa multitud de millones de personas, como en Fátima, primero, y como aquí, en este momento, y no alejarse nunca, nunca, de esa simple afirmación y sin pretensión alguna: Éste, éste es mi Cuerpo; y adorarlo y ofrecerle todo esto millones de hombres, el culto ardiente, el culto propio y el del universo; y vivir por ello y correr todos directamente a eso, no a una invitación, sino a una orden: ¡Venid, tomad; venid y comed! ¡Venid! ¡Y si no bebéis y si no coméis, no tendréis la vida!

¡La vida, sí; la vida nuestra es ésta; y con ella la alegría, la felicidad y todo!

Los pobres judíos, después de oír un discurso tan extraño, rodearon por las espaldas al Divino Maestro. Pero el Maestro no se impresionó. ¡Todo lo contrario! Y tomando Él mismo, con autoridad y seguridad, la iniciativa: «Queréis volver atrás, también vosotros?», preguntó a los discípulos. «¡No, nunca! — ellos respondieron —. ¿A quién iremos?» Estas vuestras, estas solamente son las palabras de la vida eterna. Bella actitud la de estos bravos pescadores; no tenían aún la fe, pero tenían inconcusa la seguridad, la certeza, la confianza.

Y vosotros la comprobáis, ¡oh carísimos Congresistas!, y mejor que aquellos discípulos. Vosotros que creéis en las palabras de Cristo como si fuesen a vosotros dirigidas, y en este mismo momento; vosotros que creéis en la inmovilidad de la fe de Pedro, de Juan, y también del mismo Pablo, el perseguidor, que nos enseña cómo se debe creer; él, que instruido por la revelación de Cristo (y nosotros la tenemos toda, no menos que Pablo), corre a anunciar la Eucaristía a Roma, a España, a todas las gentes.

La «*fractio panis*» de Cristo

¿De qué proviene, amados Congresistas, todo el fervor, todo el entusiasmo, toda la estupenda solemnidad de este Congreso? ¿De qué proviene que en esta hora todos los ojos del mundo estén sobre la plaza de Pío XII; y no los ojos, y no solamente la atención, sino el corazón, sino la voluntad, sino la adoración de todo el mundo, concentrado en este mar de gente como en la hora de la elevación, y fijos sobre este altar de Dios, que es el altar de España y de Barcelona; y todos, condensados en esta plaza, la más soberbia de la tierra, e incapaz de contener más que las personas y los afectos? ¡Todos, todos aglutinados aquí en una pequeña y casi invisible Hostia, que el viento puede hacer volar, pero que para nosotros pesa como la autoridad de Dios!

Y si esta Hostia, esta humilde Hostia, la consagrarse el último de los sacerdotes; si ese último puede ser en vosotros como una dignidad angélica; y si esta Hostia fuese transubstanciada no por el último, sino por el más indigno, y también por el más Judas del mundo, no importa. La palabra del consagrante es siempre la palabra del instituyente, como será siempre la de la Última Cena, resonante aquí, y por todas partes y por todos los siglos: ¡Éste es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre! ¡Venid, y comed!

¡Oh! la *fractio panis*, el reparto que hace el padre de familia del pan de su trabajo, de sus sudores, de sus afectos familiares, a sus queridos hijos hambrientos, ¡qué significado ha conquistado! La nobleza inherente en el pan y la dignidad inherente en el trabajo han sido ensalzadas a la aristocracia de la fe; a representar la distribución del propio Cuerpo Divino. Y, ¿qué dije a representar? A ser el Cuerpo mismo, la Sangre idéntica a la de Dios humanizado, con su alma, con su divinidad, con su muerte.

¡Oh! la *fractio panis* de Cristo, cómo difiere

de la *fractio panis* solamente humana, penosa ésta y fuente, a veces, de odios y de rencores. ¿Qué le falta? Una palabra del sacerdote; y faltándole, el pan queda pan, y queda pan del trabajo, y pan de las penas, y pan para el cual es necesario sudar de la mañana a la noche; y pan que a menudo no basta, ¡y pan de la incertidumbre del mañana!

Pero el Pan de Cristo, por el contrario, es el pan sin trabajo, más bien el premio al trabajo; es el pan ofrecido a todos; es el pan de la santa alegría; es el pan que no sólo basta a todo el mundo, sino que supera las mayores espuestas; pan que no se da medido, sino que se prepara libremente, y a él a todos se invita, no a venir solamente a tomarlo, a gustarlo, a adorarlo, este pan tan singular que va buscando famélicos, que comido no da saciedad ni náuseas, sino nuevo apetito; pan que, puede estar seguro todo el mundo, no ha de faltar nunca, ni por haber carestía ni por falta de vendedores; no faltará porque, razón muy humana, no será nunca robado, nunca. Algún ladrón robará una Hostia, pixis con Hostias. Pero, ¿quién robará todas las Hostias y todo el Pan? Y nosotros que lo sabemos, llevamos el tesoro por las calles en procesiones interminables, sin guardias y sin custodiar, sin llaves. *Depraederi desiderat, qui thesaurum publice portat in via*, dijo un Santo Padre. Pero nosotros, no; y cada día la llevamos libremente. ¡Pasa Jesús, pasa el Rey, pasa el Dominador, y todos de rodillas!

Es éste el pan que permanecerá aún después de toda hambre, aun después de todo hombre y aun después del último hombre. Y si un sacerdote lo quiere permanecerá sobre el altar, aun después de desaparecer el último ser; permanecerá, divino residuo de la pobre humanidad, y triunfo divino por toda la Cristiandad.

El prodigio que excede a todo milagro

Permanecerá, podemos creerlo; y permanecerá para que dure este prodigio excedente de todos los posibles milagros de la fe; permanecerá por la Gloria de Dios, aunque nosotros no seamos más que los hijos de Adán; permanecerá porque el eterno Padre pueda contemplar de qué impulso de amor y de sacrificio hacia la humanidad fué capaz su adorable Hijo; y permanecerá por la adoración de los ángeles, por la gracia de la Madre de Dios y nuestra, María Santísima, toda inmersa en el fruto de su vientre, Jesús.

Para alegría de la Divina Madre, y a fin de que se postre ante la Divina Hostia el Arcángel San Gabriel, que fué el primero en anunciar la Redención y el primero en arrodillarse a venerar, en María, el Dios encarnado. ¡A venerarlo! ¡El Arcángel, y los arcángeles y todos los ángeles!

¡Oh! Los ángeles, ¡con qué estupor y con qué gracias al Omnipotente veneraron aquella Hostia, los unos: los fieles; y con qué desdén, qué rencor, con qué odio y sed de venganza la aborrecieron los otros: los rebeldes!

Tantos y tantos de los enumerados y alabados misterios estimó el Eterno proponer a ellos para poner a prueba la adhesión, la sumisión, la lealtad. ¿La Encarnación, la Pasión, la Muerte? ¡Oh, qué prueba! Pero, ¿y la Eucaristía? ¡Oh, la Eucaristía nunca más! El aniquilamiento mil veces mayor que en la Encarnación. ¡Su despreciable nulidad, su casi pulverización diseminada en el mundo! ¡No, mil veces; no! ¡No serviremos; no creeremos; no nos humillaremos a un Dios que es menos que nosotros, no; nosotros, los ángeles y los poderosos de la creación divina, no!

Los ángeles fieles, en cambio, adoraron inmediatamente, adoraron juntos, adoran en cada tabernáculo, siguen cada Misa, acompañan cada Pan del Cielo, guían cada alma al Paraíso, con el Viático.

En la segunda parte de su discurso, el Cardenal habla de las manifestaciones de Dios en la Eucaristía, y sobre todo de la Caridad. Es éste el aspecto más propio del Corazón divino y del corazón humano; por medio del amor el hombre sube a Dios, por medio del amor a Dios permanece entre los hombres. Y si bien muchos hombres no comprenden la belleza del amor divino, hay también siempre una pequeña fila de «locos de amor» — tales San Francisco, Santa Catalina, San Felipe Neri, Santa Teresa y otros —, que, rodeados por otra más grande legión de hombres, hacen de su vida una adoración perpetua.

«Y entonces — continúa el Cardenal —, en nombre mío y en nombre de todos, de los presentes y de los ausentes, siempre todos amantes, yo me dirijo a Jesús Sacramentado, y le digo con las más humildes y expresivas palabras, que tanto valor tienen cuando son de corazón: «Señor: Yo te amo. Señor, nosotros todos os amamos. Señor, nosotros hacemos fiesta y nos parece distraernos de la solemnidad. Pero leed en el corazón. Bien lo dijo Pedro por nosotros: *Domine tu scis quia amo Te*.

Pero fieles adoradores que Tú, ¡oh Señor!

conoces, y a quienes te place sean citados aquí como abanderados: María y José.

María, Sacerdotisa adoradora hasta del primer instante de su Fiat, y adoradora del Calvario donde ofreció el Hijo, sacerdotisa y corredentora; María adoradora y sacerdotisa en todo santo sacrificio, y hoy, aquí, con nosotros, espectadora y presentadora de la Hostia que yo estoy por ofrecer; María, ¡qué Patrona del Congreso Eucarístico!, y sobre todo, la Reina del Santísimo Sacramento; porque si hoy nosotros veneramos el Misterio, a ella lo debemos, y se lo debemos con respeto, reverencia y gratitud, ya que «caro Christi, caro Mariae».

María es hoy feliz de contemplar en esta inmensa multitud toda la Iglesia en adoración a la Hostia de su Hijo. Cada día todas las plegarias y todas las Misas diseminadas por el mundo; todas las plegarias y Misas y afectos concentrados en el Congreso.

En efecto, pocas veces en el transcurso de tantos siglos, ella ha tenido la alegría y ha dado al Hijo la gloria de poner a los pies del tabernáculo la unión de todos los corazones. Lo tuvo en Fátima, donde en un océano de fieles aclamaba la Madre del Hijo. Vuelve a tenerla hoy en ésta, que es la más grande reunión eucarística de los tiempos modernos.

Y también José está presente, «silencioso adorador, que no goza de saber la institución de la Eucaristía, pero cuyo gran corazón, símbolo de todos nosotros, amó a Cristo en Él y en todo eso que hubiera hecho por nosotros. Hoy, Él vuelve al oficio de patrón de la Iglesia Universal, y

vuelve con el mundo aquí reunido, y vuelve a nosotros con el querido pueblo de cada tierra, aun la más infiel, y vuelve a nosotros en primer lugar con sus mejores símbolos, con los amados y fuertes trabajadores, el que también profesionalmente los representa y los conduce a los sacrificios y a los méritos y a las santas alegrías del altar».

Junto a los hombres y a las mujeres que hacen de su vida adoración continua existen aún dos clases de adoradores, los más pequeños y los más grandes: los niños y los sacerdotes.

Estos adoradores de todo el mundo ruegan hoy a Cristo Sacramentado, y le piden tres gracias: la primera es la paz — individual y social —, anhelo supremo de todo Congreso; la segunda es la voluntad, la buena voluntad, cantada por los ángeles al Salvador naciente; la tercera es la unión: unión en Cristo, unidad en el rebaño, indisolubilidad en la Iglesia demasiado lacerada, demasiado incomprendida, demasiado descuidada, *ut unum sint*.

Por ello, si el amor de Cristo es fuego que calienta y alimenta, ¿no deberían ser los Congresistas los portadores de este fuego en el mundo? «Andad, entonces — termina el Eminentísimo orador —, andad Congresistas y avivad el fuego, como hicieron los apóstoles, como hizo Pablo, como hace María, Reina del Sacramento, en cada alma de sus fieles. Al calor de Cristo se calentará el mundo gélido y mostrará eso que le falta: ¡el Amor! Andad, y en recuerdo del Congreso llevad con vosotros el canto de España: "Cantemos al Amor de los Amores; cantemos al Señor: Dios está aquí. Adoremos a Cristo Redentor".»

Ecós del Congreso Eucarístico Internacional

Barcelona palpitante de luces

De la edición del 6 de junio:

Llevamos aún vivo, en los ojos y en el corazón, las grandes manifestaciones eucarísticas y la piedad fervorosa con la cual el pueblo ha participado, implorando del Dador de todos los bienes la paz del mundo. Son ecos, imágenes, que nada podría confundir ni borrar. Y una cosa queremos recordar aún: el aspecto mágico de la ciudad por la noche, cuando una marea de luces del Palacio Nacional, del Tibidabo, que se eleva enfrente con la gran cruz luminosa, parecía haber sumido la metrópoli catalana bajo una onda fosforescente y esplendorosa, en la que todos los co-

lores se alternaban, acompañando y mitigando la cándida luz del neón. Iluminadas las casas, todas las casas: cada vivienda, modesta o rica, disponía una colgadura con símbolos eucarísticos, y la iluminaba con hileras de bombillas sencillamente, o artísticamente dispuestas. El Palacio Nacional, sede del Cardenal Legado, se recortaba vivamente bajo la luz de los reflectores; las inmediatas fuentes, situadas enfrente debajo del mismo — por las cascadas que caían a lo largo de los varios órdenes de terrazas y por los maravillosos juegos de agua siempre cambiantes: alegría de los surtidores, ora altísimos y rígidos, ora dulcemente inclinados, ora nube burbujeante de espuma con velos impalpables —, se avivaban

de los colores más sugestivos y más impensados : del escarlata al violeta, al amarillo oro, a todas las tonalidades del verde y del rosa, a veces distribuidos por zonas, produciendo un mágico efecto.

Devoción a la Eucaristía; afecto al Papa

Y ante el Palacio, siempre gente, homenaje continuo al representante del Papa, que ha sido objeto de manifestaciones inolvidables. El Cardenal Legado, con su alta figura, con su exquisita paternidad espiritual, venerable, pero siempre fresco de juvenil energía, que parecía insensible a la fatiga, listo siempre a descender entre los fieles, que competían entre sí para besarle el anillo, ha dejado un recuerdo que no pasará. A veces, incluso a las dos de la madrugada, la muchedumbre llamaba al Cardenal, y el ilustre Purpurado se asomaba a agradecer, a saludar, a bendecir.

A la mañana siguiente, antes de las siete, estaba ya de nuevo al trabajo.

El jueves, día 29 de mayo, como una tarde cualquiera, el Cardenal se presentó en forma privadísima en la Iglesia de la Sagrada Familia, recibiendo, durante el recorrido, expresiones de conmovida complacencia por el fervor de los barceloneses, unida asimismo por el adorno y por las iluminaciones de las casas. Reconocido por la población, su coche fué de pronto rodeado por una multitud que le aplaudía, y tal era el entusiasmo que se temió por su integridad. Eso no le impidió también, en los días siguientes, de confundirse nuevamente entre los fieles, satisfaciendo el filial deseo.

La fe y la piedad de la población y de los congresistas tuvieron otras luminosas confirmaciones durante las grandes funciones de la consagración de la familia a Jesús Sacramentado; en la gran manifestación obrera, en la cual tomaron parte cerca de 400,000 personas; en la adoración nocturna predicada por el P. Lombardi, y finalizada con la imponente Comunión general de centenares de miles de hombres; en las jornadas de los enfermos y de los atribulados, y, por fin, en el solemne Pontifical y en la procesión de clausura.

El palco móvil, con la grande y preciosa custodia de Toledo, que llevaba la Hostia Santa, ante la cual se hallaba arrodillado el Cardenal, recorrió, transportado por sacerdotes y diáconos, más de tres kilómetros.

Cantos triunfales eucarísticos acompañaron su lento discurrir; luego, en la última mitad del

recorrido, fué seguida en un silencio y en un recogimiento impresionantes — muy raro para quien conoce la exuberancia de estas poblaciones —, interrumpido de cuando en cuando por las invocaciones surgidas del altavoz y repetidas por la muchedumbre, mientras nubes de incienso se filtraban entre las luces de los faroles y de los reflectores.

Sobre el altar se hallaba la Custodia de Barcelona, del Rey Martín, delicada torre de metales preciosos y brillante de gemas. Después del «Te Deum» y la bendición, el Cardenal, ante el Jefe del Estado inclinado, que había participado en la última parte de la procesión, se dirigió a la Maternidad provincial para dejar los paramentos y regresar, a continuación, al Palacio Nacional.

Días antes, el Cardenal, a un periodista que lo había visitado y le pedía: «¿Qué podemos decir, Eminencia?»; respondía: «Evitar de decir demasiado poco, porque demasiado es imposible decirlo». Y confirmaba estas palabras dirigiéndose a los enviados extraordinarios de la prensa que habían solicitado serle presentados y rendir homenaje, recordándoles el fervor entusiástico y la espontaneidad con que la población vivía estas inolvidables jornadas de adoración al Señor, de plegaria por la paz del mundo.

La Sección Italiana

Fructuosa también ha sido la labor de las varias Secciones nacionales. Por la italiana, densas y felices las relaciones y los discursos de S. E. Mons. Urbani y D. Gemellaro, del P. Spiazzi, del honorable Taviani, de la doctora Rossi, y, por último, en la jornada que precedía a la última del Congreso, el discurso del honorable Andreotti, en el cual las responsabilidades inherentes a su alto cargo de Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros no han menguado el gusto del apostolado ni el recuerdo de los años, aun no lejanos, en los cuales era Presidente central de la F.U.C.I.

En efecto, ha sostenido que «no se humilla, antes se exalta, a Italia haciéndola partícipe de las inigualables misiones espirituales del catolicismo». Y las perspectivas de un tal programa son tan sugestivas, también desde un punto de vista humano, que al mismo pueden adherirse asimismo los que como nosotros no dividimos el don de la Fe y que en la honestidad de pensamientos encarnan aquellos sentimientos que pueden calificarse de «naturalmente cristianos».

El Subsecretario ha comentado un pasaje de un discurso del entonces Cardenal Pacelli: «Roma, ciudad eterna, no tanto por los siglos que se ufana del pasado, como por aquellos que espera del porvenir... El destino de Roma se lega al Vicario de Cristo: en él se dirige hacia una meta que no es de este mundo».

Italia no podrá contribuir al general resurgimiento si los católicos italianos no supieran rápidamente colocarse sobre un plano de integral coherencia y de constancia en la observación de las humanas y civiles libertades. Será ésta la mejor aportación de Italia a la paz de Europa y del mundo. «En los Consejos internacionales nosotros debemos proclamar fuerte que la paz no será eficaz sin reconocer lo que el Papa enseñó durante la guerra, es decir, que las materias primas, las riquezas, las tierras cultivables, no son patrimonio exclusivo de un pueblo, sino que deben constituir globalmente las fuentes de alimentación de todo el género humano.»

Edificante ha sido la participación de todas las autoridades, tanto del Gobierno — primero, entre todos, S. E. el Jefe del Estado y su excelentísima consorte —, como municipales, provinciales, militares; verdaderamente única ha sido la fe del pueblo y sus dirigentes, en una común edificación y fervor.

Y tal edificación ha sido bien expresada por el Eminentísimo Cardenal Legado en el mensaje, enviado antes de dejar Barcelona, a S. E. el Generalísimo Franco.

Perfecta organización

Asimismo, S. E. el Embajador de España en Roma, dott. Castiella, que ha acompañado al Cardenal desde Roma, y ha permanecido a su lado durante el viaje y en las más importantes manifestaciones, ha sido pródigo en generosas atenciones hacia su Eminencia y la Misión, ayudado por el adjunto de Prensa de la Embajada, don Esteban.

Con el Obispo de Barcelona, S. E. Monseñor Modrego Casaus, organizador ardiente y eficaz, y al cual se debe que el Congreso haya sido tan memorable, no sólo bajo el punto de vista religioso, sino también en el campo de la organización, han colaborado, proveyendo y disponiéndolo todo hasta en los mínimos detalles, autoridades, técnicos de Acción Católica, personalidades distinguidísimas, y también, bien puede decirse, todos los ciudadanos.

De la Comisión municipal por el Congreso formaban parte: Su excelencia don Antonio M.^a Simarro Puig, Alcalde de Barcelona, y los ilustrísimos señores don Juan Torra-Balari Llavallol, don Antonino Segón Gay, don Juan M.^a Roger Gallés, don Marcelino Coll Ortega, don Carlos Pena Cardenal, doctor don Luis Rosal Catarineu y don Jesús Felú Romaguera, todos los cuales han colaborado en los sectores de obras públicas, transportes, problemas ciudadanos, etc., para el mejor éxito del Congreso.

Entre las Comisiones, recordaremos, por su esencial importancia, la Ejecutiva, presidida por el Comendador Santiago Udina Martorell, Jefe de la Acción Católica barcelonesa; S. E. Monseñor Modrego ha sabido escoger a sus colaboradores, e inapreciable ha sido la obra del señor Udina, que vino expresamente a Roma, junto con monseñor Montserrat, para acompañar al eminentísimo Legado, y que ha sido para toda la Misión, gentil y perfecto intérprete de las atenciones del Obispo y de todos los organizadores; apreciadísimo, también, su gesto y de otros egregios colaboradores suyos, en el acompañamiento hasta la frontera, durante el viaje de regreso, de los componentes de la propia Misión.

En la Oficina de Prensa estaba al frente el reverendísimo don Ramón Cunill. Veinte cabinas telefónicas, con rapidísimas comunicaciones con todos los países de origen de los periodistas, agencias telegráficas y organización perfecta de la Sala de Prensa, han facilitado la labor de los enviados especiales de las agencias y periódicos más importantes del mundo.

Y una mención especial merecen, por la perfecta caballerosidad y devota abnegación con que han cumplido el alto cargo que les fué confiado, las personalidades adscritas al Cardenal y a la Misión.

Desde el ilustre Comendador don Joaquín M.^a de Nadal, Presidente de la Comisión de Ceremonial del Obispo de Barcelona y Jefe de Protocolo del Congreso, a don Felipe Gómez del Castillo, Jefe de Ceremonial del Excelentísimo Ayuntamiento, a don Jesús Felú Romaguera, Secretario enlace entre el Ayuntamiento y el Congreso; don José M.^a de Canals de Siscar, Jefe del Protocolo del Palacio Nacional; a don José M.^a Massip Barceló, Jefe del Protocolo del Palacete Albéniz, en donde se hallaban hospedados los Prelados Domésticos de la Misión; al reverendo don José Vila, adjunto como Capellán a Su Eminencia durante su estancia en el Palacio Nacional, y que se ha prodigado en todos los aspectos, con fervor inte-

ligente, para hacer la estancia más agradable a todos y para facilitar a los miembros de la Misión el cumplimiento de su labor, ha resultado un esfuerzo conmovedor de gentileza para el Legado del Papa y las personalidades que le acompañaban. Y la Guardia municipal y el destacamento de Artillería que montaban la guardia de honor en el Palacio, y, en fin, todo el personal de servicio ha merecido el conmovido elogio de Su Eminencia, que quiso tener para todos una palabra especial, y que, en el momento de su partida, tuvo nuevas pruebas de su respetuoso afecto al ver cómo se despedían de él con los ojos bañados en lágrimas.

La organización técnico-logística de la Misión ha sido confiada al Comendador Juan Franci, dirigente de la Sección de Viajes y Turismo de la Gondrand, ayudado por el funcionario señor Alfredo Celli. Ellos, además, por cuenta del Comité Nacional Italiano de los Congresos Eucarísticos, se han encargado de la organización de la participación italiana en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, asistiendo y cuidando del viaje de los excelentísimos señores Obispos italianos y de sus Secretarios, además de una extensa representación de Caballeros del Santo Sepulcro, con un Jefe, Su Eminencia Mario Mocchi.

Más de ciento cincuenta credenciales ferroviarias han salido de la Oficina Técnica para congresistas aislados, así como se han procurado pasajes aéreos a numerosas personalidades, entre las cuales figuran monseñor Baldelli, Delegado en la Conferencia Internacional de la Caridad, y

monseñor Rossi, Delegado en la Conferencia Internacional Católica para la Emigración.

La labor de la Oficina Técnica del Comité italiano ha sido recordado con favorables palabras, incluso por el Hon. Andreotti, en el curso de su conferencia en la Sección Italiana.

Broche final

Finalmente, el día 12 de junio, *L'Osservatore Romano* reproducía las fotografías tomadas por su enviado Giordani, que se refieren a los actos que se indican:

El solemne Pontifical del Eminentísimo Cardenal Legado: Uno de los estrados de los Obispos. — La Homilía del Cardenal. — Algunos de los Cardenales con el Nuncio Apostólico en Madrid, presentes en el Sagrado Rito. — Una vista de la multitud. — La tribuna de los Príncipes reales y otras autoridades. — El Cardenal Tedeschini se dirige al gran altar. — S. E. el Jefe del Estado devuelve la visita al Eminentísimo Legado. — La procesión final: El Cardenal arrodillado ante el Santísimo, colocado en la preciosa Custodia de Toledo. — En el Palacio Nacional la muchedumbre se precipita alrededor del Cardenal Legado. — La ordenación sacerdotal de ochocientos veinte diáconos, celebrada en el Estadio de Montjuich por seis Arzobispos y quince Obispos.

Y con esta exhibición gráfica, puso término el gran diario romano a la espléndida información del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, que Barcelona no olvidará.